

Christopher Bram

El padre de Frankenstein

(Gods and Monsters)



Lectulandia

James Whale fue un hombre que se inventó a sí mismo. Nació en una familia de la clase obrera inglesa y trabajó como zapatero remendón y como chapista hasta que fue enviado al frente en la Primera Guerra Mundial. Cayó prisionero y organizó con otros oficiales dentro del campo un grupo de teatro. Cuando le liberaron, regresó a Inglaterra con un impecable acento de clase alta y una nueva confianza en sí mismo y en su destino. Tras algunas temporadas en el West End londinense, como actor, marchó en 1930 a Hollywood. Y allí se pasó para siempre al cine y dirigió algunos de los más grandes éxitos de todos los tiempos, entre ellos, el inmortal *Frankenstein* y su espléndida secuela, *La novia de Frankenstein*. Pero en 1957, tras años de silencio y olvido, fue encontrado muerto en circunstancias poco claras, flotando en la piscina de su mansión de California, la misma piscina donde daba fiestas para sus jóvenes amantes y los miraba retozar desnudos. La escena era digna de *El crepúsculo de los dioses*, pero también del cine gótico que él había dirigido con mano maestra. Christopher Bram, cuyo ingenio y sabiduría para desentrañar las corrientes subterráneas y códigos no explícitos de la escena social han hecho que se le comparara con Gore Vidal y con Henry James, explora los misterios de la vida y la muerte de este fascinante personaje.

En una novela sorprendente, donde se mezclan realidad y ficción, poblada por estrellas en pleno esplendor y monstruos sagrados en fascinante decadencia, el «padre de Frankenstein», que tan bien había comprendido la curiosa relación que existe entre el horror y la comedia, se las ingenia para dirigir las escenas finales de su vida.

Lectulandia

Christopher Bram

El padre de Frankenstein

ePub r1.0

Titivillus 07.11.17

Título original: *Father of Frankenstein*

Christopher Bram, 1995

Traducción: Daniel Najmías

Ilustración de cubierta: Montaje de Paco Igual a partir de fotogramas de la película *Gods & Monsters*, con Ian McKellen y Rosalind Ayres

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Draper

¿Amiga?
EL MONSTRUO

1

Noche. Lluvia. Viento. Los fantasmas que forma el aire se arremolinan en torno a un tejado de pizarra y de oscuras agujas góticas. Una ventana iluminada y solitaria contempla el paisaje como un ojo enjaulado.

Un rayo atraviesa el cielo, un latigazo serrado a dos kilómetros de altura que se lanza sobre la tierra con el estrépito de una puerta de hierro al cerrarse de golpe. A la luz blanca y dura de la descarga, se hacen visibles las viñas retorcidas que crecen aferradas al marco de la ventana, y entran en cuadro con la nitidez de un grabado en un antiguo libro de anatomía.

Es un paisaje de revuelta oscuridad el que rodea el edificio: barro, tocones, charcos. Un roble maltrecho se yergue solitario por encima de la desolación. Otro rayo. Algo se mueve, una silueta —¿un hombre?— pasa dando tumbos junto a unos hirsutos zarzales antes de perderse en la noche. El viento arrecia. El horizonte estalla y parpadea bajo los rayos lejanos de este enorme cortocircuito del mundo.

Otro foganazo, y la silueta —sí, humana— vuelve a aparecer, cabeza abajo ahora, reflejada en un charco salpicado por la lluvia. Tiene la cabeza aplanada, los brazos largos y pesados, las botas cubiertas de barro. Y se pierde en la negrura, se aleja del charco pero sigue moviéndose, se aleja en la oscuridad, o se acerca, cada vez más.

Y, de repente, todo cambia.

El vendaval amaina con la misma rapidez que las aspas de una máquina de viento a punto de apagarse entre bastidores. Los rayos cesan, como si alguien cerrara un interruptor, y se oyen cantar pájaros, pájaros de verdad, vencejos y ruiseñores, y la escena se inunda de luz y de color: verde oscuro en las copas de los cipreses, una delicada mezcla de ocre y rojo en los ladrillos, blanco nacarado en los listones. Sólo una sutil capa de rocío cubre el césped; detrás de la sierra más próxima raya el sol.

Una casa de dos pisos estilo colonial en lo alto de una ladera recubierta de césped y bordeada de ligustros y setos de boj. Es la parte trasera de la casa, y hay una piscina al pie de la colina; vistos desde el aire, ambos lados del pequeño valle parecen salpicados de ojos azules. El rectángulo de agua estancada refleja un cielo sin nubes que palidece y adquiere un vago brillo algodonoso cuando el sol se deshace en una bruma lechosa. Lejos, a la derecha, en la boca del valle, un triángulo de océano pierde su horizonte y se funde con el cielo blanco. Un aspensor comienza a girar de improviso en el jardín de al lado, un tirabuzón que esparce arcos iris. Estamos en Los Ángeles, en el cañón de Santa Mónica, una mañana de primavera de 1957.

Un pájaro canta más alto que los demás, un tordo que, aun sin un canto propio, canta fragmentos y trocitos ajenos en un rápido y variado popurrí. Abajo, en la carretera, embreada en algunos tramos, aparece una camioneta —está oxidada y le hace falta una buena mano de pintura—, gira y sube a trompicones por el camino fangoso y lleno de baches que por detrás de la piscina llega hasta la casa. Los amortiguadores chirrían como flautas de latón hasta que el vehículo se detiene detrás

de un estudio de tejas grises construido a un paso de la piscina. En la camioneta la radio está encendida a todo volumen. Elvis Presley, con sus furiosos gruñidos de «Hound Dog», quiebra el silencio matutino. Se ve bajar a un hombre joven: es alto, tiene los hombros anchos y lleva el pelo muy corto. El joven abre la puerta trasera y empuja hacia él una Cortadora de césped, una cortadora eléctrica, roja, con cuchillas en espiral y grandes ruedas radiadas. Es una máquina pesada, pero él la levanta, los músculos de la espalda tensos bajo la camiseta, tensos también los muslos y las nalgas en los ceñidos pantalones de faena; y le basta con flexionar las rodillas para dejar la cortadora de césped en el suelo.

El joven no repara en la sombra blanca que asoma en la ventana en saliente de la casa, unos cincuenta metros más arriba. La sombra observa la escena mientras él, apoyando un pie en el motor, tira de la cuerda de encendido, una vez, dos veces, hasta que la máquina arranca y ahoga con su rugido el canto de los pájaros. El muchacho se afana en su trabajo, detrás de la máquina, y comienza a cortar la hierba. La sombra no deja de observar.

La sombra es un hombre, por supuesto, un hombre de pie en su sala de estar con parquet de roble, un hombre vivo vestido con camisa blanca y una chaqueta a rayas. Del bolsillo de la chaqueta sobresale, como un lirio, un pañuelo doblado. Detrás de él, una chimenea con dos spaniels de cerámica en la repisa, y paredes tapizadas de cuadros que parecen valiosos —Velázquez, Rembrandt, Tiziano— pero que de hecho son copias que el hombre apostado en la ventana ha pintado para distraerse. Es inglés, y tiene el rostro chupado y rectangular, ojos azules y labios gruesos. Unas muñecas pálidas asoman por debajo de las mangas de la chaqueta. El pelo gris perla, peinado con pulcra raya a la derecha, ralea en las sienes. Su nombre: James Whale. Ha vuelto a casa hace poco, tras pasarse dos meses en el hospital por culpa de una serie de accidentes cerebrovasculares. Una vez fue director de cine, con contrato en los estudios Universal. Ahora, a sus sesenta y siete años —aunque todo el mundo piensa que tiene sesenta—, vive apartado de la industria del cine. La edad es uno entre varios datos personales que él se ha dedicado concienzudamente a reinventar. La necrológica de ocho líneas que aparecerá en *Variety* el mes que viene estará llena de datos falsos.

—Estaría más tranquilo si la enfermera fija siguiera aquí.

—No hacía más que molestar. No me gustaba, y al señor Jimmy tampoco. Era estirada y mandona. Así estamos mejor.

En el comedor, visible a través de la puerta de doble hoja abierta de par en par, un hombre sentado a la mesa habla en voz baja con la casera, una mexicana bajita y de cara redonda vestida de negro y el pelo recogido en un moño bien apretado. El hombre, delgado y calvo y con ojitos de ratón, no tiene buena cara. Su traje de raya diplomática sugiere que va camino a una cita importante.

—¿Se pondrá en contacto conmigo si hay alguna emergencia?

—Seguro, señor David. Lo llamaré a este número.

Whale no puede oírlos, pero sabe que él es el tema de conversación. No le gusta nada el modo en que la enfermedad lo ha reducido a la categoría de problema sobre el que los demás se ven obligados a hablar en voz baja: un niño difícil, un estorbo.

—¿Señor Jimmy? —grita la mujer—. ¿Más café?

—¿Qué dices? Ah, sí. ¿Por qué no? —le contesta, y vuelve al comedor con la sonrisa de un hombre dispuesto a ser amable a pesar de sus achaques.

—¿No es un encanto esta María? —comenta al sentarse.

La mujer no hace caso y, tras llenarle la taza, regresa a la cocina.

—Es todo un detalle que hayas venido a desayunar —le dice a David por tercera o cuarta vez—. Una sorpresa muy agradable, de verdad.

—Bueno..., es que quería pasar a verte antes de marcharme.

Todavía le produce un ligero vértigo volver a ver la cara de David; es como mirarse en el espejo. Y no es que se parezcan: David Lewis es diez años más joven, pero su vida de productor de estudio cinematográfico le ha impedido envejecer bien. Sin embargo, Whale ha visto su cara casi tantas veces como su propia imagen en el espejo. Hasta que David decidió irse a vivir solo, hace ya cuatro años, habían formado una pareja y convivido durante veinte años, quince de ellos en esta casa.

A David tampoco le resulta fácil mirarlo a los ojos.

—María dice que no duermes bien.

Whale frunce el ceño y después se encoge de hombros.

—Esas inútiles pastillas que me recetan. Si las tomo, estoy todo el día atontado. Si no las tomo, duermo mal y no paro de soñar, como si tuviera fiebre. Anoche, por ejemplo. Sueños estúpidos, tonterías. No dormí casi nada.

—Entonces toma las pastillas. Necesitas dormir.

—Me he pasado demasiadas semanas durmiendo. Y hoy quiero estar bien despierto. A ver si puedo volver a pintar —dice, con una sonrisa burlona dirigida a sí mismo—. Quiero intentarlo al menos. Vuelvo de la muerte, con paso lento pero firme.

David no dice nada. Nunca a gusto con nada físico, hablar de estas desgracias le molesta tanto como hablar de sexo.

Whale, por suerte, cambia de tema.

—¿Y adónde te vas esta vez?

—Nueva York.

—Ah, sí, ya me acuerdo. ¿Y por cuánto tiempo?

—Una semana, puede que dos, todavía no lo sé. Tengo que reunirme con la nueva dirección y averiguar qué va a pasar con mi película.

—Creí que ya estaba lista.

Tiene que tratarse de la misma película —la *importante*— que David estaba produciendo cuando Whale ingresó en el hospital.

—La oficina de Nueva York lleva ahora también la MGM, y por lo visto los que ponen la pasta no saben qué hacer con la maldita película. Hasta se habla de darle el

carpetazo.

—Oh, pobre David. No se termina nunca, ¿verdad?

—Así es. Esta película... —suspira David—. Iba a ser mi oportunidad de oro. Mi nombre en lo alto, David Lewis, productor —dice, y se hunde en sus preocupaciones—. Pero lo cierto es que ha sido una pesadilla interminable. Primero, el guión; después, el mal tiempo. Y para acabar de fastidiarla, el accidente de Clift con el coche el año pasado. Nos pasamos semanas con los brazos cruzados. Y cuando Clift volvió fue espantoso. Seguía siendo guapo, pero se le veía endurecido, había perdido todo su aire juvenil. Como si en el hospital hubiera envejecido diez años. ¿Y ese cambio en su personalidad? Nada le parecía bien, estaba insufrible. Y tan taciturno. Estoy seguro de que era alcohol lo que llevaba en el termo los días que filmamos en Mississippi, pero el efecto era peor que cualquier bebida que yo haya visto. Iba zombi. Cuando probábamos a hacerlo entrar en razones, la señorita Taylor siempre salía en su defensa, se hacía la hermana mayor, la protectora. Es un milagro que hayamos terminado el rodaje. Y ahora que Dore Scharey se ha ido y el estudio no tiene jefe...

Whale intenta escuchar. Su ex le está hablando de cosas que él suponía que quería escuchar, chismes del gremio, pero hasta seguir a David se le hace cuesta arriba. La mención de otra persona ingresada en un hospital lo pone nervioso, y cuando oye «Clift» piensa en Clifton Webb, cuyos encantos físicos no se verían afectados en lo más mínimo por un accidente automovilístico. Sólo cuando David empieza a hablar de los conflictos en Nueva York se da cuenta de que se trata de Montgomery Clift, uno de esos *cowboys* de pacotilla que hablan entre dientes y a los que hoy tratan como a estrellas, aunque no puede negar que Clift es guapo y elegante, tanto, que hasta a él le ha parecido una maravilla. Y, naturalmente, la señorita Taylor es esa preciosidad inglesa, una de la actual cosecha de futuras Garbos. La película de David se titula *Raintree County*, otra aspirante a *Lo que el viento se llevó*. Hollywood se repite como un disco rayado. Whale no había pedido ver el copión antes de caer enfermo, pero David tampoco se había ofrecido a enseñárselo.

A Whale lo exaspera su incapacidad de interesarse por nada de lo que David dice. ¿Tan hecha polvo tiene la cabeza que ni siquiera puede seguir los comadreo de David? Y además le irrita oírlo hablar así, sin una pizca de sentimiento o pena, de ese actor que tuvo un accidente y fue a parar al hospital, como él.

David empieza a mirar el reloj. Un recurso algo torpe, pero él, de éstos, tiene a porrillo: de todos sus años en el escenario. Antes de hacerse lacayo de las grandes productoras, David había trabajado en teatro: galán joven, pero amanerado.

—Se supone que la señorita Taylor estará en Nueva York este mes visitando a Clift, pero la verdad es que tampoco sé si quiero verla...

—¿A qué hora sale el avión? —lo interrumpe Whale.

David mira su reloj con más descaro si cabe.

—Ay, sí, gracias por avisarme. Lo siento, pero tengo que irme.

David se pone de pie, despacio, finge que se marcha a disgusto.

Whale también se levanta.

—Me alegra que hayas venido. Me encanta verte, David, sobre todo porque te vi muy poco en el hospital.

El comentario da en el blanco. A David lo asaltan los remordimientos.

—Lo siento, Jimmy. Te pido disculpas otra vez por no haberte visitado con más frecuencia. Pero con este proyecto, y con dos estrellas tan difíciles, no podía escaparme nunca.

La oportunidad de hacer un comentario ingenioso ilumina de repente el rostro del director.

—«La culpa no es nuestra, sino de nuestros astros^[1]».

Sin embargo, a David no parece hacerle gracia.

—Ya sabes que el trabajo de producción acaba devorándote.

Whale suspira. Es una lata que la gente no capte las bromas. Pero ésta ha sido buena, ¿o no? Le gusta cómo usa todavía a Shakespeare, lo alivia. Después de todo, eso le demuestra que no está tan mal.

—Oh, David, te juro que no es un placer hacerte sentir culpable. No debería habértelo mencionado, no tienes que sentirte obligado a venir. Después de todo, fui yo el que te echó. Y por otro.

—Tú no me echaste, Jimmy.

—No literalmente, pero así la historia parece más dramática.

David adopta una expresión noble, abnegada.

—Lo único que lamento es que ese Luc ya no estuviera contigo cuando caíste enfermo.

—Pues yo me alegro de que no estuviera. Cuando me enamoré de él, me atraía su espíritu, su espontaneidad. No me habría gustado nada verlo hacer de enfermera.

A Whale le disgusta pensar en Luc, el francesito que echaba de menos su país y regresó a Europa hace casi un año, mucho antes de que se le produjera el cortocircuito en la cabeza.

—*Debes volver a pintar* —le dice David—. Necesitas alguna ocupación.

—Más vale que te vayas, guapo. Tu vuelo.

No se besan ni se abrazan al despedirse, ni siquiera un beso o un abrazo de amigos. En lugar de eso, se dan un viril apretón de manos. Whale no lo acompaña a la puerta; es María quien lo hace.

Y él vuelve despacio a la ventana de la sala, aliviado al fin al ver que la visita ha terminado. Se pone a canturrear para no oír cómo se cierra la puerta, el ruido del coche al alejarse.

*The bells of hell go ting-a-ling-a-ling
For you but not for me^[2].*

Es una cancioncita de la guerra, no de la última, sino de la anterior. Whale sigue cantando mientras observa al joven que empuja la máquina cortacéspedes en la colina.

Sigue sintiendo cariño por David, especialmente en su ausencia. Se conocen demasiado bien, y son incapaces de pasar un rato juntos sin tropezar con las viejas culpas, la vieja ternura y los viejos reproches. Son demasiado diferentes, aunque tardaron veinte años en descubrirlo, y antes Whale tuvo que liberarse del peso que en los últimos años se había convertido su carrera. David es tan prudente y convencional que cualquiera diría que es inglés.

Se alegra de no haberle dado todas las razones por las que anoche no tomó las pastillas. Hoy tiene que estar bien despierto, no sólo porque quiere pintar, sino porque esta tarde espera otra visita, un estudiante universitario que desea conocer al gran director de películas de terror. Los viejos directores no tienen admiradores, y lo más probable es que el muchacho quiera oír anécdotas de Karloff. No importa, lo importante es que una cara nueva entrará en casa. Y se conforma con que el chico sea la mitad de espectacular que el viril jardinero que ha venido a cortar el césped.

Whale se acerca a la ventana; de repente le entran ganas de oler la hierba recién cortada. Está débil, pero sólo por los muchos días que ha pasado en cama. El ataque no le ha afectado a los músculos ni la coordinación. Al levantar la ventana de guillotina el ruido de la cortacéspedes entra en casa con la fuerza de un rugido, pero, en lugar de hierba, Whale huele humo. Humo de carbón, el humo del carbón más barato, un olor sombrío que llenó su infancia en habitaciones estrechas y calles estrechas, y el cielo de las Midlands ennegrecido por el humo de mil chimeneas. Esto ya ha ocurrido antes; el doctor Payne le ha advertido que continuará. El tejido dañado presiona en la parte del cerebro donde se mezclan el olfato y la memoria, o algo parecido. Alucinaciones olfativas, lascivas vaharadas de cosas que olió hace cuarenta o cincuenta años. Sería divertido, siempre y cuando los olores no le trajeran emociones de momentos de su vida que, en cualquier caso, sólo recuerda de una manera abstracta. Espira con fuerza, resuelto a expulsar el pasado de sus fosas nasales. Por fin, allí, el aroma americano de hierba cortada, tan americano como el olor a cortezas de sandía.

El joven se detiene, se endereza y se quita la camiseta por la cabeza, dejando al desnudo un musculoso torso rosado y los anchos hombros, y vuelve al trabajo. Tiene un tatuaje en el hombro derecho, como una magulladura apenas apreciable, y está demasiado lejos para saber qué es, o qué dice. Ah, juventud sin camisa, piensa Whale y sonrío, a la espera de recibir el familiar chispazo del deseo, pero sólo siente una punzada de tristeza. Ese cuerpo medio desnudo sólo lo hace sentir más viejo, indiferente, y extrañamente asexuado. Suspira y se aparta de la ventana, decidido a seguir adelante con el orden del día.

—¿María? —llama—. Hoy voy a terminar el desayuno en mi estudio. Ya es hora de que trabaje un poco, ¿no te parece?

—Sí, señorito, señor Jimmy.

Whale coge el *Los Angeles Mirror* que espera plegado sobre la mesita del teléfono y escoge un bastón de entre los muchos que hay en el paragüero. No es que necesite un bastón, pero el camino que lleva al estudio es empinado, y no quiere caerse delante de un extraño.

—¿Quién es el nuevo, María? No recuerdo haberlo visto antes.

—¿Bone? ¿Boom? Algo con be. El señor David lo contrató mientras usted estaba en el hospital. Viene todos los lunes.

Whale asiente. Sale a la luz del sol, y el aire huele a hierba.

Es una mañana preciosa, pero ¿qué día no es precioso aquí? Al otro lado de este valle que llaman cañón, unas cuantas casas modernas sacan la cabeza entre cipreses y eucaliptos. El jacarandá del jardín trasero de la casa de Whale está espléndido, rebosante de flores, las ramas llenas de flores púrpuras repartidas según un patrón muy regular, el mismo que un niño podría usar para pintar un árbol. La hierba aún sin cortar está salpicada de amapolas, no rojas como las amapolas de papel que se lucen en el ojal el Día del Armisticio, sino anaranjadas, ese inocente color naranja de las amapolas de California. Whale baja airosamente la colina, siguiendo el sendero y cantando otra vez con poca voz:

*The bells of hell go ting-a-ling-a-ling
For you but not for me.
Oh death where is thy sting-a-ling-a-ling?
Grave where thy victory^[3]?*

La cuesta le hace andar con paso rápido, y hasta le chirrían un poco los huesos, pero es una sensación agradable. Le hace bien sentir que tiene un cuerpo, algo más sólido que las articulaciones doloridas y la bata del hospital detrás de él, flotando como la cola de un vestido de novia todas esas semanas que estuvo ingresado. Pero ¿tiene ese cuerpo una mente? Su cerebro es un espacio vacío con un borde de dolor, una ligera resaca que no se va.

Mira a su alrededor en busca del jardinero, pero el muchacho está en la estrecha franja entre los ligustros y la fachada lateral de la casa. La cortacéspedes ruge en la distancia.

Whale no ha bajado al estudio desde que volvió del hospital. No mucho más grande que el garaje, lo mandó construir cuando dejó el cine. Había redescubierto el placer de pintar, y David creyó que trabajaría mejor si tenía un lugar dispuesto exclusivamente para ese fin. Compraron la ladera detrás de la casa, mandaron quitar la maleza y los pinos, y encargaron una simple casita prefabricada. La piscina es más reciente; la instalaron cuando Whale regresó de un viaje a Europa con un joven alsaciano a la zaga, no un perro, sino un mecánico de apenas veinte años. Luc iba a ser su empleado, su chófer o su asistente, algo oficial. Fue entonces cuando David se

marchó. Antes del viaje ya habían hablado de separación. Whale era un hombre libre, pero David todavía estaba haciendo carrera; y con los hombres que vivían con otros hombres las productoras ya no eran tan tolerantes como antes de la guerra. Whale hizo la piscina para Luc antes de darse cuenta de que un enjuto y nervudo mecánico francés no era lo que en el fondo quería.

Hace más de un año que nadie se baña en esa piscina, y sin embargo a Whale le gusta que siempre esté llena. Él nunca aprendió a nadar, pero le encanta ver ese brillante espejo de aguamarina en su propiedad. Esta mañana, cientos de canoas verdegrisáceas, hechas de hojas de eucaliptos, atraviesan su superficie.

La puerta del estudio está abierta —no es necesario cerrar con llave en el cañón de Santa Mónica—, espera sentirse cómodo, entrar en un lugar donde pueda ser otra vez él mismo, el que era antes. María ha hecho bien su trabajo. Las ventanas ya están abiertas, las mesas, limpias, y Whale percibe un débil aroma a aguarrás y pintura al óleo. El caballete vacío aguarda en un rincón, y las telas, apoyadas contra la pared, algunas ya con esbozos al carbón, incluso una con manchas de color, parecen saludarlo. Whale abre el caballete y alza con las dos manos el lienzo inacabado, esperando recordar qué quiso pintar. Una mancha verde en el ángulo inferior izquierdo, otra amarilla en el centro, unas líneas hechas con tiza que unen los dos manchones. No le sugiere nada. Absolutamente nada. La deja en el caballete y la mira, perplejo, pues no logra ver nada que se parezca a un cuadro.

Oye pisadas en el sendero. Alguien calzado con zapatos. Se sienta rápidamente en el sillón de madera, abre el periódico y apenas tiene tiempo de leer nada antes de que María entre con el café. Eisenhower jugó al golf el domingo; todo anda bien en el mundo. María deja la bandeja en uno de los tableros, le sirve una taza y se marcha; ninguno de los dos dice una sola palabra.

Whale dobla el periódico y vuelve a mirar la tela. Estoy cansado, se dice. Anoche no dormí bien, ya me acordaré. Pero se teme que sean más las cosas que no andan bien, que el derrame le haya borrado no sólo todo recuerdo de este cuadro, sino incluso su facultad de pensar en términos pictóricos. En la pared hay un cuadro acabado; bonito, pero no lo suficiente para colgarlo en la casa. Una naturaleza muerta, con un jarrón y un vaso de agua y un ramillete de flores silvestres. Sí, lo pintó él, pero ¿cuándo? ¿Y por qué? Recuerda vagamente que disfrutó mientras trabajaba en los reflejos de la luz en el agua, pero se pregunta por qué se tomó tanta molestia. ¿Podía ese cuadro procurarle placer a alguien que no fuera el propio pintor?

De una estantería llena de libros de arte que hay junto a la ventana saca un pesado volumen: Rembrandt. Lo hojea —las páginas huelen a tinta extranjera, un olor fuerte— y trata de recordar por qué pintaba. Imitar es una manera de comprender; él había querido entender a los viejos maestros de la pintura. Como artista no tenía nada que decir; sólo quería penetrar en las cosas que le parecían bellas, llegar a su centro más profundo. En sus películas no había nada bello, sólo ruidos y sombras y alguna desagradable ocurrencia. Pero ¿comprender a Rembrandt haciendo una copia

perfecta? Era como llegar a un claro tras atravesar con dificultad bosques enteros llenos de ramas y de zarzales capaces de sacar de quicio a cualquiera. Eso es lo que espera encontrar en su estudio esta mañana: un rinconcito tranquilo, algo parecido a una habitación silenciosa en su cabeza, donde poder serenarse y perderse entregado de lleno a «lo Bello».

Fuera, la cortadora de césped deja de rugir. Minutos después se oye el chischás de las tijeras; el jardinero poda los setos de ligustros.

Empecemos por el principio, se dice Whale, y lleva el libro de Rembrandt a la mesa de dibujo. De un cajón saca varias hojas de grueso papel de vitela y un puñado de lápices afilados, y acerca un taburete. Vuelve a hojear el libro, con más atención esta vez, busca una pintura o un detalle que pudiera apetecerle dibujar. Éste, *El jinete polaco*. ¡Cuánta calma emana de las obras de los viejos maestros! Sus pueblos los conocen, la fuerza de su identidad llena sus cuerpos hasta el borde, sin incertidumbres ni vaguedades.

Whale dibuja a pulso, se lanza sobre el papel con los ojos, las cejas arqueadas, los párpados bajos, las pupilas fijas con tal fuerza que la blancura del papel parece devolverle la mirada. Por un momento cree percibir ecos del antiguo placer, esa emoción fría que produce el crear vida trazando delgadas líneas en una hoja de papel. Sin embargo, esa concentración que ayuda a olvidarse de uno mismo se mantiene a distancia, como una palabra que no nos viene a la mente cuando la necesitamos. Y mientras sus dedos rascan y escarban, Whale observa que está captando bien los detalles, la torsión de la mano que coge la fusta, la caída de la melena del caballo. También en sus películas se había concentrado en los detalles, pero hoy el todo, la constelación de las partes, le parece torcido, deforme. Las proporciones no son las correctas, y la figura ecuestre parece un grotesco dibujo animado.

Hace una bola con el papel y vuelta a empezar; dibuja primero, con delicadeza, una serie de casillas que luego podrá llenar con el jinete y su caballo. Suele ser un dibujante muy meticuloso, hasta el punto de no necesitar estas líneas preliminares; las tiene en la cabeza mientras dibuja. Ahora, hechas visibles sobre el papel, hasta esas líneas le salen mal, como los dibujos de un niño en su primera clase de geometría, al que el cuadrado o el círculo más sencillo le sale desproporcionado o abollado. Pero sigue adelante, se esmera en los detalles, en el sombreado, pero la nariz y los labios del jinete, el ojo del caballo, son tan oscuros como las líneas en que están enjaulados, partes de un cuerpo enganchadas en una alambrada. Nada conecta. Ni el hombre a caballo, ni su propia mano, su vista, su cerebro.

Whale cierra los ojos. Es el ataque, se dice. No es sólo falta de sueño, ni siquiera es pereza, sino algo que le falla en el cerebro, los cables cruzados, un plomo que ha saltado. El mundo ya no es redondo y real, sino delgado como sus nervios, entrecortado y febril como los sueños que lo asaltaron anoche. Busca la zona de oscuridad bajo el cráneo, quiere seguirle el rastro a ese dolor de cabeza que parece que nunca se va, quiere una explicación sencilla para su apagón. Tiene que

contornear su dolor y mirar el mundo exterior, necesita algo intenso y fuerte que lo distraiga. Siempre había sido capaz de evadirse con el trabajo, con las huestes de artistas y técnicos que intervienen en un rodaje, o, últimamente, en el plató de su cabeza. Nunca más. ¿Seguirá así el resto de sus días? ¿Terminará su vida hundido en una única e insistente resaca?

De pronto, percibe un olor que se parece más a la sugestión de un olor, un olor que atrapara con una punta de la nariz. Pescado o carne podrida. Sí, un hedor de carne que llevara pudriéndose al sol tanto tiempo que se confunde con el de pescado muerto en una playa. Se huele el dorso de la mano, luego olisquea el aire, pero ya sabe que el olor viene de dentro de su cabeza, que es otro apestoso recuerdo de momentos pasados. Y se desvanece antes de que pueda identificarlo.

Examina el esbozo. Qué moderno, se dice, con una sonrisa burlona. El arte moderno es el arte de la civilización después de una apoplejía. Hace una bola con el papel y la tira al suelo, junto al primer dibujo descartado. María ya los recogerá. Paciencia, se dice. Y descanso. Pero estos esgarceos con el arte son el único descanso que él es capaz de concebir.

Coge otra vez el libro de Rembrandt. La cubierta posterior se abre y algo se desliza y cae al suelo. Una revista, abierta, a sus pies. En blanco y negro, con un joven en tejanos en la tapa: *Physique Pictorial*. Whale deja el libro de Rembrandt y recoge *Physique*.

Oh, sí, dice por lo bajo, al sentarse en el sillón a mirar las fotos. De esto sí me acuerdo. Músculos, piel, cuerpos. Salvo el robusto personaje de la tapa, ninguno de los modelos va cubierto con algo más que un trozo de cordel. Cuerpos: depilados, brillantes, con un tatuaje ocasional que sugiere una vida ajena a toda fantasía de lujo. Cachas del cuello para abajo, las caras insulsamente americanas como las vallas publicitarias de la autopista. Éste es demasiado joven —a Whale no le gustan los niños— y este otro demasiado tonto; ¿quién se excitaría con un hombre desnudo que seca los platos? Quizás lo hayan puesto así para tranquilizar a los censores. A Whale las fotos le parecen ridículas y, sin embargo, conmovedoras. No, no lo emocionan de la manera en que se supone que deben hacerlo, pero le traen recuerdos de haber tenido, alguna vez, esa emoción.

Ahora ya sabe por dónde empezar. Aquí está su claro en el bosque. ¿Para qué perder tiempo imitando a Rembrandt cuando puede dibujar algo que podría emocionarlo de una manera más primaria y directa? Hoy no, mañana, así tendrá algo que esperar con ilusión. Vuelve a hojear la revista, en busca de un cuerpo que lo conduzca hasta el Arte.

Se oye un débil borboteo junto a la ventana. El jardinero está limpiando la piscina.

La piscina de Luc, el regalo de Whale a una última tentativa de amor que nunca prosperó. Ya era demasiado viejo para el amor, se sentía demasiado cómodo en su soledad. A Luc no parecía importarle. La piscina atrajo como un cebo a los amigos

del sustituto de David, chicos americanos de su edad que conocía en la playa o en el gimnasio e invitaba a comidas al aire libre y fiestecitas en la piscina, Whale siempre echado en una tumbona, en la puerta del estudio, un martini en la mano, un cigarro en la otra, como un inofensivo tío mayor que se divertía observando a los muchachos pavonearse y broncearse y chapotear en la piscina. Y al caer la noche, cuando la mezcla de alcohol y de ambiente era la justa, los bañadores a veces volaban por el aire y la piscina a oscuras se convertía en un pozo rebosante de sombras desnudas.

Whale se ha acercado a la puerta mientras recordaba esas noches de hace sólo dos veranos. El jardinero peina el agua con una pala de gasa, recoge las hojas caídas y los insectos ahogados. Tiene los hombros anchos, el pecho lampiño y, de perfil, una barriga sensual y juvenil. Su cara revela más años de los que le había supuesto desde la casa, es mayor que los chicos de la revista, tiene una nariz un punto aplanada y un aire de matón que lo hace atractivo.

—Buenos días —dice Whale.

—Buenas —gruñe el jardinero, sin mirarlo.

Whale se le acerca, las manos en los bolsillos. No piensa caer en la ridícula costumbre de darle la mano a la servidumbre.

—Me llamo Whale. Soy el dueño de la casa.

—Muy bonita —le responde, mirándolo de lado mientras da otra pasada con la pala. Un ligero remolino agita la superficie del agua.

Whale está lo bastante cerca para leer el tatuaje azul que lleva en el bíceps: cuatro palabras, una encima de la otra: «Antes muerto que humillado». Un sentimiento muy pintoresco, muy juvenil, se dice Whale, creer que la muerte es preferible a cualquier cosa.

—¿Y usted es...?

—Boone. Clayton Boone.

—Hace usted muy bien su trabajo, señor Boone. Muy bien.

Whale finge inspeccionar el patio, principalmente para comprobar si Boone se toma la molestia de mirarlo. Pero no, sigue concentrado en la piscina.

—Disculpe, pero no he podido evitar leer su tatuaje —dice Whale, resuelto a que le preste atención—. ¿Esa frase...? ¿Qué significa?

El jardinero levanta la pala del agua e, irritado, se vuelve y le echa una mirada nerviosa.

—No significa que me he puesto de rodillas, jefe, sólo que estuve en la Marina.

—Ah, ¿fue usted *marine*? Admirable.

Sí, no hay duda de que Boone tiene esa virilidad fría y huraña que a los norteamericanos les parece peligrosa en los delincuentes juveniles pero apropiada en sus soldados.

—Sí, *Semper fi* —masculla Boone.

Whale supone que el joven ha luchado en Corea —es de esa edad—, pero no tiene ganas de romper el hielo sólo para oír más historias de guerra.

—Parece que va a hacer calor —comenta—. Una chicharrina, como se dice por aquí.

Le gusta hacer notar que es inglés. Aquí a los extranjeros les toleran cualquier cosa.

—Sí —gruñe Boone—, será mejor que siga con el trabajo.

Whale se cubre la boca con el dorso de la mano y se aclara la garganta. Lleva un par de años ya sin probar suerte, pero tiene que intentarlo, por amor a los viejos tiempos.

—Cuando termine, señor Boone, puede darse un baño en la piscina si le apetece. Aquí estamos solos. Y si no ha traído bañador, no se preocupe.

Boone, sin decir una palabra, lo mira.

—Además, ¿no cree que es más sano zambullirse como Dios nos trajo al mundo?

Su mirada se endurece, como si viera a Whale por primera vez. ¿Y qué ve? Un marica viejo, un mariposón chafado. Sí, ahora lo entiende, y alza en señal de disgusto el labio superior. La mirada se congela cuando Boone le vuelve la espalda.

—No, gracias. Tengo otro trabajo esta tarde.

—Bueno, ¿otro día, tal vez?

Pero Whale siente que ha pisado terreno peligroso. La mayoría de los hombres, al margen de sus gustos, suelen reaccionar con una sonrisa nerviosa a tales proposiciones, pero éste ha parecido ofenderse.

—Será mejor que le deje terminar la faena. Y siga trabajando así, señor Boone. Buenos días.

Whale regresa deprisa al estudio, sonriendo para sí mismo, encantado con este rebrote de su atrevimiento. No le importa no haber tenido éxito; ya tendrá otras oportunidades. El estudiante universitario que vendrá a visitarlo por la tarde, por ejemplo. Pero cuando este tipo lo ha mirado, ha apreciado tanto resentimiento en sus ojos, una ira tan animal que, por un instante, se ha asustado. Restos de ese miedo siguen vibrando en su pecho cuando se queda solo en el estudio. Llevaba tanto tiempo sin sentir miedo de un hombre vivo —excepción hecha de los médicos— que la sensación le resulta curiosamente excitante. E interesante, muy interesante.

2

Se siente terriblemente abierto al mundo y el mundo parece entrar en él a raudales. El joven larguirucho y pelirrojo está nervioso, excitado, asustado incluso, pero no puede mover un solo músculo.

—No te muevas, Jimsy. Echa la cabeza para atrás, un pelín.

Tozer se ha sentado en la hierba, a unos tres metros de él, con un grueso bloc de dibujo en las rodillas y un sombrero hongo cubriéndole el pelo charolado. Las bicicletas descansan contra el muro de piedra del granero en ruinas. Una mañana de verano de 1910, un domingo, a la hora en que todo el mundo está en la iglesia, dos hombres se entretienen en un claro del bosque, detrás de las ruinas y del camino de sirga de un canal abandonado en las afueras de Dudley, pequeña ciudad fabril de la región de las Midlands conocida como el Black Country. No puede decirse que las ruinas sean antiguas, pues datan de la época de Napoleón, mucho antes de que la llegada del ferrocarril y el nuevo canal volvieran obsoleto ese camino. El agua está negra de la escoria que río arriba vierten las acerías.

Los hombres están sentados sobre sendos cuadrados de tela recubierta de caucho, el equipo estándar de cualquier artista dominguero. John Tozer, que luce orgulloso cuatro pelos de bigote, con su chaleco y su camisa blanca de cuello almidonado parece un trabajador respetable. Se ha quitado la chaqueta y arremangado los puños de la camisa para no mancharlos con el carboncillo.

Frente a él, su figura recortada contra un fondo de helechos amarillos y troncos manchados de hollín, el joven James Whale, de veintiún años, apoyado en los codos en la clásica pose del *Gálata moribundo*^[4]. Se siente incómodo, nerviosamente desnudo.

Pero no hay nada clásico en su desnudez; Jimsy parece más bien un conejo desollado. Su largo torso no es mucho más grueso que las extremidades, y su carne tiene el color del arroz con leche. Sin embargo, tiene los brazos increíblemente musculosos, y las manos, curtidas y correosas de muchas horas de trabajar el metal. Como su padre y todos sus hermanos, Jimmy Whale trabaja en una fábrica seis días por semana. Mientras posa para Tozer intenta poner la acartonada expresión de un retrato de estudio fotográfico, pero sus ojos veleidosos no paran de moverse y parpadear.

—¿No puedes ir más rápido? —murmura Jimmy.

—*Ars longa, vita brevis* —dice Tozer, que ha estudiado más, y más latín—. ¿O era «polla longa»?

—Calla y dibuja.

Los dos hablan con acento de las Midlands, como si tuvieran una congestión nasal que les ahogara las consonantes y les bajara el tono al hablar. Whale trata de combatir este acento con una dicción refinada, pero se olvida cuando está

preocupado. Su dicción y sus gestos tienen algo afeminado cuando no se controla. Cultiva un aire de aristocrática reserva, y no sólo por ambición, sino porque es el único disfraz que ha encontrado para ese amaneramiento que arranca burlas y silbidos a sus compañeros de trabajo. Jimmy Whale se avergüenza de casi todo lo que tiene que ver con su persona.

—Relájate, Jimsy. Por aquí no pasa nadie.

—No es eso lo que me importa —dice Whale, pero no es cierto. También detesta tener que estarse quieto, en una postura que no puede más que alimentar su miedo y su excitación. Tiene miedo de su propia desnudez, y, lo que es más raro todavía, tiene miedo de su amigo vestido—. Lo que no me gusta es tener que estar sentado mientras tú dibujas. No es justo, John. No es democrático.

—Tú dijiste cruz, Jimsy.

—Pero yo soy mejor artista que tú. Si tú mismo lo dices.

Ligeramente superior a Whale, no obrero, sino empleado en una empresa de transportes y prometido en matrimonio, Tozer tiende a ser, con su amigo, el que manda en todo menos en cuestiones de arte. Entre los jóvenes de sexo masculino que acuden a mejorar su formación en las clases nocturnas de la Escuela de Artes y Oficios de Dudley, James Whale destaca por su talento y su aplicación. Invitó a Tozer a dar una vuelta en bicicleta por el campo esta mañana, quería dibujar árboles. Fue John el que le propuso que, en lugar de árboles, ellos mismos fueran los modelos, primero uno, después el otro, para suplir ese poco de práctica con modelos al natural que la escuela no les proporciona. Las clases nocturnas se limitan a copias en yeso de distintas partes del cuerpo, por miedo a que los cuerpos enteros, incluso los de yeso, puedan corromper a mentes aún no completamente formadas.

—¿Qué es lo que quieres, entonces? —pregunta Tozer.

—Quiero que termines para poder probar yo.

—Yo necesito practicar más que tú —dice Tozer, pensativo, y se mordisquea el bigote—. ¿Qué te parece si posamos los dos a la vez, tú para mí y yo para ti? ¿Dos pájaros de un tiro?

Y, si bien Whale lo único que quiere es vestirse, es cierto que si Tozer también se desnuda él se sentirá menos humillado.

—Bonito espectáculo daríamos si alguien pasara por aquí.

Tozer suelta una carcajada.

—¿Y qué verían? ¿Una pareja de pieles rojas? ¿Un par de dioses griegos junto al viejo canal de Birmingham? Eso verían. Pero tranquilo, por aquí nunca pasa nadie. —Totalmente fascinado con la idea, añade—: Bueno, lo justo es justo. —Y, sonriendo para sí mismo, comienza a quitarse la corbata—. ¿Por qué has de ser tú el afortunado, el feliz pagano echado desnudo en el bosque?

Whale está a punto de protestar pero no dice nada. Esto es lo que quiere, ¿verdad? Que Tozer se desvista. Se esfuerza por no mirar pero estira la mano para coger su cuaderno, los lápices y un poco de gutapercha de la cartera.

—¿Dónde se ha visto una estatua griega con un bloc en la mano? —se pregunta en voz alta.

—No pongamos el bloc en el dibujo.

Tozer tiene una docena de botones para desabrocharse, incluso en los zapatos. Y de pronto, ahí está, con su bombín y su ropa interior de una pieza y manga corta. Antes de desabrocharse los últimos botones, se quita el sombrero. Primero emergen los hombros y, cuando se baja las perneras, parece un hombre saliendo de su propio pellejo. Tiene el pecho peludo y el culo blanco como la leche. Tozer cuelga el pellejo vacío en la rama de un roble.

—Ahora me siento mejor —dice, dándose una palmada en la barriga. Al volverse a sentar, pasa la página, dispuesto a comenzar un nuevo dibujo.

Whale se siente aliviado y satisfecho. Han restablecido el equilibrio de las cosas, se han hecho iguales. Uno de los gozos del arte es que introduce en el mundo una nueva jerarquía. Como artista, un trabajador puede escapar a su clase y su origen, incluso conseguir el título de *sir*, como John Millais.

Están echados de lado, frente a frente, a unos tres metros de distancia. Rascando papel crudo con un lápiz ovalado. Whale consigue olvidarse de su cuerpo y concentrarse en el de Tozer, le gusta detenerse en detalles aislados; los profesores, en cambio, prefieren las impresiones de conjunto, un lamparón de totalidad susceptible de ser plasmada al carbón. Whale trabaja rápido, primero el pie, luego la pantorrilla, la rodilla levantada y el vientre arrugado de Tozer. A causa de su trabajo de empleado, su amigo se pasa la mayor parte del día encaramado a un taburete, y su cuerpo es algo más fofo que el de Whale, de carnes más firmes. Ninguno de los dos cuerpos es hermoso, son débiles imitaciones de la belleza, torpes personajes de historieta, y su desnudez en este deteriorado claro del bosque hace pensar en una caricatura de una escena de Poussin o de Claude. Whale a veces teme que toda su vida sea una historieta mala, y su amor a la belleza un tosco remedo de sus modelos. «Te crees demasiado importante», le dice su madre. «¿Quién eres tú para creerte tan importante?». Pero no puede olvidar estas dudas y ansiedades cuando se concentra para captar el acordeón del abdomen de Tozer, el ojo estrábico y nada clásico del ombligo.

No se oye nada más que el suave frufrú del viento en los árboles y el murmullo de los lápices y el carboncillo. El pequeño claro entre el bosque y las ruinas se vuelve más calmo, más misterioso. Whale siente una extraña unidad con el mundo, con su amigo y consigo mismo.

—Bueno, ahora basta con eso —dice Tozer.

—¿Basta con qué?

Tozer mantiene la vista fija en su boceto.

—No te hagas el que no sabes.

Y Whale sabe. De pronto la cara se le pone muy caliente —se ha sonrojado—, pero no puede frenar el rubor, más caliente aún, si cabe, que apunta hacia su cintura.

Lo ha asaltado de improviso mientras sombreaba una velluda axila; le horroriza que Tozer pueda verlo así, pero el horror sólo hace que se sonroje más, que se le ponga «de piedra». Está demasiado avergonzado para decir algo más que «Lo siento».

—¿No ves que me estropeas la simetría? —dice Tozer, tratando de disimular su bochorno con un chiste.

Sus caras adoptan una expresión solemne mientras los dos se esfuerzan por fijar la vista en los blocs de dibujo. Whale está demasiado paralizado por la vergüenza para seguir dibujando. Del cuerpo humano se exige belleza, no esa grosería de corral. Cierra los ojos, pidiendo con todas sus fuerzas que se lo trague la tierra.

Tozer respira hondo y echa una larga mirada a su propio cuerpo.

—Ahora ya me tienes a mí también —gruñe.

Porque en la zona del dibujo donde Whale ha dejado sólo un sombreado, Tozer también se ha empalmado. Es como un ataque de risa en la iglesia: una vez que alguien comienza, los otros no pueden evitar seguirlo.

Whale siente una ola de alivio. La vergüenza compartida es menos humillante. A los dos se les han puesto tiasas como un palo.

Tozer ríe a carcajadas.

—No le veo la gracia —dice Whale, pero aprieta con fuerza los labios para no reír él también.

—Debería dibujarla, ¿no crees? —dice Tozer—. Al estilo francés.

—¡No!

Pero Tozer ya ha empezado.

—Jimsy Whale, el semental de Plessy Lane. Quién lo hubiera dicho.

—No, John, no tiene ninguna gracia.

La idea de pintarlo se parece a meterle mano.

—Te lo advierto, John. Si me haces esto, te pagaré con la misma moneda. Y se lo enseñaré a Lucy.

—¡Hecho! Que vea entero algo que hasta ahora sólo ha atisbado.

Tozer gira el bloc para enseñarle su dibujo a Whale: una torpe figura al carbón con una polla tiesa y enorme entre las piernas.

—¡Dame eso! —grita Whale, e intenta arrebatarse el cuaderno.

Tozer ríe y se aleja rodando, hasta que el bloc queda fuera del alcance de Whale.

Y Whale le salta encima, sin parar de reír mientras lo bloquea contra el suelo.

—¡Si parece de burro! —grita Tozer, riendo también e intentando quitarse a Whale de encima, aunque con sólo una mano libre lo único que puede hacer es mantener el dibujo lejos de Whale—. ¿Dónde está el gran artista? ¿Dónde está el próximo Millais? —dice, y arroja el bloc a la hierba antes de cogerlo por la cintura para que no se escape detrás del dibujo.

—Empollón, cagueta, ya verás —dice Whale sin dejar de reír—. Imbécil, culogordo, ¿no ves que soy más fuerte que tú?

Son dos colegiales enzarzados en una lucha amistosa, con la diferencia de que

estos colegiales son hombres, y, de repente, no hay ninguna intención de pelea en el jugueteo de Whale.

—¿Y qué más, eh? ¿Y qué más? —dice Tozer, siempre riendo.

La calidez, la profundidad de una piel que roza otra piel —no la piel de un cuerpo plano, como el de un dibujo, sino con pliegues y formas, como una escultura— dejan pasmado a Whale, que, alarmado, mira a su amigo a los ojos.

Tozer sigue sonriendo y retorciéndose, pero en sus ojos la expresión también ha cambiado. Las manos, aunque relajadas ahora, siguen cogidas a las caderas de Whale.

Whale se ha quedado sin aliento.

—¿Besas a Lucy? —le pregunta—. ¿Cómo la besas?

Tozer está demasiado asustado para contestar.

—¿Así? —Y le da un beso en la mejilla—. ¿Así?

—Y le da un besito rápido debajo del bigote.

—No, así —dice Tozer en voz baja, y le coge la cabeza con las dos manos, para mostrárselo.

Ninguna experiencia anterior en toda la vida de Whale puede compararse con la confusa gloria de lo que siguió. Ni la primera vez que vio un cuadro de verdad —el Tiziano de Town Hall—, ni la repentina alegría que siente cuando una compañía de teatro ambulante pasa por Dudley y se alza el telón y ve nuevos mundos mágicamente conjurados por los bastidores pintados, las sombras de colores, las lámparas de arco, todos los trucos que contribuyen a crear emoción. Pero John Tozer es real, es un cuerpo cálido y velludo con un tenue sabor a licor de hierbas. Tratándose de pintura, el obrero pelirrojo siempre ha preferido los desnudos masculinos, y, como sintiéndose culpable, siempre ha sabido que quería de algunos hombres de carne y hueso; y ha satisfecho sus deseos en sueños. En medio de su alegría, se imagina que se pasa el resto del día retozando con Tozer, una vez tras otra, y otra y otra.

La gloria se traduce en frenéticos achuchones, jadeos, sacudidas.

Y de golpe todo termina para Whale, con una sensación de plenitud que lo sorprende. La urgencia desaparece, pese a todo el amor que siente por John Tozer. Las extremidades, enroscadas, están húmedas, tienen algo de indecoroso. Whale se da la vuelta y se echa de espaldas para mirar el cielo cubierto por unas nubes dignas de Constable —otro genio de las clases bajas— y una única línea truncada de humo negro que sube de la central eléctrica, a dos kilómetros de allí, la única que trabaja los domingos.

Tozer está echado a su lado, todavía abrazado a él; su aliento húmedo le hace cosquillas en la nuca.

—Ha sido hermoso, Jim. Mejor que con todas las chicas que he tenido.

—A mí también me ha gustado. Mucho.

Pero ya no quiere nada más de su cuerpo, ni tampoco del de Tozer..., excepto volver a dibujarlo. Pero, cuando intenta separarse, Tozer lo abraza con más fuerza.

—No, quedémonos así un ratito. Estoy tan a gusto...

—Pues quédate así y descansa, si quieres. Puedo dibujarte mientras descansas.

—No me digas que vas a ponerte a dibujar ahora. ¿Para qué necesitas dibujar?

—Es mi único día libre, y si quiero ser alguien en el mundo del arte...

Whale se aparta de Tozer y recoge su bloc, que ha quedado sobre la hierba. Se sienta en su cuadrado de hule con las piernas cruzadas y vuelve a concentrarse en el dibujo inacabado.

—Ponte como estabas —le ordena—. Al menos levanta la cabeza para que pueda terminar la cara.

Tozer le obedece, con una sonrisita.

—Estás chiflado, Jimsy. No sabes relajarte.

—Ya nos hemos divertido. Ahora, a trabajar.

Pero el lápiz ya no lo siente tan natural en los dedos como antes. Y el cuerpo de Tozer, una vez que lo ha conocido con su propio cuerpo, ya no es tan importante a sus ojos. Por hacer algo, dibuja unos cuantos trazos en el lugar donde debería ir la cabeza.

Tozer lo contempla, con un asomo de preocupación.

—No te sentirás mal por lo que hemos hecho, ¿verdad?

—Por supuesto que no. ¿Por qué me preguntas eso?

—La manera en que te refugias en tu trabajo.

—Quiero terminar este dibujo. Y no creo que hayamos hecho nada por lo que deba sentirme mal.

—Es un pecado, supongo, pero hay tantos pecados en el mundo. Estoy seguro de que nuestras pollitas han disfrutado —dice Tozer, acariciándose la suya con el pulgar y el índice.

—No te muevas.

Whale tiene los dedos pegajosos —el aceite para el pelo de Tozer— y se friega la mano en la hierba antes de volver a coger el lápiz. Pero es inútil, no va a poder terminar el dibujo.

Tozer se pone pensativo, se mordisquea el bigote, mira en dirección a Dudley.

—Lucy —dice con voz lastimera—. No puedo hacerle esto a Lucy.

—No, claro que no —dice Whale, sólo para sugerir que no deberían volver a hacerlo. No es que sienta que ha hecho algo particularmente pecaminoso; la religión metodista que él conoce es severa, pero tiene suficiente espacio para incluir toda clase de pecados —la fornicación, la bebida, la blasfemia, incluso el asesinato— sin que ninguno de ellos sea motivo para expulsar a nadie de su seno. No, Whale se siente culpable pero porque no ha podido seguir dibujando. Un hombre en su situación no puede permitirse semejantes distracciones. El sexo es igual de malo que el alcohol si uno piensa en el modo en que consume la energía, sólo hay que ver lo que les ha pasado a dos de sus hermanos por culpa de la bebida. Hasta hoy, el sexo no había sido una posibilidad; por lo tanto, tampoco había sido una tentación, y lo que de

verdad lamenta es haber disfrutado tanto, porque eso significa dilapidar la pasión que necesita para salir de la vida vulgar y rutinaria que lleva y acceder a un mundo más sublime.

—Digas lo que digas, es pecado. Un pecado contra mi futura esposa —masculla Tozer, que tiene la conciencia tan sugestionable como las partes—. Esto no puede volver a pasar, Jim. Por más bueno que sea. No me conviene, ni a mí ni a nadie que vaya a ser un hombre casado.

—De acuerdo, John. Prometo que no volveré a hacerlo contigo.

—Gracias, Jim. Sí, debemos olvidar que lo hemos hecho. Pero ¿no hay rencor?

—Para nada.

Tozer enseguida se siente mejor y levanta la cabeza para que su amigo pueda dibujarla.

Pero Whale sólo traza al margen unas líneas parecidas a signos de admiración. Podría olvidarse de lo que ha pasado, pero no para siempre. Se huele la mano izquierda, impregnada aún del olor a sexo y a aceite para el pelo.

Cuando llegue a donde quiero llegar, se dice, cuando sea alguien en el mundo, entonces podré hacerlo cuando me plazca. En cualquier momento, y todas las veces que quiera. Pero no antes. Cuando ya están otra vez vestidos y pedalean hacia la carretera asfaltada que lleva al pueblo, Tozer se comporta como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo normal. Le cuenta cosas de Lucy, le confía sus esperanzas de que un próximo ascenso le reporte el dinero suficiente para poder, por fin, casarse. Por el canal, junto al granero, los pedazos de un boceto a lápiz flotan a la deriva en el agua renegrida.

En los meses que siguen, Whale no dibuja ni un solo hombre, ni vestido ni desnudo; se limita a la arquitectura. Será un invitado más en la boda de Tozer, que se celebra un año más tarde. Se han ido viendo cada vez menos, y al final el padrino es el supervisor de la empresa, un solterón bronco y barbudo que tiraniza a sus empleados y asiste regularmente a las reuniones de la Asociación de Amigos de Walt Whitman, con sede en Birmingham. El mismo jefe que cinco años más tarde leerá en voz alta poemas de *Hojas de hierba*, escupiendo los versos a través de las lágrimas que le empapan la enmarañada barba, en el oficio religioso por los efectos personales del cabo John Tozer. Pues el cuerpo lo han enterrado en Francia. Whale sólo se entera de la muerte de John por la columna de «Héroes locales» del periódico de Dudley que su madre ha tenido la consideración de enviarle.

3

Después de un ligero almuerzo preparado por María —ensalada de berros, tortilla francesa y un vaso de vino tinto—, Whale se sienta a mirar «Mientras el mundo gira» por televisión antes de irse a dormir una siestecita en el dormitorio. Es un descanso seguro, sin sueños, del que despierta despejado y con el dolor de cabeza atenuado.

Se pasa la hora siguiente preparándose para recibir a la visita que vendrá a tomar el té de la tarde. Se cambia de camisa dos veces y se prueba dos o tres corbatas antes de decidirse por una pajarita azul a lunares. Se pasa también un largo rato estudiándose en el espejo de la cómoda. Alza la barbilla hasta encontrar una pose masculina, militar; después estira el largo labio superior en busca de un toque de aristocrática inescrutabilidad. Pueden ponerle sesenta, ¿verdad? ¿Cincuenta y nueve? ¿Cincuenta y ocho? Una de las enfermeras le dijo que le recordaba al duque de Windsor, pero Whale cree que tiene una boca más juvenil y sensual que el príncipe perdidamente enamorado de la plebeya. Hace veinticinco años David le dijo que se parecía al arquetipo de la sexualidad masculina, el «Hombre de las camisas Arrow». Pero ya no se parece a nadie. Necesitaría el bronceado que perdió en el hospital para ocultar las profundas arrugas alrededor de los ojos, los surcos a ambos lados de la boca. Se cepilla un poco más el pelo blanco, con su cepillo de plata, el que lleva grabado su monograma.

Sabe que no hay motivo para acicalarse tanto, pero hace ya mucho tiempo que no recibe a nadie. Cuando regresó del hospital, entre las cuatro o cinco tarjetas que le deseaban una pronta mejoría, lo esperaba una carta.

Querido señor Whale:

Soy un estudiante de cine de la Universidad de California del Sur. Siempre he admirado muchísimo las películas que usted ha dirigido, no sólo las de terror, sino también la original *Magnolia*. ¿Me permitiría hacerle una entrevista para un artículo que espero escribir pronto? Sé qué debe de tener una agenda muy apretada, pero le prometo que haré todo lo posible para ser breve. Tengo conocimientos de taquigrafía y podré registrar hasta la última preciosa palabra que se digne compartir conmigo.

Cordialmente,

Edmund Kay

Eso sí era algo interesante. Le emocionaba que un desconocido supiera quién era. Una vez se deja de trabajar y la gente ya no nos encuentra utilidad, hasta los amigos de la profesión se olvidan de que uno existe. La última vez que alguien quiso verlo fue hace un año, cuando un desenvuelto y joven productor de televisión de Nueva York vino a pedirle no que dirigiera algo para la televisión —una posibilidad que

Whale consideró con esperanza y preocupación al mismo tiempo—, sino que participara en el concurso «Tengo un secreto». «Su secreto podría ser algo así como “Yo creé a Frankenstein”». Whale, cortés pero estricto, se negó. No iba a abandonar su intimidad por cinco minutos de notoriedad, ni a presentarse como un viejo gracioso en una barraca de feria.

Pero esta carta era diferente, personal, misteriosa. Un joven quería sentarse a conversar con él largo y tendido. La misma mañana en que el doctor le autorizó a prescindir de la enfermera de día, le dijo a María que llamara a Edmund Kay y fijara una cita para la hora del té. Podría haber quedado como un desesperado si lo llamaba personalmente.

—Un chiquillo. Muy joven —le informó María después de llamar a Kay.

—¿Hay té helado, María? —pregunta Whale al regresar del dormitorio—. ¿Sándwiches de pepino?

—Sí, señorito, señor Jimmy.

Los sándwiches puede que estén de más, pero son exactamente lo que un joven norteamericano espera de un té inglés digno de ese nombre. Whale se acerca al aparador y selecciona dos pesados habanos de la caja de caoba. Sólo le permiten uno al día, pero coge otro más, por si acaso al señor Kay le apetece. Se pasa un cigarro suave y oloroso por debajo de la nariz antes de guardarse los dos en el bolsillo interior de la chaqueta.

Suena el timbre y Whale se sienta en su butacón, se arrellana bien antes de que María abra la puerta, y coge un libro encuadernado en piel granate que había dejado sobre la mesa, el Dickens que la semana pasada abandonó cuando se dio cuenta de que no podía leer nada más denso que un periódico. Y no alza la vista hasta que María entra con el visitante.

—El señor Kay, señor —anuncia María.

—¿Sí? —dice, fingiendo que la presencia de una visita le sorprende.

Kay, un muchacho delgado con un jersey de cuello en V, se ha quedado junto a la chimenea, mirándolo. Tiene el pelo negro y corto, y un gracioso flequillo. Kay descansa todo su peso en una cadera caída, los brazos flácidos y nerviosos enroscados a la espalda. No es que Whale esperara a un futbolista o a un estudiante de la USC con pinta de gamberro, pero la verdad es que se siente algo defraudado. Edmund Kay es, sin lugar a dudas, un maricón recién salido del huevo de la adolescencia.

—Ah, sí, el señor Kay. Casi lo había olvidado. Habíamos quedado en que venía a tomar el té —dice, y, poniéndose de pie, le tiende la mano.

—¿Es usted James Whale? Señor Whale —dice Kay con más aplomo, y desenreda los brazos para darle la mano. Tiene una vocecita de rana, una voz como la de un niño afónico, y el apretón de manos más ligero que el roce de una pluma.

También parece judío, aunque eso a Whale no le importa. No tiene ideas románticas sobre los judíos, ni negativas ni de otra clase, no en esta ciudad. Si hasta

David, por ejemplo, se llama en realidad Levy.

—Es un verdadero honor, señor Whale. Usted es uno de mis directores favoritos de toda la historia del cine —dice Kay con una sonrisa—. No puedo creerme que esté aquí, con usted.

—No, y ojalá no pueda nunca —dice Whale, amable, y en un tono en el que intenta mezclar socarronería y desprecio por sí mismo.

Pero el muchacho está demasiado emocionado para captar el sarcasmo.

—Y ésta es su casa. ¡Vaya! ¡Vaya, vaya! ¡La casa de Frankenstein! —dice Kay, que lo inspecciona todo sin dejar de sonreír—. Es más moderna y sencilla de lo que me esperaba. Pensaba que vivía en una mansión.

—Me gusta vivir con sencillez.

María asiste solemnemente a este primer intercambio de impresiones, con su rostro implacable fijo en Kay y echando subrepticias y suspicaces miradas a Whale.

—Oh, sí. Y ya sé que las películas no tienen por qué parecerse a la vida de quienes las hacen —dice el joven, y, acercándose de repente, añade con una especie de gruñido—: Me encantan los muertos; no soporto a los vivos. —Y suelta una risita aguda y afeminada.

Whale consigue contener una mueca de disgusto con una sonrisa cortés.

—Es mi frase favorita de la película que más me gusta de las tuyas, señor Whale: *La novia de Frankenstein*.

—¿De veras? He dirigido tantas películas que no puedo recordarlas todas.

—Pero las de terror las recuerda, ¿verdad? Son las mejores.

—¿María? —dice Whale—. Creo que tomaremos el té abajo, junto a la piscina. Si al señor Kay le parece bien...

—Por supuesto. Y la entrevista, no se olvide. Porque me dejará entrevistarle, ¿verdad?

—Si lo desea. Aunque me temo que si espera que le cuente anécdotas, descubrirá que soy un tipo aburrido.

Antes de que Kay llegara, había pensado enseñarle la casa, una especie de visita guiada, pero las efusiones y el fervor del muchacho pasarán más inadvertidos al aire libre.

—Después de usted, señor Kay —dice Whale abriendo la puerta trasera. En un rápido reconocimiento por detrás, destacan unas anchas caderas y un trasero relleno. No, no es su tipo, pero no puede negarse que es un personaje divertido.

El jardinero se ha ido, y el dulce aroma de la hierba cortada sigue impregnando el aire del jardín. En el camino que baja hasta la piscina Kay no deja de hablar. Toda su timidez inicial en presencia del «gran director» parece haberse esfumado.

—Me encantan las grandes películas de terror, no esta basura de ahora, las que ponen en los cines al aire libre. ¿Y qué me dice de esa otra basura, la mezcla de terror y ciencia ficción? Seres de otros planetas y lagunas negras. Insectos gigantes, avalanchas de insectos gigantes. El mes pasado vi una de caracoles en el Valle

Imperial. ¿Qué pasa con las de antes? ¿Ya no se hacen películas como las tuyas, señor Whale? ¿Como las de Tod Browning, como las de Robert Florey?

Whale se estremece al oír los nombres con los que el estudiante pretende hacerle compartir cartel.

—Pero las tuyas son las mejores, señor Whale. Las de Frankenstein, *El caserón de las sombras*, *El hombre invisible*. Son espléndidas, tienen estilo. ¡Y qué humor! Dios mío, el público de entonces debió de volverse loco con las cosas que usted hacía. Como esa frase, «amo la muerte, detesto la vida». ¿Era así, señor Whale? ¿Cuando el doctor Pretorius encuentra al Monstruo en la cripta, con la calavera que va a ser su novia? Y después Pretorius le dice —el susurro inexpresivo con que Kay imita a Thesiger es perfecto, aunque no puede decirse lo mismo de su acento inglés—: «Eres de los más sabios de tu generación».

—Éste —dice Whale, señalándose con la cabeza— es el estudio en el que ahora me dedico a pintar. Un hobby que comparto con Winston Churchill.

—Muy bonito —dice Kay, pero se niega a que le cambie de tema—. Y la iluminación, y el encuadre, hay que remontarse al cine mudo alemán para encontrar algo parecido. ¿Conoció usted a alguno de los grandes directores del cine alemán, señor Whale? ¿Pabst? ¿Lang? ¿Murnau? ¿Reconoce influencias de Murnau en su trabajo?

Por fin el muchacho ha mencionado a alguien que Whale no desprecia.

—No, lo conocí, pero sólo brevemente, cuando llegué aquí. Poco antes de que muriera. Un gran director, cierto, pero no, no puedo decir que haya influido en mi trabajo.

—Sabe cómo murió, ¿no?

Whale frunce el ceño.

—He oído cosas. Venga, por favor, siéntese —le dice, señalando las sillas blancas de hierro que rodean la mesa al borde de la piscina. La sombrilla abierta arroja una fresca sombra oval—. Enseguida María nos servirá el té.

Kay se sienta y abre su bloc de notas mientras Whale acomoda los huesos contra los espirales de hierro de las sillas.

—¿Empezamos? ¿Cuándo nació?

Whale sonrío otra vez, pero con sonrisas cada vez menos indulgentes.

—Señor Kay será mejor que conversemos. Claro que puede hacerme preguntas, pero creo que hemos de tomárnoslo con calma.

—Sí, lo siento, tiene usted razón —dice Kay, con una mueca de reproche dirigida a sí mismo—. Lo que ocurre es que... me emociona tanto estar aquí que no puedo contenerme. Quiero decir, ni siquiera sabía si usted aún vivía hasta que me llamó su secretaria.

No hay malicia en ese comentario. Al parecer, no hay astucia ni motivos ocultos en Kay, y todas esas flores no son nada más que el ímpetu propio de la juventud. Un muchacho afortunado, piensa Whale. Él nunca pudo permitirse ser tan espontáneo y

natural. Ojalá hubiera nacido en este país.

—Le propongo que nos conozcamos mejor, señor Kay. —El apellido ha adquirido un sonido siniestro, alfabético—. Me dijo que era usted estudiante en la universidad...

—De California del Sur, sí, señor.

—Y estudiaba... ¿cine?

—Oh, bueno, historia del cine.

—¿Igual que se estudia historia antigua o teatro isabelino? Qué curioso, no tenía idea de que podía ser objeto de estudio académico. En Oxford, en mis tiempos, la gente estudiaba sólo cosas muertas y enterradas al menos cien años antes.

—Usted es inglés, ¿verdad?

—Ah, ha adivinado mi pequeño secreto.

María llega con una bandeja cargada de sándwiches, una jarra de té frío y un plato con melindres.

—Gracias, María, eres muy amable.

María deja escapar un muy audible suspiro y vuelve a la casa.

—Le confieso que he adquirido la costumbre local de beber té helado —le dice a Kay—. Lo que se pierde en sabor se gana con creces en efecto refrescante. ¡Oh!, emparedados de pepino —dice, aunque Kay hace una mueca al dar el primer mordisco—. Cortado muy fino.

Kay abre su sándwich para comprobarlo.

—Exacto —dice, riendo.

—Supongo que querrá usted hacer cine.

—No, yo no, dirigir no, pero sí ver, y escribir sobre cine, el cine de antes. Las películas de ahora apestan. Jerry Lewis, ¿lo conoce? ¿Doris Day? ¿*Los diez mandamientos*? Detesto el color, ¿usted no? Todos esos colores chillones, planos. Ya no los hacen como antes, no puede negarse.

Whale necesita que lo adulen —las películas modernas son frías y relucientes como los coches último modelo— pero no puede evitar sentirse como un destartado mueble Victoriano que acaba de descubrir un anticuario conversador. Kay sólo es un muchacho, pero tiene ese amor al pasado típico de los maricas carrozones. Lo viejo es bueno porque es viejo y no tiene dientes. Y uno espera conservar siempre un toque contemporáneo, como los Viejos Maestros de la pintura. Whale tiene que recordarse que sólo están hablando de películas de terror.

—¿Empezamos? —pregunta—. ¿Qué quiere saber?

Kay se limpia las manos con una servilleta.

—Todo. Todo lo que quiera contarme. —Y coge su bloc de notas y un bolígrafo—. ¿Cuándo nació?

—El 22 de julio. De 1896.

Espera a ver si Kay apunta el año.

—Hijo único de un eclesiástico que era director en Harrow^[5]. Una familia llena

de eclesiásticos. Y de militares. Mi abuelo era obispo, de la Iglesia de Inglaterra, claro. —Whale desliza la vista hacia el océano, relajado en su papel de entrevistado—. De joven yo era bastante golfo, me metía en un lío detrás de otro. Estudié en Eton; no queda bien que el hijo de un director estudie donde enseña su padre. Iba a pasarme a Oxford el año que estalló la guerra. La primera, la Gran Guerra, ya sabe. Ustedes tuvieron una Guerra Buena, pero nosotros tuvimos una grande.

Whale observa si el muchacho sonrío con su ocurrencia, pero Kay se limita a seguir escribiendo.

—Nunca llegué a la universidad. Me alisté. Y después de servir a la patria (fui teniente) y de pasar un año en un campo de prisioneros, estudiar parecía superfluo.

Cuando llegó a Hollywood contaba que sí había ido a Oxford, hasta que un día un guionista listillo le preguntó a qué *college*.

Whale hace una pausa para que Kay pueda preguntarle sobre su experiencia como prisionero de guerra; no quedaría bien que él mismo llamara la atención sobre ese momento de su vida. Pero el muchacho sólo asiente y dice:

—Siga, ya lo alcanzaré.

—Fue una gran vergüenza para la familia que después del Armisticio me dedicara al teatro. No era normal entre la gente de buena familia, ¿me entiende?

Inventarse esta vida solía procurarle un extraño placer. A medida que las mentiras se iban perfeccionando y repitiendo a lo largo de los años, hasta él llegó a creer que ése era su pasado. Pero hoy las mentiras suenan diferentes, tal vez por la facilidad con que Kay se las traga, o por el hecho de llevar muchísimo tiempo sin contarle a nadie este cuento de hadas. Quizás sea un efecto del derrame, que ha mermado su disposición a la fantasía. Sea como sea, esta bonita historia, hecha con retazos de vidas de personas que ha conocido y de libros que ha leído, no resulta tan convincente como antes, la siente como un traje para el que ha quedado demasiado delgado y ya no puede seguir usando. La verdad está más cerca de él ahora, espía por encima del hombro.

—¿Dice que se dedicó al teatro? —pregunta Kay.

—Sí. Empezó a gustarme en el campo de prisioneros. Teníamos tanto tiempo libre que organizamos un teatrillo de aficionados. Los alemanes nos apoyaban, no sé, puede que creyeran que íbamos a montar *Hamlet* o *La tempestad*. A los alemanes más viejos les gustaba mucho Shakespeare, y se llevaron un buen chasco cuando se enteraron de que nuestra primera función sería con *La tía de Carlos*. A los nuestros les encantó, pero los hunos de las primeras filas, con toda su rigidez prusiana y sus caras de piedra, no entendieron nada de nuestra comedieta sobre un estudiante de Oxford vestido de mujer.

Una vez más, el muchacho no pica. Whale deja de hablar de la guerra como si fuera una causa perdida.

—Después, cuando volví —dice, aclarándose ruidosamente la garganta—, ya me había picado el gusanillo del teatro, quería formar parte de ese mundo. Las candilejas,

los trucos. Comencé de actor. El físico me ayudaba, y con mi entusiasmo compensaba lo que me faltaba de talento. Entré en una pequeña compañía que hacía funciones por provincias. Leeds, Newcastle, Birmingham, Dudley. Casas heladas y húmedas, trajes comidos por las polillas y piezas también bastante apolilladas. Un espanto, una vida algo desesperada, primitiva. —Ha dejado que la verdad se cuele en esta historia, pero ya no le molesta como antes—. Fue una experiencia muy buena, muy valiosa. Aprender a vivir con los caprichos del público, con las vicisitudes del destino. Aprender a aguantar los golpes. Y conocí a gente que después fue muy importante en mi vida, incluido el señor Ernest Thesiger, el que hizo el papel del doctor Pretorius en *La novia*, ya sabe. También hizo de Femm en *El caserón de las sombras*.

A esta altura, Kay garabatea con frenesí.

—Ernest venía de un medio muy distinto..., quiero decir, similar al mío. Buena familia, servicio militar en el frente, una actitud beligerante ante la vida. A veces podía ser un tipo desagradable, muy ingenioso y mordaz. Se parecía mucho al doctor Pretorius. Y la verdad es que no se avergonzaba para nada de sus... excentricidades, no le daban ninguna vergüenza. —No, no quiere hablar de eso, especialmente al ver que el muchacho también tiende a ese comportamiento—. Por ejemplo, en el teatro, y después en los estudios, ¿sabe cómo se relajaba el ex comandante Thesiger? Pues se sentaba en un rincón con aguja e hilo y se ponía a bordar con toda tranquilidad.

—¿Y qué bordaba?

—Oh, no sé; pañuelos, esas cosas.

—¿Cuándo murió?

—Pues aún no ha muerto. Al menos que yo sepa.

La idea de que Thesiger pueda haber muerto le produce una extraña inquietud.

—En sus películas parece terriblemente viejo.

—Thesiger nació viejo y reseco, era una especie de fósil. No, Thesiger no morirá nunca.

—Karloff aún vive.

—Sí, sospecho que sí.

—Pero Colin Clive ha muerto.

—Para toda la eternidad. —No le gusta el curso que ha tomado la conversación, y con evidente irritación trata de pasar a otro tema—. Bueno, como le iba diciendo, después de todas esas aventuras volví a Londres convertido en un actor más sabio, más avezado. Eso fue más o menos en..., sí, en 1925.

Kay vuelve a sus notas, con menos avidez que antes.

—Seguí actuando, pero consciente de mis limitaciones. Oh, era bastante guapo, podía interpretar protagonistas jóvenes unos cuantos años más, pero tenía los días contados. Por suerte, tenía una habilidad especial con el lápiz y el papel, un pasatiempo que había aprendido en la escuela. Comencé a diseñar decorados, a menudo para las mismas piezas en las que actuaba. Fueron años locos en el teatro de Londres, todo bastante chapucero y bohemio. Fue entonces cuando conocí a Elsa

Lanchester...

—¡La Novia!

—Sí, en efecto. Pero en esa época era artista de cabaret. De niña había bailado con... una bailarina famosa de aquí. Pero cuando la conocí llevaba con un amigo un pequeño cabaret, el Cave of Harmony. Un antro en un callejón de Soho, pero muy encantador, bastante bohemio. Elsa cantaba viejas canciones cómicas, me acuerdo de una en particular —Whale sonrío al recordar el título—, «I Just Danced with a Man Who Danced With the Girl Who Danced with the Prince of Wales^[6]».

Casi puede escuchar a Elsa, ver su boquita de colegiala y las graciosas caras que ponía cuando imitaba el desopilante delirio del personaje; de golpe le vuelve el olor de perfumes dulzones, la parafina de las velas con que iluminaban el cabaret, simples velas blancas en botellas de vino vacías.

—No puede imaginarse cómo era la vida en aquellos años —prosigue—, sobre todo para alguien que había pasado por tantas, tantas cosas.

La emoción lo embarga por sorpresa; hacía años que no se acordaba del Cave of Harmony.

—En Londres, los años veinte fueron como un largo día festivo, un descanso de todo lo serio y respetable. Los que brillaban eran los Mitford y los Sitwell, y ese novelista, ¿cómo se llamaba?, Evelyn Waugh. Una vez vino al cabaret. Pero todos, absolutamente todos, los ricos y los pobres, nos lo pasábamos en grande. Fue la última hornada de bohemios. Créame, a estos poetas de ahora, con sus bongós y sus barbas, no tenemos nada que envidiarles. Teníamos bebida, jazz, aunque a mí el jazz nunca me gustó especialmente, pero sí la actitud que postulaba. Haz lo que te plazca y que el diablo les dé por culo a todos. —La grosería que se le ha escapado le hace reír—. Y Dora, Dora Zinkiesen.

—¿Cree que debería apuntar ese nombre?

—No. Sólo fue una amiga, una escocesa encantadora con la que bailaba el tango. En el Cave.

Recuerda, en los músculos de los hombros, la energía del tango, los avances, los frenazos bruscos, él y la espigada Dora cambiando de pose como dos flamencos de cuerda. Le había encantado bailar con Dora, tanto que llegó a confundir el tango con el amor y le propuso matrimonio, cosa que ella, muy prudente, rechazó.

—Y éramos todos tan jóvenes. Guapos, despreocupados y jóvenes. Excepto Charles. El sombrío Charles. Charles Laughton, antes de que se casara con Elsa. Le caí gordo desde el primer día. Yo creía que lo que le molestaba era mi pasado vulgar; él no se rebajaba a ser amigo de alguien con una familia que llevaba un hotel de temporada en Yorkshire. Era un engreído. Pero años más tarde, cuando todos estábamos ya en Hollywood, comprendí que teníamos algo en común.

—Un amigo me contó una historia de Laughton —interrumpe Kay, con un malicioso y casi imperceptible movimiento de las cejas.

—Sí, en esta ciudad hay varios jovencuelos con muchas historias que contar —

dice Whale, para dejarle bien claro que no necesita escuchar ni una más—. Hice de hijo suyo en una pieza titulada *The Man with Red Hair*, yo mismo diseñé la escenografía, y también fui director de escena. Laughton era un tipo difícil, podía ser un suplicio trabajar con él. Uno nunca sabía con qué se iba a descolgar. Y eso puede ser maravilloso para un actor de verdad, tener que mantenerse alerta, pero llegué a la conclusión de que yo no era un actor de verdad. Después de esa pieza poco a poco fui dejando de actuar, me dediqué más a la escenografía, hasta que hice unos pinitos en la dirección. Me habían contratado para la escenografía de *Journeys End*, una pieza de la que nadie esperaba mucho. La había escrito un empleado de una compañía de seguros, un tal Bob Sherriff, un tipo simpático aunque, en el fondo, un inconsciente. Tenía los hombros más anchos y el trasero más pequeño que he visto en un hombre. Hacía remo, uno de esos deportes tan ingleses, y vivía muy feliz con su madre. Hace poco he oído decir que sigue con su madre. Bob escribió la pieza para su club de remo, necesitaban recaudar fondos para comprar botes nuevos. Pero nadie se atrevía a montarla. «Demasiado morbosa», decían. Todo pasaba en un refugio subterráneo en las trincheras. No había canciones ni bailes ni papeles para chicas bonitas, y todos los directores veteranos la rechazaron. No era comercial, demasiado trabajo para una recompensa más que escasa. Entonces me ofrecí, me di muchos aires para convencerlos de que estaba capacitado para hacerlo. Y lo hice. Para sorpresa de todos, incluido yo, *Journeys End* fue un exitazo. Con esa obra hicieron carrera todos los que participaron de una forma u otra.

—Nunca la había oído mencionar.

—No me sorprende. Aunque fue también mi primer largometraje, no sé si lo sabe.

—¿Cuánto falta para que lleguemos a *Frankenstein*?

El tono de aburrida queja de la pregunta lo sorprende. Mira el bloc de notas para ver qué ha escrito el muchacho, y aunque no sabe taquigrafía, Kay parece haber apuntado muy poco desde la última vez que Whale miró.

—Sherriff se escribe con doble erre y dos efes.

Pero Kay no escribe nada, ni siquiera cuando Whale lo mira; ni siquiera ha incluido a Bob.

—¿Me equivoco si supongo, señor Kay, que no soy yo quien le interesa, sino mis películas de terror?

El muchacho se pone nervioso.

—Oh, no, quiero oírlo todo. Pero la mayor parte de lo que me ha dicho creo que no merece la pena apuntarlo.

—Ya entiendo.

Le había dado tanto placer recordar sus días de Londres que le duele pensar que para su entrevistador sólo fue una cháchara intrascendente. ¿Qué había esperado? ¿Que un crío con flequillo se interesara por su posteridad? ¿Alguien con tantas ganas de escuchar la historia de su vida como David cuando se conocieron? Desde que la compartió con David, no había vuelto a contarle a nadie su biografía completa y

verdadera.

—Tiene usted que comprender, señor Kay, que las películas de terror fueron un *divertimento*, nada más. Películas de entretenimiento, gran guiñol para las masas. La película de la que sí estoy orgulloso es *Magnolia*. Con Paul Robeson y Helen Morgan.

Kay parece horrorizado.

—*Magnolia* es fantástica, pero... no puede usted creer que es la mejor, señor Whale. Sus películas de terror son clásicos. Todo el mundo las conoce.

Cuando la gente le alaba sus películas de terror, Whale teme que estén siendo condescendientes. Sin embargo, cuando las califican de basura, se siente herido, insultado.

—Sí, es cierto que tienen vida propia, que han seguido viviendo sin mí.

—Pero la gente también debería recordar al director. Yo lo recuerdo, por eso he venido. Quiero saber más cosas del hombre que hizo *Frankenstein*.

—Y que hizo otras cosas en su vida.

—Claro, pero a usted lo recordarán por sus películas de terror.

El cambio de humor de Whale, el enfado y el resentimiento que han sucedido a la alegría, es tan abrupto que parece propio de un demente.

—Aún no me he muerto, señor Kay.

—No, no he dicho eso. Tampoco que morirá pronto —añade Kay, sin demasiada convicción.

Whale siente un odio inexplicable por el muchacho, un odio que trata de combatir concentrándose en su juventud, en las manos delicadas, en la nariz respingona. No es guapo, pero tampoco está tan mal. Hace años, en Londres, al encontrarse a un chico así entre bastidores o en el cabaret de Elsa, Whale habría superado su resentimiento o su rivalidad llevándose a la cama. El sexo era un magnífico nivelador, aunque sólo durase de diez a treinta minutos. Pero el sexo era algo que sentía muy lejano desde que volvió del hospital. La mera idea de sentir que este muchacho le despertaba el deseo se parecía a mirar algo que yace en el fondo de un pozo.

—Volvamos a *Journeys End* —dice Kay—. Estaba a punto de contarme su primera experiencia en el cine.

El joven se inclina sobre el bloc de notas, decidido a ser más respetuoso.

—Quiero hacerle una propuesta, señor Kay. Esta manera de hacer preguntas y respuestas está algo pasada de moda, ¿no le parece?

—No me importa.

—A mí sí. Yo necesito que sea más... interesante. Además, lo que quiero proponerle le permitirá distinguir entre lo que para usted es necesario o prescindible. Responderé sinceramente a todas las preguntas pero a cambio quiero que por cada respuesta se quite una prenda.

La boquita de Kay se abre de golpe. Ríe, no con la risita afeminada de antes, sino con una sola carcajada que se le queda atragantada como un acceso de tos.

—Eso sí que tiene gracia, señor Whale.

—Pues claro que la tiene. Mi vida en un juego de las prendas. Un *strip-tease* biográfico —dice, y al instante se siente mejor—. ¿Jugamos?

—¿Habla en serio?

—Totalmente.

Kay echa una mirada a su alrededor, como si necesitara que un testigo le confirme que el viejo realmente le ha hecho esa proposición. Mira a Whale con el rabillo del ojo.

—Entonces, ¿los rumores son ciertos?

—¿De qué rumores habla, señor Kay?

—Que usted tuvo que retirarse porque..., ejem, por un escándalo sexual.

—Por un escándalo homosexual, querrá decir. Creo que podemos llamar al pan, señor Kay, ahora que nos entendemos. Claro que si quiere que le respondan a una pregunta de ese calibre, tendrá que pagar con los zapatos y los calcetines.

Kay se queda mirándolo y sonrío. Whale se pregunta si descartará esta pregunta y pasará a la siguiente, o si simplemente dará por terminada la entrevista. En ese momento oye un chirrido: Kay, que empuja hacia atrás la silla de hierro.

—Es usted un viejo verde —le dice con una sonrisa, y se agacha para quitarse los calcetines de rombos, después de quitarse con los pies los mocasines baratos.

—Y usted muy amable por tolerar los vicios de los mayores —dice Whale—. De la misma manera que yo tolero los vicios de los jóvenes.

Dos pies pálidos con las uñas cuidadosamente cortadas el dedo gordo del pie derecho juguetea con su vecino.

Whale, que se ha inclinado hacia adelante para examinarlos, vuelve a apoyarse en el respaldo.

—No. No hubo ningún escándalo.

Y coge la chaqueta para sacar un puro, mientras deja que el muchacho sufra pensando si eso es todo lo que piensa decirle sobre el asunto.

Kay espera; nervioso, se cubre un pie con el otro.

Whale corta limpiamente una punta del puro con un cortaplumas, y luego lo enciende con un fósforo de madera, chupa y lo hace girar hasta que la punta está perfectamente encendida. Nubes de humo azul flotan por encima de la piscina.

—¡Ah! ¡Mi otro único vicio! —le dice, y sonrío—. Supongo que querrá una respuesta más detallada.

Kay asiente.

—Estaba aburrido —dice Whale, y descansa un brazo en el respaldo de la silla mientras mueve el puro con desenfado—. Por eso me fui, nada más. Estaba harto de los encargos, películas que eran una chorrada tras otra. Me había creado unos cuantos enemigos en el estudio, y me castigaron con encargos cada vez peores. Hasta que al final, en mitad de una película horrorosa, *They Dare Not Love* (y no, querido señor Kay, no tiene nada que ver con el amor que no osa decir su nombre), me largué^[7]. Lo

dejé. Llevaba tiempo ahorrando, y como ya tenía un colchoncito bastante mullido, no veía ninguna necesidad de aguantar esa deprimente rutina ni un solo día más.

—Los enemigos ¿se los ganó por culpa de..., de su vida privada?

—¿Por ser marica? No. Y si quiere que le conteste a esa pregunta en extenso, señor Kay, tendrá que quitarse el jersey Espero que hoy se haya puesto camiseta, de lo contrario pronto haremos saltar la banca.

Kay vacila un momento, después deja a un lado el bolígrafo y se quita el jersey por encima de la cabeza. La camiseta sin mangas deja al descubierto la piel pecosa de los hombros. Se alisa el pelo hacia adelante antes de volver a coger el bolígrafo.

—No hay que olvidar cómo era Hollywood hace veinte años. A la gente le importaba un bledo quién se acostaba con quién, siempre y cuando no interfiriese en el trabajo. Pero esa norma sólo regía para las estrellas. ¿Un actor secundario? ¿Un guionista? ¿Un director? Preocuparse por nuestra conducta habría sido como preocuparse por la moral de un fontanero antes de dejarlo que arregle las cañerías. Fuera de Hollywood, ¿quién sabe quién es George Cukor? ¿Quién gasta saliva hablando de lo que hace con esos chicos que sus amigos sacan de las cervecerías de Santa Mónica y le llevan a casa? A nosotros, los directores, personas con sensibilidad artística, ya nos tenían por bichos raros, y nada de lo que hacíamos sorprendía a la gente del despacho de enfrente.

Kay lo mira con aire incrédulo.

—¿George Cukor? ¿El que hizo *Ha nacido una estrella*? Está diciendo...

—Tiene más pluma que un pavo real —dice Whale, que siempre se alegra de darle una patadita a Cukor—. Un íntimo amigo mío fue su productor asociado en *Margarita Gautier*. Eran tal para cual, y nadie se escandalizó. Y si quiere, metemos a Garbo en la misma olla...

Kay sigue demasiado estupefacto con la primera revelación como para oír la segunda.

—¡George Cukor! ¡Nunca lo habría pensado!

—Somos nuevos en esto de la vida, ¿verdad, señor Kay? ¿Nunca oyó hablar de los célebres desayunos de los domingos en casa de George Cukor? Acudía lo más selecto de Hollywood a comer las sobras de la muy decente cena del sábado. Hoy los amigos todavía se encargan de traerle carne fresca, porque a Georgie-Porgie no le duran los novios.

Pero Kay no se ríe ni se sonríe, se limita a mover la cabeza, apabullado por esta primicia.

—Si una loca como ésa puede seguir trabajando, mi apaño mucho más doméstico con David sólo habría conseguido irritar a unos pocos.

Whale se da cuenta de que la envidia ha asomado la nariz. No dirá una palabra más sobre George Cukor.

—Ese mismo amigo insiste en que ahora las cosas son diferentes. David siempre fue un puritano, pero es cierto que desde la guerra las actitudes han cambiado. Junto

con McCarthy y el Peligro Rojo, hace unos años hubo también una especie de Peligro Lavanda^[8]. La masculinidad está de última moda, no sólo en los actores, sino también en la gente que trabaja con ellos. Un tipo como Alan Ladd no puede trabajar a las órdenes de un director maricón. ¡Imagínese! Echaríamos a perder toda su virilidad de pelo en pecho. Lo cierto es que no hay como una loca para distinguir la auténtica masculinidad de la variedad acartonada en boga. Pero en 1941, cuando dejé el cine, mi ramalazo no era ningún problema.

—Entonces, ¿por qué tenía enemigos en el estudio?

Whale piensa un momento antes de contestar.

—Es posible que, si me marché, no fuera tanto por los enemigos como por la falta de amigos. En mis primeros años en la Universal, tuve mucha suerte. Los Laemmle, padre e hijo, Carl y Junior, eran muy tolerantes conmigo. Me aprobaban los guiones sin rechistar, me dejaban improvisar en el plató, no se metían ni en mi trabajo ni en mi vida. A cambio yo les daba películas con las que se forraban. Si he de serle sincero, no tenían ni idea de cine. Laemmle padre era un judío alemán bajito, simpático y parlanchín al que todos llamábamos tío Carl. La Universal era un asunto de familia. El tío Carl llenó la plantilla con parientes de su viejo país, la mayoría apenas chapurreaba el inglés, y Junior podía ser el tipo más aburrido del mundo, pero se daba cuenta de que yo sabía más que él, así que trabajábamos bien. Todo fue sobre ruedas hasta que perdieron el estudio. El tío Carl había negociado un préstamo con un banco del Oeste: si no pagaba una suma en una fecha determinada, el banco podía quedarse con los estudios. El viejo zorro creyó que el banco no iba a conseguir el dinero para comprarlo, pero, por primera vez en la vida, se equivocó.

Llevaba años sin acordarse de los Laemmle; de repente los echó de menos, y no sólo por el giro que había dado su carrera.

—Se rumoreó —admite Whale que necesitaban el dinero porque yo había rebasado el presupuesto en *Magnolia*. Un disparate. Estaban sin blanca porque John Stahl, esa *prima donna* de películas de prestigio, se mandó una soberana cagada con *Sublime obsesión* y filmó kilómetros de película sin saber cuándo iba a terminar. A los Laemmle no les dieron tiempo ni de hacer las maletas, y de la noche a la mañana los reemplazaron con unos tipos que sabían lo mismo que ellos, es decir, muy poco, pero que encima no tenían ni idea de lo poco que sabían. Me dieron luz verde para una o dos películas más, hasta que hicimos *The Road Back*. ¿La conoce?

Kay niega con la cabeza.

—¿Conoce la novela? Es una continuación de *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque.

Kay vuelve a responderle que no.

Whale está tan metido contando la historia que se ha olvidado del juego.

—Quítese la camiseta y le cuento un cuento.

Kay mira nervioso hacia la casa.

—No sea tímido. Hay tiempo para frenar antes de que lleguemos demasiado lejos.

—Oh, ya lo creo.

Kay se quita la camiseta y la tira sobre los zapatos y el jersey. Tiene el pechito de paloma cubierto de pecas, dos tetillas marrones sin un solo vello.

—¿*The Road Back* era una película de terror? —pregunta, esperanzado.

—Nada de eso. Para entonces las películas de terror ya eran cosa del pasado. Había dirigido *Magnolia*. Un éxito sensacional, una de las más taquilleras, pero ahora iba a hacer algo importante, una acusación contra la Gran Guerra y sus consecuencias para Alemania. Una historia extraordinaria, con gente de talento. Traje a Bob Sherriff, el de *Journeys End*, para que se encargara del guión. Fue mi obra maestra, mejor incluso que *Sin novedad en el frente*, mejor que todo lo de Cukor.

¿Había sido una obra maestra? Whale quiere creer que sí pero sabe que no puede estar seguro.

—¿Por qué nunca he oído hablar de esa película? —pregunta Kay.

—Porque el estudio, o mejor dicho, el banco que se las daba de estudio, la descuartizó. —Su dolor de cabeza, siempre presente, titila y lanza chispas y esquirlas, productos de su enfado—. Le quitaron las tripas y trajeron a otro para que añadiera unas cuantas payasadas, les daba miedo que la verdad deprimiera al público. Y perder el mercado alemán. El cónsul alemán en Los Ángeles no había parado de armar escándalo desde que se empezó a preparar la película. Las novelas de Remarque habían sido prohibidas por los nazis, quemadas públicamente en sus hogueras literarias. No querían que esta película la viesan espectadores de todo el mundo. Y los del banco, gentuza estúpida pero con dinero, cedieron, dejaron que los nazis se salieran con la suya. Dijeron que los cambios se notarían en la recaudación, y aun así fue un fracaso, una bomba muy cara. Como era de esperar, me echaron la culpa a mí. Nada volvió a irme bien en la Universal. Nada.

—¿No podía pasarse a otro estudio?

—Sí, claro. Fue lo que hice, contratado para tal o cual película. Pero en realidad ya no me importaba. Les había dado lo mejor de mí, y lo habían rechazado. Lo único que quería era coger mi dinero y dedicarme a *mis* películas, películas pintadas^[9]. Como Winston Churchill.

—¿Se quedó aquí durante la guerra? ¿No fue a Inglaterra?

Whale siempre había odiado esa pregunta, ya se la hicieran sus compatriotas o los americanos. Y especialmente furioso —una contractura muscular detrás de los ojos que le agudiza el dolor de cabeza— lo pone que se la haga este niño.

—Quítese los pantalones —le dice a Kay.

Kay sonrío, baja la cabeza y dice:

—No importa. Me los reservo para algo que quiera saber de verdad.

—Ah, por lo que veo las apuestas han subido. Tiene que ser más selectivo con sus cartas, señor Kay. —Pero Whale necesita explicar por qué se quedó—. No tenía ninguna razón para ir a Inglaterra. ¿Qué podía hacer allí? ¿Ofrecerme a la RAF? ¿Disparar un fusil antiaéreo durante el Blitz? No, habría sido sólo otra baja potencial.

Ya me había ofrecido como caído de guerra a la Madre Inglaterra en la primera guerra; me sentía con pleno derecho a escaquearme de la segunda.

Kay respira hondo y con cara de aburrido.

—¿Podemos hablar ahora de las películas de terror?

La menor irritación le tensa los hilos y los nudos de dolor en el cráneo. Necesita desesperadamente que su invitado le distraiga de ese dolor.

—Claro que sí, señor Kay. ¿Hay algo especial que quiera saber? ¿Qué es lo que le interesa tanto como para estar dispuesto a quitarse los pantalones?

—¿De verdad quiere seguir con este juego?

—Por supuesto. No se inhiba, no importa que tenga los calzoncillos sucios. Aunque tengo entendido que en este país las madres les dicen a sus hijas que lleven siempre ropa interior limpia, porque uno nunca sabe si lo va a atropellar un coche. Lo mismo deberían decirle a los niños curiosos que visitan a viejos y solitarios directores de cine.

Whale da una profunda calada al puro, hasta llenarse la boca de humo, para impresionar a Kay; luego abre la boca y suelta el humo, y contempla encantado la pequeña nube que se aleja dando lentas volteretas en busca de la luz del sol, que se riza y se eleva en elaborados arabescos, parecidos a las circunvoluciones de su propio cerebro. Tiene que cerrar los ojos para no marearse.

—¿Me dirá todo lo que recuerda sobre *Frankenstein*? —pregunta Kay—. ¿Puedo contarla como una sola pregunta?

—Tal vez —dice Whale, abriendo los ojos y mirando a Kay—. Oh, pues claro que sí. ¿Por qué no?

Todavía le queda *La novia* para hacer que el chico se quite los calzoncillos.

—No puedo creer que me esté prestando a este juego, pero... —dice Kay, al levantarse para desabrocharse el cinturón, y mirando otra vez al patio. Las pecas se le mezclan con carne de gallina—. En el gimnasio y en la residencia de estudiantes me los quito y me los pongo sin problemas, pero hacerlo delante de alguien famoso me pone muy nervioso —añade, pero ya se ha bajado la cremallera de sus pantalones de franela con la raya bien planchada. Tiene los muslos pálidos y delgados, y lleva unos BVD^[10] blancos ajustados a las caderas como un vendaje—. Como si fuera a nadar, ¿verdad? —murmura al dejar los pantalones encima de las otras prendas. Cuando se agacha, un redondel de carne blanco leche asoma por un roto que tiene en los fondillos.

—¿Le gustaría bañarse cuando terminemos la entrevista? —le sugiere amablemente Whale. De repente lamenta hacer pasar al chico por este trance, especialmente cuando verlo ligero de ropa le produce tan poco placer.

Kay vuelve a sentarse, arrastra la silla hasta la mesa y se inclina hacia adelante. Sus omóplatos salientes recuerdan las alas de un buitre.

—Bueno, ahora *Frankenstein*. Cuéntemelo todo.

Desvestirse lo ha puesto arrogante y exigente.

—¡Muy bien! *Frankenstein*. Déjeme pensar. —Pero volver a pensar hace que reaparezca el dolor de cabeza, como un clavo en la base del cráneo, un intenso dolor multiplicado por un coro de dolorcillos—. *Drácula*, ya sabe. La Universal había conseguido un gran éxito con *Drácula*. Quería otro proyecto para ¿Lag...? ¿... Loug? ¿Lo...?

—¿Lugosi?

—Eso es, Bela Lugosi. —Le irrita no poder recordar algo tan sencillo—. El proyecto lo concibieron para él, y lo iba a dirigir otro, no yo. Ese franchute, Florey. Sí, lo empezó Robert Florey. Pero los estudios me querían..., quiero decir, me necesitaban para otro guión, y hasta tal punto me necesitaban que me dieron a escoger entre los mejores guiones que estaban programando. Y yo elegí ése, se lo quité a ese Florey delante de sus mismas narices.

—¿Quiere decir que le robó la idea a otra persona?

No había tenido intención de decirle eso a Kay, pero el dolor de cabeza no le deja espacio para decir nada que no sea la verdad.

—Es algo que pasa todos los días. Florey habría hecho una chapuza. Rodó algunas pruebas. Ridículo todo. Lugosi con una tonelada de arcilla en la cabeza. Como ese muñeco que tanto les gusta a los niños, el que tiene la cabeza con forma de patata.

—¿Mister Cabeza de Patata?

—Sí, se suponía que era un *golem*, pero acabó pareciéndose a Cabeza de Patata. —A Whale se le hace cada vez más difícil encontrar las palabras que necesita—. Y después, Lo-lo-logosi —espera que suene a broma y no a un defecto de hablase negó a hacer el papel. No quería más monstruos, dijo, y mucho menos quería hacer el papel de un monstruo que no sabía ha-ha-hablar. Por eso yo tuve las manos libres para elegir el monstruo que más me gustara. Y me decidí por un actor de plantilla: Boris Karloff.

—¿A quién se le ocurrió el maquillaje, el vestuario?

—Fue idea mía, en su mayor parte. Dibujos míos. Las cejas bien tupidas y la cabeza plana para poder quitarle el cerebro viejo y ponerle el nuevo, como carne enlatada. —¿Cómo le gustaría ahora poder hacer lo mismo con el suyo!—. Y del maquillador. Un hombre increíble, muy hábil. ¿Jack? Sí, Jack Pierce. Hacía cosas muy buenas, brillantes. ¿Los electrodos del cuello? Fueron idea suya. No terminábamos de decidir qué hacer con los ojos. Karloff tiene una mirada enternecedora, pero inteligente, demasiado inteligente. Finalmente le pusimos cera derretida en los párpados, para conseguir esa mirada pesada, como de idiota. Y le pusimos unos zapatones con una suela de treinta centímetros, y relleno, kilos de relleno. ¡El pobre Boris no podía ni sentarse entre toma y toma! Alguien improvisó una tabla para que pudiera apoyarse en los descansos, con reposabrazos. Poníamos al Monstruo ahí entre las tomas y le llevábamos el té, que tenía que tomar a sorbitos, con mucho cuidado, para no estropear las cicatrices.

—Es una de las imágenes clave del siglo veinte —declara Kay—. Tan importante como la Mona Lisa.

—¿Le parece? Es usted muy amable. —Tambaleándose entre las zarzas y el alambre de espino de su dolor de cabeza, Whale capta el sentido de lo que Kay acaba de decirle—. Oh, no. No sea ridículo. Sólo maquillaje y relleno y un actor corpulento. No veo qué tiene Karloff de Mona Lisa.

—Pero ahora es igual de famoso que Leonardo.

—Y que Adolf Hitler. Y Mick... Mickey Mouse. —Tiene que enfadarse para que le salga el nombre—. Decididamente no veo que...

De repente ve que no tiene nada en la mano. Hace un momento, recuerda, tenía un puro en la mano. Baja la vista y ve el cigarro en el suelo, copos de ceniza abiertos como pétalos alrededor de la punta encendida.

—¿Y Colin Clive, el doctor? ¿Dónde lo encontró?

Whale se agacha para recoger el cigarro, y al cambiar de postura se le clava una pica en el cráneo.

Durante una fracción de segundo, como bajo el efecto de un fogonazo, todo lo demás desaparece, sólo queda una sensación tan intensa que ni siquiera se registra como dolor hasta que pasa el efecto. Whale se queda inmóvil, aterrorizado por la primera sacudida, asustado por la posibilidad de que se produzca una segunda; lentamente toma conciencia de que el dolor es muy fuerte, y que se parece al cielo en comparación con el que tuvo unos segundos antes. ¿Es así la muerte? Desea que la muerte lo salve del siguiente relámpago, de la siguiente carga de artillería, hasta que recuerda que significa la muerte y piensa: «No, todavía no, todavía no».

—Colin Clive, señor Whale. ¿Cómo lo eligió para el papel?

Whale gira la cabeza hacia la vocecita de rana y ve a Kay sentado, en calzoncillos.

—Quíteselos —dice con un hilillo de voz—. Los calzoncillos, ahora.

—¡No! No hemos terminado con *Frankenstein*.

—Por favor, ahora. —Tiene miedo de perder el conocimiento y no recuperarlo nunca más. Le parece apropiado que su última visión antes de dejar este mundo sea un hombre desnudo, aunque éste no sea precisamente su tipo. Un miedo ridículo porque... No puede morir. Aún no. Nunca, dice para sí mismo—. Discúlpeme, necesito echarme un rato.

Se levanta con gran esfuerzo, apoyando una mano en un brazo de la silla.

Kay empuja su silla hacia atrás, listo para salir disparado si el viejo se le tira encima; pero en ese momento ve la cara de Whale, los labios pálidos, la mirada de desesperación.

—¿Señor Whale? ¿Se encuentra bien?

—Sólo necesito... echarme. En el estudio, en el sofá del estudio.

Whale busca a tientas el camino al estudio, rodea la mesa, respirando con dificultad, esforzándose en ahuyentar el dolor y salvarse de la muerte.

A apenas dos metros de él, lo observa un ángel escuálido y asustado. Kay no se abalanza a cogerlo por el brazo hasta que ve que Whale se aleja de la mesa dando rumbos.

—Oh, Dios mío. ¿Qué le pasa, señor Whale? ¿Es el corazón?

—La cabeza, no estoy bien. No bien. —El contacto de otro cuerpo le procura un instante de consuelo, pero es un cuerpo pequeño, enclenque; hasta le da miedo descansar todo su peso en Kay—. Al estudio. Acompañeme, por favor.

La única embestida de dolor lo ha dejado flojo y desvalido. Recordarlo le da náuseas, tiene miedo de vomitar encima del muchacho o no poder controlar los intestinos y cagarse encima.

—Perdón —susurra—. Perdón, señor Kay.

Kay lo lleva hasta la fresca oscuridad del estudio, lo sienta en el sofá de piel —pegajosa a esta hora de la tarde— y con cuidado le apoya la cabeza en una almohada. Whale le señala el interfono y Kay aprieta el timbre.

—Diga, señor Jimmy —se oye decir a María con una voz cargada de estática.

—¡Es una emergencia! ¡El señor Whale ha tenido un ataque! ¡Llame una ambulancia! ¡Llame a un médico!

—¡Nada de médicos! —gruñe Whale—. Dígale que me traiga las pastillas, los calmantes. —La idea de un médico y una ambulancia lo enferma más que la misma idea de morir. Se niega a volver al hospital. No puede volver tan pronto a ese infierno blanco.

El muchacho transmite las instrucciones, la mejilla pegada al interfono.

El dolor se hace más familiar, menos aterrador. Continúa molestándole, pero ya no se parece a la muerte.

—Nada —dice Whale cuando Kay se arrodilla junto al sofá-cama—. No es nada. Lamento haberlo asustado, es sólo un dolor de cabeza. Una migraña terrible. —Está recostado con la cabeza en la almohada, los dos pies en el suelo. Kay quiere levantarle los pies—. ¡No! Así se me sube la sangre a la cabeza. La sangre lo empeora.

El muchacho se aparta, cruza los brazos y se los frota, como para evitar que se le contagie lo enfermedad de Whale.

Se oye crujir la grava y María aparece corriendo por la puerta. La mujer empuja la puerta mosquitera y se queda de una pieza al ver a Kay. Pero cuando descubre a Whale en el sofá, vuelve a la vida.

—Agua —le dice a Kay—. Traiga agua, los vasos están en el fregadero. —Se acerca a Whale mientras saca varios frascos del bolsillo del delantal—. ¿Cuál, señor Jimmy? Los he traído todos. Éste, ¿verdad? —dice, y le enseña el prospecto. Whale asiente y María le pone dos cápsulas en la mano. Whale se las lleva a la boca y coge el vaso de agua que Kay le alcanza por encima del hombro de María. El agua le sabe fresca en la boca, pero tragar le duele y le revuelve el estómago. Los calmantes tardarán unos minutos en hacerle efecto, pero saber que se le pasará hace el dolor

soportable.

Tumbado en el sofá, intenta recobrar el aliento tras el esfuerzo que ha hecho para tragar las pastillas. María ya se ha recuperado del susto y está de pie a su lado, rígida y con mirada reprobadora. Con su cara redonda, su espesa cabellera y su autoritaria barbilla partida, se parece un poco a la reina Victoria. El invitado al té de la tarde la mira, cubierto sólo con unos miserables calzoncillos.

—Señor Kay —dice Whale, fingiendo sorpresa—. No está usted vestido.

—¡Oh! Es que estaba..., estábamos... —Kay se cubre el pecho y la cintura con los brazos, rojo como un tomate desde la frente a los pezones—. ¡Iba a darme un baño! —le dice a María.

María mira a Whale.

—Sí, se lo sugerí yo. Lamento haberle estropeado la tarde, señor Kay. Tal vez sea mejor que se vaya.

—Sí, claro. Ya me voy. —Kay sale de prisa del estudio y se dirige al lugar donde ha dejado la ropa.

Y Whale se siente mejor, como si la presencia del muchacho hubiera sido la causa del dolor, aunque sabe que lo que en realidad ya no siente es solamente la vergüenza que le daba el hecho de que Kay fuera testigo de su indefensión.

María se inclina para desabrocharle la pajarita.

—Debes de creer que soy tremendo, María.

—Yo ya no pienso nada, señor Jimmy. Sólo que está usted loco. Acaba de volver del hospital y se me pone a correr detrás de los muchachos.

—Lo único que hicimos fue hablar. Jugábamos, pero con palabras. Mi ataque no tuvo nada que ver con él. Podría haberme dado igual si hubiera estado mirando la televisión.

—Ya, ya —dice María, y lo coge por los hombros para quitarle la chaqueta—. ¿Cómo tiene la cabeza? ¿Quiere subir a la casa antes de que las pastillas lo dejen grogui? El chico podría ayudar.

Whale hace una mueca de dolor.

—No. Mejor que se vaya, ya ha visto bastante para un solo día.

—No sea tonto, ¿no ve que yo no puedo subirlo sola? Andar haciendo diabluras no le da vergüenza, pero sí que el muchacho lo vea.

—Tienes razón, María. Siempre tienes razón —dice Whale con un suspiro—. Pero déjame un momento aquí, echado. Y ve y pídele que te eche una mano.

Aún siente dolor, punzadas que le atraviesan el cuero cabelludo y que se desvanecen y se hacen más vagas a medida que los barbitúricos van surtiendo efecto. Un minuto más y tampoco quedará nada de la vergüenza que le da la mera idea de que el muchacho sea testigo de su impotencia.

—¡Oiga! ¡Muchacho! —oye gritar a María, que ha salido del estudio y se dirige a Kay. Los oye hablar en voz baja, sin llegar a entender lo que dicen.

Poco a poco va perdiendo el conocimiento, primero las emociones fuertes, luego

las más suaves. Whale recuerda que en algún momento de la tarde sintió un gran placer. ¿Por qué? Recordar, sí, el Cave of Harmony. Pero, más que su nostalgia por el cabaret, fue la sensación de tener dentro de sí mundos enteros, mundos olvidados que morirán con él. Porque él se va a morir, ¿no? La muerte es la única alternativa que consigue imaginar a ese dolor y a ese desvalimiento. La calma narcótica que lo invade no es la paz eterna. Y sin embargo tampoco quiere morir. Todavía no. No. Pero ¿qué necesita antes de que ese «todavía» pueda volverse un «ahora»? ¿Fama? ¿Reconocimiento? ¿Una última revelación sobre el significado de las cosas, de la vida? ¿La oportunidad de ver a otro hombre desnudo, uno más, el último? Sólo esta respuesta es probable, pero todas parecen poca cosa para caer en el olvido.

—¡Arriba, señor Jimmy! ¡Nos vamos!

—Yo lo cojo por este lado. ¿Se encuentra bien, señor Whale?

Un muchacho y una mujer lo llevan hasta la puerta. Fuera, la luz es cegadora. Whale cierra los ojos y camina, en cámara lenta, a través de un paisaje rojo sin árboles ni hierba, sólo barro que reduce su caminata a bandazos de borracho sobre un colchón de pluma.

—Cuando esté mejor, señor Whale, ¿podremos terminar la entrevista?

—Seguro —masculla Whale, respondiendo a una pregunta oída a medias sobre una «visión interior». ¿Qué es una visión interior? ¿Otro nuevo invento, como la televisión^[11]?

La larga cuesta se le hace interminable. Se pone impaciente con los diminutos personajes que lo sostienen por ambos lados, teme que no lleguen a la meta antes de que se haga de noche. Ojalá tuviera a su lado a alguien fuerte y grande, que hiciera el trabajo rápido, alguien que pudiera llevarlo en brazos, llevarlo a casa, un atleta de la muerte que se lo llevara con la misma facilidad con que una vez su Monstruo se llevó a Mae Clarke hacia la noche.

Cuatro haces de luz azul polvorienta iluminan el cielo en Hollywood Boulevard, se cruzan y giran, en rápida sucesión de ebrias escaleras a la bóveda celeste. La fuente lumínica es visible un poco más adelante: calderos eléctricos de luz de arco y un mar de gente en la entrada del Grauman's Chinese.

—Oh, no —dice David Lewis—. Hay miles de personas.

—Han venido a ver a los inmortales —dice Whale.

—Creo que tengo tiempo de fumarme un pitillo —dice la señorita Crews, revolviendo en su bolso—. Me parece que vamos a tener que esperar un poco. La limusina en que viajan se suma a la cola de automóviles gigantescos que avanzan hacia el cine, Cadillacs y Bentleys engalanados con las luces que se reflejan en sus bruñidas carrocerías. A través de las ventanas cerradas se puede oír el murmullo de los espectadores, el zumbido de los generadores portátiles, el graznido del presentador de radio que anuncia a cada estrella que llega.

Estamos en enero de 1937, una noche de estreno en Hollywood. La luz de un reflector destaca la ornamentación del alero de la pagoda antes de hacer una pasada por la marquesina. Esta noche: *Margarita Gautier*^[12].

Es la noche de David, no la de Whale. Los estudios Universal rara vez gastan dinero en estrenos de gala, pero esta película es de la Metro-Goldwyn-Mayer. En su calidad de productor asociado, David heredó y terminó la película cuando Irving Thalberg falleció de improviso durante el rodaje. El director, George Cukor, dejó la MGM para trabajar con David O. Selznick y se encuentra en Atlanta, filmando las pruebas para una *extravaganza* sobre la guerra de secesión. Esta noche David viene en representación de los productores, y de escolta de la señorita Crews, antigua estrella de Broadway, ya de cierta edad, que ha encontrado una segunda carrera gracias a unos cuantos papeles de tía solterona y rellenita. Será la tía Pittypat de la nueva película de Selznick. Por su trabajo en *Margarita Gautier* y en *The Road Back*, la película que Whale está negociando con su estudio, la señorita Crews conoce a la pareja sin ser íntima de ninguno de los dos. Y, por haberse pasado la vida en el teatro, acepta su relación como algo de todos los días.

El coche avanza. El inmóvil tropel de curiosos parece deslizarse al paso del automóvil, un borroso friso de hombres y mujeres que, apretados contra las barricadas, miran boquiabiertos las ventanillas de cada coche que pasa. Whale les devuelve la mirada divertido. Va sentado muy rígido, muy inglés, pero esta noche lo absurdo de la situación —factor al que hay que sumar los muchos cócteles que se tomó antes de salir— lo desconcierta.

—Míralos, míralos —dice—. ¿Qué esperarán ver los pobrecitos?

—No a nosotros, de eso puedes estar seguro. Nosotros somos los parientes pobres —bromea la señorita Crews—. ¿Los pies de la Garbo, quizás?

David va pensativo, flanqueado por Whale y la señorita Crews; es un hombre atractivo con carita de niño y abundante pelo negro, que hoy retuerce en las manos un par de guantes blancos.

—Va a venir, ¿verdad? ¿O llamará a última hora para decir que tiene jaqueca?

—Si dijo que vendría, vendrá —le asegura la señorita Crews—. Está un poco chiflada, pero no es una mentirosa.

Esta noche David es el responsable de «la Garbo», que, aunque no quería venir, prometió hacerlo con la condición de que le permitieran venir sola, pues, según ella misma dijo, no necesitaba que nadie la escoltase como «a un prisionero».

Tres coches más adelante se abre una portezuela y al instante descienden un hombre y una mujer, pronto en medio del fuego cruzado de los flashes.

—Oh, por favor. Han emparejado al pobre Robert Taylor con esa horrenda de Joan Crawford —dice la señorita Crews.

—Nosotros somos los parientes pobres, ¿no? —repite Whale—. Invitados a la cena de Nochebuena. ¡Y vaya cena! El vino es agua con colorante, y el pavo, de papel maché.

—Nadie te obligó a venir —le espeta David.

—Pero si no me quejo... No me perdería esto por nada del mundo.

—Entonces, ¿puedes dejar de hacer esos comentarios capciosos? ¿Aunque sólo sea un momento?

—¿Capciosos? ¿Son capciosos mis comentarios, señorita Crews?

—¿Conque tenemos pelea, eh? —dice la actriz—. No os preocupéis por mí, chicos. Haced como si yo no estuviera aquí.

—Oh, David —refunfuña Whale—. No sigas. Sólo quiero que el aspecto gracioso de la situación nos haga bajar a tierra.

Pero David no se calma.

—No estoy de humor para seguir oyéndote en esa vena. Cualquiera que no te conociera pensaría que estás resentido.

—¿Resentido? —Y está a punto de añadir: «¿Con la MGM?»—. ¿Con qué, con quién, si puede saberse?

—Eso es lo que yo me pregunto. Pero déjalo, ahora no podemos hablar.

Sólo queda un coche más delante de ellos. David embute los dedos en un guante.

—No te los pongas —le ordena Whale—. Llévalos en la mano. ¿No te das cuenta de que así pareces un camarero? —Ha vuelto al ataque, pero no quiere ser cruel con David, esta noche no—. Mírame, David.

David se vuelve hacia él.

—Déjame que... —Whale le ajusta con delicadeza el nudo de la corbata, le alisa la pechera almidonada—. Ya está. Con un par de toques has quedado espléndido.

El Bentley que tienen delante arranca y se aleja. El coche en que viajan aminora la marcha al llegar junto a la alfombra roja. Desde fuera alguien les abre la puerta; es una acomodadora de mejillas coloradotas vestida con pantalones y sombrero que les

sonríe con cara de pepona.

Whale baja primero, seguido de David. Tras alisarse los faldones del frac, ayudan a bajar a la señorita Crews.

—Llegó el momento de fingir que soy la tonta del pueblo —murmura.

—Y aquí llega la tía favorita de todos —anuncia la mujer del micrófono—. ¡La señorita Laura Hope Crews! ¡En el elenco de la maravillosa película que se estrena esta noche!

Los tres avanzan cogidos del brazo por la interminable alfombra roja, la señorita Crews va moviendo la cabeza de un lado para otro, regalando una sonrisa imbécil a la multitud que se apiña detrás de las cuerdas de terciopelo rojo. Whale luce la divertida media sonrisa de un dignatario extranjero de paso por Los Ángeles. Sólo a David le falta un papel detrás del cual esconderse.

—Acompañada esta noche por el señor David Lewis, uno de los productores de esta película, y... —La presentadora finge no tener el nombre en la lista de invitados—. Nada menos que el Rey del Terror en persona, ¡el señor James Whale! Venido especialmente de Universal Pictures para asistir al estreno de este sensacional largometraje. Es un alivio ver que no ha traído a Frankenstein.

Whale alza un poco la cabeza, ofendido al ver que no lo presentan como el director de *Magnolia*. Pero ya llegará ese día. Si la nueva película la lanzan tal cual la ha hecho, la gente se olvidará de las películas de terror y finalmente se lo reconocerá como un gran artista, un director de películas serias.

Camuflado entre el gentío, un enteradillo suelta un espeluznante «¡Oooh!».

Laura Hope Crews, David y Whale pasan junto a la manada de ejecutivos que se apiñan detrás del podio, y entran en el cine.

—¡Por fin! —exclama la señorita Crews, guardándose la sonrisa y feliz de poder volver a respirar.

Pese a su chillona *chinoiserie* de rojos y dorados, el vestíbulo se parece a la civilización después de la locura de la calle. En la sala, una orquesta toca una selección de *La Traviata*. Hombres vestidos de etiqueta hacen cola para comprar palomitas.

—¿Os vais a quedar? —pregunta la señorita Crews—. Yo sí. Aún no he visto este rollazo.

Whale vio *Margarita Gautier* hace un mes, con David, en un preestreno organizado en las polvorientas llanuras de Riverdale. Sin embargo, los dos tienen intención de quedarse, con la esperanza de que a David lo feliciten a la salida.

—Ya vengo —les dice David—. No puedo entrar hasta que no llegue, le prometí que la ayudaría a escapar.

—Te acompaño —dice Whale.

—No es necesario —le dice David con brusquedad.

Sigue enfadado, y su actitud hace que también Whale siga enfadado; por eso decide acompañarlo, para aclarar esta estupidez.

La señorita Crews, entrada en mano, se acerca a una acomodadora en la puerta de la sala. Whale sigue a David alrededor de la fuente que ocupa el centro del vestíbulo. Se detienen a pocos metros de la pequeña multitud que se agolpa esperando detrás de las puertas, en un rincón desde el que ven en toda su longitud la iluminada alfombra roja. David se niega a mirarlo.

—¿Prefieres que me vaya a casa? —pregunta Whale con frialdad.

David cierra los ojos.

—Yo quise que vinieras. Pero ya te he dicho que esta noche no tengo sentido del humor, no puedo disfrutar de tus bromas. Lo siento, he perdido los nervios. Creo que he bebido demasiado.

Whale reconoce que él también está achispado; de lo contrario no estaría tan ansioso por continuar la pelea.

—Yo no estoy resentido —dice en voz baja—. Ni tengo envidia ni nada que se le parezca. Me alegro, David, de verdad, me alegro por ti y por la MGM.

—¿No podemos seguir hablando más tarde?

—Te tomas demasiado en serio esta payasada.

—¿Y cómo quieres que me la tome?

—Con una pizca de sal.

David frunce el ceño.

—Ya sé que tú también tienes problemas con tu productora, Jimmy. Pero puedes permitirte esa actitud, ya tienes tu tajada.

—¿Mi tajada? ¿Pero de qué estás hablando? Como dijo nuestra amiga en el coche, yo aquí no soy más que un pariente pobre.

—Eso no te lo crees ni tú. Hablas y hablas como si los demás fueran la zorra de la fábula, y eso es muy feo cuando tú también tienes la boca llena de uvas verdes.

Whale reflexiona sobre este último comentario de David.

—No, no, mis uvas están bastante dulces. Pero es difícil de creer que sean reales. O que me vayan a durar. Por eso me río de ellas.

Un ejecutivo calvo y de mejillas rosadas entra corriendo en el vestíbulo y mira a todas partes con cara de loco. Cuando localiza a David, improvisa una sonrisa y se acerca.

—¿Dónde está esa bruja?

—Ya debe de estar a punto de llegar, Frank.

—Les prometimos a la Garbo, David. Si no aparece, se va a armar un buen lío.

—Vendrá, Frank, no te preocupes.

—Más te vale. —Frank dirige su fría sonrisa también a Whale, fugazmente—. Es tu culo, bonito, no el mío; recuerda que ya no tienes a Thalberg para que te proteja. Si nos jodes la noche, desearás no haber salido nunca del coro —dice Frank, y se marcha con la misma prisa con la que llegó.

—¡Es una noche de lujo, señoras y señores! —canta el hombre de la radio—. Lionel Barrymore y su encantadora hermana Ethel, la realeza del teatro americano.

—La familia feliz de la MGM —dice Whale, compadeciéndose de David.

David, que se ha puesto pálido, está que echa chispas.

—Uno de los sapos menores de L.B. Mayer —dice—. Con todo, duele que un pobre diablo como ése te llame marica en tu propio estreno. Duele y preocupa.

Whale se hace cargo de lo que quiere decir.

—No van a quitarte las uvas, David. La película va a gustar, ya lo verás.

—Ojalá sea cierto, Jimmy. Las dos cosas.

—Cuando la locura me sobrepasa —dice Whale—, me recuerdo a mí mismo que siempre es posible largarse. Yo ya tengo ahorrados mis garbanzos. Y podría írmelos comiendo poco a poco, dedicarme a no hacer absolutamente nada.

David sonríe.

—No te crees eso ni siquiera un minuto, Jimmy. A ti te encanta trabajar. Serías un desastre haciendo «nada».

—Tienes razón, no sabría. Nunca he estado de brazos cruzados.

En la calle, en el otro extremo del corredor repleto de rostros ávidos de estrellas, aparece un Duesenberg granate.

—Gracias a Dios —suspira David.

Se abre la portezuela. Una delgada figura asoma desde las profundidades. La multitud estalla presa del delirio.

Es *ella*. Sola. Parece que hay alguien más en el asiento trasero, pero la acomodadora cierra la puerta y el Duesenberg se aleja. Greta Garbo, totalmente inmóvil primero; luego, mirando fijo hacia adelante, enfila la alfombra roja con un andar brioso y sereno a la vez, un jeroglífico andante envuelto en un abrigo largo que lleva abierto. Junto a las cuerdas de terciopelo, surgen cientos de brazos y de cuadernos de autógrafos, cientos de manos desesperadas por tocarla. Ella mantiene la mirada ensimismada de una mujer sola, absorta en pensamientos tristes, de paseo por el campo.

Hasta Whale está impresionado. Un pavo de papel maché, tal vez, pero con mucho más donaire que los otros.

Ufana, Garbo se aleja de su visual en dirección al podio. La multitud enloquece; la Divina ha subido a la tarima, todos pueden verla.

—Y aquí la tenemos —proclama la presentadora—. La estrella más rutilante del firmamento MGM: ¡Greta Garbo!

Se hace un silencio; la actriz debe de estar inclinándose sobre el micrófono. Después, con voz grave y melosa dice:

—Es una noche maravillosa. Gracias.

Gritos y aplausos otra vez. Garbo atraviesa las puertas y entra en el vestíbulo, seguida a distancia por un puñado de ejecutivos. Todos la miran al pasar, incluso el calvo que la llamó bruja, pero nadie se atreve a acercarse. Ella mira fríamente a derecha e izquierda mientras cruza el vestíbulo, imperturbable, como una nube.

David va derecho a ella. Whale lo sigue automáticamente, necesita verla de más

cerca. La alcanzan en una esquina, junto a un biombo de seda que protege la puerta del lavabo de señoras.

—¿Señorita Garbo? Muchas gracias.

Garbo ve a David y se vuelve.

—Ah, señor Lewis. Bueno, ya ve que he venido. ¿Puedo irme a casa ahora?

—¿No quiere ver la película? Le hemos reservado un palco privado.

Garbo hace una mueca de asco, como si David le propusiera una visita a un matadero.

Hasta esta noche, Whale sólo la ha visto en cine, nunca en persona, y esperaba que al natural lo decepcionara, pero, incluso sin una cámara por medio, su rostro tiene la sencillez irreal de un retrato de Ingres. El único maquillaje es el rímel que realza sus larguísimas pestañas. Parece lista para irse a la cama, con esa especie de pijama bajo el abrigo que, bien mirado, resulta ser un elegante vestido de noche.

De repente, pestañas y ojos se dirigen hacia él.

—¿Usted es el señor Whale? ¿El amigo del señor Lewis? Me gusta mucho su trabajo. Me encantaría haber hecho de novia de su monstruo.

Whale: estupefacto, divertido, incrédulo, emocionado.

Una mirada melancólica aparece en los ojos de Garbo.

—¿Puedo esperar ser algún día la protagonista de *La mujer invisible*? —pregunta la actriz, riendo.

Whale ríe con ella.

—¿No sería interesante?

Parecen entenderse a la perfección.

—¿Me deja ir ahora? —le dice a David—. ¿Hay algún pasadizo secreto por el que pueda salir? Mi coche está aparcado al otro lado.

—Sí, por aquí hay una salida de emergencia. Sígueme, señorita Garbo. Nos vemos en la sala, Jimmy.

—Buenas noches, señorita Garbo —dice Whale, orgulloso.

Qué hipócrita eres, Jimmy, se dice a sí mismo mientras los ve desaparecer por un pasillo oscuro. Puedes ser tan baboso como cualquier secretaria que fantasea con *Vanity Fair*. Y sin embargo, durante un momento, ver que la diva conoce sus películas de terror y que bromea con la posibilidad de trabajar con él le hizo sentirse orgulloso de sus monstruos. Todo es una hermosa broma, y Greta Garbo sabe apreciarla con él.

Whale vuelve junto a la señorita Crews, ya instalada en su butaca.

—Garbo ha venido y se ha ido.

—Te lo dije.

—Hemos intercambiado unas palabras. Ha sido muy amable.

—Está como una chota.

—¿Y quién no lo está?

David se les une minutos más tarde; ya no está tenso, y su mal humor parece

haberse esfumado en el aire. Las luces de la sala se apagan y comienza la película. Después del primer carrete —tiempo de sobra para que se disperse la multitud—, varias estrellas se levantan dispuestas a marcharse. Whale quiere quedarse, quiere ver qué impresión le causa Garbo en la pantalla ahora que la ha conocido.

La película es la misma que vio en Riverdale: una torpe historia romántica con una fotografía empalagosa, con un Robert Taylor acartonado y Lionel Barrymore haciendo gala de un histrionismo sin freno. Los titubeos y balbuceos de la señorita Crews son tan espantosos que Whale siente vergüenza ajena por la mujer sensata que tiene sentada a su lado. Pero Garbo está magnífica, natural, radiante, viva.

—Thalberg nunca podría haberlo hecho mejor —murmura Whale a mitad de la película, cogiendo a David de la mano por debajo de la butaca.

Antes del final, Garbo muere divinamente, con gracia, y todo el patetismo queda suavizado por la lucidez con que ella misma se burla de su sufrimiento.

Noche. Viento. Los primeros goterones de la lluvia que se avecina. Un rugido continuo, como una cascada en algún lugar de la autopista, se acerca en la oscuridad. El único refugio a la vista es la casa, a oscuras, en lo alto de la colina. Un hombre sube la empinada cuesta, resbala y se tambalea en la hierba negra hasta que llega ante una alta puerta de madera. Aporrea la puerta con el puño. Los golpes apenas se oyen. Golpea con más fuerza, con un puño, después con los dos, antes de reparar en la aldaba de bronce. Golpea, una, dos, tres veces hace sonar la aldaba contra la puerta, el edificio entero resuena como un tambor. Y continúa resonando cuando cesan los golpes, como un reloj que diera la hora, como un enorme tambor de latón.

De pronto, la puerta se abre. Bajo la intensa luz del vestíbulo se ve a una mujer vestida con un bañador de una pieza, una rubia curvilínea con un vaso en una mano y una botella de Coca-Cola en la otra. Tiene el rostro y el escote —y hasta la sonrisa— cubiertos de pecas. Él tarda unos instantes en darse cuenta de que esta rubia en Technicolor es... Doris Day.

El golpeteo continúa, una puerta de metal esta vez, que retumba bajo el puño que la aporrea y despierta a Clayton Boone de su sueño.

—¡Boone! ¡Arriba! ¡Ya son las ocho!

—¡Vete a la mierda! —chilla Boone, desesperado por volver a hundirse en el sueño, interrumpido en el preciso momento en que Doris Day iba a servirle un refresco.

—Me dijiste que no me fuera sin despertarte, mamón.

Es Dwight Joad, su vecino, el de la gorra de béisbol, visible a través del cristal estriado de la puerta de la caravana.

—¡Ya va! ¡Mierda!

Anoche estuvieron en el Beachcomber de Harry hasta bien tarde, tomándose unas cervezas y hablando de todo un poco. Cuando volvieron haciendo eses por la carretera hasta el camping de caravanas, Clay le dijo que lo despertara esta mañana porque se le había estropeado el despertador.

—¿Ya te has levantado?

—Sí. Gracias.

—*Hasta la vista*^[13], Boone. Me voy al tajo.

Los zapatos de Dwight se alejan aplastando conchas trituradas y asfalto. Ya hay un niño que berrea y ahoga con sus gritos el lejano rugido del tráfico y el oleaje.

Clay tiene la cabeza como si le hubieran dado un mazazo. La cama está empapada de sudor. Al quitar la sábana descubre que está en pelotas: se ha despertado con una erección nada agradable. No le gusta despertarse desnudo, ni le gusta desnudarse si no es con una finalidad concreta —lavarse o follar—, pero hace tres días se le terminaron los calzoncillos limpios y no hay por qué ensuciar lo que no se necesita.

La tela a rayas del colchón parece estampada con perfiles de su cuerpo. Boone se sienta y coge el arrugado paquete de Luckys que ha dejado en la pila que hay frente la cama, con la esperanza de que la nicotina lo despierte. Enciende un cigarrillo algo torcido y se queda sentado en la cama, fumando, un hombre rubio como un buey a medio desollar, la piel de la cara y los brazos bien bronceada, pero el pecho es rubio ladrillo, las piernas y la cintura blancos como manteca de cerdo. Junto a una cadera asoma la sonrisa serrada de una cicatriz: apendicitis. La polla, todavía empalmada, sobresale como un puente que no lleva a ninguna parte.

¿Qué mierda hace Doris Day colándose en sus sueños? Una mujer como ésa es capaz de llevarte al altar antes de llegar a la primera base. Y si te deja marcar, lo más probable es que se te quiera sentar encima. ¿De qué había estado charlando con Joad anoche? De sexo, del matrimonio y del sentido de la vida. Dwight tiene mujer y dos críos, pero Clay está libre. Libre para hacer qué es otra cuestión. Cuando está de mal humor, como esta mañana, se siente una «mierda por tener la edad que tiene y seguir sin una familia, por no tener casa ni futuro. Clayton Boone tiene veintiséis años.

Tira el cigarrillo en la pila, abre el grifo para apagarlo, después se va al fondo de la caravana a echar una larga meada y tomar una duchita rápida. Su caravana es una sola habitación de hojalata, con inodoro y plato de ducha en la parte de atrás, y una mesita para comer que él tiene cubierta de libros en rústica y de revistas, *Adiós a las armas* y un ejemplar de *Mad*, entre otros. Clay sale de la ducha y busca la agenda, necesita saber adónde tiene que ir hoy. Arriba, al cañón, Amalfi Drive, 788. No puede recordar la casa, pero será mejor que se afeite. Hay un par de clientes que se comportan como si para cortar el césped se necesitara chaqueta y corbata. Cuando empezó a hacer este trabajo el año pasado, supuso que iba a ser su propio jefe y supuso que ya no tendría que chuparle el culo a nadie. Pero no, hay que tenerlos contentos a estos hijos de puta, seguirles el juego.

Media hora más tarde Clay sale de la caravana, recién afeitado y vestido con tejanos y camiseta de manga corta, un paquete sin abrir de Luckys embutido en una de las mangas y un pequeño gorro rectangular cubriéndole el corte de pelo al rape. Jackie, la mujer de Dwight, ya está tendiendo la ropa en un tendedero giratorio, aunque el camping seguirá bajo la sombra de los acantilados de arenisca hasta el mediodía. Cuando Clay llegó aquí hace tres años, este cañón junto a la autopista del Pacífico era poco más que un campamento improvisado por los vagabundos de la playa. Ahora el lugar está lleno de familias. Un par de familias esconde los neumáticos de sus caravanas detrás de las rejas, les da vergüenza que se vea que son nómadas. Uno de los patios incluso está cerrado con una verja blanca. Del otro lado de la autopista, el océano está tranquilo, aunque, desvaneciéndose en bruma esta mañana, un fuerte oleaje se desliza hacia la izquierda y va a romper en la playa. En el aparcamiento del Beachcomber de Harry, el bar que hay enfrente del camping, un surfista descarga una tabla de madera pesada e inmanejable. Una pérdida de energía, piensa Clay, que lo ha intentado, aunque sin poder mantener el equilibrio, ni en esas

viejas canoas de caoba ni en las nuevas tablas de fibra de vidrio y tergopol. Pero... esos chicos sí que atraen a las mujeres.

Boone carga la cortadora de césped de segunda mano en la camioneta, la calza con cuñas y las herramientas de jardinería, comprueba luego que en el bidón hay bastante gasolina para dos jardines antes de acordarse de que hoy sólo tiene una casa. Los Pendergast lo despidieron la semana pasada, le dijeron que habían encontrado a un oriental que hacía el trabajo más barato. Así que ahora se ha quedado con trece jardines por semana, un número que le da suficiente para vivir pero no para mejorar su nivel de vida ni para mantenerlo como es debido. El aire salado del océano se le está comiendo la camioneta, se ensaña en los guardabarros y en las bordas a través de la pintura picada. Todas las semanas tiene que quitar el sarro de la batería; si no lo hace, el motor no arranca. Esta mañana, con la batería limpia el motor se enciende a la primera. Clay recorre con cuidado el estrecho sendero bordeado de caravanas, garajes descubiertos y tendaderos, no quiere atropellar a ningún niño. El lugar se está poblando mucho, y ya es hora de pensar en mudarse. Pero ¿adónde? ¿Oregón? ¿Alaska? No lo sabe, pero lo que tiene claro es que no quiere volver a Joplin, Missouri.

El viaje por la costa hasta Pacific Palisades le lleva veinte minutos. No hay tráfico los días laborables, y es una ruta muy bonita para el que le gusten estas cosas. Ha puesto la radio, y suena esa canción de Patsy Cline que tanto le gusta a Betty. Gira a la izquierda en Sunset, en primera para subir la cuesta de un tirón. A medida que asciende por el cañón de Santa Mónica, el aire se vuelve menos salado, huele más a tierra. Terminada la cuesta, el bulevar es una curva tras otra. Baja por una calle lateral hasta un barrio de bungalows anticuados y flamantes casas de dos niveles. Hasta que no llega al 788 de Amalfi y ve la entrada semicircular no recuerda que tiene que aparcar detrás. Da la vuelta a la esquina y baja por la colina. Hay menos casas en la calle de abajo, y la ladera está llena de terrenos baldíos y arbustos espinosos. Entra por un sendero de tierra entre una caseta de tejas grises y una piscina azul brillante. Al ver la piscina recuerda que ésta es la casa en que el maricón inglés le tiró los tejos la semana pasada. Bueno, no fue eso exactamente, le sugirió que se diera un chapuzón en cueros. Fantástico. Justo lo que necesita esta mañana, un viejo buitre que se hace el simpático mientras él curra. Pero no ve a nadie. La descolorida sombrilla de la mesa del patio está cerrada; arriba, la casa aún parece dormida a las diez de la mañana.

Clay descarga la pesada cortacéspedes, llena el tanque de gasolina y le engancha la bolsa de lona que recoge la hierba cortada. Un par de tirones de la cuerda y el rugido del motor lo hace invisible. Inclinando la máquina hacia atrás, apoyada en sus grandes ruedas traseras, da la vuelta y comienza por la parte plana, junto a la piscina. El ruido del motor eriza el césped y una que otra amapola; la furiosa vibración de las manos le calma los nervios: su cabeza va y viene de una ensoñación a otra.

Las fantasías de Clay son, casi siempre, sexuales. Cuando comenzó a trabajar de

jardinero tenía fantasías eróticas que más que fantasías parecían oportunidades reales. Al fin y al cabo, Hollywood está a dos pasos de ahí, y no era imposible que un día tuviera que arreglarle el jardín a una hermosa actriz, o incluso a una de las grandes estrellas de cine. Y no era totalmente inverosímil que esa mujer, sola en la casa todo el día mientras un ex *marine* y ex deportista universitario le corta la hierba, se sintiera tentada a invitarle a pasar a tomar una cerveza o una Coca-Cola. Ella lo recibiría enfundada en un kimono de seda. Y así, una cosa lleva a la otra, hasta que sólo queda un reguero de ropas de la cocina al lujoso dormitorio, y un rostro famoso —o tan hermoso que merecería serlo— que se lanza en pleno delirio erótico sobre los almohadones de satén mientras su jardinero hace surf por el cotizado mar de miel de su cuerpo.

Pero no hay estrellas de cine entre los clientes de Clay, sólo un técnico electricista de un estudio, un vendedor de coches, un ingeniero aeronáutico, varias amas de casa regordetas con unos críos pesados, y ese viejo marica inglés que hasta la semana pasada Clay no sabía ni que existía. Hacía ya un mes que le cortaba el césped, pero nunca había visto a nadie más que a la mexicana que le paga ba cuando él terminaba y que, cada vez que le pedía algo de beber, le traía un miserable vaso de agua del grifo. Una vez dijo algo acerca del «parrón» —como lo llamaba ella—, que al parecer estaba ingresado en el hospital. Pero de repente, la semana pasada, apareció ese vejete alto y canoso que se estuvo todo el rato en el jardín sin quitarle el ojo de encima. Tenía que ser marica, pero con los ingleses es imposible saber dónde termina el inglés y empieza el maricón. No es que él les tenga miedo a los maricones. En realidad, no cree haber conocido jamás a ninguno. Sabe que existen los homosexuales pero sólo por la fama que tienen, del mismo modo que sabe que hay comunistas y platillos volantes.

Se va acercando a la pendiente, que siempre es un coñazo. Va cortando hacia atrás y adelante, en diagonal, empezando por el ángulo inferior derecho y subiendo hacia la izquierda. A cada pasada tiene que agachar una pierna, la gravedad hace que la cortacéspedes se incline en ángulos de lo más raros. La verdad es que está harto de fantasear. Últimamente su vida sexual sólo es eso, fantasías. Anoche, en el bar, Dwight, que no paró de quejarse de su estado civil, le dijo que desearía estar en su pellejo; a Jackie no le gustaba que su marido se pasara demasiado tiempo con el vago de su vecino, soltero para más inri. Si supieran. A Clay la envidia de Dwight le divirtió demasiado como para aclararle el final del asunto que tuvo con Scottie Deerfield, esa estudiante de la USC con la que estuvo saliendo unas tres semanas, hasta que la chica se cansó de vivir entre pobres y dejó de aparecer por el Beachcomber. Clay insistía en que ponía sábanas limpias para ella, pero, si ha de ser franco, nunca las usó. La zorra era una calientapollas, y en el bar lo acariciaba y hasta lo besaba, pero se le escabullía cada vez que la llevaba a la playa. Y ahora que todo había terminado, tampoco Betty volvería a su caravana: Betty, la camarera treintañera y divorciada del Beachcomber que antes se metía de cabeza en la cama de Clay

cuando él se lo pedía.

—Ya sé por qué me tratas tan bien —le dijo Betty anoche mientras Dwight estaba en el lavabo—. Pero será mejor que me olvides.

—¿Por qué? ¿Estás saliendo con alguien?

—¿Te preocupa? No me dabas ni la hora mientras esa mocosa te tenía bien agarrado con el coño.

—¿Pero qué bicho te ha picado?

—¿A mí? Ninguno. Debería encantarme que me trates otra vez como a la putita del pueblo, ¿verdad?, después de haber pasado de mí un mes entero.

—No eres una puta, Betty. Eres una amiga.

—Ah, muchas gracias.

—Nosotros sólo somos dos buenos amigos que se calientan juntos —le recordó, aunque no creía que un hombre y una mujer pudieran ser amigos. Pero eso fue lo que Betty le dijo una vez, y él quería que creyese que se atenía a sus reglas.

—Me caliente pero tengo sentimientos —replicó ella con dureza—. Y tú los has herido y mucho, Clay. Ya puedes ir detrás de todas las chicas inalcanzables que quieras, Boone, pero no pienses que voy a volver a tu cama cuando te dejen colgado. A partir de hoy para mí eres una cara cansada más al otro lado de la barra.

Clay no puede entenderla. Debería estar agradecida al ver que a él no le importa que sea divorciada y algo caballuna. ¿Qué más quería? Él sabía lo que quería de ella, pero así y todo había que pasar por el tubo, besarle el culo sólo para que le diera un trocito. El mundo es un juego estúpido que consiste en besar un culo tras otro. Betty ingresó en su lista de «las gilipolleces del mundo», junto con los estudios, el fútbol, las mujeres en general y todos los *marines* de los Estados Unidos.

Cada cual tiene que montarse su vida, y solo. Thoreau con una Cortadora de césped, se dice Clay al llegar a la parte más alta de la colina. El lee libros, aunque no tantos como pretende. Necesita pensar de sí mismo que es un Thoreau, pero es un Thoreau resentido y casi siempre cabreado. Necesita ver todos los fracasos de su vida como una forma de escapar de la necesidad colectiva, la única pega es que tampoco le gusta el lugar adonde ha llegado escapando. O estás casado, piensa, con un trabajo de nueve a cinco, o no eres nadie. Eres uno de ellos o eres un gandul, un negro blanco no mucho mejor que un criminal. También podría ser criminal. Hay días en que, por ninguna razón aparente, Clay siente una ira salvaje e irracional y le entran ganas de rajarle la tráquea al primero que se cruce en su camino, como le enseñaron a hacerlo en Pendleton. Pero ¿la garganta de quién valdría la pena rajar? Es sólo otro de sus sueños diurnos, con el que se divierte de vez en cuando, aunque nunca tan divertido como el de follarse a una estrellita de Hollywood.

Cuando el terreno se nivela, detrás de la casa, Clay siente como si estuvieran observándolo. Echa una mirada de soslayo a la casa mientras sigue dándole a la cortadora, pero no ve a nadie, ni siquiera a la criada en la ventana de la cocina. La bolsa ya está llena. Clay la quita, la baja a cuestas hasta la caseta y echa un húmedo

montículo de hierba cortada en la pila de mantillo; luego vuelve con la bolsa vacía otra vez colina arriba, sin dejar de escudriñar las ventanas de la casa. ¿Habrá alguien? Mientras empuja la cortacéspedes como si fuera un arado, debajo del ventanal, echa un vistazo por los cristales, y lo que ve es una sala en sombras repleta de sofás y sillas vacías, cuadros en las paredes y una pareja de perros de porcelana en la repisa de la chimenea. Se pregunta si el abuelo habrá vuelto al hospital. Al menos espera que la criada esté en casa, detesta tener que volver otro día a por su dinero. Pero sigue cortando: la franja junto a la fachada lateral de la casa, el patio delantero, donde hay más sendero que césped. La puerta del garaje, en ángulo recto con el largo y estrecho porche, está cerrada. Clay termina y apaga el motor. El repentino silencio lo estremece. Hace rodar lentamente la maquina apagada a lo largo de la parte trasera del garaje y se detiene a fisgar si hay algún coche. Un Chrysler de un modelo reciente ocupa casi todo el oscuro garaje. Cualquiera pensaría que un inglés de la edad del viejo ha de conducir por fuerza una antigualla, un Packard, por ejemplo, pero no, es un ancho Chrysler cromado del 56, descapotable.

Una vez junto a la camioneta, Clay levanta la cortadora por las ruedas traseras para quitarle la gruesa capa de barro que se ha pegoteado debajo. Comienza a rascar con un palo y termina de limpiarla con la manguera del jardín. Le duele la espalda y le tiran los músculos de la pierna. La mitad mecánica del trabajo ya está hecha; ahora tiene que ocuparse de las partes algo más cerebrales, como podar y quitar los hierbajos, le paguen o no le paguen hoy.

The bells of hell go ring-a-ling-a-ling...

Una canción que no llega de ninguna parte. El chasis se le escapa de las manos; la cortadora cae de pie con un estruendo. Sin embargo, cuando levanta la vista, no ve a nadie, sólo la larga ladera combada y segada en diagonal, y la casa, arriba, vacía como siempre.

—¿Se le ha caído algo, señor Boone?

La caseta gris está a unos dos metros de Clay, una de las ventanas levantada encima del grifo de la manguera. El inglés está en su estudio.

—Oh, no, sólo estaba limpiando mis herramientas —se apresura a responder Clay—. Disculpe si lo he molestado.

El viejo estúpido debió de bajar mientras él estaba en el jardín delantero. Clay cierra el grifo y se agacha junto a la cortadora para pasarle un trapo a la caja protectora del motor.

La puerta mosquitera se abre con un chirrido y se cierra de golpe. Aparecen una pantufla de piel y un bastón con puntera de goma. El vejete de pelo blanco entra en cuadro, sonriente.

—«Soy Damon el Segador, conocido / en todos los prados que he segado». —Los labios de Whale desaparecen en una sonrisa de boca cerrada—. Andrew Marvell —

dice—. ¿No tendrá usted, por casualidad, una amiga llamada Juliana?

—No, no —dice Clay poniéndose de pie, pero resiste el impulso a prestarle atención. Declara su independencia limpiándose la nariz con el dorso de la mano.

—Perfecto. Y su nombre no es Damon, sino Boone. ¿Me equivoco? Clayton Boone. —Parece contento por saber el nombre de Clay—. Nos vimos un momento la semana pasada.

—Sí, me acuerdo, ¿señor...?

—Whale, como el mamífero acuático, no como el gemido^[14].

Hoy el viejo parece más chalado que sarasa, algo senil, puede que bebido. Apoyado en el bastón, parece salido de una vieja fotografía con su chaqueta a rayas arrugada y el pelo blanco ondulado iluminado desde atrás, las rosadas orejas de conejo casi transparentes. El sol parece atravesarlo.

—Estaba a punto de pedirle a María que me trajera té helado. Me gustaría muchísimo, señor Boone, que aceptara un vaso.

—Gracias, pero debo terminar el trabajo.

—Oh, por favor. Parece usted cansado, y con calor. Me hará sentir un poco menos tirano por hacerle trabajar como un burro y con este sol.

Clay se lleva la mano a la camiseta empapada.

—Gracias, pero ahora mismo apesto a sudor... —dice, antes de recordar lo que ocurrió la semana pasada y ese cuento de zambullirse en la piscina.

Whale, en efecto, está mirando la piscina, pero no dice nada al respecto; sólo levanta la barbilla y observa.

—El honrado sudor de nuestra frente. Le aseguro que no me ofende. Permítame que le diga a María que traiga té para dos. ¿O prefiere una cerveza?

Clay se pregunta por qué se resiste; tiene sed y necesita un descanso antes de continuar. ¿De qué tiene miedo?

—No. Té frío ya me irá bien. Seguro. ¿Por qué no? Deje que me lave las manos, ¿de acuerdo?

—Estupendo. Hablaré con María.

Whale se da la vuelta, vacila un instante y luego, resuelto, vuelve a entrar en el estudio.

Eres un incauto, masculla Clay por lo bajo mientras se quita con la manguera las briznas de hierba que se le han pegado en los brazos. Pero siempre es más fácil que, mentalmente, alguien le caiga peor que cuando tiene la oportunidad de hablar. Sería ridículo rechazar una bebida fresca sólo por miedo a que el tipo sea marica. Incluso si lo es, Clay sabe cuidarse. Lo peor que puede pasar es que vuelva a pedirle que se bañe desnudo en la piscina de los cojones. No sabe muy bien por qué no consigue quitarse esa idea de la cabeza, pero es la única amenaza de cierto calibre capaz de justificar por qué el inglés le cae tan gordo. Se seca las manos y los brazos con el gorro, y después, hecho una bola, se lo mete por la camiseta para secarse los sobacos.

—Adelante —le dice Whale al verlo en la puerta—. Los refrescos ya están en

camino.

Dentro del estudio, han de pasar unos instantes para que los ojos de Clay se adapten a la penumbra. El viejo está echado en un sofá que parece el diván de un psicoanalista, los periódicos abiertos a su lado dejan bien claro que no espera que Clay se sienta allí. Whale le señala con la mano un sillón de madera enfrente de él. Clay se sienta, y al ver una mancha roja en el suelo de madera, se pone a rascarla con la punta de la bota.

—Sí, mi taller, mi estudio —dice Whale—. Como ve, no es un sitio en que un trabajador sudoroso deba sentirse fuera de lugar.

Hay más manchas en las tablas del suelo, manchas amarillas, blancas, negras. Clay ve lienzos sin enmarcar en la pared y apilados en las esquinas, un complicado caballete con unos pernos enormes y un pie muy largo. Un par de cuadros le resultan familiares, famosos diría. De repente se pregunta si el viejo no será un tipo importante.

El viejo lo mira con unos ojos azules inexpresivos. Se ha sentado con las piernas cruzadas por las rodillas, un codo apoyado en la rodilla de arriba, y con un dedo se da golpecitos en el labio inferior.

—¿Son suyos esos cuadros? —pregunta Clay.

—¿Cómo? Oh, sí —dice Whale, y sonrío amablemente—. En todo caso, ahora lo son.

—Disculpe, pero... ¿es usted famoso?

—Qué pregunta, señor Boone. Un hombre menos humilde podría ofenderse. Pero, ya que me la hace, le diré que la respuesta es no.

Clay hace una mueca y se encoge de hombros.

—No tengo ni idea de arte, soy un paleta que se gana la vida arreglando jardines, nada más. —Le gusta hacerse el tonto; le hace la vida más sencilla—. Pero algunos de estos cuadros me resultan familiares. Estaba preguntándome si debería saber quién es usted.

—Eran conocidos cuando los pinté. Ese lo copié de una naturaleza muerta holandesa, pintada hace casi trescientos años. Y ése es un Rembrandt. Sin duda ha oído hablar de Rembrandt, ¿verdad?

—Sí. Conozco a Rembrandt —dice Clay, irritado—. Entonces sólo son copias. ¡Vaya!

Le avergüenza no haberlo sabido, y también le decepciona enterarse de que el viejo no es nadie. Desea que el té llegue rápido para tomárselo y largarse cuanto antes.

—Pero, antes de jubilarme, podría decirse que goce de una temporadita al sol. La fama, por llamarlo de alguna manera. Hacía cuadros hablados y con movimiento, digamos, antes de dedicarme a hacer copias de otros, mudos, y ya famosos.

Clay tarda un momento en darse cuenta de que le está hablando de películas.

—¿Era actor?

—No, no. Nada tan sublime. Sólo director.

—¿En serio? ¿De qué películas? Dígame algunas.

Clay es consciente de la importancia de los directores, aunque este tipo da la impresión de no haber hecho nada desde los Keystone Kops.

—Las únicas de las que puede haber oído hablar son las de Frankenstein.

—¡Vaya! —Clay se endereza en su asiento, sorprendido, incrédulo, e impresionado a la vez—. ¿*Frankenstein* y *La novia* y *El hijo* y toda la serie? ¡Joder! Todo el mundo conoce a Frankenstein.

El viejo frunce el ceño.

—Sí, bueno, yo sólo dirigí las dos primeras. Las otras las hicieron unos directores de poca monta. —Hace una pausa para un suspiro nostálgico—. Eso fue hace mucho tiempo, antes de que usted naciera, me atrevo a apostar.

—Aun así —insiste Clay—. Debe de ser rico, con un par de películas como ésas.

—Vivo con holgura, nada más.

Clay no puede evitar mirarlo con más atención. Algo en el viejo ha cambiado: la sonrisa parece menos senil, más orgullosa, como si ahora asomara un orgullo escondido. Ya no es un viejo y frágil marica; ahora tiene peso, grandeza, importancia. El hombre que hizo *Frankenstein*. Y él, Clay Boone, le corta el césped.

—¿Y qué le pasó a..., cómo se llamaba? ¿El actor que hacía de Frankenstein? —pregunta Clay.

—¿Colin Clive? Colin murió hace muchos años.

—No, no me refería a ése. El que hizo montones de películas de terror.

—Ah, el que hacía de Monstruo. Karloff. La gente siempre confunde al Monstruo con su creador. Frankenstein es el médico, el monstruo es simplemente el Monstruo.

—¡Usted sabrá! —dice Clay, riendo. Quiere que el viejo note que está impresionado, pero sin hacer mucho aspaviento. Intenta recordar las películas, pero lo único que consigue ver es al Monstruo, y a sí mismo, un niño cagado de miedo en un cine de tercera de Joplin, y a su hermana, que le apretaba el brazo cuando él no se lo apretaba a ella. Las películas eran para niños y, en cierto modo, no desprovistas de ternura.

—Ah, ahí viene María con el té —anuncia Whale—. ¿Puede abrirle la puerta, señor Boone?

Clay se pone de pie de un salto y abre la puerta mosquitera. La criada mexicana, vestida con su uniforme negro y el delantal blanco de siempre, pasa a su lado con brío, sin dignarse mirarlo. María deja sonoramente la bandeja en una mesa, con tintineo de vasos y cucharillas de plata.

—¿Cómo se siente, señor Jimmy? —pregunta María—. ¿Cómo está hoy la cabeza?

—¿Mi cabeza? De maravillas. ¿Y la tuya?

—Ya sabe lo que nos dijo el doctor —dice María, con un bufido que denota enfado.

—Sí, sí, sí —le dice el viejo, cerrando los ojos con aire de estar harto de oírla—. Sólo he invitado al señor Boone a un vaso de té, María. Charlaremos un rato y después él seguirá con el jardín.

Clay observa a la mexicana, que parece casi tan vieja como su «patrón», y se pregunta por qué el viejo permitirá que la criada le dé la lata, que lo trate con la misma altivez con la que lo trata a él cada vez que tienen que arreglar algún asunto.

—No me olvido de la última vez que charló un rato, señor Jimmy.

—Vete ya, María —le dice el viejo, espantándola con el dorso de la mano—. Celebraremos la ceremonia sin ti.

María se queda mirando a Clay.

—Parece bastante fuerte. No necesitaré mi ayuda si las cosas se ponen feas —le dice María a Whale.

—Nada de eso. Hoy me siento como nuevo.

—Usted sabe lo que hace, señor Jimmy. A mí no me importa —dice, dirigiéndose hacia la puerta sin dejar de sacudir la cabeza.

Clay vuelve a su silla y se sienta un poco abochornado.

—Es un encanto —dice Whale—. Hace quince años que trabaja aquí. Es muy posesiva. Cuando llevan trabajando tanto tiempo para uno, las criadas empiezan a pensar que están casadas con uno. —Whale le sonrío, sugiriendo con este comentario que no piensa en Boone como si formara parte de la servidumbre—. Por favor, señor Boone, sírvase, aquí tiene el azúcar.

Clay coge un vaso y se echa azúcar en el té. Pobre tipo. Es el hombre que una vez aterrizó a los niños con sus películas y ahora la criada lo trata como si fuera ella quien mandara.

—¿Qué quiso decir con eso de si las cosas se ponen feas?

—Tonterías. Salí del hospital hace un par de semanas y la pobre sigue pensando que necesito más descanso, y más soledad. Me temo que ya llegará el día en que no podamos hacer otra cosa que descansar.

¿Tan viejo es?, se pregunta Clay.

—¿Por qué estuvo ingresado?

Whale se encoge de hombros.

—Un pequeño derrame.

Clay asiente con mirada cómplice, aunque lo único que sabe de los derrames es que afectan al cerebro, como una insolación. También él se mareaba un poco cuando trabajaba demasiadas horas al sol.

El té está dulce y fresco, y Clay se pule la mitad del vaso de un solo trago. Al bajar el vaso, descubre que el viejo está otra vez mirándolo, la barbilla alzada y los párpados ligeramente bajos.

Clay se limpia la comisura de los labios con el pulgar.

El viejo sonrío.

—Disculpe que lo mire así, señor Boone. Pero tiene usted una cabeza

decididamente maravillosa.

—¿Qué?

Clay no está seguro de haber oído bien.

—Para un artista, entiéndame. ¿Ha posado alguna vez?

—¿Posado para cuadros, quiere decir?

—Sí, para un pintor. Que lo dibujen.

Clay ríe, o mejor dicho, suelta intencionadamente una especie de bufido que espera que le haga sentir ganas de reír. Pero lo único que siente son cosquillas y una extraña timidez.

—Tiene usted un cráneo decididamente... arquitectónico. Ese corte de pelo. ¿Es al cero? ¡Y la nariz! Expresiva, muy expresiva.

De pronto le duele la cabeza, aunque Whale sólo habla *como si* la estuviera acariciando; mientras siga con las manos en la rodilla, él estará fuera de peligro.

—Partida, para ser exactos.

—Pero expresivamente. ¿Cómo se la rompió?

—En realidad no se rompió, se aplastó un poquito. Fútbol, en la facultad.

—¿Fue a la universidad? —pregunta Whale con un tonillo que sugiere duda.

—Sólo un año. Lo dejé para alistarme en la marina.

—Ah, fue infante de marina. —La mirada se hace más intensa, más teñida por la admiración—. Le ruego que me disculpe por este comportamiento. Es el pintor dominguero que llevo dentro. No era mi intención hacerlo sentir incómodo.

—No, no me ha molestado, sólo sorprendido. Es la primera vez que alguien me propone pintarme o dibujarme.

—Bueno, el sorprendido soy yo. Pero comprendo que no quiera aceptar. Es mucho pedirle a alguien que no está acostumbrado a posar.

Aún intrigado por la verdadera intención de su interlocutor, a Clay le preocupa que crea que ha dicho que no.

—Entonces, ¿lo decía en serio? ¿Quiere que pose para usted? ¿Es eso lo que me está diciendo?

Una ceja blanca y muy rala se alza dos centímetros. Las demás facciones no expresan nada, o, en todo caso, parecen pedir disculpas.

—No le interesa, ¿verdad? —pregunta Whale con timidez—. Los modelos cobran por su trabajo, señor Boone. Yo le pagaría por el privilegio de dibujar su cabeza.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto le pagamos por cortar el césped?

—Cinco pavos. Más cinco por los extras... Los setos y la piscina.

Whale hace sus cálculos sin dejar de mirarlo.

—¿Qué me diría si le ofrezco cinco por una hora? A dos horas por sesión. Posar más tiempo puede ser muy agotador. Tanto como empujar la cortadora de césped roja.

—¿O sea, que no será sólo una vez?

—Depende. Depende de si le gusta a usted, en primer lugar. Y de la variedad y el

desafío que encuentre en su fisonomía. En su cara.

Una parte de Clay se ha sentido tentada desde el primer momento. Ahora, por lo menos, puede decirse a sí mismo que lo hace por dinero. Diez pavos por sentarse dos horas encima de su trasero. Y sin embargo, aún se siente intranquilo, tiene miedo de algo, algo en él, o en Whale, no está seguro. Mira otra vez los cuadros de la pared y sólo ve caras y flores. Y no puede evitar preguntar:

—Y es sólo la cabeza lo que quiere dibujar, ¿verdad? ¿Nada más?

Whale sonríe.

—¿Qué está sugiriendo, señor Boone? ¿Me cobraría más si incluyera una mano o una parte de esos anchos hombros?

Clay pone una mirada de duro para hacerle saber que no bromea.

—Lo que quiero decir es que no querrá dibujarme como Dios me trajo al mundo, ¿me explico?

Durante una fracción de segundo, el viejo se queda petrificado.

—En absoluto —dice—. No es su cuerpo lo que me interesa, señor Boone. Sólo su cabeza.

Clay no encuentra ningún otro motivo para seguir poniendo objeciones. Decir que no ahora equivaldría a admitir que es timidez lo que le impide hacerlo.

—Bueno, pues de acuerdo. Acepto.

Los ojos azules de Whale parpadean sorprendidos; la sonrisa vuelve a sus labios.

—Fantástico. La verdad es que deseaba que se mostrara bien dispuesto.

—¿Qué puedo perder? Y además la pasta me viene de perillas.

Clay necesita hacer como que no atribuye demasiada importancia a su decisión, que la idea de permitir que un hombre lo dibuje no le resulta tan extraña. Y no precisamente cualquier hombre, sino el hombre que hizo *Frankenstein*.

Lo cierto es que, mientras discuten el plan de trabajo, qué días vendrá a posar y a qué hora, a Clay la perspectiva le parece menos extraña, más parecida a cualquier otro trabajo. Whale reacciona con una flexibilidad increíble cuando le dice que por las mañanas no le va bien; a esa hora prefiere cortar la hierba. Finalmente, conciertan una cita para la tarde del miércoles, es decir, pasado mañana.

—Tengo hora con el médico por la mañana. Nada serio, un chequeo rutinario —murmura Whale—. Pero para cuando usted llegue estaré descansado. Ansioso por poner manos a la obra.

Una sombra pasa por sus ojos. Echa una breve mirada a Clay, como si de pronto quisiera echarse atrás, pero tras parpadear dos o tres veces, la sombra desaparece.

—Creo que es hora de que le permita volver a su trabajo. Si no, María va a acusarme de que lo trato demasiado bien.

Clay se pone de pie junto con Whale.

—El miércoles a la cuatro en punto —repite Whale, y le tiende la mano.

Clay la coge: una mano larga y delgada, con la piel floja y los huesos húmedos. El té frío. La mano de Whale le devuelve el apretón —la garra de un pájaro— con

una fuerza que lo sorprende.

—Pasaremos un rato muy interesante, señor Boone.

—Pasaré, querrá decir. Yo sólo tengo que sentarme —dice Clay, dejando caer la mano a un lado y conteniéndose para no sacudir delante del señor Whale la sensación que le ha dejado en las articulaciones.

Al volver al sol, Clay trata de reírse pensando en lo increíble de la situación. ¿En qué coño se estará metiendo? ¿Por qué se siente tan a gusto? Porque la verdad es que le gusta, está loco de contento. Se acerca a la camioneta a coger las tijeras de podar y no puede reprimir las ganas de mirarse en el retrovisor. ¿Es su cabeza de verdad tan interesante? A veces él mismo se gusta, y en secreto le encanta que las mujeres digan que es guapo y recio. Pero choca viniendo de otro hombre, aunque sea un artista. Clay ya no sospecha que Whale sea marica. Sólo puede pensar algo así de un desconocido, de hombres que no desea conocer mejor. Pero éste es el hombre que hizo *Frankenstein*, y cuando se llega a la edad a la que él ha llegado, es imposible no parecer un poco raro y repulsivo.

Clay se lamenta por no saber adónde se ha mudado su hermana. ¡No poder escribirle y contarle que está trabajando para el hombre que tanto miedo les hizo pasar cuando eran críos! Mucho antes del alcohol y del sexo, pasar miedo en el cine había sido el placer físico más vivo, la confusión más excitante que el cuerpo humano pudiera experimentar.

Dos cráneos, uno de frente, el otro de perfil, girado hacia el primero, como si mirara a una esposa, o a un amante. Dos radiografías en el tablero luminoso del médico. Una sombra gris perla rodea el hueso blanco como un recuerdo de la carne.

—Mire aquí —dice el doctor Payne, señalando una mancha borrosa en la radiografía de perfil—. Ésta es la zona de infartación. Es decir, la porción del cerebro afectada por el derrame. Se veía con más nitidez en el fluoroscopio, aquí se ve borrosa.

Las persianas venecianas de la habitación están bajadas. James Whale está sentado en una silla, bajo la tenue luz que atraviesa los dos cráneos sonrientes. Lo mira todo con calma, las piernas enfundadas en pantalones de franela cruzadas a la altura de las rodillas, el puño de una camisa de gemelos apoyado en el muslo. Vestido otra vez tras pasarse la mayor parte de la mañana con la bata que le proporcionó el hospital, aún lo acosa la inquietante sensación de llevar el culo al aire. Se hace el que no tiene miedo, el que no se emociona al ver su calavera en la pantalla.

—El tejido cerebral no se regenera —prosigue el médico—. Todavía no sabemos exactamente qué trabajo hace cada zona, pero el cerebro es un órgano increíblemente plástico. Cuando una zona está paralizada, otras suelen asumir sus funciones. Pero se trata de un fenómeno que altera el equilibrio de fuerzas.

Esta mañana Whale llegó al hospital henchido de soberbia y de desdén; para él esta visita era una pesadez, una cita con el dentista que hay que aguantar con paciencia. No esperaba nada; no conseguirá nada. Echó mano de su odio a los médicos y hospitales para sobreponerse al miedo. Lo hicieron desvestir, lo examinaron, le alumbraron los ojos con una linterna, comprobaron los reflejos y le inyectaron con un isótopo radiactivo. Le pusieron la cabeza detrás de la pantalla del fluoroscopio y ni se movió mientras Payne y otro médico comentaban por lo bajo cosas que él no podía ver; se imaginaba las estelas luminosas en la pantalla de radar como fuegos de artificio que estallaran al ralentí. Después le hicieron dos radiografías y lo mandaron de vuelta a la sala de espera, hasta que lo llamaron a la consulta de Payne para comunicarle los resultados de la exploración.

Whale mira y escucha, pero la mayor parte del tiempo sólo mira. Todavía le dura la fascinación de verse como nunca se ve en ningún espejo. Esos dientes... ¿Cómo pueden ser tan largos? Capas de luz que se solapan —el isótopo al dispersarse— llenan las dos bóvedas asimétricas. La corta colita de vértebras se ve delicada y quebradiza como el espinazo de una sardina. Pero incluso cuando la mente se mira a sí misma con regocijo mundano, la cruda verdad de la imagen se impone. Más que un trillado símbolo de la muerte, es su cráneo el que está ahí, *su* muerte. Sin pelo, sin ojos, sin rostro. Siente unas débiles ganas de vomitar en la garganta, arcadas como las que provoca el olor a carne podrida, pero en la consulta del doctor Payne el único olor es el del antiséptico efluvio del alcohol.

—Es usted un hombre de suerte, señor Whale. Cualquiera que sea el daño causado, ha dejado sus capacidades motoras relativamente intactas.

Se lo dicen y se lo repiten.

—Sí, sí —murmura Whale, señalando con la cabeza las radiografías—. Pero ¿va a decirme qué tengo del cuello para arriba?

—Estoy tratando de explicárselo.

—La explicación me importa un rábano —replica Whale—. Lo que yo quiero saber es cuando voy a salir de esta niebla. No puedo concentrarme, no puedo cerrar los ojos sin pensar cien cosas a la vez. Podría vivir con ese dolor de cabeza mortífero que me ataca a ratos si el resto del tiempo pudiera ser el que soy. Pero no soy yo, y eso se ha vuelto *muy* aburrido.

Payne no dice nada. Apaga la luz de la pantalla y levanta las persianas. La habitación se llena de sol en un instante. Las radiografías pierden su sentido, se convierten en cuadrados de celuloide negro. Y ahí está Payne junto a la camilla cubierta de papel; no es el padre omnisciente que sugiere su voz profunda, sino un neurólogo joven y desabrido con gafas de concha. Sin la cinta en el pelo y el disco plateado que antes confería a los médicos aspecto de sumos sacerdotes, la bata blanca no le da a Payne más autoridad que a un vendedor de refrescos. Tiene un apellido demasiado obvio para hacer juegos de palabras o pareados^[15]. Parece perplejo al ver que frente a él tiene a un hombre vivo.

—¿Sí? —dice Whale, más cortés—. ¿Qué puedo esperar?

Payne se apoya en la mesa y adopta una postura más informal, pero vuelve a hablar con tono científico en el único lenguaje que conoce.

—Hay tantas cosas que aún no sabemos del cerebro. Como ya le dije, el equilibrio de fuerzas ha variado. El sistema nervioso central es importante no sólo por lo que aloja, sino por lo que no deja entrar, por lo que selecciona de un constante aluvión de sensaciones, de procesos internos y de otros que tienen lugar fuera del cerebro. Sea lo que sea lo que haya muerto, parece haber provocado un cortocircuito en ese mecanismo inhibitorio. Las ilusiones olfativas son un síntoma, pero hay otras partes de su cerebro que también están disparando al azar.

—¿Algo así como una tormenta eléctrica en la cabeza?

—Sí. Es una manera de describirlo tan buena como cualquier otra.

Sus noches oscuras y atormentadas, sus sueños. ¿Nada más que trastornos fisiológicos?

—He visto casos mucho peores, señor Whale. Pacientes mayores que pierden sus facultades mentales después de una apoplejía. Una anciana con una memoria tan incontinente que no puede distinguir el pasado del presente.

—Incontinente. —Whale aprieta los labios en señal de disgusto—. Sí, me estoy haciendo mi pasado encima.

—¿Cómo? Ah, sí, ya lo capto —dice Payne, y sonrío—. Muy bien, señor Whale, no hay que perder el sentido del humor. Ya sabe, al mal tiempo... Y mejor que sea la

memoria y no los intestinos. Todavía puede aprender a disfrutar de esos paseos por el pasado.

Whale hace una mueca de dolor. Se ha pasado la vida desandando su pasado, no puede soportar la idea de que ahora, poco antes del final, todo regrese.

—Pero ¿y lo demás? ¿Esa niebla constante, mi incapacidad de concentrarme? ¿También eso es sólo un desperfecto eléctrico?

—Bueno, es una manera de decirlo.

—¿No hay forma de entrar ahí y poner las cosas en su lugar?

—¿Cirugía? No, aún no sabemos cómo hacerlo, ni siquiera estamos seguros de lo que deberíamos buscar. Corremos el riesgo de dañar tantas cosas que evitamos la neurocirugía, excepto en situaciones de vida o muerte. Además..., y ya sé que no va a gustarle nada que le diga esto, usted se encuentra relativamente bien, señor Whale.

—¿Y mi ataque de la semana pasada? Me sentí como si me dieran con una piqueta en el cráneo. ¿Eso es «relativamente bien»?

—El dolor es una cosa que no me explico. Por regla general el cerebro es insensible, pese a lo que sugiere el dolor de cabeza. El primer ataque fue tan fuerte que usted sólo notó los efectos. He considerado la posibilidad de que se trate de un aneurisma en el córtex, pero no hemos visto nada en el fluoroscopio.

—¿No será el anuncio de otro derrame?

—No, nada de eso. Lo que yo sospecho, y el doctor Ransom está de acuerdo, es que se trata de dolores fantasmas, imaginarios, igual que esas alucinaciones olfativas que ha tenido.

Whale se queda mirándolo.

—¡No! Si usted sintiera ese dolor no diría que es una alucinación.

—No digo que no le haya dolido, pero no podemos encontrar una causa fisiológica. Y eso me lleva a creer que es otro pequeño cortocircuito, un desperfecto eléctrico, como usted ha dicho.

¿Cómo podría el dolor no ser real? A Whale la idea lo deja atónito, y totalmente fascinado. Un dolor que sólo parece ser un dolor, como si fuera sólo una idea y, como todas las ideas, uno pudiera creérsela o no. Absurda sofistería. ¿Cuál es la diferencia si, real o ilusorio, duele igual? Whale casi sonrío, sorprendido por su propia irrealidad.

—Ya sé que lo que le digo no lo hace sentir mejor, ni le hace el dolor más soportable, pero debe comprender que no es el síntoma de una nueva catástrofe cerebral. La mente es un lugar muy extraño, señor Whale.

—¿Hay algo en especial que pudiera provocar un ataque? ¿Una subida de presión o..., algo que deba evitar?

—No lo sé, señor Whale. Mi idea es que estas cosas vienen y se van, son descargas aleatorias, como migrañas.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Tome el Luminal, el fenobarbital que le receté. Úselo cada vez que sienta que

le viene un ataque. También debería tomarlo para conciliar el sueño.

—¿Y no puedo hacer nada más?

—Tómese las cosas con calma. *Tiene que tomárselo con calma.*

—Pero, por lo que me dice, me parece que éste no es exactamente un caso que se resuelve con reposo hasta que me sienta mejor. Tengo la impresión de que está diciéndome que esto va a durarme toda la vida.

Y Payne, que apenas ha mirado a Whale durante la conversación, abre los ojos un poquito, y en ellos Whale detecta una mirada entre confusa y compasiva, seguida de una casi imperceptible tensión en la boca.

—Sí, supongo que eso es lo que le estoy diciendo.

«Entonces, ¿lo que tengo que hacer es matarme?».

Es la pregunta siguiente, lógica, obvia, pero Whale no puede formularla en voz alta. Demasiado melodramática, demasiado desesperada. Sonaría a petición de clemencia, y Whale no quiere que se apiaden de él. Sin embargo, no se le ocurre otra. La frase no dicha le llena toda la boca.

—Venga —le dice Payne al ver que el silencio se prolonga demasiado—. Permítame que lo acompañe a la sala de espera.

—No hace falta, conozco el camino. —Whale se pone de pie con más facilidad de la que pensaba—. Gracias por ser tan franco, doctor. Sobre mis posibilidades y sobre los límites de su ciencia.

—Hay gente mucho peor —le repite Payne una vez más—. Además, nunca se sabe lo que puede pasar más adelante. El cerebro es un lugar único, un órgano increíblemente plástico.

Whale quisiera terminar la conversación con una ocurrencia mordaz, enseñarle al médico que él sí sabe poner buena cara al mal tiempo. Pero no se le ocurre nada salvo un mediocre «Adiós, doctor Payne».

Al salir de la consulta, la primera sensación que lo invade en el blanquísimo pasillo es de alivio. Ha terminado, ya puede irse a casa. Lo deprimen el frío artificial del hospital, la luz, ese olor a vodka. En realidad, no le han dicho nada nuevo. ¿No era esto lo que había esperado? No es la mala noticia lo que lo desconcierta, sino la ausencia de cualquier esperanza, incluso de las falsas esperanzas de los médicos. Payne le ha hecho un cumplido al negarse a pintar una puerta falsa en las paredes de su celda. El cráneo que vio en la pantalla es su prisión, una caja ósea atiborrada de confusión y de pesadillas. Al pasar junto a las enfermeras con sus cofias almidonadas y los pacientes con sus batas manchadas, Whale se ve a sí mismo como un caballero muy saludable vestido con ropa de Savile Row que lleva a cuestas una prisión secreta.

La sala de espera de los pacientes externos está llena de hombres y mujeres de edad, la gente que está «peor». Sentados en sofás de piel sintética verde, encorvados y a punto de venirse abajo, unos esperan acompañados de sus hijos adultos, otros, de sus enfermeras particulares. A Whale sólo lo espera María, endomingada —guantes

blancos y vestido de volantes—, como si tuvieran que ir a misa juntos. Los otros se han sentado lejos, incapaces de clasificar a una mujer mexicana que no va vestida como una criada.

—¿Listo, señor Jimmy?

—Sí. Whale recoge su panamá del perchero —sí, un cráneo necesita un sombrero— y espera que María coja sus cosas y lo siga.

—¿Le ha hecho una receta nueva? —pregunta María cuando le abre la puerta.

—No.

—¿Le dijo cuánto falta para que vuelva a sentirse bien?

—Sigo siendo un misterio para la ciencia médica.

—Entonces, ¿para qué quería verlo?

—No tengo ni idea.

—Médicos —escupe María—. Son todos carniceros o ladrones.

—Dices bien, María.

El sol del mediodía cae a plomo y Whale saca del bolsillo de la chaqueta sus gafas de sol de montura dorada. Por dentro, el coche es un horno de vinilo pegajoso. Se sienta delante, junto a María, que es tan bajita que apenas ve por encima del salpicadero futurista del Chrysler. Ha corrido el asiento hacia adelante para llegar a los pedales; Whale se sienta con las rodillas encogidas contra el salpicadero. Se decidió a cambiar de coche el año pasado, pensando en los largos paseos que le gustaba dar, solo, por la costa, o a través del desierto, con la capota baja y el viento silbándole alrededor. Nunca más. Ahora necesita que su adusta y pequeña puritana le haga de chófer. Al mirarse las manos, que ha apoyado en las rodillas, le parece ver, a través de la piel, un abanico de huesos articulados. ¿Cómo vivir cuando se han cerrado todas las puertas del futuro?

María, enérgica, se pone a tararear una canción mientras sus guantes blancos luchan con el volante. Detesta conducir, y se da ánimos cantando. Por lo general tararea viejas canciones españolas que Whale no conoce, pero la melodía de hoy le suena familiar. Tarda dos compases en reconocerla: «Land of Hope and Glory».

—¿Dónde la aprendiste?

—¿Dónde aprendí qué, señor Jimmy?

—«Land of Hope and Glory».

—No sé de qué gloria me habla.

—Pues la estas tarareando.

Y, enfadado, se la tararea él.

—Ah, de un programa de la televisión. «Reina por un día». La ponen al final de cada programa, cuando coronan a la concursante. Du-du duuuu-du-du.

—Bueno, no sigas, que me molesta.

—Sí, señorito, señor Jimmy.

María se encoge de hombros, pero silba un compás más, como tratando de descubrir qué tiene esa canción que lo molesta tanto.

Si no consigue controlar su cerebro, al menos debe poder controlar a su ama de llaves. ¿Tierra de esperanza y de gloria? Tierra de niebla y llovizna. Inglaterra ya no significa nada para él. Escapó, y la ha olvidado. Éste es su país, esta ciudad abierta de automóviles y palmeras y colinas color caqui.

No obstante, mientras avanzan despacio hacia casa, María conduce muy por debajo del límite de velocidad, Whale es incapaz de reconocer nada de lo que ve. No conoce estas fachadas de tiendas abandonadas ni estos terrenos baldíos. Hasta que giran en una esquina y ve algo que sí recuerda, un kiosco de periódicos en una travesía de Hollywood Boulevard, con los libros y las revistas expuestos al aire libre.

—¿Qué estamos haciendo aquí? ¿No ves que hemos venido a parar a Hollywood? ¡Te has equivocado de camino!

—Ya lo sé, señor Jimmy. Me equivoqué al girar donde están construyendo la autopista. Ahora vamos en la dirección correcta.

Pero incluso aquí es muy poco lo que ve y reconoce. ¿Se le ha deteriorado tanto la cabeza que ha olvidado la ciudad en que ha vivido y trabajado veintitantos años? No, no es su cerebro, es la ciudad lo que ha muerto. Está terriblemente cambiada. ¿Dónde están los naranjales que antes se veían detrás de los edificios de oficinas? ¿Dónde está toda esa gente que antes desfilaba por las anchas aceras, ellas con fedoras y sombreritos de campana? ¿Dónde están los tranvías? Los cables aún siguen ahí, telarañas rotas bajo un cielo gris, mientras abajo los autobuses rojos y amarillos eructan gases por el tubo de escape. El cielo absurdamente azul de los años treinta ha desaparecido. Y en medio de esta miseria bañada por el sol, Grauman's Chinese, mítico teatro, sublime isla del pasado, con sus alas tristemente abiertas pidiendo a gritos una capa de pintura. *Los diez mandamientos* llenan toda la marquesina.

¿Es aquí donde va a morir? Porque se va a morir, ¿no? La muerte es la única puerta que permanece abierta, el único futuro con el que puede contar. Pero... ¿cuándo? ¿El mes que viene? ¿Dentro de un año? Le enferma pensar que puede durar años en ese estado mental, desintegrarse en más niebla y desesperación.

«Entonces, ¿no tengo otra salida que suicidarme?».

Se alegra de no haberle hecho esa pregunta a Payne. Suena a desesperación vulgar. Pero ¿por qué ponerla en palabras? La acción es más elocuente. Un hombre que se ha hecho a sí mismo con sus propias manos se merece darse muerte por su mano. Whale ha considerado esta posibilidad otras veces, pero siempre desde lejos. Incluso ahora, con las radiografías de su caja ósea todavía frescas dentro de esa misma caja, el suicidio queda a mucha distancia, su abatimiento lo aleja de esa posibilidad.

El estado de ánimo sombrío que le permite pensar en la muerte es tan profundo que hace imposible toda acción, incluso ésa. ¿De qué tiene miedo? ¿Qué espera ganar durando un poco más? ¿Es real este estado de ánimo, o es, también, otro desperfecto?

—¿Se quedará a cenar su invitado? —pregunta María.

—¿Mi invitado? ¿Qué invitado?

—El jardinero. ¿Viene esta tarde o no?

—¿A cortar la hierba?

—No. Usted quiere pintarlo... O algo.

La nota de desaprobación en la última frase consigue hacerle recordar al hombre.

—Ah, él. El *marine*. ¿Cómo se llama?

—Boone.

—Claro.

Hace apenas dos días que inició su jueguito con el muchacho, que lo aduló hasta que consintió en posar para él. ¿Por qué? No puede acordarse. Lo único que recuerda es una agradable burbuja de expectativa, ayer por la noche y esta mañana, como si tuviera algo que esperar con ansiedad después del chequeo en el hospital. Las horas que pasó en el hospital lo separan de todo lo que las precedió.

—Cuando llegue le diré que está cansado, o que no se encuentra bien —sugiere María.

—No, si lo he invitado, mi obligación es recibirlo.

—Bueno, sólo es el jardinero.

—Quiero verlo. Quiero dibujarlo.

María no sabe que ya no puede trazar una línea recta, y mucho menos dibujar un rostro humano. Pero lo cierto es que Whale no puede recordar por qué quiere ver a Boone, ni qué espera de él. Evoca la imagen de un hombre: hombros anchos y nariz aplanada, unas manos enormes que formarían unos puños como dos mazas. Y el tatuaje azul, como una etiqueta pegada en un melón.

—Por favor, señor Jimmy. Ha pasado toda la mañana en el hospital. ¿No se acuerda de lo que le pasó la última vez?

—Por Dios, María, yo sé lo que quiero. No me trates como a un niño.

La mujer calla un momento.

—Lo que usted diga, señor Jimmy. Sí, señor —dice, con un respeto que roza el sarcasmo.

Ahora Whale quiere ver al muchacho simplemente porque María se opone. Sin embargo, le parece que quiere algo más de Boone. ¿Qué? Treinta años antes la respuesta habría sido de lo más sencilla: llevárselo a la cama. Antes del ataque, la respuesta habría sido igual de sencilla: verlo desnudo. Y ese deseo, la suave violencia de despojar a un hombre de sus ropas debe de ocultarse en algún lugar de la atracción que siente por él. El jardinero es un desafío mayor que la mariquita de Kay, mucho más fácil de desnudar, pero el desafío es parte del atractivo.

Whale consigue ver a Boone con más nitidez en el ojo fracturado de su mente: dos puños como dos mazas, esa mirada de animal mudo. Parece un ser irracional, peligroso, el clásico asesino americano. Sí, Boone le da miedo, pero es excitante que otro ser humano nos dé miedo, un miedo más agudo y más real que el agotador miedo a perder la cabeza, a la memoria incontinente y a los dolores imaginarios. Necesita jugar con fuego. Quiere regalarse los ojos con una pantera, aunque sólo sea para salir

de sí mismo unas horas. Y, si la fiera se lo come, bueno..., que a uno se lo coman vivo es más emocionante que ser consumido poco a poco por sus propios cortocircuitos.

—¿Qué pasa? —pregunta de repente María.

—¿Cómo qué pasa?

—Se ha reído. ¿De qué se reía?

¿Se había reído?

—Me contaba a mí mismo un chiste tonto. No vale la pena que te lo cuente.

—No importa. De todos modos yo no entiendo sus chistes.

No, no vale la pena contarlo, ni siquiera contárselo a sí mismo. Es una idea descabellada, ridícula, tan real como Santa Claus. Un *marine* podría perder los estribos y darle una trompada. ¿Qué placer hay en eso? ¿Por qué ha de ser tan tentador y hasta excitante?

Está cansado, tiene el pensamiento resbaladizo como el hielo. El más débil soplo puede hacerle estallar la cabeza, sin lógica, sin orden. Trata de reconstruir la secuencia de pensamientos que le llevaron a esperar que su infante de marina fuera violento, pero no lo consigue.

Ya están del otro lado de la colina, enfilando Sunset Boulevard. Hay menos edificios dignos de ese nombre, sólo gasolineras y concesionarios de automóviles de ocasión, vallas publicitarias de dos o tres pisos de altura llenas de caras sonrientes. Whale mira por la ventana, necesita desesperadamente ver algo en lo que fijar su atención y frenar su caída en el más absoluto sinsentido.

Y ve una nave espacial. Un disco enorme, una especie de tapadera que gira lentamente recortada contra el cielo de Los Ángeles, un disco grande como una casa y rodeado de tubos que por la noche deben de iluminarse con el neón. La monstruosidad parece vigilar desde lo alto una hilera de coches aparcados, entre los cuales una patinadora con las piernas desnudas baila el vals con una bandeja cargada de vasos y bolsas de papel. Por la ventanilla del Chrysler Whale contempla con mirada solemne el extraño espectáculo.

¿Es aquí donde se va a morir?

—¿Dónde está la ciudad propiamente dicha, James?

—En todas partes y en ninguna, cariño. No hay tal ciudad, sólo la impropiedades dicha.

Las ventanillas están abiertas; una suave brisa atraviesa el automóvil. Todos alzan alegremente la voz por encima del rugido del motor.

—Parece Egipto —dice Elsa—. Sin egipcios ni pirámides. ¿No crees, Charles?

—No sé —gruñe su marido desde el asiento trasero—. Nunca he estado en Egipto.

—Pero te lo puedes imaginar. Todas esas palmeras.

Por encima de los edificios bajos, palmeras reales desfilan sobre un fondo de límpido cielo azul. Abajo, la calle está a reventar de coches flamantes y relucientes como latas de galletas esmaltadas; de vez en cuando pasa un Ford T, y un tranvía majestuoso de ventanas altas.

—Dales tiempo —dice Whaley habrá pirámides.

A primera hora de una noche de 1932, James Whale lleva a los Laughton a cenar fuera. Es la primera noche de la pareja en Hollywood. Llegaron por la mañana, en el tren llamado *Siglo XX*. Whale los recogió en el hotel en su coche nuevo, un Buick sedán color beige. No cabe en sí mismo de contento. ¡Volver a verlos! Sus amigos están pálidos, él bronceado, y *Frankenstein* bate récords de taquilla desde que se estrenó en diciembre.

Elsa Lanchester no deja de mirar a derecha y a izquierda, en cantada con todo lo que ve. Una boina cubre su pelo crespo y pelirrojo.

Whale se ha engominado con esmero su pelo rojo, ya gris en las sienes; el cutis terso y moreno, su esbelta figura enfundada en un elegante traje gris marengo.

—¡Mira esos edificios, Charles! ¡Parecen de mazapán!

Están en Hollywood Boulevard, delante de las recargadas fachadas color pastel de los edificios de oficinas y las grandes salas de cine.

—El efecto adobe, cariño. Salpicado con pintura para decorados.

—¡Oh, Charles! ¡Mira!

Pasan delante de un puesto de perritos calientes con forma de enorme rana verde.

Charles Laughton viaja en el asiento trasero, es un bebé grandullón blanco como la leche que observa la ciudad con desconfianza.

—¿Nos llevas a ese restaurante que dicen que parece un sombrero enorme? —pregunta Elsa.

—No, ése es para turistas. Vamos al Brown Derby, donde va la gente del cine. Las rarezas están en el interior.

Hace tres años que Whale los vio por última vez, cuando emprendió su primer viaje a América. Siempre fue más amigo de Elsa, aunque una vez tuvo un papel secundario como el hijo acosado de Laughton en una obra teatral. Laughton tiene

diez años menos que él, pero es un tipo tan raro, tan duro, tan introvertido, que es imposible no sentirse intimidado por sus silencios. Sólo en el escenario consigue expresar plenamente cualquier cosa que se le pida.

En el espejo retrovisor Whale lo sorprende, sin que se dé cuenta, acariciando el suave tapizado.

—¡Te va a encantar Hollywood, Charles! —grita Whale por encima del hombro—. El clima, la vegetación, los salarios. Nadie se merece esos salarios. Pero ¿quién es el tonto que se atreve a rechazarlos? Mírame a mí. Me chorrea el oro por los poros.

Elsa ríe, disfruta con esa simulada Vulgaridad de Whale. Laughton se revuelve en su asiento, incómodo.

—Sólo he venido a hacer un par de películas —masculla—. Después, otra vez a Londres y al teatro. Ése es mi lugar.

—Sí, eso fue lo que dije la primera vez que vine. Pero, cuando lo pruebas, no hay regreso. ¿Volver a qué? ¿A un tiempo de porquería y a los anodinos placeres de Inglaterra?

—¿Y yo? —pregunta Elsa con voz lastimera—. ¿Crees que habrá algo para mí?

—Oh, seguro que alguien encontrará un papel para una mujer con tus extraordinarias dotes. Desde que se enteró que iban a venir, Whale ha estado revisando los papeles aún no asignados de su próximo proyecto, *El caserón de las sombras*, deseoso de compartir su éxito con los viejos amigos. Ya ha fichado a Thesiger. Pero, por mucho que quiera a Elsa, su vena cómica y su aspecto estrafalario no encajarían para nada en el papel de la trastornada que forma parte del grupo de viajeros en apuros. Laughton, en cambio, podría servir para el empresario de Yorkshire. Sería divertido dirigir a su antiguo «padre»; en una película tan extravagante, este actor empecinado y original parecerá relativamente normal. Whale prefiere esperar hasta después de la cena para proponérselo.

—Pero dime, James, ¿Paramount es un buen sitio? —pregunta Elsa; Laughton tiene contrato para dos películas con la Paramount.

—Oh, la Paramount es..., como su nombre dice, es «la primera». —Whale ríe—. Dime si no son encantadores los nombres. Paramount, Universal, Metro-Goldwyn-Mayer. Suenan a nombres de yeguas caras. Me he hecho amigo de alguien con influencias en la MGM, el asistente de Irving Thalberg. Ellos son *la crème de la crème*, pero a los demás no nos va tan mal.

Le habría gustado llevar consigo a David esta noche, pero temía no poder desplegar su nuevo Yo americano con gente que sólo conocía a su antiguo Yo inglés.

Whale gira en Vine y vuelve a girar al llegar al Brown Derby. En el tejado se distingue la silueta de un sombrero. Le encanta conducir, pero aún no domina el difícil arte de aparcar, por lo que deja el coche encima de la acera, escorado a babor. Baja de un salto y da la vuelta al Buick para abrirle la portezuela a Elsa, que se desliza con delicadeza por el estribo. Charles la sigue.

A Whale le sorprende verlos tan apagados, sobre todo a Elsa, siempre tan vital.

Elsa coge a Laughton del brazo, temerosa del mundo en el que está a punto de entrar.

—Naturalidad —les dice Whale—. Mucha naturalidad. Aunque no debéis reiros mucho. Yo, cuando llegué, me reía sin parar, pero los pone nerviosos.

Entran en un salón oscuro, con una barra, y Whale le dice su nombre al *maître*.

—No faltaba más, señor Whale. La mesa está lista.

—¿Te conocen, James? —le pregunta Elsa por lo bajo mientras siguen al hombre hacia el animado comedor.

—Tal vez. Pero como aquí es imposible saber quién es importante y quién no, conviene mostrar cierta familiaridad.

Whale es ahora uno de los hijos predilectos de la Universal, pero es a Karloff a quien le debe la publicidad y la fama.

El ruidoso comedor está pintado de blanco. Se sientan en una mesa del fondo. Varios pares de ojos los miran al pasar.

—Son animales muy curiosos —dice Whale—. Me pregunto si alguno se acercará a olisquearnos.

—Pero si no hay nada que olisquear —dice Elsa—. Charles todavía no ha hecho ninguna película.

—Eso lo hace más misterioso. Todo el mundo estará preguntándose quién es este brillante joven inglés contratado por la Paramount.

Laughton se esconde tímidamente detrás de la carta. Elsa continúa absorbiéndolo todo con la mayor frescura, los ojos bien abiertos y la sonrisa dientuda de la muñeca Kewpy.

—¿Hay alguien famoso, James?

—Creo que he visto a Jean Harlow en una esquina. Y eso que se oye al fondo es la escandalosa risa de borracho de John Barrymore. Por lo demás, sólo un par de modestos directores.

Whale pide para todos; quiere hacerles probar los platos favoritos de los nativos. Lee en voz alta la carta, sin preocuparse por mirar al camarero, hasta que ve, al otro lado de la mesa, a Laughton con la vista clavada en el muchacho. El camarero es joven y bastante apuesto, con buen tipo, como casi todos los hombres y mujeres de esta ciudad. En el rostro de su amigo, esa mirada, singular mezcla de interés y desdén, no le dice nada a Whale, pero después observa que Elsa le frunce el ceño a su marido y baja la vista para estudiar mejor el menú. El camarero apunta el pedido y se marcha, y ella se pone a admirar la cubertería de plata.

—No podemos permitirnos más sofás —farfulla.

—¿Qué dices? —pregunta Laughton—. ¿Qué has dicho, querida?

—Nada, perdón, estaba pensando en voz alta —dice, mirando a Whale con una sonrisa radiante.

Al margen de lo que pueda significar ese comentario privado —forman una extraña pareja, es innegable, pero Whale siempre dio por sentado que eran tal para cual—, el modo en que Elsa lo ha pronunciado incita a Laughton a hablar.

—¿Eres sincero, Whale, cuando dices que no extrañas Londres?

—¿Y qué voy a echar de menos? ¿La niebla amarilla? ¿Esos pisos deprimentes? ¿La gente en paro?

—También aquí tienen la depresión —dice Elsa, lanzando un nuevo tema de conversación.

—Ha afectado muy poco a Hollywood. Y yo no estoy deprimido, os lo aseguro. Me va muy bien aquí. —Los Laughton saben quién es, y puede ser sincero con ellos sin avergonzarse—. Allá sí que era pobre. Aquí soy rico. Tengo mi coche, alquilo una casa entera para mí. ¿Te lo imaginas? Me pagan tanto dinero que no sé qué hacer con él. ¿Y por qué? Por divertirme con una cámara y con los actores. Por contar la historia que atrape mi fantasía y mi talento.

—Modestia aparte —bromea Elsa, con acento de sirvienta *cockney*.

—Basta de ser modesto. ¿Sabes cuál es tu lugar? Eso yo lo sabía demasiado bien en Londres. Nunca pude olvidar que era un intruso. Aquí puedo ser el que escoja ser. Si quiero haber estudiado en Oxford, abracadabra, y me transformó en un graduado de Oxford. Si detesto ser un cuarentón, abracadabra, me quito unos cuantos tacos y les digo a los periodistas que tengo treinta y seis, la flor de la vida. Todo es falso, queridos. El mundo entero está hecho de cartón piedra.

Elsa parece divertida, Laughton, horrorizado. Whale no quería parecer tan engreído, pero no puede evitarlo, y menos con unos amigos que lo conocieron cuando no era nadie. Por suerte no ha invitado a David; el pobre no sabría qué hacer ante semejante despliegue de torpeza.

—Todavía no hemos visto tu película de miedo —confiesa Elsa—. No pueden pasarla en Inglaterra, ya sabes.

—Oh, sí —dice Whale, y sacude la cabeza—. Demasiado violenta para las clases pobres. Imaginaos. Primero nos embarcan en una guerra, y después se vuelven locos por protegernos contra una inocente película.

También Laughton pasó un año en el frente.

—Pero queremos verla —dice Elsa—. Yo por lo menos.

—Yo también estoy ansioso por verla —dice Laughton.

Whale sonríe. Elsa es sincera, pero nada que trastorne a mucha gente podría despertar el interés de Laughton.

—Me encantaría que la vierais. Es una película oscura, extraña, un *divertimento*. Y sin embargo, hay momentos de los que estoy orgulloso. Demasiado fuertes. ¿Qué os parece si venís al estudio a ver un pase privado?

—Oh, sí, sería estupendo. ¿No lo crees, Charles?

Laughton asiente.

—Por supuesto. A propósito, ¿los de la Paramount pueden entrar en la Universal?

—Charlie, cariño, ¡bienvenido a Hollywood!

Los tres se giran de improviso. La cascada voz femenina que oyen acercarse no los prepara para la hermosa y lánguida joven que pasa como un suspiro junto a la

mesa.

—¡Señorita Bankhead! —dice Elsa, que tiene que hacerle señas a Laughton para que se ponga de pie y recordarle quién es la mujer.

—Por favor, no se molesten. Ya me iba, sólo quería saludar. ¿Elsa, verdad? —La señorita Bankhead saluda a los Laughton—. Nos conocimos en Londres. No se imagina lo feliz que me hace saber que lo han contratado para mi película —le dice a Laughton.

—Sí, gracias —murmura el actor—. Es un placer trabajar con usted.

—Señorita Bankhead —dice Elsa—, le presento a James Whale.

—Es un honor —dice Whale—. La vi en el teatro, en Londres.

—Apuesto a que vestida no me reconoce —gruñe ella.

Whale ríe también —en efecto, la Bankhead tenía esa reputación— y espera que reconozca que sabe quién es él. Por lo visto, no lo sabe, pero no le decepciona demasiado. Hace un año no se habría atrevido ni a esperarlo.

—Lo siento, pero no puedo hacer esperar a mi acompañante. Espero que no se sientan demasiado perdidos en nuestra hermosa ciudad. Y si necesitan algo, por favor no duden en llamar. Adiós, ricuras.

Y la señorita Bankhead se escabulle. Siguen su retirada unos cuantos pares de ojos, algunos de los cuales se quedan fijos en el trío al que saludó.

—¿Su película? —dice Elsa—. También trabaja Gary Cooper.

—¿Y ésa es la mujer con la que tengo que hacer el amor? —pregunta Laughton preocupado.

—Te saldrá bien, cariño. Sólo tienes que cerrar los ojos y pensar que es un perrito muy malo que se merece un castigo.

—Ya veis —dice Whale—. Ya sois de Hollywood. Conocéis a Tallulah Bankhead.

—Si ésa representa a Hollywood... —Elsa termina su comentario haciendo girar sus ojos—. No piensas quedarte para siempre, ¿verdad, James?

—Todavía no lo sé. Tal vez termine adoptando las costumbres de aquí. Podría hacerme americano. Escuchad: apartamento. Manguera de jardín. ¿No parezco un nativo?

—¿Y tu tierra, James? ¿Tu pueblo, tu familia? Es imposible arrancarse las raíces y quedarse flotando en el aire.

Whale ríe sin reparo.

—Vamos, Elsa. Que ya nos conocemos el patio. El tuyo era más animado que la mayoría. Pero ¿y el de Charles? ¿Y el mío, el horrendo Dudley donde mamá y papá se pasaban las noches mirando arder la leña en la chimenea? No, gracias. Prefiero que un océano y un continente nos separen. ¿Y esa gente que te sonrío con toda la amabilidad del mundo mientras en secreto están atentos a cualquier sílaba, a cualquier frase que pueda delatar quién eres de verdad? No, estoy muy contento de haberme librado de eso. Aquí mis únicos límites son mi talento y mi imaginación. De

veras, creo que éste es mi sitio.

El camarero regresa con el primer plato. Fuera lo que fuese lo que les preocupaba a los Laughton, ya ha pasado. Su malestar se concentra ahora en la ensalada: peras partidas por la mitad cubiertas con unos espesos montículos blancos.

—Mayonesa —dice Whale cuando el camarero se marcha—. Una combinación muy sabrosa, creedme.

Laughton prueba un bocado y lo saborea con toda solemnidad. Después se lleva a la boca uno más grande.

—Sí, buenísimo. Creo que puedo aprender a que Hollywood me guste.

Y, tras pulirse la ensalada, se pone a picotear con codicia del plato de Elsa.

La casa del hombre que hizo *Frankenstein* hoy le parece de lo más normal. Clay nunca la había visto a esta hora. Llega a la entrada semicircular a las cuatro en punto, y las sombras de la tarde y las enmarañadas forsitias del jardín son idénticas a las sombras y las matas de los patios vecinos. Clay deja la camioneta junto al garaje. Un tipo que viene a posar para su retrato debe entrar por la puerta grande, se dice Clay. Se siente bien. Esta mañana ha cortado el césped en dos casas antes de regresar a la caravana a ducharse y cambiarse de ropa. Se ha puesto unos tejanos y una camisa blanca de vestir que compró en Robert Hall de camino a casa, al recordar que no tenía nada limpio que ponerse. La pechera de la camisa muestra todavía las arrugas típicas de una prenda recién comprada. Se siente ridículo preocupándose por su aspecto, pero no todos los días un hombre famoso le pide a uno que pose para él. Lleva las bocamangas de los tejanos arremangadas; un ejemplar doblado de *TVGuide* sobresale en el bolsillo trasero.

Toca el timbre.

Viene a abrirle la criada mexicana, que lo mira con los labios fruncidos.

—No se preocupe, *señora*^[16], no vengo a cobrar —le dice Clay en cuanto la ve—. El señor Whale me invitó, me pidió que viniera para...

—El señor lo está esperando —le dice María sin dar muestras de emoción.

Con un gesto le indica que entre, cierra la puerta y enfila por el pasillo; es un tanque achaparrado vestido de negro, con una enagua almidonada que asoma por debajo.

Clay la sigue. El frío pasillo es agradable y huele a una humedad que a él se le antoja inglesa. No parece la casa de un hombre rico y famoso, sino la casa de una vieja dama inglesa, aunque un poco más grande. Los techos son altos, el suelo de roble barnizado está salpicado de enchufes negros, las paredes, cubiertas de auténticos cuadros. Las sonoras pisadas de sus botas se desvanecen de repente al pisar una sedosa alfombra turca. Las casas ajenas siempre parecen extrañas la primera vez que se las pisa.

En la cocina, revestida de azulejos negros y blancos, María se acerca a la encimera de madera donde espera una bandeja con dos vasos, dos botellas de cerveza, una de Coca-Cola y un abrelatas.

—El señor está en el estudio —dice María y, pasándole la bandeja, añade—: Tenga, lleve esto.

Clay acepta antes de darse cuenta de que lo está tratando como a un sirviente.

—Ya conoce el camino —dice María al ver que Clay, con cara de pocos amigos, no da un paso.

—Es su trabajo, *señora*, no el mío —dice, y le devuelve la bandeja—. Yo he venido a posar para el señor Whale.

María se cruza de brazos.

—Yo no pienso bajar al estudio. No tengo nada que ver en este asunto.

Clay se niega a dejar que una criada mexicana lo domine. Porque se trata de eso, ¿no? De quién es el amo. Resuelto a no ceder, Clay deja la bandeja.

—Llévela, llévela —insiste María—. Es para usted.

—Pero es a usted a quien le pagan por servirme.

—Le repito que hoy no quiero ni acercarme. Lo que hagan ustedes dos no es cosa mía.

—Pero ¿de qué está hablando?

La criada hace una mueca y se pasa una mano por la cara como para borrar lo dicho y empezar de nuevo.

—¿Qué clase de hombre es usted? ¿Es buena persona?

—Sí, claro que soy buena persona. ¿Algo le hace pensar que no?

María le dirige una mirada severa e indignada.

—¿No va a hacerle daño? La vieja está chalada.

—No. Voy a sentarme sobre mi trasero mientras él dibuja. ¿Eso es hacerle daño?

—¿No...? —susurra María—. No, discúlpeme. Pero el señor está de un humor..., se ha quedado tan perdido después del ataque, que me está volviendo loca. Pero todavía está muy frágil, y usted, con ese físico... ¿Cómo no voy a preocuparme?

Clay ríe, incrédulo.

—¿Cree que voy a golpearlo? ¿Por qué? ¿Para robarle? No me joda. Yo soy jardinero, no voy por ahí robando a ancianos.

—Perdone. No sé de qué tengo miedo. Olvide todo lo que he dicho. Vamos, yo llevaré la bandeja.

—Me parece muy bien —dice Clay, y le abre la hoja de abajo de la puerta holandesa para demostrarle que no le guarda rencor.

—Gracias.

Clay la sigue al jardín. María baja por el caminito de piedras, vasos y botellas tintineando en la bandeja. Aminora la marcha hasta que Clay se pone a su lado.

—Por favor, no le diga que he dicho que está perdido —dice María en voz baja.

—No diré nada.

—Pero si le pasa algo malo, use el interfono. Llámeme. Si le da, yo sé qué hay que hacerle para que no le ataque.

Clay continúa a su lado, tratando de entender lo que dice.

—¿Le dan ataques?

—No, todavía no —dice María en un inglés cada vez más defectuoso, como siempre que se pone nerviosa—. Pero, si le da, ¿me promete que no hará nada y me llamará?

Clay vio una vez a un tipo con un ataque de epilepsia, en la enfermería de Pendleton, y se quedó aterrorizado. Pero la mexicana está preocupada por unos ataques que el pobre viejo ni siquiera tiene. Los viejos intrigan a Clay, y una

mexicana de edad es rara por partida triple. No atina a decir otra cosa que:

—Seguro. No sufra.

—Es inofensivo y viejo —dice en voz baja María—. No tiene usted por qué preocuparse.

Han llegado al estudio y María llama a la puerta.

—Ya está aquí, señor Jimmy.

—¿Señor Boone? —dice Whale con voz clara y firme—. ¿No entra usted en mi salón?

Clay abre la puerta y entra detrás de María.

Whale está junto a la mesa de dibujo, de espaldas a la puerta. Tiene un cuchillo en la mano; está sacándole punta a un lápiz.

—Ya estoy casi listo. Nunca se tiene todo lo que hace falta. —Mira por encima del hombro y ve a María que pone la bandeja en la mesita de centro—. Muy bien, María. Ahora puedes irte.

María se dirige a la puerta y arruga la frente al pasar junto a Clay.

—Hasta luego —le dice Clay, sin saber qué otra cosa la pobre espera de él.

María se marcha. La puerta mosquitera se cierra con fuerza.

Y Whale se gira muy lentamente hacia Clay.

Tiene los labios sellados en una sonrisa, los ojos azules claros y serenos, el pelo cano cepillado con todo cuidado, y se ha puesto una pajarita. Esta tarde el hombre parece estar en perfecta forma.

—Apuesto a que quiere una cerveza —dice Whale, acercándose a la bandeja—. Algo para mojarse la garganta mientras yo trabajo.

Whale abre la botella y con cuidado de no derramar ni una gota, la sirve en un vaso.

De hombre a hombre, sin esa criada que tan nervioso lo pone, Clay se siente totalmente cómodo con el viejo.

—Siéntese allí —dice Whale señalando con la cabeza una silla con el respaldo y el asiento tapizados de piel—. Hoy iremos poco a poco. Puesto que es la primera vez que hace de modelo, y también la primera que dibujo a un modelo de carne y hueso desde hace... meses. Salud. —Le pasa a Clay un vaso de cerveza con cinco centímetros de espuma—. Por favor, siéntese. Estaré listo en un momento.

Clay se sienta y la *TV Guide* se le engancha en la silla y cae al suelo. Se olvidó de que la llevaba encima mientras luchaba por entender a la criada.

—Ah, ¿se ha enterado? —Se agacha, coge la revistilla, y la abre en la página marcada—. Van a dar una película suya por la tele. Mañana por la noche.

—¿De veras?

Whale, concentrado en colocar un bloc de dibujo en el caballete, no muestra ningún interés en algo que para Clay es la gran noticia.

—Creí que ya lo sabía.

—No, no lo sabía. Pero no me sorprende. La televisión es una bestia hambrienta,

se zampa cualquier cosa. ¿Cuál?

—*La novia de Frankenstein*.

—Ah, sí. Ésa la dirigí yo.

—En la sesión de medianoche.

Whale sigue ocupado con tornillos y tuercas.

—¿Hay un resumen?

Clay lee:

—«Segunda parte, filmada en 1935, del clásico del cine de terror interpretado por Boris Karloff, con Elsa Lanchester como la novia del monstruo. Aunque floja en algunas escenas, es superior a todas las posteriores secuelas. Imprescindible para cinéfilos».

—Vaya, no mencionan ni a Clive ni a Thesiger.

—Y tampoco a usted.

—Bueno, un director es un peón más.

Whale coge el caballete con las dos manos y lo sacude; parece sólido.

—¿Va a verla usted?

—No creo, es muy vieja y además a esa hora yo ya llevo rato en la cama.

—Yo sí quiero verla. Si puedo encontrar un televisor.

—No le aconsejo que se tome muchas molestias. A menos que no tenga nada mejor que hacer esta noche. ¿Empezamos?

Clay bebe un largo trago de cerveza y deja el vaso en el suelo.

—Cuando usted diga.

Whale lo mira por primera vez esta tarde. Está a tres metros de Clay. Parece más serio ahora, casi triste. Clay no sabría decir si se está inspirando o si se ha cabreado al enterarse de que van a pasar *La novia* por televisión. Es posible que la sesión de medianoche sea el equivalente al cementerio de elefantes para los viejos directores de cine.

—Esa camisa, señor Boone.

—Es nueva.

—Lo siento, pero no sirve.

Clay se toca el cuello, preguntándose qué le pasará a la camisa.

—Exacto, es el cuello, el modo en que le enmarca la cara. No puedo trabajar así.

—Puedo doblarlo hacia dentro —sugiere Clay.

—No, la camisa es demasiado blanca, distrae demasiado. ¿Sería mucho pedirle que se la quitara?

—Es que hoy no me he puesto camiseta.

—¡Por favor, señor Boone! Yo no soy la tía Tilly. No voy a ofenderme.

—Pero ¿no era sólo la cara lo que quería dibujar?

—Bueno, si va a sentirse incómodo... —Whale se da por vencido y suspira—. A lo mejor encontramos otra cosa... A ver. —Whale coge un paño que cubre un viejo arcón—. Tenga, échese en los hombros, como si fuera una toga. ¿Le ayudará a

superar esa timidez de colegiala?

Ahora son sus ojos los que sonrían, como si se estuviera burlando de Clay.

Clay no sabe qué es más tonto: si el disgusto que muestra Whale por la camisa, o su propio deseo de no quitársela.

—Bueno, de acuerdo... Me la quitaré. —Burlándose de sí mismo, se desabotona la pechera y se saca los faldones—. De todos modos, hace mucho calor.

Whale lo observa y la sonrisa pasa de los ojos a los labios.

—Sí. Mucho mejor. —Y bruscamente da un paso adelante—. Déme, se la colgaré. —De pie junto a Clay, lo examina con calma desde arriba, pecho y espalda, luego se aleja con la camisa en el brazo.

Clay se ajusta el cinturón sobre los abdominales y se asegura de que tiene el ombligo bien limpio. A menudo se quita la camisa para trabajar, pero le resulta extraño hacerlo sentado y mientras otro trabaja. De repente, se da cuenta de que está pensando en su ombligo, en sus tetillas, en la línea de vello rubio en el abdomen, pequeños datos personales en los que nunca piensa.

Whale, tras colgar la camisa en un perchero de pared, ha vuelto al caballete.

—Ya sé lo que vamos a hacer, le hará sentir más cómodo: siéntese de lado, un poco nada más, para apoyar un brazo en el respaldo de la silla. Sí, así está bien.

Moverse ayuda a Clay a olvidar su inhibición, que, no obstante, regresa en cuanto se acomoda en esa posición. El brazo del tatuaje de cara al caballete.

—¿Está cómodo en esa pose? Tendrá que quedarse así un rato.

—No sufra —dice Clay, moviéndose para que la piel no se le quede pegada a la silla, la cabeza colocada en un ángulo que le permite ver el caballete sólo si tensa los ojos hacia la izquierda.

—Pues, muy bien, empecemos.

Pero Whale, aún en el borde del campo visual de Clay, no se mueve; sólo mira.

—¿Por qué no me hace una foto? Dura más.

—¿Cómo? —Whale ríe y se coloca detrás del caballete—. Eso es exactamente lo que quiero hacer.

Ruido de lápices en la bandeja del caballete. Un silencio. Por último, un largo y lento rasguño.

Clay se concentra para no moverse.

Más arañazos del lápiz, breves, largos, fuertes, suaves, como gente que cuchicheara en la habitación de al lado.

Clay fija la vista en la ventana abierta, aunque no hay nada que ver salvo el cuadrado de luz de la tela mosquitera y una mancha de pintura en el alféizar.

—Me parece que no tiene usted ni idea de lo guapo que es, señor Boone. Y eso lo hace todavía más guapo.

—¿Sí?

—Oh, ya lo creo. Rembrandt lo habría adorado. —Whale habla sin dejar de dibujar—. Goya y Hogarth también. Tiene que ver con el modo en que la cara encaja

en el cráneo.

Que a uno lo lisonjeen se parece a que le hagan cosquillas, y Clay se esfuerza por no retorcerse. Sin embargo, descubre que le gusta que lo adulen, tratándose, como en este caso, de un artista, de un profesional. Lo que le preocupa es que le gusta demasiado. Se siente como si estuviera admirándose a sí mismo en un espejo, con la diferencia de que esta vez le pagan por hacerlo, y quien le paga es un hombre que una vez hizo películas famosas; además, este espejo no le devolverá su imagen hasta dentro de media hora, más o menos. Se pregunta cómo quedará en el dibujo. Siente un cosquilleo en el abdomen, bajo las gotas de sudor. El respaldo de la silla se le clava en el antebrazo.

—¿Cree que estará más cómodo descalzo? —sugiere Whale—. Puede quitarse las botas y los calcetines, si quiere.

—No, estoy bien.

El lápiz sigue silbando.

—Se parece un poco a la consulta del médico, ¿verdad? Tiene que quedarse totalmente quieto. Mientras yo lo examino...

—No —dice Clay—. La verdad es que no veo en que se parecen, gracias a Dios. A mí los médicos me ponen los pelos de punta.

—¿En serio? A mí me pasa lo mismo, señor Boone —confiesa Whale en voz baja—. Exactamente lo mismo.

Se gira, triste y pensativo —mejor dicho, el lápiz se gira— para concentrarse en una serie de trazos parejos y lentos. Whale permanece en silencio.

Clay desearía que volviera a hablar, que no hubiera mencionado a los médicos. Le ha recordado una vez que tuvo que tenderse en una camilla en Joplin. La revisión de todos los veranos antes de empezar la temporada de fútbol, boca arriba en una camilla pegajosa, y en calzoncillos. El alma en vilo mientras el doctor Sturgis, indiferente, se abría camino con los dedos, hacia abajo. A Clay, adolescente todavía virgen, que lo tocaran le daba tanto miedo como que le atravesaran la piel con las manos. Pero posar, no, no se parece en nada a una revisión médica.

Whale hace un ruido con la nariz, como si oliera algo. Y sigue haciéndolo sin dejar de dibujar.

—¿Pringue? —dice en voz baja.

Clay gira los ojos hacia la izquierda; Whale sigue oculto detrás del caballete.

—¿Comen alguna vez pringue en este país? ¿De buey? —pregunta Whale, tan sorprendido con su pregunta como el mismo Clay—. Grasa de carne asada y coagulada en potes. Para untar el pan.

A Clay no le importa de lo que hablen mientras puedan hablar.

—No, no lo he visto nunca. Suena a comida para perros.

—Lo es. Sólo las familias más pobres lo comen. No sé qué me ha hecho pensar en eso. Hace años que no lo pruebo. En casa los guardábamos en un pote de loza.

—¿En su familia se comía?

—Por kilos. Mi madre llenaba el pote cada semana con el jugo de la carne del domingo. Cuando comíamos carne, claro. La suerte de la familia se podía medir por el nivel de grasa en el pote, como una libreta de ahorros.

—Pero antes ha dicho que sólo lo comían los pobres.

El lápiz se detiene. Whale gira la cabeza para mirar a Clay, antes de volver a dibujar.

—Así es. ¿Había pensado usted que soy un hijo de la alta burguesía inglesa, señor Boone? ¿Herederero de una fortuna y una gran finca en el campo? ¿Cacerías del zorro?

—Nunca me detuve a pensar de dónde venía usted.

Clay ni siquiera se había molestado en pensar si había pobres en Inglaterra. Todos los ingleses que se ven en las películas son lores. O mayordomos.

—No, claro. Eso es lo que me encanta de los americanos. Tan naturales, tan democráticos. Pero sepa que yo vengo de los barrios pobres, señor Boone. Sí, grasa para untar el pan y cuatro en una cama, y un retrete fuera, al fondo del pasillo. Nuestro viejo y querido retrete. Se me congelaba el culo en invierno, y en verano me lo comían las moscas. ¿Tierra de gloria y esperanza? Tierra de retretes y de pringue.

Clay tiene la impresión de haber llegado en mitad de una conversación. Oír a Whale decir que una vez fue pobre sólo lo hace parecer más viejo, como si su pasado se remontara a la edad de piedra.

—¿Y usted, señor Boone? ¿También es de los barrios bajos?

—Bueno, no éramos ricos, pero tampoco pobres.

—Ya entiendo, clase media. Como todos los americanos. Ricos o pobres, necesitan creerse de la clase media.

Whale parece decepcionado.

—Apuesto a que piensa que vivíamos al otro lado de la vía —dice Clay.

Una de las humillaciones de tenderse en la camilla del médico era dejar a la vista el lamentable estado de sus calzoncillos.

—Lógico. No quería pensar que era un joven de buena posición venido a menos. —Se limpia la nariz con un soplo—. En Dudley había más barrios pobres de los que cualquier americano es capaz de imaginar. Todo inglés sabe de dónde viene. Y si se olvida, siempre hay alguien cerca para recordárselo. Mi familia sabía muy bien cuál era su lugar. Mi padre era un trabajador, un obrero. Sus únicas ambiciones en la vida eran un pote bien lleno de pringue, una casa decente sin pulgas y una buena posición en nuestra iglesia.

Whale parece estar diciéndole todo lo que se le pasa por la cabeza. Clay se imagina que lo hace a propósito, para ayudarlo a estarse quieto. Le impresiona que el hombre pueda dibujar y hablar al mismo tiempo.

—Éramos buenos metodistas. Mi padre nos llevaba a la iglesia todos los domingos. Éramos siete, a veces ocho. Con trajes de franela que picaban y pasaban de hermano a hermano, y siempre demasiado ajustados. Apretaban en la entrepierna. Subíamos la colina en fila india, y teníamos que pasar por el callejón de la taberna.

Charcos malolientes llenos de porquería y un par de borrachos durmiendo la juerga del sábado. No, nuestro padre no era como ellos, aunque sólo gracias a mi madre. Para ella la bebida era el demonio. Ni un vasito se permitían en casa, ni para brindar. Pero no renegaban de los placeres de la carne, eso no. Les encantaba reproducirse, no cabe duda. De lo contrario no habrían seguido cuando en casa ya éramos un montón y no cabía ni un alfiler. Pero le diré una cosa: a los críos que traían al mundo, les daban de comer. Trabajaban de sol a sombra para vestirnos y ponernos algo en la mesa. Eran buena gente, gente honrada. Sabían perfectamente quiénes eran, y quiénes eran sus hijos. Pero nunca supieron quién era yo. Yo era una aberración en esa familia, un monstruo de la naturaleza. De niño yo tenía imaginación, era espabilado, alegre. ¿De dónde saqué esa alegría? No de ellos, sin duda. Ni siquiera se dieron cuenta de que era diferente. Cuando cumplí los catorce me sacaron de la escuela y me metieron en una fábrica.

Ya no habla en tono socarrón. Clay duda entre decir algo o no, hacer algún sonido, sólo para indicarle que lo está escuchando.

—Oh, ¡pero cómo los odié aquel día! ¡Y qué miedo pasé! Yo era un niño todavía. Creí que era un castigo por ser tan listo. Imagínese, un chiquillo prometedor al que una mañana de invierno sacan de la cama calentita que compartía con un hermano menor, lo llevan al frío y oscuro retrete, lo sientan en la cocina con el padre y los hermanos mayores a tomar té negro y pan con pringue. Nadie me preguntó nada, ni me pidió disculpas, nadie dijo una sola palabra. En la calle ya se podía oír el tableteo de los zuecos, el ruido más deprimente del mundo. Una marcha fúnebre.

Whale tararea una melodía lúgubre y majestuosa.

—Y la sirena de la fábrica. Nuestro día se medía por las sirenas de la fábrica y las campanas de la iglesia. Y por la vida en la fundición. Las persianas de hierro se cerraban hasta abajo en invierno. La única luz era la de los hornos y la del hierro vaciado en los moldes: se parecía a mirar fijo al sol. Hacíamos piezas de maquinarias, herramientas, cosas así. En medio de un martilleo interminable, el ruido de las cadenas que colgaban de los rieles aéreos, el chirrido de las ruedas ahí arriba, cuando enganchaban la cadena a un cuarto de tonelada de hierro. Era ensordecedor. Los hombres no paraban de gritarse, hasta quedar roncos. Si conservé la voz fue sólo porque no tenía nada que decirle a nadie. Hombres macizos y fuertes y con la cara toda tiznada y unos brazos enormes. Yo, para mi edad, era alto, pero delgado, enclenque. Todos los demás eran gigantes. Al principio me mandaban a buscar herramientas, agua, después me enseñaron a sostener el vaciado caliente con las tenazas mientras lo alisaban a martillazos. Me insultaban cuando erraban un golpe, aunque no fuera culpa mía. Yo siempre tenía miedo de que me zurraran, pero nunca nadie me puso la mano encima.

»Odié y temí a esos hombres el primer invierno que pasé en la fábrica, hasta que empezó a hacer calor, el suficiente para que se quitaran la ropa y se lavaran en las bombas del patio. Entonces vi que eran humanos, muy blancos y humanos. Dejé de

tenerles miedo, pero seguí odiándolos. Los despreciaba, y me daban lástima por la vida que llevaban. Yo tenía que alzarme por encima de esos hombres, huir de esa vida. Fue el odio lo que me permitió mantener vivo un trozo de mi alma, en ese lugar que dejaba a la gente sin alma. Y entre esos hombres odiados, en esa fábrica, estaba mi pobre e ignorante padre, el que me había puesto en ese infierno. Y que no hacía nada por protegerme.

De pronto cesa el susurro del lápiz. Un pájaro canta en los cipreses, una vez, dos, bajo el sol ardiente.

Clay ha oído a gente mayor hablar de los tiempos duros de antaño, pero siempre para acusarle de no haber sufrido tanto como ellos. Whale no parece orgulloso de haber sufrido, sino confundido, lo que a su vez confunde a Clay.

—No me había acordado de mi primer invierno en la fábrica desde..., ¿desde hace veinticinco años? Hoy el recuerdo parece más fresco, y peor —susurra Whale, asombrado—. Porque, si he de serle franco, me acostumbre a ese ambiente, a esa vida. Una vida que duró diez años, la mayoría en una fábrica no tan dura como la primera. Ya hace tiempo que perdone y olvidé a mis padres. No me querían mal. Pensaban que era como ellos, nada más. Como si a una familia de campesinos le regalaran una jirafa y no supiera qué hacer con el pobre bicho aparte de engancharlo a un arado. Es innoble odiar a los muertos.

Lentamente aparta la vista del papel. Se le ve más pálido, los ojos muy abiertos, asustados, como si no estuviera seguro de dónde está ni de qué está haciendo Clay en su estudio. Se pasa una mano por los ojos y se aleja del caballete. La voz le ha cambiado mientras hablaba, se ha vuelto más nasal, más tomada, pero no tarda en recuperar su antiguo acento.

—Disculpe este latazo —dice, tratando de quitarle importancia—. Desde mi accidente, hay momentos en que me vence la nostalgia. Es una enfermedad. Diarrea nostálgica, la llaman, o algo así. Como si me purgara hablando.

—No importa —dice Clay, sin saber qué otra cosa decir—. Todo el mundo tiene sus historias. Yo tampoco estoy muy orgulloso de mi padre.

Whale lo mira, frunce el ceño y regresa al caballete.

—¿Qué le parece si descansamos cinco minutos? Debería sentarme un poco. Y usted tal vez quieta estirar las piernas. ¿Otra cerveza?

Cubre el bloc de dibujo con la tapa para esconder lo que ha dibujado hasta ahora.

Clay se pone de pie despacio, rígido y torpe después de tanto rato sentado escuchando esas historias de otro planeta. Le gusta que Whale le cuente cosas, aunque no sabe muy bien por qué.

Whale lo observa con una sonrisa triste, tirando a amarga.

—¿Estamos absolutamente seguros, señor Boone, de que no estaríamos más cómodos si nos quitáramos los zapatos?

—¿Me estás diciendo que te pasaste la tarde sentado mientras el inglés le daba a la sin hueso?

—Sí.

—A mí me habrían dado ganas de cagar.

—Bueno, a mí me gustó. Los barrios pobres de Inglaterra, la fábrica y la escuela de Bellas Artes por la noche. Se aprende mucho escuchando a los veteranos.

Clay no entendió todo lo que Whale le dijo, pero no piensa admitirlo ante Dwight.

—¿Y te fuiste sin ver el retrato?

—Todavía no me lo quería enseñar. Dijo que necesitaba trabajarlo un poco más, sin que yo estuviera delante.

Dwight se alza la visera de la gorra de su equipo de *softball*^[17], con el exagerado cuidado del que se ha tomado unas cuantas cervezas de más, y así poder encender un pitillo sin prenderle fuego a la gorra. No le impresiona que un hombre famoso le esté haciendo un retrato a Clay. En el Beachcomber nadie está impresionado. Clay desearía no habérselo contado a nadie, pero necesitaba explicarles por qué esta noche quiere ver una película vieja por televisión. *La novia de Frankenstein* empieza dentro de diez minutos. El maltrecho Motorola empotrado en la pared de madera de pino, a la derecha de la barra, sigue apagado.

Es jueves, y el Beachcomber está muerto. Sólo Clay y Dwight en la barra, y Harry, el dueño, en un rincón iluminado, con un libro, junto a las botellas —Harry siempre está leyendo algún libro—. Fuera, en la oscuridad, en una caseta de madera bajo las redes cubiertas de viejos salvavidas, Kid Saylor se está camelando a la nenita de turno. Y en efecto, como bien lo dice su apodo, Saylor es un «chico» de apenas veintidós años pero muy chulo, expulsado de la universidad, que anda por aquí pasando el semestre mezclando el surf con el ligue indiscriminado. Kid Saylor hace que Clay se sienta viejo. Su amiguita de esta noche es una chica tímida con cola de caballo y carita de colegiala; se diría que aún va al instituto. La máquina tocadiscos, muda frente a la barra, proyecta en el cielo raso sus tripas iluminadas. Por las ventanas de la fachada llega, a rachas, el zumbido del tráfico en la autopista del Pacífico. Tras las puertas mosquiteras del fondo se oyen los largos y apagados ronquidos del océano.

—¿Alguna vez oíste hablar del tal Whale? —le pregunta Dwight a Harry.

—No puedo asegurártelo, pero lo mismo podría decir de la tira de gente —contesta Harry con su fuerte acento sureño, sin levantar la vista de su libro. Harry, más que hablar, farfulla, con la lengua llenándole toda la boca como un chicle. El dueño del Beachcomber lee prácticamente todo lo que le cae en las manos: poesía, filosofía, ciencia ficción. Cincuentón, calvo y con una barba estilo Tío Sam, Harry fue *beatnik* antes de que existieran los *beatniks*, e incluso la palabra para nombrarlos.

Compró esta choza y la convirtió en un bar cuando la playa aún estaba en medio de ninguna parte, para tener un lugar en que vivir e ingresos suficientes para sentarse a leer y no dar golpe, mientras Betty, o cualquiera que contrate, cargan con todo el trabajo.

—Me pregunto si será cierto que ese tío fue director de cine —dice Dwight.

—¿Crees que me lo estoy inventando?

—No, lo que creo es que a lo mejor es él quien se lo ha inventado.

—O sea, que crees que soy tan idiota que no me daría cuenta si el tipo se estuviera marcando un farol.

Clay sabe que sus amigos piensan que es idiota. Le pasaba lo mismo en la facultad, donde los listillos pensaban que era un palurdo y los palurdos lo tenían por una lumbrera. Pero Dwight tampoco es tan listo como se cree, de lo contrario no se habría casado con una mujer que aspira a una vida sacada directamente del *Saturday Evening Post*. Dwight puede hacerse el bebedor empedernido y el hombre de mundo sólo cuando Jackie y los niños no están a la vista.

—¿Quién ha dicho que eres idiota? Lo que digo es que el tipo me parece un turbio.

—¿Turbio? ¿Qué quieres decir?

—Si de verdad fue un director famoso, ¿por qué no te cuenta cosas de los artistas, anécdotas, en lugar de hablarte de esa familia tan pobre que comía grasa de cerdo en el desayuno?

No hay manera de hablar con un cínico y borracho como Dwight, especialmente cuando tiene razón. ¿Por qué no le habló Whale de sus películas?

—Si no me crees, veamos la película de esta noche. Ya veremos si sale el nombre o no. ¿Qué me dices, Harry? ¿Puedo ver la jodida película?

—Ya te lo dije, Clay. Sólo pongo la tele cuando hay béisbol.

—¿Por qué, Harry? ¿Porque te vamos a gastar cincuenta céntimos de electricidad? Yo te los pago, Harry, los putos cincuenta céntimos. Te doy un dólar, mira lo que te digo. Aunque con la pasta que me dejo aquí, creí que me dejarías ver una película. Una vez que te lo pido.

—Venga, Harry —se suma Dwight—. Boone ha hecho que me pique la curiosidad. Pon la peli de *Frankenstein*, a ver si su amigo le miente o no.

—No es por el dinero —dice Harry—. Es una regla. No quiero que mi bar se convierta en uno de esos tugurios donde la caja tonta está encendida todo el día.

—Pero coño, Harry, es una película.

—Dejadme que me lo piense.

—¡Pero si empieza en cinco minutos!

—Entonces, ¡mejor cierra el pico y deja que me lo piense en paz!

Betty reaparece detrás de la barra con un cubo de hielo que había ido a buscar a la despensa. Lleva una camisa a cuadros, de hombre, con los faldones sueltos y las mangas arremangadas —a Harry no le va la etiqueta— y se ha pintado los labios rojo

brillante. Es una mujer de huesos grandes, casi tan alta como Clay, una chica campesina y algo musculosa con párpados gruesos y un moño de pelo castaño prendido con una horquilla. Ella sigue en sus trece, y esta noche, con Clay, ha hablado menos de lo que hablaría con un perfecto desconocido. Pero hace un rato, Clay, cuando les hablaba de Whale a sus amigos, la ha visto poner la oreja en el espejo.

—Una de miedo —farfulla Betty—. Justo lo que necesitamos esta noche.

—No conseguí que viniera menos gente, muñeca —dice Dwight, enseñándole su botella vacía de Pabst—. Venga, ponme otra.

—Ya va. ¿A tu amigo también?

—Sí, una cerveza aquí para el señor... —A Dwight le divierte la contienda silenciosa entre Clay y Betty.

En cambio, Clay desearía que Betty terminara de una vez con esa comedia; detesta estos juegucitos y aún no sabe muy bien qué fue lo que hizo tan mal.

—Gracias, nena —dice con una sonrisa de perro cuando Betty le pone una botella al lado del codo.

Betty no le contesta y se gira hacia Harry.

—Deja que estos dos tarugos vean su película. Y demos gracias de que Clay no le esté cortando el césped a Shirley Temple.

—Por favor, déjame en paz —gruñe Clay—. He conocido a ese tipo y quiero ver una de sus películas, eso es todo. ¿Por qué la tomáis conmigo?

Dwight ríe.

—Coño, Boone. Llegas muy orgulloso moviendo el culo como un pavo real sólo porque un vejete que dice que es famoso te quiere hacer un retrato. Lo único que queremos es que vuelvas a poner los pies en la tierra.

—A mí me suena a disparate —dice Betty—. No puedo imaginarme a un artista de verdad que quiera pasarse la tarde mirándole la jeta a éste.

Clay está mosqueado. Y no sabe bien lo mosqueado que está hasta que le contesta:

—Éste tiene nombre, y no estaba tan mal cuando te lo tirabas, ¿verdad?

—¡Hala! —exclama Dwight, y Clay se da cuenta de que se ha pasado de la raya.

Betty le lanza una mirada fulminante y le da la espalda.

—Me apuesto a que ese Whale es un marica viejo que se las da de famoso. Así, a lo mejor, el muchacho termina bajándose los pantalones.

—¡Hala! —exclama Dwight otra vez.

Y Clay estalla.

—¡No tienes derecho a decir una cosa así, joder! ¿Quieres explicarme por qué dices eso?

Betty no se deja intimidar.

—Bueno, sólo estaba pensando en voz alta.

—¡Pues guárdate esos asquerosos pensamientos para ti!

—De acuerdo, de acuerdo. Le interesas por el palique que le das. Ya sabemos lo buen conversador que eres.

—¡Que te jodan!

—No, bonito, tú no, tú ya no me jodes.

Clay está furioso. La zurraría ahí mismo, pero no puede pegarle a una mujer, y si está cabreado no es sólo por él, sino también por Whale, por las historias que Whale le contó y la confianza que demostró tenerle. Lo único que una zorra como Betty puede ver en eso es sexo y perversión. Clay coge la botella y da un golpe en el mostrador.

—¡Vamos a ver la película, Harry! ¿Has oído? ¡Vamos a ver esa puta película!

—Calma, Clay, calma. —Harry parece preocupado; teme que se arme follón ahora que Clay se ha enfadado. Ha cerrado el libro, pero marcando la página con un dedo—. La veremos, Clay, si eso te hace feliz. Vamos a poner la tele.

—Bueno, muy bien. —Clay saca la billetera—. Tenga, señora, yo pago esta vuelta. Sírvale una a Harry también. ¿Quieres una cerveza, Harry? Y a los tortolitos del rincón también. Sírvales un par de cervezas bien frías.

Clay pone un billete de cinco en la barra. Si ella quiere llamarlo carne de maricones, la va a tratar peor que a una mierda de perro.

Pero Betty no parece ofendida cuando coge el dinero y lo pone en la caja registradora. Le devuelve el cambio y saca tres cervezas de la nevera. Se dirige hasta la punta de la barra donde se ha sentado Harry y atraviesa el suelo cubierto de arena hasta el rincón donde se ha sentado Chico Saylor con su chica.

—Venga, enciende de una puta vez —le dice Clay a Dwight—. Canal cuatro.

Dwight se pone de pie y enciende la tele. Hay un silencio mientras el tubo catódico se calienta; la pantalla parpadea dos veces y se abre en mitad de un anuncio de crema de afeitar.

—Ya veréis qué buena es —dice Clay a los presentes—. Buenísima.

Aunque se siente un imbécil por haber perdido los estribos, hay momentos en que enfadarse es la única manera de conseguir lo que uno quiere.

Betty regresa desde las sombras.

—No creo que hayan apreciado esta interrupción. Huele a gallinero ahí en el fondo.

Harry adopta una sonrisa lasciva.

—Eh, Kid —grita—. No olvidéis que estáis en un lugar público.

—No te metas donde no te llaman —responde Kid con voz ronca.

—Sube el volumen —dice Clay, que no quiere ni pensar que el muy guarro de Saylor vaya a aprovechar para meterle bien los dedos en el coño a su nenita mientras ellos miran la película del señor Whale.

—¡Ah, los viejos tiempos! —suspira Harry—. Cuando llegué aquí después de la guerra, la playa era un concurso de pesca todas las noches, pero los que daban coletazos eran gente y no los peces. Y ahora, todo el mundo tan formal. En aquellos

tiempos no se podía andar por la playa de noche sin tropezar con gente follando.

—Sobre todo si eras un viejo verde y mirón —dice Betty por lo bajo.

—Shhh, que ya empieza —dice Clay, y se apoya en un codo para ver por detrás de Dwight.

En la pantalla aparece una carátula anticuada acompañada por la sintonía de la sesión de medianoche. La voz del presentador anuncia: «Esta noche, Boris Karloff en... *La novia de Frankenstein*».

Un avión de juguete da vueltas alrededor de un globo terraqueo.

—Ohhh, qué miedo tengo —dice Betty.

—¡Silencio!

Música y los títulos de créditos: «Boris Karloff en» —letras blancas sobre fondo negro— «*La novia de Frankenstein*». Siguen más nombres, actores, guionistas, el director artístico, el compositor. Un cuerno, nasal y burlón, anuncia que no veremos un cuento de hadas. Y al final: «Dirigido por», flotando encima de una borrosa mancha blanca que se transforma en el nombre esperado: «James Whale».

—¡¿Lo veis?! ¿Qué os decía? Es una película suya. ¿Me creéis ahora?

Clay ya había empezado a dudar de sí mismo. Pero ahora ahí está el nombre, presentado de una manera especial, como un nombre importante.

La banda sonora sufre un ataque de hipo provocado por un corte en la película. Es de noche. Un edificio arde en lo alto de una colina. El edificio se desmorona y la imagen se disuelve para dar paso a una multitud que se agolpa alrededor de las ruinas en llamas. El falso cielo del fondo está lleno de nubarrones. Una mujer de cara chupada y una ridícula cofia con las cintas al viento ríe feliz al ver al Monstruo: lo están asando vivo.

—¡Vaya bodrio! —dice Betty.

—Vete a fregar si no te gusta.

Pero Betty se queda donde está, junto a Harry, que se ha sentado en su rincón de siempre. Parecen una familia feliz, todos mirando ese sello de correos gris azulado que parpadea y zumba empotrado en la pared.

Un anciano le dice a su mujer que no se irá tranquilo hasta que no vea los huesos de la bestia que mató a su pequeña Maria. El viejo se sube a las ruinas humeantes. Una llamarada y el hombre cae al agua que ha inundado el sótano; cubierto de agua hasta la cintura, chapotea y pide socorro. No ve la manaza blanca que sale del agua.

Sí, es él. La familiar cabeza aplanada asoma, furiosa, detrás de una columna.

—Oooh, se va a cargar a alguien —murmura Dwight.

La cabeza parece una jarra de arcilla blanca, con grietas y remiendos y una cara humana. Clay recuerda que la cara era verde, pero eso debió de ser en los carteles. El famoso perno de acero asoma en el cuello. El Monstruo gruñe, se abalanza sobre el viejo que pide auxilio, le mete la cabeza debajo del agua y lo mata en el acto: mil veces le repitieron a Clay en el campamento de instrucción de la marina que era más difícil matar en la vida real que en el cine.

El Monstruo intenta salir del sótano. La mujer del viejo, creyendo que es su marido, le tiende la mano para ayudarlo. La mano está fría y pegajosa, la mujer suelta un grito y el Monstruo la arrastra al sótano. El cuerpo de la pobre vieja baja rebotando contra los ladrillos como una muñeca de trapo. Una lechuza contempla la escena con aire cansino.

—No está mal —dice Dwight—. Dos fiambres y apenas ha empezado.

La mujer de la cara chupada con el sombrero de cintas se ha quedado sola; se ve al Monstruo encaramado detrás de ella como una estatua mojada. La mujer alza la vista poco a poco, tiene los ojos abiertos como dos platos, abre y cierra la boca, chillá, gimotea y, al final, grita. Pero es un grito extraño, un alarido cómico. Huye colina arriba danzando una giga de patizamba, la larga falda le baila alrededor de los botines.

Dwight, Harry y Betty estallan en carcajadas. Pausa: publicidad.

—Estas películas viejas son la monda —dice Betty—. Entonces creían que daban miedo, pero ahora sólo son graciosas.

—Tal vez quisieron ser graciosos —dice Clay, a la defensiva.

—No lo creo —dice Betty—. Una comedia es una comedia, y una película de miedo es otra cosa. No hay que mezclarlas.

—En esos tiempos la gente no era tan rebuscada —interrumpe Harry, con voz de saber de lo que habla—. En el cine podían hacer cosas que ahora ya nadie se traga.

Clay sabe que Harry tiene razón, el público de hoy es más listo, pero le molesta pensar que Whale no sabía lo que hacía. De todos modos, esta noche quería que la película fuera misteriosa, y que diera miedo, como él la recordaba, y nada. Bueno, es una continuación, y ya se sabe que segundas partes nunca fueron buenas.

La cosa se pone pesada después de la publicidad. Han llevado al herido doctor Frankenstein —es el científico el que se llama Frankenstein, no el Monstruo— a su castillo, donde su bella prometida, preocupada e inquieta, le hace jurar que pondrá fin a sus experimentos. En ese momento alguien golpea a la puerta, un hombre que quiere ver a Frankenstein. Es un tipo con pinta de espantajo enfundado en una ancha capa. El visitante entra y se quita el sombrero. La cara, enjuta y con una enorme nariz, le resulta familiar, pero Clay no recuerda haber visto a este actor antes, ni tampoco a ese personaje: es el doctor Pretorius. Sus espesos rizos blancos parecen volutas de humo; sus ojos centelleantes son ojos de serpiente. Las aletas de la nariz se le arrugan y se le cierran cuando ve a la prometida de Frankenstein.

—Ese tipo es marica —dice Betty.

—¿Pero tú qué coño sabes? —dice Clay—. En esa época no había maricas.

Por lo visto, esta noche Betty está obsesionada con los maricones.

—Los reconozco en cuanto los veo.

—Bueno, ¿y dónde está el Monstruo? —pregunta Dwight—. Quiero ver al Monstruo. Es un buen momento para echar una meada.

Pretorius se lleva a Frankenstein a su laboratorio, le enseña sus experimentos —

redomas con enanos dentro y le sugiere que trabajen juntos para hacerle una novia al Monstruo. Después de un buen rato —Dwight ya ha vuelto del lavabo— la película vuelve al Monstruo, que se pasea por un falso bosque de pinos, hambriento y herido, más patético que terrorífico. No parece tan temible cuando cerca no hay nadie que ponga en evidencia lo alto y corpulento que es. Se mueve como un defensa que saliera del campo tambaleándose y con un brazo roto. Sus bramidos suenan como la aceleración de un motor con el silenciador defectuoso.

De repente, el bosque se llena de hombres armados a la caza del Monstruo, al que acaban arrinconando junto a una roca. El Monstruo gruñe y se defiende a manotazos de los palos que lo amenazan y lo golpean. Varias manos lo cogen por las piernas, le atan los brazos con cuerdas. Su cara crispada de dolor se ve feroz e indefensa a la vez.

*You ain't nothing but a hound dog
Crying all the time*

La canción irrumpe bruscamente de la máquina tocadiscos. Kid Saylor, salido de las sombras, e inclinado sobre la consola, mueve su culo enfundado en denim y zapatea al ritmo de la canción de moda que Clay está harto de escuchar. Su chica debe de haber ido al lavabo.

—¡Eh! ¿No ves que hay gente mirando una película?

—Pues, seguid, tíos, estamos en un país libre —dice Saylor con guasa por encima del hombro. Tiene la cara llena de manchas, y los labios hinchados. En los ojos, una mirada entre somnolienta y petulante.

Se ve al Monstruo, atado a un palo y luego a un carro, colgar crucificado antes de que lo lancen sobre un montón de heno.

Pero el volumen de la máquina está demasiado alto, y Clay demasiado furioso para seguir concentrado en la película. Sin avisar, salta del taburete.

Saylor lo ve venir y se hace a un lado; es más pequeño que Clay.

—No te cabrees, hombre. ¿Quieres que lo apague?

Clay lo aparta del camino, dándole con la palma de la mano en el pecho. El muchacho se tambalea hacia atrás, a punto de caer. Clay se agacha y coge la esquina trasera de la máquina tocadiscos, la separa de la pared —la aguja chirría sobre la voz de Elvis—, arranca el enchufe, deja el cable detrás de la máquina y se encara con Saylor, desafiante.

El chico retrocede, sin perder la sonrisa, pero levanta las manos en nervioso gesto de rendición.

—Eh, bueno. No sabía que era tu película favorita. Lo siento, ¿vale? —La disculpa suena falsa, suena a burla, como si Saylor pensara que Clay está viejo y chalado.

Clay respira hondo y odia al muchacho por hacerlo sentir viejo.

—No tengo tiempo para perder con esta mierda —gruñe, y vuelve a la barra, donde levanta el taburete que había caído al suelo cuando él se bajó de un salto.

—Lo pondré todo en su sitio después de la película —le dice a Harry.

—Pareces un niño con un juguete nuevo —dice Harry, y sacude la cabeza.

—Sólo quiero ver esta película, ¿de acuerdo?

Pero no es fácil volver a meterse en la historia después de perder la paciencia. Los músculos de los hombros y del estómago siguen alertas y nerviosos, aunque no le costó nada levantar la máquina y hacer a Saylor a un lado. Clay espera, incluso desea, que Saylor venga y le dé una palmadita en el hombro y le sugiera que zanjen la cuestión en el aparcamiento. Pero cuando estira el cuello para ver qué pasa alrededor, ve a Saylor de vuelta en su reservado, con la chica, riéndose. Tiene la impresión de que la gente del bar —sus amigos— lo miran raro, apartándose, aun cuando siguen exactamente en el mismo lugar en el que estaban.

El Monstruo se ha escapado de la cárcel del pueblo. Se le ve huir tambaleante por el bosque otra vez, aúlla como un animal herido. Hasta que llega a la cabaña de un viejo ermitaño ciego. El hombre, incapaz de ver que el Monstruo es lo que su nombre indica, lo invita a pasar, le da de comer, le cura la herida, le ofrece una cama y reza por él, a la vez que da gracias a Dios por enviarle un amigo. La imagen se va oscureciendo hasta que sólo se ve el crucifijo sobre la cama.

Clay no necesita que Betty ni Dwight le digan que es una escena ñoña, pero no se oye ningún comentario socarrón. Clay quisiera creer que la película los ha atrapado, pero le preocupa que callen sólo por miedo a que él vuelva a estallar. Clay los invita a una ronda de cervezas para recordarles que no es tan malo.

El Monstruo encuentra al doctor Pretorius en una cripta repleta de telarañas y esqueletos. Pretorius, que se ha servido su cena de medianoche encima de un ataúd cerrado, ni se inmuta al verlo aparecer; al contrario, lo invita a un trago y a un cigarro. Mantiene con él una charla en tono de broma —el ciego le enseñó al Monstruo algunas palabras— y le anuncia que él y el doctor Frankenstein tienen la intención de crear una mujer para él. El Monstruo coge una calavera y gruñe, feliz: «Mujer».

—Oh, qué escena más espeluznante —dice Betty cuando llega la publicidad—. Se me pone la carne de gallina con sólo oír esa conversación sobre mujeres.

—Yo la entiendo —proclama Dwight, más borracho ahora que la última vez que habló—. Todo lo que ese monstruo necesita es un buen culo.

—Puro morbo —dice Harry—. Necrofilia. Me pregunto si cuando la hicieron se dieron cuenta de lo morbosa que era.

—Yo no veo nada morboso —insiste Clay—. El Monstruo está solo y quiere un amigo, una novia, alguien. ¿Qué tiene eso de morboso?

Saylor acompaña a la chica a la puerta, deprisa, para no tener que vérselas otra vez con Clay.

—¿Todavía viendo ese rollo, tíos? —pregunta—. Tengo que llevar a mi chica a

casa antes de que papaíto se ponga a limpiar la escopeta. Buenas noches, amigos.

La chica sale con la cabeza gacha, más probablemente en dirección a la playa que a casa.

La película continúa. Más conversación: Frankenstein y su mujer —ya se han casado—; Frankenstein y Pretorius, que convence al Monstruo para que acose a su creador a fin de que éste le fabrique una novia. Escena en el laboratorio del castillo de Frankenstein, los dos científicos vestidos con batas blancas y brillantes guantes de goma negros. Unas extrañas cometas se balancean bajo una tormenta eléctrica. Abajo, en el tenebroso laboratorio, un armatoste parecido a unas tuberías de refrigeración de diez metros de altura crepita y chisporrotea encima de una momia pulcramente vendada. Los tubos y la momia suben a un tiempo, hasta quedar expuestos al temporal en el techo del castillo. El temporal arrecia. Una luz fantasmagórica ilumina la cara de lagarto de Pretorius, el rostro sereno de Frankenstein.

Luego, al ritmo de una música que suena a «Bali Hai», el artilugio desciende otra vez al laboratorio. Un tambor imita los latidos de un corazón. La momia tiene las caderas anchas y pechos pequeños pero bien marcados. Pretorius levanta una mano vendada. Algo gimotea bajo las gasas. Frankenstein arranca un trozo de venda de la cara. Se ven brillar unos ojos terriblemente vivos.

Suenan campanas y aparece la Novia, sin vendas ya, pero tampoco desnuda o en ropa interior, sino cubierta de pies a cabeza con una amplia bata de hospital que Frankenstein y Pretorius, a ambos lados de su engendro, sostienen por el dobladillo como alas de mariposa que hubieran estado arrebujadas dentro del vendaje. La Novia lleva el pelo crepado en una especie de tocón que lanza chisporroteos eléctricos. Sus labios negros se cierran sobre dos graciosos dientes de conejo. Tiene los ojos desorbitados. Mira hacia arriba, hacia abajo, a izquierda y derecha, sorprendida de estar viva, sin saber quién es.

El Monstruo aparece en la escalera y la ve. La mira con ternura, desesperado. «¿Amiga?».

La Novia se gira, abriendo aún más los ojos. El Monstruo se le acerca, sin dejar de agitar sus manazas. Con timidez le toca el brazo y ella grita.

—¡Bravo! —exclama Betty—. No lo quiere.

Pero Clay piensa que debería quererlo. No es natural que no lo necesite, ha sido hecha para el Monstruo.

El Monstruo lo intenta otra vez. Se sienta junto a ella en un sofá. Los médicos observan cómo la toma de la mano y la acaricia, nervioso. La Novia observa sus manitas en las zarpas del Monstruo. Él le pone la mano en el hombro y ella vuelve a gritar, más fuerte que la primera vez, y, saltando del sofá, se lanza a los brazos del doctor Frankenstein. Al Monstruo se le parte el corazón. Nadie lo quiere, ni siquiera su novia.

Su dolor se convierte en ira. Hace pedazos el laboratorio, voltea las mesas,

persigue a la Novia y a los médicos. La señora Frankenstein golpea la puerta. El Monstruo descubre una manivela en una de las cañerías.

—¡No la toques o volaremos por el aire! —grita Pretorius.

El Monstruo coge la palanca con una mano y con la otra le hace señas a su creador, a quien le ordena que escape con su esposa. Quiere que Pretorius y la Novia se queden. «Moriremos». La Novia abre la boca y suelta un bufido desde el fondo de la garganta, como haría un gato encolerizado.

El Monstruo levanta la palanca. El castillo comienza a explotar, ladrillos y vigas caen en el laboratorio.

Fuera, Frankenstein y su mujer suben a gatas las escarpadas rocas mientras observan cómo, explosión tras explosión, se va desintegrando la torre. Se abrazan.

Música y títulos de créditos. La película ha terminado. Y a nadie le parece justo. ¿Un hombre rechazado por una mujer se mata y mata a todos los demás? ¿Sin tener siquiera la oportunidad de demostrarle su amor? Clay se siente defraudado, como si todo fuera un mal chiste.

—¡Vaya película! —dice Betty, al apagar el televisor—. Rara, rara, rara.

Betty comienza a encender las luces para que el bar no quede sumido en la oscuridad.

Harry se pone de pie y se despereza.

—Ya no se hacen películas así. Si quieres que te sea sincero, no recuerdo si alguna vez se hicieron películas así.

Clay se queda sentado, sin creerse aún que la película termine así.

—Bueno, ¿qué os ha parecido? ¿Os ha gustado?

Necesita hacerles estas preguntas porque ni él mismo sabe si le ha gustado.

Al ver que nadie dice nada, Betty le contesta:

—No es aburrida, pero tampoco puede decirse que dé miedo. Es rara, y divertida, pero repulsiva por momentos.

—A mí me encantó —dice Dwight—. Y me gustó el final. Sí, me gustaría tener una palanquita así en la caravana para hacerla saltar en pedazos cuando las cosas no salen como yo quiero. —Se tambalea al bajarse del taburete—. Joder, sí que voy trompa. Y encima se ha hecho tarde. La novia de Dwight va a cortarme la cabeza a mordiscos. ¿Vienes, Boone?

—No, creo que me quedo un rato.

Clay quiere hablar con Betty, al menos sobre la película.

Harry quita el cajón del dinero de la registradora.

—Vete a casa, Clay. Ya has visto tu película. Vamos a cerrar.

—Pensaba echarte una mano, ya que te hice quedar hasta esta hora.

Clay espera para ver cómo reacciona Betty, pero ella se encoge de hombros.

—Ningún problema. Siempre que no quieras nada cuando acabemos.

—Eh, yo no soy nada para ti, ¿no te acuerdas? —Y para demostrarlo, se pone a cerrar las ventanas.

Dwight sale haciendo eses. Clay lo ve junto a la autopista, cómo mira a izquierda y derecha un minuto entero antes de cruzarla a toda carrera en dirección al puñado de luces que alumbran el camping de caravanas. No pasa ni un solo coche. Clay también está un poquito achispado, pero aguanta la cerveza mejor que Dwight. Los movimientos torpes de sus manos parecen más un recuerdo de la película que un efecto del alcohol.

Harry lleva el libro y el cajón con el dinero hacia la parte trasera del bar.

—¿Crees que te las arreglarás sola, Betty?

—No te preocupes —contesta Betty.

—Si me necesitas, ya sabes, estoy al lado... —dice Harry, ahogando las palabras con su lenguaza, y mira una vez más a Clay antes de salir al pasillo que lleva a su habitación.

Betty pasa el trapo detrás de la barra. Clay termina de cerrar las ventanas de la fachada y comienza con las del fondo. El Beachcomber, grande y desolado con las luces encendidas, las paredes de pino nudoso, las redes y el suelo de madera veteada, y deprimente a la luz de una bombilla de cincuenta vatios. Clay no sabe por dónde empezar, ni siquiera sabe qué le gustaría que él y Betty se dijeran.

—¿O sea, que la película no te gustó nada? —dice.

—No es eso, pero no puedo decir que me encantó —dice Betty, con una mirada escéptica mientras sigue fregando—. ¿Qué importancia puede tener lo que a mí me haya parecido?

—Porque conozco al tipo que la dirigió, eso es todo.

—Y conocerlo ha hecho que se te subieran los humos. Mierda, sí que estás susceptible esta noche. Parecía que ibas a cortarle la cabeza a Kid.

—Me mosqueó, no puedo negarlo. Comportarse como si este lugar fueran suyo. El muy maricón tiene toda la vida por delante y piensa que todo el mundo está a su disposición. Dame, yo sacaré la basura. —Clay necesita una excusa para acercarse a la barra—. Pero no soy yo el que está susceptible, todos estaban susceptibles. ¿A ti qué te pasaba?

—¿A mí? Nada. A ti me pregunto yo qué te pasaba.

—¿A mí? Nada.

Clay coge el cubo de la basura que está debajo de la barra y lo saca por la puerta trasera. La larga playa desierta se pierde en la oscuridad, grandes olas fantasmales rompen en una oscuridad aún más negra. Clay vacía el cubo en el contenedor oxidado y regresa al bar con una nueva idea.

—Lo que creo es que estáis celosos.

—¿Celosos? —ríe Betty—. ¿Celosos de qué?

—De que haya conocido al hombre que dirigió una película famosa.

—Tú le arreglas el jardín y él te hace un dibujo. Un gran negocio. No creo que vaya a poner tu nombre en luces de neón.

—Yo no espero sacar ningún provecho de esta situación.

—Entonces, ¿por qué estás tan contento?

—No lo sé. —Y es la verdad; es por eso que quiere hablar del asunto, por eso espera que Betty reaccione de la misma manera que él y así justifique su placer. Le cabrea que Betty crea que no tiene la menor importancia—. Me gusta oírlo hablar, me trata como si fuera alguien al que vale la pena contarle cosas. Y, ya sabes, es un tío famoso.

—No tanto. Ninguno de nosotros había oído hablar de él.

Clay reflexiona sobre esta última observación.

—Si fuera así de famoso, probablemente no me daría ni la hora. Pero... es mi famoso particular. —Al darse cuenta de lo ridículo de sus palabras se ríe de sí mismo, aunque en cierto modo lo dicho sea verdad—. Sí, mi famoso particular. Nadie sabe nada de él, excepto yo.

A Betty no le hace gracia. Y sigue callada mientras estruja el trapo.

—Tienes más interés por ese viejo sarasa que el que jamás mostraste por mí.

A Clay le molesta que Betty vuelva sobre ese punto.

—Es un hombre, Betty, tú eres una mujer. No es lo mismo.

—Ah —dice Betty, cogiendo unos candados del cajón.

—No tienes por qué llamarlo homosexual.

—Era sólo una idea. ¿No lo has pensado nunca?

—No —miente Clay. Admitir que sí ha considerado esa posibilidad podría hacer que pareciera raro, o si no raro, sí dócil y estúpido por pasarse el tiempo con un hombre del cual sospechó una vez que era homosexual y ante el cual llegó incluso a quitarse la camisa—. Es un artista. Un caballero. Y además, muy mayor. Es demasiado viejo para pensar en acostarse con alguien.

—Los viejos que yo he conocido no parecían pensar en otra cosa —dice Betty, que está poniendo los candados en los armarios y las neveras—. Mira, Clay, yo no lo conozco, pero después de ver su película, me lo imagino parecido a esa loca del doctor Sartorius, Partorius o como se llame.

—No, no se le parece en nada. —Pero se parecía, ¿no? Esa sonrisa de labios cerrados, el acento, salvo que Pretorius era más delgado y con la nariz picuda mientras que Whale tiene una nariz normal. Por otra parte, la película tiene ya veinte años, y Whale entonces podría haber tenido un aspecto completamente distinto.

Clay siente que se está cabreando otra vez, y recuerda la máquina tocadiscos, que sigue muda y separada de la pared. Se acerca a colocarla en su sitio, se agacha detrás del aparato y lo enchufa. Al tensar los músculos para empujar la máquina hacia atrás siente que preferiría usar esa fuerza en algo mejor. De repente le entran ganas de follar con Betty, de quitarle esa corteza dura y descubrir la dulzura de su interior, demostrarle lo tonta que es si piensa que hay algo raro entre él y el señor Whale.

Saca del bolsillo unas monedas y considera la posibilidad de poner la canción de Patsy Cline que a ella le gusta, pero no tiene monedas de cinco centavos.

—¿Ya has terminado? —pregunta.

—Casi.

—¿Te apetece dar un paseo por la playa?

Betty lo mira, tranquila, con curiosidad.

—Tengo que irme a casa.

—¿No querías ir a nadar?

Betty esboza una sonrisa, después abre bien la boca y suelta el mismo furioso bufido de gata que la novia de Frankenstein.

Clay ríe sin ganas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que hace demasiado frío para ir a «nadar». Imagínate en el agua.

—Yo no iba a proponerte nada.

—Claro, y yo no voy a volver a encender un pitillo en mi vida. Vamos, Clay. Lárgate ya. Tengo que cerrar.

Pero ha vuelto a hablarle, y eso es buena señal. Clay no piensa tirar la toalla. Y decide armarse de paciencia y esperarla junto a la puerta mientras ella apaga las luces. ¿Por qué tendría Betty que arruinar una buena historia cambiando las reglas? Tiene treinta años, está divorciada, pero bajo la ropa descuidada su cuerpo aún le resulta apetecible cuando Clay tiene ganas de divertirse. Los dos compartían esas ganas hace unos meses, la primera noche, una noche como ésta en que Clay fue el último en marcharse del bar y Betty sugirió que fueran a tomar un baño. Los dos habían bebido una copa de más, y la noche sin luna era tan oscura que Clay no se dio cuenta de que las manchas blancas que veía en la noche era la piel desnuda de Betty hasta que estuvieron juntos en el agua y una ola los arrastró uno junto al otro. Betty estalló en carcajadas cuando vio que Clay seguía con el bañador, y se lo quitó en el acto y ya no se separó de él: en el agua, en la playa, más tarde en la caravana. Para entonces el bañador podía haber llegado a las costas de China.

Betty pasa con brío delante de la luz de calabaza ahuecada de la máquina tocadiscos, haciéndole señas a Clay para que salga. Cierra la puerta detrás de ellos y se inclina para cerrarla con llave. Una franja de piel asoma bajo el borde de la camisa.

—Venga, Betty. Vamos a dar una vuelta. A caminar y charlar, nada más. Siempre te quejas de que nunca hablamos.

—Hablar de un viejo que hizo una película de terror no es mi idea de lo que es hablar.

Clay la sigue hasta el coche, un viejo Chevy panzón, de dos colores, como un zapato Oxford, aparcado bajo el cono de luz de la farola de la autopista. El coche es todo lo que le quedó a Betty del divorcio. Detrás de ellos, el océano susurra en la oscuridad.

—Hablares de lo que tú quieras.

—¡Basta ya, Clay! ¿Otro día, vale?

Betty abre la portezuela.

La ventanilla está bajada. Clay la sujeta por el grueso antepecho para impedir que

Betty cierre la portezuela desde dentro.

—Oye, la verdad es que me sabe mal lo de mi asuntillo con esa chica.

Funciona. Betty no se sube al coche. La portezuela los separa.

—No quería herir tus sentimientos —le dice Clay.

Betty lo mira fijo a los ojos.

—Pues los has herido —dice—. Mi amor propio, más que mis sentimientos. No creas que estaba enamorada de ti, pero como me cabreaba cuando te veía tirarle los tejos a esa calentapollas, tan modosita ella, empecé a preguntarme qué diablos me estaba haciendo a mí misma. ¿Dejar que me llevaras a la cama cuando a ti te apetecía?

—Te gustaba.

—Oh, me encantaba. Era divertido, claro que sí. Echar polvos contigo era divertido.

—Entonces, vuelve a la caravana. Retomaremos el mismo punto en que lo dejamos.

—No, Clay. Porque no había otra cosa. Sólo follar. Y he decidido que ya es hora de que deje de andar follando por ahí.

—Si te gusta, deberías seguir haciéndolo. Vamos —suplica, pasando la cabeza por la ventanilla abierta y apoyando los codos en el antepecho—. ¿Qué otra cosa vas a hacer esta noche? ¿Dormir?

—Clay, ¿no me has entendido? Basta de andar follando por ahí. Estoy harta de ti, y de mí. ¿No te das cuenta de que ya tengo treinta años?

—Para mí sigues estando cachonda —dice, aunque el resplandor de la luz halógena de la farola le destaque las bolsas bajo los ojos.

—No, Clay. Lo que estoy tratando de decirte es que quiero empezar a hacer las cosas bien. Sólo porque jodí un matrimonio no voy a seguir jodida el resto de mi vida. Tengo que saber quién soy, qué quiero, y volver a probar. Otro caballo. Todavía tengo tiempo para probar otra vez y que las cosas me salgan bien.

—¿Quieres casarte?

—Sí. ¿Tú no? ¿Nunca?

Su reacción refleja es apartarse, pero Betty lo ha pillado desprevenido.

—¿No querrás decir tú y yo?

Betty estalla en carcajadas.

—¿Qué cara has puesto! Vamos, don Juan, tú no estás hecho para marido. Y creo que tampoco para amante. —La risa la relaja y se pone graciosamente natural—. Eres divertido. Sí, un chico divertido e irresponsable. Me has tratado como a la puta del pueblo, pero bueno, yo siempre había querido saber qué se sentía siendo la chica mala del colegio. Ahora lo sé.

—Yo no soy un chico.

—¿No? ¿Qué eres, entonces? —Betty apoya un codo en el techo del coche mientras lo examina—. ¿Qué serás dentro de diez años? ¿Seguirás cortando el césped

en casas bien? ¿Seguirás follando con divorciadas cachondas en tu caravana?

Clay se aleja de la ventanilla y se endereza.

—Me gusta mi vida. Soy un hombre libre y quiero seguir siéndolo.

—¿Un hombre libre? —dice Betty con un suspiro—. Sí, una parte de mí querría algo así. Pero ¿una mujer libre? Eso no existe. En este mundo, o eres una zorra o eres una solterona. No, gracias. He decidido que yo no puedo llevar ese tipo de vida. Lo decidí al ver a algunas de las tías solteras que entran y salen de este antro. Se puede vivir así cuando se es joven, pero cuando se llega a mi edad...

—O sea, que quieres una lavadora y una secadora y una Lassie.

—Sí, por qué no. Algo que tenga forma. Vivir como vivo ahora, al día, de resaca en resaca, de cama en cama... —dice, y sonrío lanzándole una clara indirecta—. Es deprimente. No tengo estómago para aguantar esa vida.

—Y te vas a lanzar a la caza de un marido —dice Clay, socarrón.

—No tengo tanta sangre fría. He comenzado por lanzarme a la caza de un trabajo en el pueblo, recepcionista, secretaria, de nueve a cinco, algo que me obligue a llevar una vida más convencional. Que me dé la oportunidad de encontrar a un hombre convencional.

—Ya vuelves a decir gilipolleces, Betty.

Betty baja la cabeza y hace una mueca de disgusto.

—¿Sabes una cosa, Clay? Ese rollo tuyo a veces me suena a resentimiento.

—¿Y eso qué significa?

—Que el mundo no te ha dado lo que quieres y que, por lo tanto, todo lo que los demás decimos y queremos son gilipolleces.

—El mundo no me debe nada, y así quiero que sea.

—¿De veras? Lo dudo. Seguro que crees que alguien te debe algo, de lo contrario no irías por ahí tan resentido.

—Una mierda. Ahora, porque hago mi vida, resulta que todos piensan que soy un resentido.

—Yo digo lo que veo. Clay. Y puede que lo vea así porque tengo mi propio resentimiento. Estoy cabreada con el mundo porque como mujer casada fui un desastre. Y tal vez tú estés cabreado porque has sido un desastre en todo lo que has intentado.

—No fui un desastre en la universidad. Yo lo dejé, ¿no te acuerdas?

—Para poder alistarte en la marina, lo sé —dice con voz cansada—. Pero ahí sí fracasaste.

—No por mi culpa. Fue el puto apéndice.

—No he dicho que fuera culpa tuya, sólo que no conseguiste lo que querías. No logro entender por qué quisiste ir a Corea a que te mataran a tiros. Pero quisiste, y no lo conseguiste.

—Porque era un imbécil, por eso. Desde entonces he espabilado.

—Una vez dijiste que fue porque querías vivir historias de guerra.

Clay la mira con la mandíbula tensa. Betty hace que sus deseos parezcan cosas de críos. Está furioso consigo mismo por haberle contado tantas cosas. Le hablas a alguien de ti mismo y tarde o temprano lo utilizan en contra tuya, piensa Clay.

—No sé. Parece como si siempre quisieras cosas que no puedes tener. Como luchar en una guerra o ser amigo de un director de cine. Tú mismo te amargas la vida.

La furia pasa de la mandíbula a los brazos y los hombros. De pronto, siente unas incontenibles ganas de pegarle.

Pero Betty sigue hablando.

—¿Yo? Yo he decidido buscar cosas que puedo alcanzar. Puede que no sean las mejores pero...

—Entonces, ¿no quieres follar esta noche? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Betty lo mira y hace una mueca.

—¿Eso es todo lo que esta conversación significa para ti? ¿Si voy a aflojar o no?

—Exactamente. Estoy harto de jueguecitos. —Clay coge la manivela y con la cabeza le señala el asiento delantero—. Vete, tía, ya me tienes harto. Te crees que lo sabes todo. ¿Por qué te comportas como una furcia esta noche?

Betty lo mira. Clay no sabe cómo se le pone la cara cuando se cabrea, sólo sabe lo que siente y cómo reaccionan los demás. Betty no espera que se lo diga dos veces. Antes de que pueda cerrar la puerta, Clay se ocupa de cerrársela de un golpe. Betty se tapa la cara con las manos, como si la hubiera golpeado a ella.

Clay retrocede, sabe que desea pegarle y le da terror la mera posibilidad de hacerlo. Abre las manos, con los dedos bien separados, para que no se le forme un puño a pesar suyo y destroce el parabrisas.

Betty gira la llave, frenética.

—No me estoy portando como una furcia, estoy siendo honesta, aunque sea por una vez. Y no lo sé todo, pero tú tampoco.

—Bueno, para mí tienes la cabeza llena de mierda.

Clay necesita golpear algo, no romperlo, pero sí romper su furia, una fuerza que sólo con dolor consigue contener. Pero no hay nada a la vista, excepto el poste de la farola, recubierto con creosota, y el coche, con Betty dentro. Gira sobre los talones y se aleja hacia la autopista, antes de caer víctima de su propia violencia.

—¿De qué demonios tienes miedo? —le grita Betty—. No sabes hablar de nada real sin ponerte hecho una furia.

Pero Clay no se detiene. Oye que Betty pisa el acelerador, oye la grava y las conchas que saltan cuando el coche arranca y rebotan contra el chasis del Chevy. Pero él ya se ha internado unos veinte metros por el sendero que lleva al camping, está demasiado lejos para que Betty lo siga insultando.

En realidad, no quería herirla. Quería besarla y hacerle el amor y que ella volviera a quererlo. Aunque sólo fuera por esta noche. ¿Por qué, al comparar su vida con la de él, tuvo que convertirlo todo en una competición? ¿Por qué uno de los dos tenía que perder? Eso fue lo que desencadenó la furia, que lo tratara de perdedor. Lo que

ocurrió con Saylor no fue nada en comparación con lo que siente ahora, una rabia ciega y sólida como un puño, un sentimiento que bastaría para derribar todos los cubos de basura que va dejando atrás. Sigue andando, con la violencia de un huracán. Odia esta furia ciega. Una vez fue capaz de quemarla en el campo de fútbol, y después en el campamento de instrucción de Pendleton. Y quisiera creer que podría haberla quemado para siempre si hace cinco años lo hubieran mandado a Corea. Pero su propio cuerpo le jodió los planes y lo dejó en la estacada.

Clay pasa delante de su caravana pero no entra. Esta noche no puede encerrarse en la jodida lata. Sigue sendero arriba, revuelve en los bolsillos, necesita un cigarrillo, se da un golpe en la frente con la mano: ¡Idiota! ¿Para qué le habrás contado tantas intimidades? Él no quiere cosas que no puede tener, lo que ocurre es que ninguna de las que puede conseguir vale la pena quererlas.

En un garaje empieza a ladrar un perro, un ladrido que parece desencadenado por el zumbido silencioso de la furia humana. La luz del porche está encendida y Clay levanta el brazo para protegerse del resplandor y ver si el perro está atado, pero lo primero que ve es ese tatuaje de mierda. Ya ni se acuerda cuánto tuvo que pagar una noche en San Diego para que se lo grabaran en la piel, después del campamento.

Le había encantado estar con los *marines*. Ése era su lugar, pensó una vez, un hombre entre hombres. Había una guerra en Corea, no una guerra mundial pero sí algo más real que la estupidez de enfriarse los pies en las aulas de la universidad o darse cabezazos con otros deportistas imbéciles en un campo de juego. En el estado de Kansas él no era nadie, un pobre delantero de reserva, otro pedazo de carne que sobrevivía gracias a una beca. Pero los *marines* hicieron que se sintiera parte de algo importante, alimentaron su hambre de emociones con orgullo y un amor desinteresado por el Cuerpo. Y entonces, cuando ya estaba tan perfectamente afinado que nada que no fuera el combate iba a ser capaz de liberarlo, *su* cuerpo le fastidió los planes. Estaba corriendo una carrera de obstáculos con sus compinches, a punto de saltar una valla de madera, cuando le explotó ese dolor sordo en el costado. Una docena de cuchillos. Cayó al suelo y se retorció de dolor mientras el instructor lo trataba de gusano, de marica, de inútil. «Tú eres de los que mean sentados», le había dicho. El tipo siguió insultándolo aun después de darse cuenta de lo que le pasaba; pidió por radio una ambulancia y lo acompañó a la enfermería. Tenía una infección tan enorme que tuvo que pasarse un mes entero en el hospital. Esa misma noche lo abrieron en canal. Si la herida se la hubiera hecho una bala de los amarillos, lo habrían remendado y enviado de vuelta al frente. Pero fue su propio cuerpo el culpable, y se lo quitaron de encima en cuanto llegó el alta médica.

Eso fue hace cinco años, muy cerca de allí, en Pendleton, pero le parece que fue anteayer. El tiempo se ha detenido desde entonces. Ahora el tatuaje le da asco, pero no puede cortarse el brazo. A pesar de que no quiere hacerlo, de vez en cuando recrea la historia, la exagera, y a los desconocidos hasta les hace creer que estuvo en Corea. Se odia a sí mismo, se considera un fracaso y un farsante.

Sin darse cuenta llega al final del asfalto y del camping, y se mete por un camino de tierra que lleva hasta la punta del cañón. Va levantando polvareda con las botas, un polvo que a la luz de las estrellas parece humo.

No son historias de guerra lo único que quiere. Se lo podría haber dicho a Betty, pero no era eso lo que quería. Es más que eso, lo que quiere es limpiar su alma formando parte de algo terrible y real, quiere una experiencia intensa, algo que le demuestre que ha estado en alguna parte. Primero te meten en la cabeza, a machamartillo, que hay que ser un hombre, un hombre de verdad, y luego te niegan la oportunidad de hacer otra cosa que no sea emborracharse o follar. Clay sabe que él nunca será famoso. Duda de tener alguna vez éxito, signifique eso lo que signifique. Pero quiere tener algo que se parezca a una historia de guerra, quiere vivir algo que se parezca a una experiencia extraordinaria, una batalla, una historia de amor, un aventura limite, un crimen incluso. Cielo o infierno, qué importa, pero un gran drama que lo saque de esta vida sin porvenir y que justifique su existencia. Entonces sí podría dormir plácidamente sobre sus laureles, o sobre sus espinas, sabiendo que ha vivido. Pero, sin una experiencia así, todo es pura mierda, una tremenda estupidez, y él se siente hecho un nudo, paralizado.

Conocer al hombre que dirigió *Frankenstein* no cuenta, pero ya es algo, ¿no? Tiene que significar algo.

Clay llega al vertedero, al final del cañón. Sube a la montaña de basura y patea las latas vacías, busca algo a lo que darle un puñetazo sin partirse la mano. Sabe, por experiencia propia, que no conviene golpear cosas que puedan romperse, como ventanas o espejos, ni cosas que puedan romperlo a él, como paredes de ladrillo. Las neveras último modelo son ideales para desahogarse; las puertas de metal son lo bastante flexibles para no hacerse polvo los nudillos. Pero allí no hay frigoríficos, sólo una dura y antigua nevera, jergones de muelles oxidados, una pirámide de latas vacías y el caparazón de un Buick acuclillado encima de unos cubos pelados.

—¡¡Mierda!! —grita con todas sus fuerzas en el borde del acantilado, por el gusto repentino, violento de gritar—. ¡¡Mieeerda!!

Al volverse, ve el camping de caravanas a sus pies, cajas oscuras, farolas, ni un árbol, sólo antenas de televisión y postes de teléfono alzándose por encima de unas vidas enlatadas. A lo lejos, el perro sigue ladrando.

—¡Cabrones! —grita—. ¡Sois todos unos hijos de puta!

Abajo no se apaga ninguna luz, nadie le grita que se calle. La caravana más próxima está a más de cien metros.

—¡Os paséis toda la puta vida durmiendo! —grita Clay— ¡Estáis muertos! ¿Me oís? ¡Todos muertos, mamones!

Es muy probable que sus obscenidades no suenen peor que el aullido de un coyote, pero él sigue gritando, hasta quedarse sin garganta y sin pulmones, hasta que se saca todo el veneno. Quiere probarse a sí mismo que, incluso idiota como es, es más listo que todos los demás. Todos están con la mierda hasta el cuello, pero nadie

lo sabe mejor que Clay Boone.

Pasa de la medianoche en la casa de Amalfi Drive. Las sombras de los muebles del salón se arrastran y se quiebran bajo una nerviosa luz azul. Los spaniels de cerámica de la repisa no paran de cambiar de expresión. Un fantasma cuadrado parpadea, espasmódico, en una ventana: es el reflejo del Magnavox de diecisiete pulgadas que ruge suavemente en su mueble de madera de cerezo.

Hoy James Whale ha trasnochado con María para ver una vieja película. Los dos están en bata y pantuflas, y hay un vaso de leche a medio beber y un plato con migas de galletas en la bandeja de Whale. María se ha soltado el pelo, una negra capucha lacia que cae sobre sus hombros. Está sentada en una punta del sofá, los brazos bien cruzados sobre el pecho, el mentón alzado en un gesto de desaprobación. En ese momento vuelve a aparecer el Monstruo y el ceño fruncido de la criada se relaja de golpe; María, asustada, respira por la boquita abierta. Whale mira la película arrebujado en su butacón de piel. El miedo de María no le hace gracia, ni le da miedo la película; de vez en cuando, apenas le hace sentir lástima.

Su pobre y triste película. Ya no siente rabia por lo que le han hecho. Desde el mismo comienzo es una sombra de sí misma; no sólo la imagen tiene ahora esos puntos de foto de periódico, no sólo la han encogido para que quepa dentro de un mueble; también la han amputado, masacrado. En primer lugar, le han quitado el precioso prólogo que él le había puesto: Elsa en el papel de Mary Shelley enzarzada en una sutil conversación con Percy Shelley y Lord Byron mientras los rayos de una terrible tormenta iluminan su mansión en las montañas. Un prólogo concebido para hacerle saber al público que ésta no era una película de terror más, sino algo distinto, con clase, y para demostrarle a la Universal que él era capaz de hacer ese drama de época que seguían sin encargarle. Pero el prólogo ha desaparecido, y mezcladas con las suyas hay escenas que él nunca filmó: cortísimos metrajes sobre cigarrillos con filtro o con un concesionario de automóviles local o ese castor histérico que quiere «limpiar, limpiar, limpiar, ¡con Ipana!». Sí, ya sabe que esto es «publicidad», y que no habrá espectador que no sepa que eso no es la película, pero desconcierta ver que Karloff avanza dando tumbos por el bosque en camino a una cita con... ¿una mujer vestida de blanco que vende en la calle cigarros baratos?

María descruza los brazos para cerrarse la bata alrededor del cuello.

—Oh, ese monstruo —dice, con la voz helada por el miedo—. ¿Cómo pudo trabajar con él?

—No seas tonta, María. Es un actor, un actor muy bueno. Y el tipo más pánfilo que puedas imaginarte.

Sin embargo, Whale no consigue conectar lo que ve con recuerdos de un plató, ni con Boris Karloff y el resto del elenco. Una película terminada es algo tan perfecto como un rompecabezas cuando se coloca la última pieza; se olvida la ansiedad y la agitación que produce buscar cada una de las piezas. El rompecabezas adquiere vida

propia, como si lo hubiera montado otro. Whale nunca vio ninguna de sus películas después del preestreno porque lo único que veía entonces era un montón de errores y de oportunidades desperdiciadas. Esta noche, todo lo que al principio reconoce son actores, viejos amigos, gente que no ha visto en años. Sale y entra de la película como si hojeara, por pasar el rato, un viejo álbum de fotografías.

Ahí está Una O'Connor en el papel de vieja histérica —esas ridículas cintas de la cofia fueron todo un toque de inspiración—. Es divertido oírla gluglutear como un pavo otra vez. ¡Y ese inimitable y tronchante chillido suyo! Hace meses que no habla con Una. Debería llamarla; es la única de ese elenco con quien ha seguido en contacto.

Y Colin Clive, como Frankenstein. Vivo otra vez, o tan vivo como se puede estar conservado por el cine, conservado en gelatina. Pese a su rigidez y a su aire de alucinado, Clive era muy guapo: no rígido de puro narcisismo como la mayoría de los actores, sino de nervios, de miedo a salir a escena. Se le podía sacar una buena interpretación si conseguía aflojar los nervios con un par de copas. De lo contrario, no se podía hacer otra cosa que dejarlo suelto, con sus modales de primer actor del West End, como se le ve en el diálogo con la señora Frankenstein —Whale no puede recordar el nombre de la actriz— y confiar en que el público sabrá que no ha de tomarse la escena demasiado en serio.

Percy y Mary Shelley y Lord Byron están hablando de los misterios de la muerte y del secreto de la vida eterna, y Whale se asusta. No recordaba este diálogo, una parrfada algo santurrona metida por los guionistas para darle una pincelada de fábula moral. Esta noche las frases tienen otro efecto, más sentido del que se intentó darles. La película sólo había sido una experiencia divertida, una sofisticada broma pagada por los estudios, que insistieron en hacer una continuación. En realidad, él nunca pretendió decir nada serio con *La novia*. ¿O sí?

Ah, pero si está también el querido Thesiger. Whale siente que el corazón se le ensancha cuando la cámara muestra la familiar nariz respingona, y esos ojos, con sus finas patas de gallo. Hace años que no ve a su viejo amigo; de hecho, no ha vuelto a verlo desde que Thesiger regresó a Inglaterra. Lo había querido como a un hermano mayor, había admirado su originalidad, su aristocrático desdén por lo que los demás pensaban de él. Entre ambos habían conseguido que un poco de todo ese empecinamiento se encarnara en Pretorius; él y Thesiger conspiraron para que Pretorius les saliera bien amariconado, una loca vieja y misógina. Muy sutiles los dos, un guiño dentro de una película llena de guiños. Los Laemmle, padre e hijo, jamás sospecharon nada. Oh, pero uno se puede divertir mucho cuando trabaja para dos inocentes.

Toda la película tiene aire de comedia, humor macabro pero genuino. No pararon de reír durante el rodaje —todos excepto Karloff, naturalmente—. ¿Se dio alguien cuenta de que la película era deliberadamente cómica? Whale duda de que la gente que la vea esta noche capte el humor, ni siquiera con la música de Franz Waxman,

siempre solemne aun cuando toca reírse. La gente es tan seria ahora. ¿La verá alguien aparte de unos pocos apergaminados anticuarios? Algunos niños tal vez, y adolescentes que esperan asustar a la noviecita para poder meterle mano con mayor comodidad. A Whale en el fondo le hace sentirse bien pensar que en todo Los Ángeles y alrededores los jóvenes están usando su película para bajarles las bragas a sus chicas.

¿Qué quieren las mujeres? Un presentador responde: «El horno y la cocina económica Tappan. Únicos con sistema de autolimpieza».

Dentro del mueble de cerezo, la película está tan cortada y dispersa como la mente del hombre que la mira.

La escena del ermitaño ciego es más seria y gazmoña de lo que Whale recordaba. Sacude las manos, como si le hiciera señas a los actores para que terminen rápido y pasen a la siguiente. Pero en ese momento, en el fundido, ve algo que había olvidado. Y suelta un estridente «¡Ja, ja!».

María se vuelve hacia él, preocupada al ver que se ríe con algo que probablemente es para ella la escena más tierna de toda la película: el Monstruo tiene un amigo.

—¿No irá a matar al pobre hombre? —pregunta, alarmada, pues conoce muy bien el humor del señor Whale.

—No, María, no soy tan malo. Me río de algo que acabo de recordar. No lo entenderías.

Porque, visto desde atrás, el ermitaño que, tembloroso, reza sobre el postrado Karloff, parece estar prestándole un servicio muy especial. Ni Karloff ni el actor de la barba lo supieron nunca, sólo el cámara que lo llamó y le dijo que tal vez fuera mejor probar otro ángulo, pues así parecía que el viejo le estaba haciendo una mamada al Monstruo. «Pero, guapo, tienes una mente muy sucia», le había dicho Whale, íntimamente encantado con la travesura. Pero cuando vio el copión se convenció de que se le había ido la mano. Durante el montaje, hizo que el objetivo tomara el crucifijo de la pared, y, aunque el remedio podría ser peor que la enfermedad, al menos debía de permitir que las señoras Grundy^[18] de la época le perdieran la pista. Y funcionó. A Laemmle Jr. le preocupaba lo que la Comisión Hays pudiera hacer con la escena en que los aldeanos levantaban a Karloff como a un Jesucristo crucificado, pero nunca advirtió la *fellatio religiosa*.

Karloff atraviesa el cementerio con paso inseguro. El paisaje, pelado, maldito por antonomasia, está tomado desde abajo, como desde una trinchera. A Whale se le aceleran los latidos del corazón, pero lo que ve es sólo un decorado, andamios, tela metálica cubierta de barro y un ciclorama de fondo. Karloff levanta la tapa de un sarcófago y desciende a la cripta.

Otra vez el viejo Thesiger, en la cripta abovedada que, sin las telarañas y los esqueletos, había sido la entrada, abovedada también, del castillo de Frankenstein. Eran muy hábiles entonces a la hora de reciclar los decorados. Después, Karloff y

Thesiger conversan, sobre la tapa del ataúd que Thesiger usa como mesa. Los puros que fuman son los preferidos de Whale, liados a mano, escogidos a propósito para quedarse con los que sobran.

—Quiero muertos. Odio vivos —balbucea Karloff.

Y Whale se asusta una vez más. Una nueva conversación sobre la muerte. «Muuujer», dice Karloff, que sostiene con ternura una calavera de escayola, como si quisiera casarse con la muerte.

Es sólo una broma. Toda la escena pretendió ser una broma irreverente, pero hoy a Whale lo trastorna, lo angustia.

Amo la muerte, odio la vida. Sí. Él —¿qué duda cabe?— detesta la vida que se le permite vivir ahora. Pero ¿ama la muerte? No, todavía no. La película sugiere que una vez la amó. Toda la película trata de la muerte, si tuviera que definirla diría que es una comedia sobre la muerte, pero sus bromas no tienen la ingenua ligereza de un joven que no sabe nada de la muerte, sino el resbaladizo peso de los sueños. Whale querría que esas bromas significaran algo, que le enseñaran una verdad, del mismo modo que los sueños pueden mostrarnos cosas que aún no estamos preparados para aceptar despiertos.

Claro que... esto no es un sueño; es una película, un viejo trabajo por encargo con unos cuantos guiños incorporados. Pero hasta las bromas más negras pueden esconder una verdad. Uno cree que está haciendo un chiste cuando en realidad está confesando un miedo o un deseo terrible. Por algo llaman a esta industria «fábrica de sueños», aunque se supone que son los sueños del público, no de los cineastas.

La voz de María interrumpe sus pensamientos.

—¿Por qué estamos viendo esto, señor Jimmy? Es demasiado horroroso.

—Pues vete a dormir si no te gusta.

—No. Tengo que ver cómo termina. Si no lo sé, no haré más que dar vueltas en la cama.

Sí, eso fue todo lo que se propuso con esta película. Quería divertirse contando una historia que provocase pesadillas en las almas más simples. El alma de María es más sencilla que la mayoría: no parece sentir compasión alguna por el Monstruo, ni lástima, sólo miedo. Ella también cree en la vida después de la muerte, en los castigos y las recompensas eternas.

El Monstruo ha raptado a la mujer de Frankenstein —eso fue lo que trastornó a María—; ahora los dos médicos están en el laboratorio. Falta poco para el final.

¿Dónde estaba? Sí, ya recuerda, había estado siguiendo una línea de pensamiento que lo conducía a una conclusión interesante cuando María lo distrajo. Pero no puede retomarla, lo único que puede pensar ahora es que la película terminará pronto y él se irá a la cama. Le preocupa cómo dormirá esta noche. Su cuerpo está exhausto, pero tiene la cabeza demasiado alterada, demasiado llena de imágenes y pensamientos inacabados. Ojalá su maldito jardinero no le hubiera dicho que daban *La novia*; no estaría ahora atrapado en este viejo sueño en el salón de su casa.

Sigue una escena sin personajes, sólo una serie de tomas cortas, máquinas, chispas. Están fabricando a la Novia.

Whale cruza las piernas huesudas y se sorprende al ver, bajo la bata, su miembro erecto. No es una erección completa, sino un ligero endurecimiento de la polla, caliente, hinchada. Ya ni se acuerda de la última vez que se le puso tiesa; nunca después del derrame. No puede haberse excitado con Karloff, ¿verdad? Pero... ha estado pensando en la muerte.

Lo único que puede ver en el ojo de su mente es el dibujo borroso que hizo ayer por la tarde, un esbozo que se convirtió en un enorme garabato cuando abandonó la pretensión de intentar dibujar. Como un ciego hizo con el lápiz varias capas de sombreado y líneas sin sentido sobre el torpe perfil mientras se concentraba en hallar las palabras que le permitieran desembuchar las sensaciones que lo habían invadido al recordar un pote de pringue de su infancia... ¡Si hasta su cabeza le parecía un pote de grasa coagulada! Y, del otro lado del caballete, con el asustadizo porte de un caballo quieto, su jardinero, sin camisa, el señor «Muerte antes que Deshonor». No, el muchacho tiene un nombre. Clay Boone.

—Es horrenda —exclama María cuando suenan las campanas de boda.

—Es hermosa —proclama Whale.

Está viendo a Elsa, con su peinado de Nefertiti, pero en realidad piensa en Boone, fornido, hierático, un mosaico de bronceado y rosa y blanco, ligeramente húmedo de sudor, una estatua de mármol. ¿Qué pensará Boone de su película? ¿Pensará que el director es un ser monstruoso o simplemente un estúpido? ¿La verá esta noche, o mencionó que la echaban sólo para halagar a su «jefe»? ¿Por qué tendría que importarle algo a él? Además, ¿quién era Boone para que él lo considerara algo más que un juego, un desafío? Whale se enfurece de repente al darse cuenta de que perdió de vista el verdadero propósito de la cita de ayer al soltar esa parrafada sobre un pasado que es mejor olvidar. No consiguió que Boone se quitara las botas, y mucho menos los pantalones. Le preocupó ver que se quitaba la camisa sin mucho aspaviento. No quería que su juego terminara demasiado rápido.

«Moriremos».

Exactamente. Pero todavía no. No hasta que el juego termine.

Karloff levanta la palanca y todo salta por los aires.

Un truco barato, una floritura teatral para poner punto final a este otro juego. Y un astuto ardid para engañar a las masas de ingenuos que iban al cine ávidos de historias de amor. Le dio una compañera a su monstruo, y punto y seguido los mató a los dos. Una *Liebestod* para dos monstruos, con más *Tod* que *Liebe*^[19]. Estalla una maqueta de la torre: una bella imagen. El pequeño avión blanco de los Laemmle gira alrededor del globo terráqueo de plastilina.

—Ay —dice María, temblando, y se pone de pie—. Disculpe, señor Jimmy, pero su película no es santo de mi devoción. De todos modos, me ha gustado que tenga un final feliz. Los malos mueren y los buenos viven. —La mujer se dirige al televisor y

aprieta el botón con la palma de la mano, como si le diera un cachete a un niño revoltoso—. Es hora de irse a la cama, señor Jimmy. El doctor no me lo perdonaría si se enterara que se ha quedado hasta tan tarde.

—Al doctor le importo un bledo.

—No diga eso. Todos queremos que se reponga. Tiene que dormir —dice, y se acerca a darle una mano.

Whale, irritado, la aparta y se levanta solo del butacón. Le duelen las articulaciones, y el eterno dolor de cabeza empieza a asomar en la coronilla. Se arregla la bata, pero su erección hace rato que desapareció, casi en el mismo momento en que la descubrió y se puso a pensar en Boone.

—Déjeme que ordene aquí —dice María, retirando la bandeja y haciéndole señas para que vaya hacia el dormitorio—. Enseguida le llevo los medicamentos.

Whale se calza las pantuflas y se aleja por el pasillo. Tiene los pies fríos. Amo la muerte, odio la vida. Desde el ataque duerme en el cuarto de huéspedes, en la planta baja, donde la casa hace un recodo, frente al garaje. Cómo quisiera volver al dormitorio principal, el de arriba, pese a que allí hay dos camas gemelas y una de ellas está vacía. Pero dicen que está muy lejos de María, en caso de que la necesitara en mitad de la noche. La habitación de María está encima del garaje, se accede por la escalera que está al final del pasillo de abajo, la que lleva a la habitación de servicio. Whale entra en su habitación y enciende la luz: las cortinas, con moderno diseño geométrico, una cómoda italiana y una cama con cabecera, una colcha blanca con una punta cuidadosamente vuelta hacia fuera. Pasa junto a la cama de camino al cuarto de baño, pero se niega a mirarla.

El final del día es una hora que detesta; desprecia y teme el momento de acostarse. De día, la vida puede parecerse a un banco de niebla, especialmente si está cansado, pero las cosas reales, las voces, los objetos, sigue percibiéndolos a través de esa niebla. Por la noche, cuando llega la hora de dormir, todo es niebla, infinita y vacía. Sería diferente si lo venciera el sueño, un sueño digno de ese nombre, pero cada noche ha de elegir entre dos sueños menores. Puede echarse sin ninguna dificultad y soportar los sueños fragmentarios y los constantes despertares de un hombre que sólo flota en el sueño, en una noche que durará eternamente, o puede tomarse el fenobarbital y hundirse como una piedra en las aguas de un letargo químico, irreal, sin sueños. Al día siguiente, el efecto de la droga persiste, todos los pensamientos son lentos, flojos, ciruelas confitadas rancias, y todas las sensaciones parecen perdidas en la distancia.

En el cuarto de baño, sentado en el inodoro, con la bata levantada por detrás, los bajos del pijama rodeándole los tobillos. Repite el mismo ritual todas las noches, necesite o no hacer de vientre, es una precaución que toma por miedo a la incontinencia. No es que sufra de incontinencia —todavía no, en todo caso—, salvo en lo que respecta a la memoria. Sentado ahora en el frío inodoro, rodeado de cromados y de azulejos que relucen como galletas glaseadas de color rosa, recuerda

que ayer le vino a la memoria el retrete de Dudley. No fue una alucinación el olor ayer, y tampoco ahora, pero recuerda lo agradable y familiar que podía resultarle aunque fuera un olor a madera húmeda y excrementos humanos, la mierda de la familia. Un paisaje sucio, sus gusanitos de niño, todos revueltos ahí abajo, con unos pliegues retorcidos como arrugas del cerebro.

Tiene la cabeza llena de mierda, pero los intestinos secos. Mea, no un chorro potente y viril, sólo gotitas, chorritos, rachas entrecortadas. Y el escozor de siempre, al final, cada vez que vacía la vejiga. Pliega con cuidado una larga hoja de sedoso papel higiénico —era áspero papel de periódico en Dudley—, pero no siente ni pizca de los viejos placeres al tocarse el ano. Lo tiene hecho un nudo, como una delgada banda elástica bien apretada.

Si su mente va a retroceder, ¿por qué no demorarse en los placeres de la carne en lugar de en sus vergüenzas? Se sube el pijama y se lo abotona. Tira de la cadena y oye el nítido rumor del agua de la cisterna. Él es como el hombre que se ahoga y ve pasar la vida por delante. O no: es como una ciudad durante un apagón, cuando una comparsa entera de criaturas deformes y olvidadas salen a deambular por las calles oscuras.

Ayer, cuando le ocurrió lo mismo junto al caballete, pudo exorcizar sus demonios hablando, aunque desperdició por completo la primera sesión con Clay. Y sin embargo, hablar le hizo sentirse mejor. Terminó la sesión exhausto pero aliviado. ¿Por qué? No lo sabe, a menos que la charla le hiciera darse cuenta de lo lejos que ha llegado.

Cuando María llama a la puerta, ya se ha metido en la cama; está sentado, las piernas dentro de limpias sábanas secadas al sol. La criada entra con otra bandeja, ésta cargada de frascos y ampollas y un vaso veneciano con agua. Se pregunta si hablarle a María del retrete de Dudley le enjuagará la mente; no quiere echarse en la oscuridad con la cabeza repleta de imágenes de zurullos familiares.

—¿Me promete que se las tomará todas, señor Jimmy?

La enfermera que vivió con ellos las primeras semanas después de su regreso del hospital solía quedarse a su lado mientras se tomaba las pastillas. María sabe cuánto detestaba él esa vigilancia.

—Me las arreglaré, María. Gracias. —Whale mira los pesados, tristes ojos de la mujer—. Deberías irte a la cama —le dice—. Lamento haberte tenido despierta hasta tan tarde.

—No es nada, señor Jimmy. Sentía curiosidad por ver qué clase de películas hacía cuando trabajaba. Espero que no me dé pesadillas. —Le tiembla la mandíbula al hablar, luego la abre y suelta un largo bostezo—. Disculpe, es muy tarde. Buenas noches —dice, y se marcha, dejando al salir la puerta entreabierta.

No, no podía hablarle a María de la mierda. Incluso antes del bostezo, vio en su cara grande e imperturbable algo que dispersó cualquier deseo de contarle nada. A diferencia de la cara de Boo ne, que había absorbido ese deseo, una cara que hizo que

Whale quisiera hablar, como si a esa estatua de carne y músculos se la pudiera divertir o provocar o confundir o animar con una adecuada anécdota de su pasado.

Whale coge las pastillas, una a una; y una a una se las va tragando con un sorbito de agua; no piensa en nada hasta que llega a la última, el fenobarbital. Coge el frasco de Luminal, mira la etiqueta, mientras trata de decidir qué clase de sueño prefiere esta noche, si el sueño sin descanso o ese sueño mortal que mañana lo tendrá todo el día hecho un zombi. Pero para mañana no tiene nada previsto, ninguna fiesta fabulosa, ningún paseo por la costa, ninguna visita. No volverá a ver a Boone hasta el martes que viene, lo cual es una pena. Ayer terminó la sesión tan exhausto que creyó que no iba a poder repetirla muy pronto, y que tampoco lo necesitaría. Abre el frasquito de fenobarbital y saca una cápsula.

Una docena de luminales le caen en la mano. Feos caramelos de goma color marrón tirando a violáceo. Un paisaje de mierda en la mano.

Luminal. De *lumen*, luz. Vaya nombre para una píldora cargada de sombras. Sería tan sencillo tomarse dos, tres, todas juntas. Así terminaría de una vez con este trámite imbécil. Pero se parece mucho a la muerte que teme, no tanto la llegada de la muerte sino una lenta despedida de la vida, la conciencia dispersándose en la noche, en los sueños, en el olvido. Lo que él quiere es ver a la muerte de frente, acercándose.

Una a una vuelve a meter las cápsulas en el frasco, hasta que se queda con una sola en la mano. Se la pone en la lengua, se bebe toda el agua y deja el precioso vaso de cristal veneciano en la cómoda. Apaga la lámpara y se echa boca arriba en la oscuridad, a esperar...

Antes se decía que nunca se oye a la que lleva grabado tu nombre. Pero Whale quiere oírla, quiere tener los ojos bien abiertos cuando la muerte venga a buscarlo. Quiere que sea violenta, dura, y que tenga un rostro humano. Quiere que tenga el rostro de un hombre, salvaje y mudo, con una nariz ancha como la de Clay Boone.

Un pensamiento romántico, sí, un pensamiento muy bonito, pero el barbitúrico ya está surtiendo efecto, ya corta los circuitos, apaga luces. Puede ver el techo a través de los párpados cerrados, puede albergar la esperanza de que Clay Boone lo mate como algo perfectamente posible. Sí, eso es lo que quiere, lo que ha querido desde el primer momento. Recuerda un instante en que tuvo miedo de que el muchacho se pusiera violento, pero es frecuente temer lo que se desea en secreto; de lo contrario, ¿por qué imaginar lo que tememos antes que otra cosa? Boone tiene cara de asesino. Aunque ayer por la tarde sonriera. Parecía inocente como una caja de copos de avena. Pero eso Whale puede arreglarlo. Él conoce formas de sacar a la luz al asesino que lleva dentro.

Los músculos se le relajan, las articulaciones se le entumescen a medida que la mente se separa del cuerpo, y de pronto ahí está el Monstruo otra vez, no el que un día interpretó Karloff, sino Boone. Whale no se sorprende. Le parece haber sabido desde siempre que el jardinero es su monstruo particular, más auténtico y más convincente que Karloff, sin esa rigidez de actor que deshace la seductora fantasía de

la fuerza bruta. Boone lo coge en brazos, lo acuna como a un niño, y lo lleva hasta lo alto de la colina. Él no se resiste, se rinde, abandona toda fuerza de voluntad, toda responsabilidad, se deja llevar, ligero como una pluma. El Monstruo lo sujeta con su brazo tatuado y, con toda tranquilidad, le mete primero un dedo, después la mano, después el brazo entero, va abriéndolo por abajo para meterse por los intestinos hasta que él puede sentir el puño en la garganta. El puño que se abre suavemente para acariciarle el cerebro por dentro y hacer que desaparezcan los torturantes recodos, las circunvoluciones que tanto dolor le causan. El dolor que le causa ese proceso es agudo, taladrante, insoportable, pero le permite imaginar, más allá del dolor, bien visibles en la otra orilla, la paz, la claridad, el descanso.

Noche. Lluvia. Viento. Zigzagueo de rayos detrás de una mansión con tejado a dos aguas. La mansión se alza en lo alto de una colina, junto a un valle poblado de pinos. La única ventana iluminada se acerca a nosotros a través de los árboles, se acerca, se acerca...

—¡Corten!

El viento se detiene de golpe. La lluvia cae un momento más, pero no es agua, sino broza cortada en tiritas. Alguien sale de detrás de la casa, un hombre con fino bigote y pajarita que pone en evidencia que la mansión es una maqueta de la mansión, de apenas un metro de altura. Y que los pinos son mirtos recubiertos de alquitran. El valle y la maqueta ocupan una gran mesa en una esquina de un oscuro almacén. Una cámara más grande que la casa se desliza hacia atrás sobre cuatro metros de rieles, y un muchacho con un sombrero aplastado viene a limpiar el paisaje con un plumero.

—¿Qué le parece, señor Whale? —le pregunta el hombre desde detrás de la mesa.

En la sombra, bajo un reflector, una delgada silueta dice «Hummm», una mueca hecha audible.

—No. Demasiado literal. Un horror, parece un escaparate de Navidad de Harrod's.

Con un codo apoyado en una mano, y la otra mano en la barbilla, el director sale a la luz; lleva una chaqueta de solapas anchas y pañuelo de topos en el bolsillo. A los cuarenta y cinco años, James Whale tiene los labios gruesos y una piel que le permite aparentar treinta y ocho, la cara sólo marcada por las arrugas que descienden a ambos lados de la nariz.

Es el 13 de febrero de 1935, vigésimo octavo día del rodaje n.º 729 de los estudios Universal: *La novia de Frankenstein*. Han contratado a Elsa Lanchester por siete días. La semana anterior la dedicaron a filmar el prólogo en el que hace de Mary Shelley Hoy comienzan a rodar la escena en que le quitan las vendas a la Novia. Los actores todavía están maquillándose, y Whale se ha acercado hasta el taller de efectos especiales para ver cómo ha quedado la toma del exterior de la mansión de los Shelley, una toma muy importante para él, puesto que es la que abre la película.

Todos se preparan para repetirla: los técnicos de las luces, el cámara, el tipo que maneja el ventilador, el encargado de sacudir el enorme tamiz de harina que lanza las falsas gotas de lluvia. En medio de todo ese lío, Whale se mantiene sereno, inmóvil, es el eje de una frenética rueda.

Fulton, el hombre que ha salido de detrás de la maqueta, ha desaparecido bajo la mesa.

—Yo tampoco estoy conforme —admite.

—Le falta algo. ¿Misterio? —se pregunta Whale—. Comenzamos con un tópico, noche tormentosa. Y luego, cuando el público ya cree que ha pagado para ver otra

película de terror, cortamos y lanzamos la escena de interior, la refinada conversación de Byron y los Shelley. Así se enderezarán en las butacas y prestarán atención.

Fulton sabe que a los directores les encanta escucharse hablar, pensar en voz alta ante los demás. A los actores puede servirles de algo, pero los técnicos lo que quieren son instrucciones precisas.

—El público ya conoce el cliché —se dice Whale—. Tomas como ésta se ven hasta en la sopa. Así que... Sí. Apaguen unas cuantas luces, filmaremos a oscuras. Lo que importa son las luces que no encendemos. Tal vez un cenital, muy tenue. Ese tejado hay que destacarlo. —Eso es lo más parecido a un cumplido que puede hacerle a Fulton por la maqueta—. Pero el rayo es horrible.

—Tenemos que retocar el rayo —admite Fulton, que hasta ahora lo conseguía enfocando un reflector sobre un metal brillante recortado en zigzag y colgado detrás de la mesa.

—Olvídese del rayo. O no, mejor camufle una luz detrás de la casa. Eso y el trueno serán suficiente. Estaremos dentro de la casa antes de que la gente se dé cuenta de que esta toma no tiene rayos.

Fulton mira los espejos de Fresnel y los reflectores pequeños que han montado alrededor de la mesa.

—¡Benny! ¡Apaga el tres, el siete, el ocho y el cuatro! —Y volviéndose a Whale, añade—: ¿Y qué le parece si ponemos un poco de humo en la chimenea? ¿O también sería demasiado literal?

—¿Humo? Hummm —responde Whale, enarcando las cejas.

—Teléfono, Herr Whale —le dice un joven gordo con gafas gruesas y un chaleco color arcilla: es Heini, su asistente personal—. El primo Carl al aparato.

Whale no le hace caso y se concentra en imaginarse cómo quedaría la toma con humo.

—Ha dicho que es urgente, Herr Whale —insiste Heini, señalándole un escritorio donde un teléfono descolgado espera bajo un flexo.

Whale redondea la imagen que tiene en la cabeza.

—Sí. Humo. Remolinos de humo —le dice a Fulton—. ¿Puede hacerlo?

—En menos que canta un gallo —contesta Fulton, y se dirige hacia la mesa.

Whale se acerca a zancadas hasta el escritorio; a ver qué quiere ahora su jodido productor.

—Buenos días, Carl.

Pero no es Laemmle Jr. el que está al teléfono, sino su secretaria.

—Le paso al señor Laemmle.

—¡Jim! ¿Qué estás haciendo en Efectos Especiales? Deberías estar en el Estudio 3. ¿Tengo que recordarte que llevas cuatro días de retraso?

«Junior» despliega hoy su humor de magnate joven, habla como si el mundo fuese a dejar de girar si él no estuviera ahí para mantenerlo en marcha con sus llamadas telefónicas.

—Todavía se están preparando, Carl. Y Jack no habrá terminado con Elsa hasta dentro de una hora. Vine porque quería ver cómo salía la primera toma. Hice bien en venir, porque lo que me enseñaron no da más miedo que un tren de juguete.

—Has perdido demasiado tiempo con ese prólogo, Jim. Y todos los que he consultado me han dicho que no lo creen necesario.

—Sí es necesario, Carl. Confía en mí.

—Yo confío en ti, Jim, sabes que te tengo confianza. Pero me gustaría que prestaras a tus actores la misma atención que dedicas a esos juguetes.

—Mis actores pueden cuidarse solitos, gracias. A mí me corresponde comprobar que estos «juguetes», como tú los llamas, tengan un poco de vida.

—No te he llamado para discutir, Jim. ¿No podrías acercarte hasta el laboratorio, ¿por favor? Me sentiría mucho más tranquilo.

Whale lamenta tener que seguirle la corriente al jefe, pero Carl Laemmle hijo es la cabeza visible del estudio y está produciendo esta película personalmente. Trabajar con él es como no tener jefe, y Whale tiene las manos libres para hacer lo que le plazca, mientras le haga creer, de vez en cuando, que él es el que manda. Podría ser mucho peor. David habla en tono reverencial de su jefe de la MGM, el todopoderoso Thalberg, pero Whale sabe que él odiaría trabajar para un sabelotodo entrometido, un hombre de negocios que sabe justo lo suficiente para creerse un artista.

Están terminando la mesa; el cámara tiene miedo de que la toma quede demasiado oscura, pero Fulton parece saber lo que hace. El chico del sombrero ha enganchado un dedal en la chimenea y lo está llenando de goma echahúmos. Whale lamenta no poder quedarse a vigilar la nueva toma, pero Fulton es hombre de confianza y lo hará lo mejor que sepa.

Fuera, el radiante sol de la mañana parece más intenso al reflejarse en las paredes blanqueadas de las oficinas bajas y los platós altos como hangares. Todavía es temprano, y el aire fresco le hace bien después del hervor a fuego lento de los reflectores y del acre olor a cola y a aceite de las máquinas. Whale camina con brío, la mano izquierda en el bolsillo, un cigarrillo recién encendido en la derecha. Su andar, con las piernas rectas, apenas quiebra la raya de los pantalones. Heini, a su lado, jadea y bufra como un cerdito asmático.

—Nos pararemos en Maquillaje a ver cómo anda Jack. Y Elsa. Lo que más temo es que pierda su aspecto angelical. O que parezca una furcia después de una noche loca. Bueno, si lo que vemos ahora me convence, podemos aprovechar la mañana para filmar las tomas sueltas.

—*Ja, ja, Herr Whale.*

Whale duda de que el inglés de Heini le alcance para entender ni la mitad de lo que le dice. Si le habla es sólo para no tener que saludar a los conocidos con los que se cruza por el camino.

Durante un rodaje, un director está continuamente pensando en miles de cosas a la vez. Whale ya se ha quitado de la cabeza la primera toma, y ahora lo que le

preocupa es el grado de alcoholemia que hoy tendrá su director de fotografía, y la inclinación de la camilla, que ayer no se inclinaba, y el carácter del muy irritable Thesiger, al que le molesta que en esta secuencia quede eclipsado por unos chisporroteantes artilugios eléctricos pero, sobre todo, el maquillaje de la Novia, ideado por él y realizado por Pierce, si bien hasta hoy únicamente en una de sus ayudantes, que se prestó a hacer de cobaya. Aún es un misterio cómo le sentará a Elsa.

Unos extras salen de un plató y se apiñan alrededor de una cantina ambulante. En un callejón se ve un montículo de copos de cereales, copos de trigo inflado utilizados para simular una ventisca y que ahora atraen a una pléyade de abejas.

—*Guten Morgen, Herr Doktor Rauss* —le dice Heini a un sujeto con quevedos y traje negro azabache.

—*Guten Margen, Heinrich* —le contesta el individuo, que lleva en la mano un paquete que delata que ahora es otro chico de los recados más.

Hoy hay más alemanes que nunca. Temiéndose malos tiempos en Alemania, Carl Laemmle padre ha comenzado a traer parientes de Laupheim, su pueblo. David dice que Thalberg y otros judíos americanos piensan que el viejo sólo lo hace porque se cabreó al enterarse de que en Laupheim le habían cambiado el nombre a la calle Laemmle: ahora se llama Hitlerstrasse. Whale no siente ninguna animosidad contra estos alemanes. Aquí es él quien da las órdenes, y si ocasionalmente la Universal le evoca el año que pasó en el campo de prisioneros de guerra, sus recuerdos de entonces son, en su mayoría, agradables. Lo que a Whale de verdad le molesta es que el tío Carl no le haya asignado un sobrino más delgado y más guapo, como si temiera por la virtud de sus parientes de sexo masculino. ¡Como si su Rey del Terror pudiera pensar en esas travesuras en medio de un rodaje! ¡Pero si hasta David se le queja de que no «cumple»! Pese a todo, sería de agradecer una cara bonita.

Maquillaje Especial está al otro lado del Estudio C. Heini se adelanta de un salto a abrirle la puerta mosquitera. La sala de espera recuerda la consulta de un dentista, y en el salón propiamente dicho, Jack Pierce se pone para trabajar una bata blanca de dentista. Elsa y Karloff están sentados uno al lado del otro en sendos sillones de dentista, cubiertos con inmensos baberos y la cabeza inclinada hacia atrás. Al verlo entrar, el maquillador lo recibe con una maliciosa sonrisa de complicidad.

Pierce se ha superado a sí mismo y lo sabe. Elsa está maravillosa, es un cadáver bellísimo.

Tiene los ojos cerrados; no ha oído entrar a Whale.

—¿Has acabado, cariño? Te juro que me muero por un pitillo.

Whale se acerca de puntillas para observarla de cerca. Su piel de muerta está magullada alrededor de los pómulos, y el pelo, peinado hacia arriba como un cilindro, hace pensar en un cadáver conservado desde hace miles de años por algún truco de magia negra egipcia.

Karloff mira desde su cabeza cuadrada inmovilizada, que hoy resulta tan familiar

como un zapato viejo. Le han puesto una especie de boquilla micrófono para que pueda hablar mientras la ayudante de Jack le añade otra capa de cola verde.

—Bueee'os días, 'aaames —gorjea.

—Buenos días, Boris. Y muy buenos días para ti, mi querida Elsa.

Elsa abre los ojos de golpe.

Sí, ese mamarracho es la querida Elsa. Sus ojazos. Las pupilas vivaces se mueven en sus ojos como un alma en pena atrapada en una estatua corroída por la intemperie. Por fin Whale le ha conseguido a su amiga el papel que se merece. Busca algún detalle que no haya quedado bien, algo que mejorar, pero Elsa está increíble, perfecta.

—Oh —murmura Elsa—. ¿Por qué me miras así, James? ¿Qué me has hecho esta vez?

No hay espejos en las paredes; es decir, Elsa aún no tiene idea de lo que le han hecho.

—Yo sólo agradezco a mis astros que ya se haya terminado la tortura de las vendas. Por favor, cariño. Dime que ya hemos terminado con esa pesadilla. ¿No hay más repeticiones de tomas?

—Ya sabes cuánto me dolió tener que hacerte pasar por ese calvario, Elsa. —Whale no puede evitar sonreír, una sonrisa que se vuelve más traviesa cuando le dice a Pierce—: Trae un espejo, Jack. Que la Novia se regale la vista con tu obra.

Elsa se incorpora en el sillón, confusa al notar el peso de su cabeza.

—¿Parezco un espantajo, Boris?

Karloff la mira de reojo y se encoge de hombros, no sólo porque está harto de tanto maquillaje especial, sino porque le fastidia que Elsa acapare toda la atención.

Pierce acerca un espejo ancho con marco de madera.

—¡Señoras y señores, la Novia de Frankenstein! —anuncia Pierce con su acento neoyorquino.

Elsa se mira en el espejo. Mueve la cabeza a derecha, a izquierda, arriba, abajo, asustada por su propia imagen, electrocutada en una sacudida espástica y terrorífica.

—¡Oh, James, no!

Y Whale instantáneamente ve los espasmos desde detrás de una cámara, primeros planos, izquierda, derecha, centro, montados rápidamente uno tras otro, como si la cámara misma se asustara al ver a la Novia. Quiere usar eso en la película, tiene que usarlo, incluso si eso significa replantear la escena. Esa cabeza necesita, pide a gritos un frenético aluvión de enfoques.

—Me prometiste que quedaría algo de mí —dice Elsa con vocecita de diva ofendida—. Nadie va a reconocerme con este atuendo, ni siquiera Charles.

—Tonterías, cariño. Estás estupenda. —Los actores son la gente más ciega del mundo, y lo mismo vale para una actriz tan poco convencionalmente vanidosa como Elsa—. Heini, trae el guión de hoy —dice Whale—. Rápido. Y un lápiz, tráeme también un lápiz.

—Supongo que debería estarte agradecida —suspira Elsa—. Nadie sabrá que soy

yo, y no va a perjudicar mi carrera en lo más mínimo. Pero me dijiste que sería divertidísimo, James. Debería haberme imaginado que serías tú el que se lo pasaría pipa, y no yo.

Whale ya no la escucha, pasa las páginas del guión de rodaje —marcas hechas a lápiz en el margen: PP, PM, PG—, incluye unas líneas en el texto para que el montador sepa dónde cortar. Habían planeado sacar tres páginas hoy, todos planos medios, hasta la entrada del Monstruo. Whale garabatea, entre paréntesis, «PP a, b, c, d». Funcionará. Tiene la película entera en la cabeza y sabe que lo que acaba de ocurrírsele funcionará.

—Jack, que Elsa vaya al estudio en cuanto termines. Quiero filmar estas escenas hoy mismo. Y no te preocupes si no terminas con Boris antes del almuerzo. Boris, no te necesitaremos hasta esta tarde.

—O'álá 'emine 'onto —farfulla Karloff. La ayudante le quita el micrófono para que pueda concluir, con su aristocrático y lastimero ceceo:

—Podría haberme pasado la mañana podando mis rosales.

Whale no tiene estómago para decirle que es posible que no necesiten al Monstruo en todo el día, mucho menos al ver que Karloff ya lleva tres horas en el sillón de Pierce. A paso largo se dirige al Estudio C, encantado con las nuevas tomas que se le han ocurrido, ansioso por probarlas. Los descubrimientos imprevistos como éste hacen que la parte más dura del rodaje se vuelva emocionante. No podría trabajar así con Thalberg, un obseso que insiste en que el guión hay que seguirlo a rajatabla y prohíbe cambiar los diálogos y los encuadres sin su aprobación. Como si se pudiera pintar un cuadro por telegrama.

El interior catedralicio del Estudio C lo ocupa totalmente el decorado del laboratorio de Frankenstein. Una pared imitación piedra hecha con yeso y lona termina cuatro pisos más arriba. El suelo está lleno de cables y focos y relucientes aparatitos eléctricos, todo a punto para empezar a rodar. Un plató glorioso, aunque tras una semana de rodaje se ha vuelto menos asombroso, más ordinario. Los electricistas ponen a punto las Kliegs, que así llaman a las lámparas de arco carbónico, en la torre de madera, junto a la mesa de la Novia. Como quien iza una vela, los tramoyistas enarbolan una lona de dos pisos de altura para que absorba los ecos.

Colin Clive y Ernest Thesiger están sentados a un lado del plató, ya maquillados y vestidos. Ellos tienen sus camerinos privados, pero nadie, salvo Karloff, aguanta en esos cubículos de cartón mal ventilados más tiempo del necesario. Clive repasa el diálogo a conciencia, mientras Thesiger sigue dale que te dale a la aguja. Bordar lo relaja.

Whale se dirige derecho a John Mescall, el cámara, mientras Heini convoca al asistente de dirección y a la *script-girl* a una reunión urgente. Mescall ya tiene la mirada extraviada, el pelo revuelto; su aliento huele a botiquín de primeros auxilios. Sin embargo, cuando Whale le describe los primeros planos, sale de su estupor,

rebotante de ideas. Mescall suele estar en su mejor momento cuando ha tomado una copa de más —siempre que pueda llegar al estudio, claro—. Otro hombre maneja la cámara. Dolores, la *script-girl*, apunta debidamente las nuevas páginas en su diario. Sólo el asistente de dirección se muestra escéptico, y se pregunta cómo encajarán las nuevas ideas de Whale en la toma original.

—¡A la mierda la toma original! —le dice Whale—. Sólo los escolares y los productores se preocupan por la toma original. Whale no se acerca a saludar a los actores hasta que todo está en marcha. Pero tanto Clive como Thesiger manifiestan muy poco interés cuando les dice que ha visto a la Novia y que está maravillosa.

—Mientras esa putita no me interrumpa —murmura Thesiger, sin levantar la vista del bordado.

—Dime, Jim, cuando me toca el brazo —dice Clive, preocupado—, ¿debo sentir asco o lástima?

—No te preocupes por eso, Colin. Ya veremos qué funciona mejor cuando filmemos.

—Disculpe, Herr Whale. El primo Carl al aparato.

—¿Otra vez?

Whale tiene que caminar veinte metros para ver qué quiere Carl ahora.

—¿Ya has rodado la primera toma, Jim?

—No, Carl. Estamos esperando a Elsa. Llegará a las diez en punto, como te dije.

—Mira, no quiero presionarte, sólo saber si controlamos las cosas.

—Controlamos el mundo, Carl. Adiós.

No ve la necesidad de hablarle a Laemmle hijo de las tomas adicionales, que los retrasarán medio día como mínimo.

Whale habla con el asistente de dirección y el hombre del atrezzo acerca de la mesa de operaciones —aún no se sostiene correctamente— cuando, de repente, todos los ruidos y las voces cambian de tono y se interrumpen en seco.

Pierce ha llegado al estudio, con Elsa del brazo. Está tan orgulloso de su creación que quiere exhibirla. Ella camina a su lado, mayestática, las manos y los brazos vendados, con un brazo sostiene la cola de la larga túnica blanca.

Desde arriba se oye un silbido de admiración, luego risas. Mescall es el primero en aplaudir antes de que todos lo imiten, lo cual hace que Elsa se dé la vuelta, enseñe su conjuntito y salude a sus admiradores con una reverencia.

—Dios mío —dice Thesiger, que ha dejado a un lado el bordado para acercarse a mirar—. ¿Y el público pensará que la hemos peinado Colin y yo? Creí que éramos dos científicos locos, no peluqueros.

—Sólo un científico loco podría hacerle esto a una mujer —dice Elsa, con una risita ahogada y acariciándose el pelo.

—Oh, no, querida. Estás increíble, in-cre-í-ble. No hay manera de competir contigo. La escena es tuya. No puedo más que rendir homenaje a tu creador —dice, y señala a Pierce con la cabeza—, y besar el dobladillo de tu túnica. —Y, dicho y

hecho, se inclina y coge el dobladillo, pero, en lugar de besarlo, le levanta la túnica—. Oh, caramba. Se podría meter a Charles entero aquí abajo, ¿no crees?

—Suelta, viejo sodomita —dice Elsa riendo, y le quita la túnica—. Si hay una segunda parte, James, deberían ser dos científicas las que hicieran un monstruo. Yo y Garbo, creo. Y nuestro monstruo sería Gary Cooper.

—¡Qué atrevida! —dice Thesiger—. Hubiera jurado que Leslie Howard era más tu tipo.

—¡El tuyo, dirás! —replica Elsa.

—Nada de eso, bonita. Hoy por hoy mi tipo es más bien Rin Tin Tín. Los perros son mucho más interesantes que los hombres. Además, nunca he pescado a mi Robespierre buscando dinero o joyas en los cajones.

Whale sonrío, sin escuchar ni una sola palabra de sus bromas. Se queda a un lado: observa, piensa. La condenada mesa no gira, pero Elsa está tan estupenda que no debería ser necesario inclinarla lentamente hacia la cámara, como habían previsto. Comenzarán con un sencillo *tableau vivant*, la Novia flanqueada por sus creadores.

—¿John? Escucha, esto es lo que vamos a hacer. —Le explica la toma a Mescall. El asistente de dirección presta atención para poder transmitirle la información a la gente de sonido y del atrezzo. Luego Whale vuelve con sus actores—. ¿Colin? Ven, por favor, que ya empezamos.

—Sí, Colin —dice Thesiger—. Ven a ver qué le han hecho a nuestra Elsa.

Clive se acerca, no muy entusiasmado y algo cohibido, como si temiera interferir. Whale nunca ha conocido a un actor que disfrutara tan poco con el ambiente teatral. Hijo de un coronel del ejército británico, considera su profesión como algo sucio, criminal incluso.

—Pero relájate, hombre. Tú podrías hacer esta escena con los ojos cerrados —le dice Whale.

Clive rechina los dientes y asiente.

A menudo se necesitan varias tomas para ponerlo a tono, para sacarle ese lado maniaco que puede parecer una crisis nerviosa. Si las cosas se ponen feas, Whale puede convencer a Mescall para que comparta con Clive unos tragos de su botella.

Whale los coloca a todos delante de la mesa vertical, Clive y Thesiger sostienen los bajos de la túnica de Elsa, que en esa pose evoca a un ángel prerrafaelita.

La sombra de un micrófono no deja de revolotear durante el ensayo. Están rodeados de técnicos, todos norteamericanos, pero delante de la cámara hay un rincón que siempre será Inglaterra.

—Deduzco que no sólo la hemos peinado, sino también vestido —dice Thesiger con sequedad—. Qué par de maricones somos, Colin.

Elsa ríe, Whale sonrío, Clive los mira angustiados.

Y esa mirada pone algo de vida en su rigidez. Whale decide afinarla aún más.

—Sí, dos mariconas de bandera —dice Whale con afectación, a sabiendas de cuánto odia Clive todo lo afeminado—. Y Pretorius está un poquito colado por

Frankenstein, no lo olvidéis.

Clive piensa que puede disimular su angustia, pero se le nota en la cara. Hace años, cuando Whale lo dirigió en teatro, en *Final del viaje*, se llevó a la cama a Clive con toda su culpa encima. Cuando uno sabe por qué alguien es como es, le puede sacar todo lo que uno quiere.

—Sí, creo que todo está en orden —dice Whale—. ¿Qué os parece si empezamos?

Le da miedo mirar el reloj; espera poder terminar esta toma antes de la pausa del mediodía. Los primeros planos tendrán que esperar hasta después de almuerzo.

Se sienta en el sillón de director que Heini puso a unos metros a la izquierda de la cámara. Supervisará cada toma con las piernas cruzadas, moviendo el pie en el aire como si dirigiera la escena con el zapato. Los que trabajan con él ya han aprendido que ese zapato deja de moverse cuando al director algo no le gusta.

Whale le hace una seña con la cabeza al asistente de dirección.

—¡Silencio en el estudio! —grita el asistente.

Suena el timbre.

—¡Luz!

Las lámparas de Klieg crepitan y se encienden como un puñado de soles blancos.

—¡Sonido!

—¡Todo a punto en sonido! —grita un hombre desde la otra esquina.

—¡Cámara!

Un joven con una claqueta se coloca delante de la cámara. Hasta que no vea el copión, Whale no notará que el nuevo *clapman* es musculoso y atractivo.

—¡Escena dos-quince! ¡Toma uno! —anuncia el asistente.

Con su voz más masculina y militar, Whale ordena:

—¡Acción!

Y la escena ya no es suya. Ahora no puede hacer nada más que observar y escuchar y esperar.

Es sólo una película de terror, pero él le dedica toda su atención. James Whale nunca definiría como felicidad su actual estado de ánimo, pero la verdad es que es muy feliz ahí, totalmente entregado a su película, intensamente vivo. Pone más de sí mismo cuando dirige —no importa qué película si le permiten trabajar sin cortapisas— que en todas las demás esferas de la vida: la emoción de montar doce caballos a la vez, el goce egoísta de tener cien personas talentosas a sus órdenes, la emoción de saber que todo lo que imagina puede hacerse realidad. Se siente crecer en un plató, y se crece, su imaginación se ensancha, y su ingenio y su amor al teatro se convierten en poderes mágicos.

Sin embargo, cuando por las noches piensa en este proyecto, se dice a sí mismo que es una broma y nada más. Una broma muy divertida, quizás porque, cuando esté terminada, habrá matado a su monstruo para siempre y nunca más tendrá que volver a pensar en criaturas deformes.

Luz. Un resplandor que se disuelve en rojo, luego en rosa, una luz rosa con textura de papel crep surcado por vasos sanguíneos.

¿Qué hora es? Se ha quedado dormido. ¡Y están esperándolo en el estudio! Mierda. No puede recordar qué día es, qué escena están rodando, ni siquiera el título de la película. A lo mejor consigue no despertar sospechas hasta que pueda echar un vistazo al guión, pero... no ve. Le entra pánico cuando comprende lo que le pasa: todo es de color rosa porque es ciego. Se le desboca el corazón, la respiración se le acelera. Ni siquiera los Laemmle son tan tontos como para no darse cuenta de que un director de cine es ciego.

El rosa se parte en mil pedazos, luego se alza como un telón sobre un paisaje bañado por el sol. Montes escarpados pegados a una ladera nevada. Su mano pegada a la almohada. Por supuesto. No ha perdido la vista, sólo tenía los ojos cerrados. Está en la cama. Si pudiera recordar algo de la película que están rodando, todo iría mejor. Pero, cuando se hunde en sus pensamientos, buscando un título, un actor, algo, regresa el rosa, y él vuelve a hundirse en su sangre caliente y en el sueño.

Vuelve a despertarse cinco minutos más tarde; no recuerda absolutamente nada del pánico que ha sentido hace un momento. Esta vez sólo hay luz de sol, su cuerpo y su vejiga. Su cuerpo recuerda con más claridad que su mente lo que tiene que hacer: sentarse, poner los pies en el suelo, calzarse las pantuflas, esperar que María lo acompañe al cuarto de baño. No puede orientarse sin María. Por lo visto la ha llamado, porque de repente la ve junto a la cama. Tiene la cabeza entumecida, sumida en la negrura, salvo por una débil luz en el fondo, como un recuerdo de sí mismo que observara con tristeza, en el cuarto de baño, cómo una mujer le abre con displicencia los tres botones de la bragueta del pijama. Él con su polla puede arreglárselas, a Dios gracias, pero los botones le superan. Se apoya con una mano en el hombro de María. Están uno al lado del otro, apartando la vista el uno del otro. La primera definida emoción del día tiene un nombre: vergüenza.

Sentado en la cama espera que María regrese con la bandeja del desayuno. Pasará otra hora antes de que recupere la lucidez necesaria para ducharse, afeitarse y vestirse, cosas que insiste en hacer solo. Aún no está preparado para renunciar para siempre a ese resto de dignidad.

Whale contempla el plato con las tostadas, la mermelada en la fuentecita de cristal tallado, la taza de café negro en el que se refleja como en un espejo de mano negro. Cada pensamiento, cada sensación, le llega a través de un monóculo de joyero puesto al revés. Ve un detalle por vez, y su mente se detiene, incapaz de realizar la actividad que antes lograba soldar esos detalles. Los hilillos de cáscara de naranja en la mermelada translúcida tienen el borde color sepia; se pierde en ese laberinto. Necesita un nuevo hilo de pensamiento para coger el cuchillo y untar la mermelada en la tostada ya untada de mantequilla.

Una vida hecha de momentos aislados, de epifanías de nimiedades, es agotadora. El tiempo no ayuda. Cambiar la dosis de fenobarbital tampoco. Tiene la impresión de que cada mañana tarda más en recuperar el control de sí mismo, y al final lo único que recupera es el grado de conciencia suficiente para darse cuenta de que la cabeza no le funciona bien. Recuerda vagamente que anoche dio con una solución mejor. Hizo un descubrimiento emocionante anoche. ¿Cuál fue?

Ah, sí. Que su jardinero va a matarlo.

Mastica con calma un trozo de tostada, áspero y dulce a la vez.

Sí, ¿por qué no? Es una idea extraña, original, pero a él siempre le atrajo lo que los demás consideran raro.

Sus pensamientos comienzan a deslizarse por las curvas de una taza de porcelana fina, mientras sus dedos se aferran al delicado signo de interrogación del asa; se olvida del asesinato. Sigue desayunando en un tiempo fuera del tiempo, sedado, en el que cada minuto parece tan lleno de cosas como una hora, y esa hora más breve que un minuto.

Cuando María retira la bandeja y él se levanta para entrar en el baño —sin ayuda ahora, embotado, y con un dolor de cabeza que también le entra por el otro lado del monóculo—, todo lo que queda del descubrimiento de anoche es una sensación de ingravidez en el fondo de su conciencia, una premonición: tiene algo que esperar, algo maravilloso, como el día de Navidad o una fiesta de cumpleaños.

En el baño se ducha y se afeita y se arregla el pelo de varios cuerpos distintos, algunos vistos directamente, otros entrevistados en el espejo o en su imaginación. Al volver al dormitorio encuentra la ropa colocada con todo cuidado sobre la cama ya hecha, ropa elegante, ropa cara. Cuánto más sencillo sería vivir en bata y pantuflas, pero se niega a ceder a esa tentación, sobre todo después de haberse partido el lomo para ganarse la vida y el guardarropas correspondiente. Inspecciona su figura en el espejo de marco dorado de la cómoda, con la esperanza de que la ropa que se ha puesto le conduzcan de vuelta a la persona que en realidad es. Pero no: la camisa blanca y el pañuelo estampado de cachemira son cosas que se ha puesto otra persona, un hombre de edad con la cara de un basset y los ojos llorosos e inyectados de sangre. Decide salir al pasillo y dejar que la fuerza de la rutina lo conduzca hasta la mesa del comedor y el periódico matutino que aún es incapaz de leer.

María sale de la cocina y lo saluda como si hoy lo viera por primera vez. Era otro al que le sirvió el desayuno en la cama, otro al que le ayudó a orinar en el cuarto de baño.

—Buenos días, María. ¿Has dormido bien? —le dice, mientras abre el periódico y finge leer los titulares.

—Tuve una pesadilla, señor Jimmy. Soñé que mi marido venía a visitarme, pero no era mi marido, ¡era el Monstruo! No debería haber visto su película.

—¿Qué dices? ¿Has visto una de mis películas?

—Sí, la vieja, la del monstruo. La vimos juntos, ¿no se acuerda?

—Claro que me acuerdo.

¿Habían ido al cine? No recuerda haber salido. ¿Está tan senil que olvida algo tan fuera de lo común como una noche en el cine? Se enfurece consigo mismo por el olvido, y enseguida le alivia pensar que esa niebla no durará mucho. ¿No va a ocurrir algo que lo devolverá a él mismo?

—Creo que tomaré el café en la sala. Sí, así nos ahorramos la caminata hasta el estudio.

La cuesta soleada y cubierta de hierba le parece demasiado empinada esta mañana. Además, no quiere quedarse solo ahí abajo, hay algo en el estudio que lo inquieta, el suelo manchado de pintura tal vez, el caballete que le evoca un instrumento medieval de tortura cuando no tiene un lienzo que demuestre que es inofensivo. Aquí, en la sala, al menos puede oír el ir y venir de María.

Sentado en su butacón de piel, empieza a pasar las enormes páginas del periódico con mucho asppaviento. María coloca a su lado la bandeja plegable con el servicio de café bañado en plata, y vuelve a la cocina. La suave calidez de la piel del sillón penetra en sus huesos. El ruido de la lavadora que llega desde el fregadero es relajante como el ruido de los motores de un transatlántico. Muy pronto, pese al café, pese al esfuerzo que le ha costado prepararse para la luz del día, el periódico se le cae de las manos. Se ha dormido, ha caído otra vez en un sueño opaco y sin sueños.

Cuando despierta, las altas ventanas rebosan de luz, y la sala está llena de sombras lujosas y madera lustrada. Ya hay en él más de él mismo: más lucidez, más dolor de cabeza. Los dientes le pesan como si fueran de plomo, la potencia del monóculo invertido disminuye. Si se despierta media docena de veces más, tal vez recobre la distancia focal, pero para entonces ya será hora de irse a dormir.

Puede oír el zumbido de la aspiradora en el piso de arriba. Intenta levantarse, poco a poco, como una pesada marioneta. Y se dirige al ventanal. Al otro lado de los cristales la cuesta se extiende a sus pies con un ojo cuadrado y azul verdoso en el centro. Se acerca a la puerta, la abre, entra en un horno de luz.

Un aroma picante de broza quemándose al sol le llena la nariz. Estallidos verticales de verde suspendidos en el aire, cipreses como altas explosiones silenciosas. El día es tan radiante que tiene que bajar la vista, mirar la hierba. Necesita un repaso, piensa. Cada brizna está marcada con una minúscula cicatriz allí donde el sol chamuscó la herida la última vez que la cortaron, pero desde entonces la hierba ya ha crecido, está alta y enmarañada. ¿Dónde estará el jardinero? ¿Dónde está Boone? Quiere ver a Boone. Pero no hay nadie ahí fuera, ni siquiera pájaros, ni una sola cosa viviente. Tendrá que preguntarle a María para cuando ha fijado la próxima visita del jardinero. Porque Boone tiene que hacer algo más que cortar el césped. Algo bonito, sí. Ya no tiene ninguna duda, quiere que Boone le mate.

Parpadea. Se da la vuelta, vacila al recorrer los setos con la vista, las blanquísimas sábanas tendidas al sol. Tiene miedo de que alguien lo sorprenda pensando en lo que estaba pensando. Porque lo pensó, ¿verdad? ¿De dónde le vino esa idea? Parece haber

estado pensando en lo mismo desde hace mucho tiempo. Esa idea le aturde, le horroriza. Es una idea descabellada, pero aun admitiendo que sea absurda, no desaparece. Es él quien lo desea, quien lo espera. Un varonil asesino americano. Lo único que tiene que hacerle a un tipo así es acercarse y darle un beso, eso es todo lo que hace falta para que le rompa hasta el último hueso. ¿De veras es así de sencillo?

Vuelve deprisa a la casa, donde las frescas sombras del salón se parecen a la noche después del sol. Se detiene junto a la mesa del comedor, sonrío para sí mismo, como queriendo burlarse de lo absurdo de su fantasía. Pero su sonrisa parece henchida de una perversa alegría lasciva. Y de esperanzas. Él, que supo sacarle tantas buenas actuaciones a Colin Clive y a muchos más, él podría, qué duda cabe, sacarle un buen asesinato a Boone. Es cierto que esto no es ficción, que esto no es cine, sino la vida misma, más real y peligrosa que cualquier película. Pero es su vida, y él debería ser capaz de inventar la historia que más le plazca.

María baja con una aspiradora a rastras, un pequeño pulmón de hierro.

—¿Ha echado una buena cabezadita, eh, señor Jimmy? Pronto le serviré el almuerzo.

—¿Cuándo tiene que volver el jardinero? ¿El que está posando para mí?

—Ya sé de quién habla —dice María enfadada, y chasquea la lengua mientras guarda la aspiradora en el armario—. Viene los lunes.

—¿Y hoy qué día es?

—Viernes.

—¿Viernes nada más? No viene a posar hoy, ¿verdad?

—No. Usted dijo que no quería volver a dibujar hasta el martes.

Qué decepción. Qué alivio. Espera recobrar la sensatez durante el fin de semana, puede que incluso olvide que llegó a pensar lo que pensó. Lo que ocurre es que no quiere olvidar.

—¿Qué hora es en Nueva York?

—Tarde. Temprano. No sé —dice la mujer, mirándolo de soslayo.

La pobre no le entiende, y nadie podría entenderle, pero tiene que hablar con alguien de lo que le pasa.

—Quisiera saber cómo le va a David. Tal vez debería llamarlo esta mañana.

A María se le iluminan los ojos.

—¿Sí? Muy bien. —Ella quiere a David, y confía en él más de lo que el muy tonto se merece—. Llámelo, señor Jimmy. Le alegrará saber que está bien. Y saludelo de mi parte. Yo me voy a preparar la comida.

Whale va a la mesita del teléfono, en el pasillo, se sienta y coge la agenda con tapa de latón. Al apretar en la L, la caja se abre de golpe en una página en la que el único nombre es el de David. Debajo, escrito a lápiz, el número de la oficina de la MGM en Nueva York.

Marca un solo dígito; el disco gira lentamente y vuelve a su lugar. Le contesta la operadora de larga distancia. Whale le da el número. Ruido de circuitos, una corriente

subterránea de voces que susurran a través de kilómetros de cable, una confusión eléctrica que atraviesa el continente. Whale escucha, espera, se pregunta si realmente está tan desesperado que necesita rebajarse de esta manera, se pregunta qué puede ganar haciendo partícipe a David de lo lejos que ha llegado.

—Metro-Goldwyn-Mayer —responde una mujer con una nariz de Brooklyn.

—Con el señor David Lewis, por favor.

—Un momento, por favor.

Su vergüenza alcanza cotas inimaginables mientras espera.

Otra vez la voz de Brooklyn.

—Lo siento, señor. El señor Lewis no puede ponerse ahora. ¿Quiere dejarle un mensaje?

—No, no hace falta. Muchas gracias.

Click.

Cuelga el pesado auricular en la horquilla. Pero en lugar de sentirse aliviado al ver que su impulso no ha desembocado en nada, lamenta no haber dejado su nombre y pedido a David que lo llamara. Necesita algo real, la esperanza de un contacto o de una intervención para contrarrestar el futuro demente de su imaginación.

Abre el cajón y saca un bloc de papel de carta. Sí, una carta es más digno, menos desesperado. Coge el bolígrafo del pie de mármol. Con pluma sería un desastre, pero incluso el bolígrafo convierte su antaño elegante cursiva en unos ganchos lamentables. Tira la hoja a la papelera y lo intenta otra vez, ahora en groseras letras de imprenta.

Querido David:

¿Cómo estás? Espero que la película vaya bien. María te envía saludos.

¿Podrías llamar una noche de éstas, cuando te venga bien? Sé que estás ocupado, pero necesito hablar con alguien que me conozca bien. No quiero preocuparte, pero me temo que esta enfermedad me esté volviendo loco y que pueda hacer algo muy raro...

El fin de semana es un asco. Clay se pasa el sábado detrás de la Cortadora. Se acerca el 30 de mayo^[20] y los clientes quieren la hierba bien cortita para las fiestas y comidas al aire libre de la semana, pero, como no les gusta que los vecinos vean a un jardinero contratado en domingo, Clay tiene que hacer el sábado todos los jardines que puede. El sol se está poniendo y él sigue detrás de la máquina, en el jardín trasero de una casa justo al final de Brentwood, arando con cuidado entre gnomos de jardín ya casi en penumbras.

—Tendría que haber venido cuando lo prometió —protesta un tipo en bermudas y con cara de imbécil que sostiene en una mano un minúsculo pincel y en la otra un modelo de plástico de un biplano de la Primera Guerra Mundial—. Y no crea que va a llevarme a los tribunales si se destroza un dedo.

—Me dijo que quería tener el césped cortado hoy. Tiene suerte de que haya podido hacerle un hueco.

—No me hable en ese tono, jovencito. En esta ciudad hay muchos japoneses con ganas de progresar. Cobran menos y por la misma tarifa se ocupan de las flores.

Clay no puede permitirse un cabreo. Tiene que tragarse la rabia y el orgullo, convencerse de que sería indigno de él cabrearse con un tipo que juega con avioncitos.

—¿Podría encender la luz del porche, ¿señor?

El «señor» la enciende y Clay termina el jardín a la luz de unos tenues rayos blancos que enseguida se llenan de palomillas del tamaño de un águila ratonera. Recibe su dinero —aunque es sábado y ya es tarde, el aeromodelista no le da ni un dólar de propina— y se marcha a casa hecho polvo, demasiado agotado para salir. Además, tampoco tiene adónde ir. Desde el jueves por la noche no ha tenido cara para darse una vuelta por el Beachcomber.

No puede recordar cuál fue el último sábado que se fue a la cama sobrio. El domingo por la mañana se despierta despejado como un bebé, aunque toda su lucidez sólo le sirve para tomar conciencia de que no tiene nada que hacer. Entre la Iglesia y la «ley azul», que prohíbe trabajar los domingos, todo está cerrado a cal y canto. Lo mejor que puede hacer es sentarse a la puerta de la caravana a limpiar el motor de dos cilindros del cortacéspedes. Dwight, su mujer y las dos crías, todos endomingados, salen a dar un paseo en coche. El vecino lo saluda con un gesto altanero de la cabeza antes de marcharse. Desde alguna región en otro huso horario, un partido de los Red Sox zumba en la radio de la caravana de al lado; un comentarista incansable describe el bullicio de la tribuna en perezosos monólogos monocordes. Clay coloca las partes del motor sobre una hoja de periódico —pistones, juntas, engranajes—, limpia y engrasa cada pieza, luego vuelve a montarlo todo. Le gusta hacerlo bien, y sentirse bien, como si estuviera desmontándose y montándose él mismo. Después de la

bronca de la otra noche, quisiera ser Thoreau con una cortadora de césped; no necesita a Betty ni a nadie en su vida. Pero no le gusta esta soledad absoluta. No tiene nada qué esperar, nada que hacer hasta el lunes. Ni siquiera está previsto que vuelva a posar para su famoso particular hasta el martes, pero mañana tiene que ir a cortar el césped al viejo; al menos tendrá la oportunidad de decirle que vio su película. Le hace feliz recordar que allí hay alguien con quien puede hablar, o a quien escuchar. Clay se pone el cilindro de las cuchillas en la rodilla y con la piedra de afilar deja en esas espirales parecidas a guadañas un brillo que echa chispas.

El lunes por la mañana amanece soleado y algo brumoso. Clay se siente increíblemente bien cuando carga la camioneta y pone rumbo a la costa lechosa bañada por el sol, metido en el tráfico hasta Malibú en dirección a Santa Mónica. Sube por entre los pinos del cañón, luego entre los grupos de casas y gira hasta llegar a Amalfi Drive por la parte de atrás. Aparca junto al estudio de tejas grises y la piscina salpicada de hojas. La ladera está cubierta de amapolas nuevas; la casa blanca reposa en la cresta como un viejo simpático con la barbilla embutida en el cuello de la camisa. Le hace bien trabajar en una casa en la que sabe que no lo tratarán como a inservible basura blanca.

Sin embargo, después de llenar el tanque y tirar de la cuerda, al comenzar por las partes fáciles alrededor de la piscina, se siente avergonzado por estar cortando el césped precisamente ahí. Como si le diera vergüenza recordar que no es más que un empleado. Es una estupidez, pero eso es lo que siente. ¿Quién se creía que era? En la semana que ha transcurrido desde la primera sesión, y desde que vio la película de Whale, Clay ha imaginado que el viejo y él eran algo así como amigos. Puede que el miércoles pasado haya sido alguien especial para Whale, pero los lunes sólo es el jardinero.

Comienza su irregular marcha por la colina, arriba y abajo, diciéndose que hoy esta casa no significa nada para él, nada más que una puñetera cuesta. Arriba, en la casa, sólo se ve a la mexicana en la ventana de la cocina; está fregando los platos. Clay se pregunta si no habrá llegado demasiado pronto; luego se dice que ojalá sea así: terminará antes de que Whale se levante. Le gusta la idea. Mañana, cuando regrese, sólo será el tipo que posa para un retrato, y no el negro que arregla el jardín.

Cuando termina la parte de atrás se va al jardín delantero; el viejo todavía no ha asomado ni la nariz. Clay repasa las franjas junto a las forsitias y el islote de hierba en el centro del semicírculo del camino de entrada, y apaga el motor. En silencio empuja la pesada máquina por detrás hasta el otro lado de la casa.

En la puerta de la cocina, María, con su vestido negro y su delantal blanco habitual, lo recibe —como siempre— con el ceño fruncido.

Clay intenta sonreír.

—*Buenos días, señora.*

Sin dejarse sorprender por el saludo en español, María alza la barbilla con aire escéptico.

—*Buenos días*, usted.

—¿Necesita algo?

María respira con las aletas de la nariz muy apretadas.

—El señor quiere invitarlo a comer.

—¿Lo dice en serio?

—Me pidió que le pregunte si está libre este mediodía. Yo le dije que usted tenía otros planes, pero insistió en que le preguntara.

Y Clay pronto olvida su decisión —no mezclar nunca, no preocuparse nunca—, contentísimo de que Whale quiera verlo.

—Tengo otro jardín esta tarde, pero hasta entonces estoy libre. ¿A qué hora comen aquí?

—Todavía falta una hora.

—Perfecto —dice, sin querer mostrarse demasiado ansioso—. Me da tiempo para la piscina y para empezar los setos. —Y, señalando su camiseta empapada, añade—: Ahora mismo huelo que apesto.

—Sí. Le dije eso también. Pero insiste, quiere que se quede a comer.

—Bueno, si a su nariz no le importa —ríe Clay—. Vengo en una hora.

María no afloja el ceño, es un gesto que parece grabado en su cara con punzón.

—No espere nada del otro mundo —dice María, y entra en la casa. Clay baja la cortadora de césped por el sendero empinado, alardeando para sus adentros. Ahora ya no hay duda, en esta casa es más que un pobre jardinero. Tal vez no un amigo, pero sí *alguien*. Abre la bomba del cobertizo del estudio para filtrar la piscina, añade unos cazos de cloro seco al agua, coge la red y limpia de hojas la superficie; se pregunta si algún famoso habrá estado nadando ahí el fin de semana. Cuando termina con las hojas, quita el filtro. En otras piscinas ha encontrado cosas raras —anillos de boda, bragas floreadas, y hasta un braguero—, pero en este filtro no hay nada más que unas hojas podridas y unos bichos ahogados.

Tras decidir que los setos pueden esperar hasta después de comer, Clay se quita la camiseta y se lava con la manguera. Ha traído una camisa de verdad hoy, por si acaso, una camisa de madrás de manga corta que ha dejado en la camioneta. Se la pone, se la abotona y se deja los faldones por fuera.

La hoja de arriba de la puerta partida de la cocina está abierta. Clay golpea al levantar el pasador y entra sin esperar que la criada lo haga pasar.

La criada está en el mármol de la cocina con una cebolla en la mano.

—El señor se está vistiendo. Yo tengo que ofrecerle una bebida, me ha dicho. No tenemos cerveza. Hay whisky y té frío.

Boone le dice que prefiere té, y se sienta a la mesa de la cocina.

—No, ahí no. Ahora usted es un invitado, tiene que ir a la sala.

—No se moleste, María. Estoy bien aquí. ¿Es María su nombre, no?

Clay quiere ganársela, se siente generoso con ella, ahora que está seguro de ser más que un sirviente. No se invita a comer a un sirviente. Quisiera conocerla mejor, y

enterarse de más cosas de su jefe.

María lo mira con desconfianza, se encoge de hombros y le sirve un vaso de té.

Clay se apoya en el respaldo de la silla; un cansancio dulce como el azúcar le recorre los músculos. Se bebe el té y enciende un cigarrillo. Se siente como en su casa.

—¿Y qué hay de comer? ¿Algo inglés?

—No, el señor Jimmy..., el patrón odia la comida inglesa. No es ningún tonto. La comida inglesa no tiene sustancia, no tiene gusto. —María habla de espaldas a Clay, mientras trocea un pimiento verde—. Haré tortilla. ¿Ha comido alguna vez tortilla?

—¿Huevos, verdad? —Clay descubre una Biblia en una esquina del mármol, con un rosario encima—. ¿Cuánto tiempo hace que trabaja para el señor Whale?

—Bastante.

—¿Ya trabajaba para él cuando dirigía películas?

—No, no, yo empecé cuando dejó de trabajar. Sólo su amigo, el señor David, trabajaba. Y todavía trabaja.

Clay se pregunta quién será ese David, pero no quiere distraerse de lo que le interesa.

—Apuesto a que ha visto usted montones de gente famosa. ¿Estrellas de cine?

—No, aquí llevamos una vida muy sencilla, el señor Jimmy y yo. Mejor, porque yo sola no daría abasto. Cuando el señor David vivía aquí, y mi querida Ellen, mi amiga, se ocupaba de la cocina, sí recibíamos algunas visitas. Venían a jugar al *bridge*. Y de tanto en tanto algunos muchachos, a nadar. —María le clava la vista un instante y luego se acerca a la Frigidaire con los hombros caídos y cierto aire de perro bulldog—. ¿Y su gente, Boone?

—¿Mi gente? ¿Se refiere a mi familia? Todos en Missouri.

—¿Su mujer?

—No estoy casado.

—¿Por qué?

Esas preguntas directas sólo le sacan a Clay una risita.

—Oh, no lo sé. ¿Porque ninguna chica con dos dedos de frente me querría como marido? ¿Porque no gano dinero suficiente para mantener a una mujer? Por muchas razones.

María está junto a la nevera abierta, con unos huevos en la mano.

—Tiene que casarse. Un hombre que no está casado no tiene nada. Es un hombre con problemas.

Clay sonrío otra vez al ver su cara de piedra, imperturbable, su tono de superioridad moral; las mismas ideas que le irritan cuando las sospecha en la mente de otras personas se vuelven graciosas cuando las expresa esta mujer con ese acento tan cómico.

—Sí, soy un hombre con problemas, no se lo voy a discutir, María. Pero el matrimonio sólo los multiplicaría por dos.

—No. El matrimonio convierte nuestros problemas en virtudes. A los ojos de Dios. Creced y multiplicaos.

—¿Sí? Bueno... —Clay sacude la ceniza de su cigarrillo—. ¿Y usted, ha estado casada?

—Por supuesto. Todavía estoy casada.

—¿En serio? ¿Y qué hace su marido?

—Nada, no hace nada. —La mujer ha regresado al mármol con los huevos en las manos, coge un trozo de queso y comienza a rallar—. Está muerto. Ya lleva muerto..., sí, veinte años.

—Ah, entiendo. —Veinte años es mucho tiempo para un pésame—. Entonces está usted tan soltera como yo.

—No. Yo tengo hijos. En San Bernardino, viven con mi hermano. Y nietos también. Les envío dinero y los visito cuando puedo. Pero ahora que ya no está Ellen y el señor Jimmy no puede quedarse solo mucho tiempo, no puedo escaparme. En autobús es mucho viaje, un día entero, de la mañana a la noche. Además, es muy poco lo que puedo hacer cuando llego allí. Ellos piensan que ya no me necesitan. —Deja de tallar el queso—. Usted no tiene por qué meter las narices en mi vida.

—Era sólo curiosidad, María.

A Clay no debería sorprenderle que hasta una criada mexicana tenga una vida en alguna parte.

—No hay nada de qué enterarse, yo soy una mujer sin importancia. Pero le digo la verdad de Dios cuando le digo que necesita una mujer.

Clay quiere hacerla cambiar de tema.

—¿Me está proponiendo lo que creo que me está proponiendo, María? ¿No soy demasiado joven para que quiera arrejuntarse conmigo?

María vuelve la cabeza con una mirada tan indignada que Clay no puede evitar estallar en carcajadas.

Y la pobre se da cuenta de que el jardinero está de guasa.

—Ay, los americanos. Siempre tomando el pelo —dice, y trata de reírse sin conseguirlo—. Todo es comedia. Nada es serio —dice con una voz nueva y extraña—. «Maravillosamente cómico».

A Clay le sorprende su perfecta imitación del acento inglés.

—Todo es una broma, pero la vida no, la vida va en serio. Pagamos por nuestros pecados, se lo aseguro, y antes de darnos cuenta. Los benditos van al cielo, pero la mayoría vamos al infierno. Y por eso quiero que los últimos días del señor Jimmy en esta tierra sean lo más felices posible.

Lo dice con tanta alegría, y con el tono suavizado por su intención de ser graciosa, que suena más chalada que devota.

—No creo que tenga intención de irse a ningún lado —dice Clay, y enseguida se contiene—. ¿O sí?

—No se puede saber. Ahora está mejor, pero sigue enfermo. Ha envejecido antes

de tiempo. Sus pecados lo han hecho envejecer. Se irá cuando Dios decida que ha llegado su hora, ni antes ni después.

—A mí me parece que está bien.

María escucha ruidos en alguna parte de la casa.

—Pobre señor Jimmy. Tiene muchas cosas buenas, pero le esperan los fuegos del infierno. Es muy triste.

—¿Está segura?

—Yo no estoy segura de nada, es lo que me dicen los curas. Y ellos saben más que yo.

Pese a sí mismo, pese a su reacción habitual cuando alguien le suelta rollos religiosos —asentir con paciencia hasta que cambian de tema—, Clay no puede quedarse callado ante esa idea de que al señor Whale le esperan los tormentos del infierno.

—¿Y por que están tan seguros los curas? ¿Porque no es católico?

—Los protestantes también pueden ir al cielo, pero es más difícil. Sólo los mejores llegan. Yo creo que los pecados de la carne lo condenarían incluso si se metiera en la Iglesia.

—¿Pecados de la carne? Todos los cometemos.

Es divertido imaginarse al viejo con una nenita, incluso cuando era joven.

María mira hacia el comedor, comprueba que Whale no anda cerca, cruza los brazos y mira fijamente a Clay.

—No. El suyo es el peor —susurra—. El pecado del que no se puede hablar.

Clay se inclina sobre la mesa para oírla mejor. Los oscuros ojos marrones de María se clavan en los suyos.

—El que nadie puede nombrar sin sentir vergüenza.

Lo único que a Clay se le ocurre es la masturbación. La mujer pierde la paciencia.

—*Maricón*. ¿Entiende?

Clay hace que no con la cabeza. Le suena a «americano» dicho en español.

—¿Cómo se dice en buen inglés? —murmura María para sus adentros—. La única palabra que conozco es «sodomita». El señor Jimmy es un sodomita. Hombres que follan con otros hombres.

—¿Homosexual?

—¡Sí! ¿Entiende?

Clay se endereza despacio en la silla.

—Es por eso que irá al infierno. Para mí no es justo, pero nosotros no somos quienes para juzgar la ley del Señor.

—¿Está usted diciéndome... —dice Clay, cayendo bruscamente en la realidad— que el señor Whale es homosexual?

María dice que sí con la cabeza, los ojos inundados de pena y lástima.

—¿No lo sabía?

—No, yo...

Clay quiere rechazar la acusación, como hizo con Betty. ¿Qué les pasa a las mujeres, que piensan que cualquier hombre mayor que es simpático con él tiene que ser por fuerza marica? Pero la criada debe de saber lo que dice.

—¿No andarán haciendo cositas, usted y él?

—¡No!

—Bueno, mejor que sea así. Yo no creía que usted también fuera sodomita, sólo temía que le hiciera daño si él intentaba... Si usted es sodomita y está sodomizándolo, eso no me importa. Sus pecados son suyos. Y al señor Jimmy unos cuantos más no van a hacerle daño. Pero recuerde que no debe fatigarse.

—¡El señor Whale no me ha tocado!

—Mejor —dice María—. Pero si lo hace, no debe hacerle daño. Prométamelo. Dios ya se lo hará pronto. Quiero que sus últimos días en la tierra sean tranquilos.

Clay tiene la mente en blanco.

—¡Pero si yo no quiero hacerle daño a nadie! —grita, furioso.

—Usted es una buena persona, le creo. Gracias.

Y María se pone a cascar huevos en un bol, como si no hubieran hecho otra cosa que ponerse de acuerdo sobre un nuevo trabajo en el jardín.

La vieja está de atar, piensa Clay, es la explicación más sencilla. Y, sin embargo, le cree. Está furioso por no haberlo comprendido antes, pero también por creerlo ahora.

—No puedo creer que el hombre que hizo *Frankenstein* sea homosexual.

—¿Conoce a muchos?

—No, yo... no.

María sigue rompiendo huevos.

—Cuando llegué a esta casa, yo era inocente, no sabía ni que existían hombres así. Y cuando me enteré ya era demasiado tarde. Me gustaba el trabajo y no me importó. El espíritu es débil. Siempre han sido muy buenos conmigo. El señor Jimmy me respeta y fue feliz muchos años. Siempre es más fácil trabajar con gente contenta. Ahora, si me preocupo, es porque se acerca su hora. Soy demasiado vieja para ponerme a trabajar en otra casa.

A lo lejos, se oye a Whale que se aclara la garganta.

María se vuelve hacia Clay.

—Tiene que ir al salón, rápido. No quiero que piense que lo he hecho esperar en la cocina. Por favor.

Clay se pone de pie. Siente deseos de alejarse de ella. Y entra en el comedor, con la esperanza de poderse tomar a broma esas acusaciones de vieja chiflada. Pero no lo consigue, siente que la mujer no ha hecho más que confirmarle algo que él había sabido desde el primer día, aunque no quisiera admitir que lo sabía. La mesa del comedor está puesta para dos.

Al atravesar la puerta de doble hoja, otro hombre entra al mismo tiempo por la derecha: como si Clay hubiera entrado en una habitación con un espejo. Los dos se

ven y se detienen.

El otro hombre es mayor, tiene el pelo cano y un *blazer* color burdeos. Es el señor Whale, por supuesto, el tipo que según María irá al infierno por sus actos indecibles. El cuello que sobresale de la camisa abierta es largo y viscoso, como el de una tortuga cuando asoma por el caparazón. Whale lo recibe con una sonrisa tímida. Se le acerca, le tiende una mano que remata una muñeca larga y huesuda.

—¿Cómo está, señor Boone? Me alegra mucho que pueda quedarse a almorzar.

Es más bajo de lo que pensaba, y más viejo también. Clay piensa que lo que ha cambiado mientras hablaba con María es la imagen mental que se había hecho de Whale. Pese a los dedos huesudos, el apretón de manos es firme y masculino.

—Bien, supongo. ¿Y usted?

—No puedo quejarme, no puedo quejarme.

Con el mentón alzado y ligeramente vuelto hacia él, uno de los ojos azul grisáceos de Whale se fija en Clay, más abierto que el otro, enérgico como el ojo de un pájaro o de un pez visto de perfil.

—Supongo que el trabajo le habrá abierto el apetito.

—Sí, tengo hambre. Muchas gracias por invitarme.

El ojo se mantiene resuelto y frío, parece juzgarlo o sencillamente exigirle que le preste atención. Durante un breve instante la mirada se desvía hacia la mesita del teléfono, donde espera una pila de correspondencia sin abrir, y luego se concentra totalmente en Clay.

—Sin duda será mejor que mi comida de todos los días.

Clay quisiera apartarse de esa mirada, pero no quedaría bien, se pondría en evidencia que está nervioso.

—María es una cocinera sensacional. No sé qué haría sin ella. —Whale mira otra vez la mesita del teléfono—. ¿Querrá pasar un momento por el estudio después de comer? ¿A ver cómo está quedando nuestro retrato?

Pero antes de que Clay pueda responder, antes de recordar que le estaba pintando un retrato, Whale se aparta.

—Un momento —dice, y coge la correspondencia.

Y Clay puede pensar más claramente. Si lo que quiere es bajarle la bragueta, ¿se preocuparía tanto por lo que hay en el correo de hoy? Se le ve demasiado viejo, demasiado distinguido para el sexo, sea normal o de otra clase. Clay se relaja mientras Whale busca entre los sobres, la mayoría de ellos con ventana.

Whale examina un sobre cuadrado con las señas escritas a mano. Si está buscando algo en particular, no es esta carta, pero la conserva en la mano con que rebusca entre los sobres otra vez.

—Disculpe mi mala educación. A mi edad, el correo es lo único que alegra el día.

Vuelve a colocar la pila de sobres en la mesa pero se queda con el sobre cuadrado. Vuelve a leer el remite. Lo huele.

—¿Perfume de mujer? —pregunta Clay, expectante.

—Tal vez —dice Whale, sonriendo—. No tengo idea de quién puede ser. ¿Le importa que la abra?

—Adelante.

Clay mira hacia otro lado mientras Whale abre el sobre.

—Vaya. Nada menos que la princesa Margarita. ¿Qué se le habrá perdido en Los Ángeles?

Whale estudia la tarjeta plegada.

—La hermana de la reina —le dice, pasando un pulgar por las letras impresas—. Para lo que sirve. —Abre la tarjeta y lee—. Súbditos leales de Su Majestad en la Meca del Cine... Cordialmente invitado... Recepción... Su Alteza Real... 28 de mayo...

—Eso es mañana —le dice Clay.

Pero Whale no lo escucha.

—¡En casa del señor *George Cukor*! —exclama Whale, chasqueando los labios en señal de disgusto y haciendo una mueca de desprecio. El nombre de Cukor no significa nada para Clay—. Ese prepotente... Súbdito Leal. ¡Mis cojones! Se codea con la princesa Margarita y después se ofrece a compartirla con todo el jodido — Whale mira la invitación por delante y por detrás, tratando de encontrar una explicación—. ¿Y por qué yo? ¿Qué le hace pensar que tengo ganas de conocer a la debutante de la realeza?

—Usted es británico —sugiere Clay—. Puede que quiera que vayan todos los británicos de Hollywood.

—El señor George Cukor no me conoce de nada. Y si vivo en este país es precisamente para escapar de esa... basura. —Deja la invitación y el sobre en la mesa, pero sigue mirándolos—. ¿De dónde habrá sacado mi nombre? ¿Y mi dirección? ¿Será cosa de David? Pero David sabe que una fiesta de medio pelo no es precisamente lo que necesito.

Ese nombre otra vez.

—Ese David... ¿Es un amigo?

—¿Cómo? Ah, sí. Un viejo amigo que ya no me sirve para nada. —Whale lo mira y recobra sus sonrisa tímida—. ¡Puro cuento! Le ruego que me disculpe otra vez, hace mucho que no tengo nada que ver con este mundo. No les presto ninguna atención y lo único que quiero es que me devuelvan el cumplido. —Respira hondo y recupera la compostura—. La comida ya debe de estar lista. ¿Comemos?

Le tiende una mano abierta sin esperar que Clay la coja, sólo para indicarle que ha de pasar antes que él al comedor.

Bueno, ¿y qué pasa si el viejo es maricón?, se dice Clay; él puede disfrutar de una comida gratis con un viejo famoso, aunque sea homosexual.

Los platos están colocados en diagonal, Whale en la cabecera de la mesa, Clay a su izquierda. Mantel blanco, un cestillo con panecillos calientes, otro alargado con una botella de vino. Clay necesita sentirse orgulloso por perturbar este elegante

almuerzo íntimo con sus tejanos y su camisa de madrás, su olor a gasolina y a hierba, pero resiste el impulso de olerse el sobaco. Cuando Whale se coloca una servilleta en las rodillas, él hace lo mismo.

—¿Un poquito de vino para ir calentando los motores? —Whale sirve el vino en dos copas de cristal—. Salud.

Whale bebe un sorbito; Clay, un trago respetable. Asocia el vino con los borrachines, y preferiría una cerveza, pero está decidido a jugar el juego hasta el final.

María entra con dos platos humeantes.

—¡Mmmm, María! Huele de maravilla.

María ha vuelto a adoptar su expresión de indiferencia. Al dejar un plato delante del señor Whale, le echa una mirada furtiva a Boone: eso le parece a él al menos, pero es difícil saber hacia dónde apuntan las pupilas de sus oscuros ojos marrones. Al salir, María quita la pequeña cuña de hierro que sostiene la puerta de la cocina. La puerta vaivén se balancea y se cierra.

Clay espera que Whale hable primero, pero el viejo está totalmente concentrado en la comida, untando mantequilla en el pan con gesto solemne. Clay trocea el bulto amarillento de su plato; la ráfaga de vapor que sale de la mezcla viscosa de queso y pimientos le da en plena cara.

—Sencillo pero sabroso —le asegura Whale.

Todavía parece demasiado caliente, y Clay toma otro trago de vino. Esto es lo que necesitaba hoy; no podía esperar nada mejor. ¿Qué había esperado exactamente? Clay ya no se acuerda. Todas sus expectativas, la satisfacción que le produjo conocer a Whale, están bloqueadas por lo que María le ha dicho.

—Ah... Vi su película la otra noche —recuerda de repente—. Por la tele. ¿*La novia de Frankenstein*?

Whale levanta la vista del panecillo.

—¿En serio? ¿Y...?

—Me gustó. Un poco rara, más de lo que recordaba. La había visto de pequeño.

—Sí. Supongo que era rara.

—La vi con unos amigos, en un bar.

—¿Alguien se rió?

—Eh, bueno, sí. Algunos.

Whale sopesa la respuesta, y baja la cabeza para comer un trozo de tortilla.

—No tiene importancia —gruñe—. Esa película no tiene ninguna importancia.

Whale teme haber herido sus sentimientos. No sabe qué más decir de la película. Se inclina y se lleva un enorme bocado a la boca.

—Mmmm. Sí que está buena —dice, y sigue comiendo; comer es más cómodo que hablar. Come como siempre, con los codos en la mesa, pero más que comer, engulle la tortilla caliente en bocados a medio masticar.

Siente que Whale lo observa, como si lo hubiera invitado a comer sólo para

comprobar su falta de modales en la mesa.

—¿En Corea, señor Boone...?

Clay levanta la vista del plato.

—¿En Corea —repite Whale, que ha vuelto a dirigir hacia él su ojo examinador y sonríe cordial—... mató usted a alguien?

Clay se queda paralizado; no recuerda haberle soltado su rollo sobre Corea, pero a la vista de la pregunta, en algún momento debió de hacerlo.

—No me gusta hablar de eso.

El ojo gris se abre un poquito más.

—No tiene por qué avergonzarse. A mi entender, matar es un rito de iniciación entre sus compatriotas. No se es un hombre de verdad hasta que no se ha matado a otro. Por la patria, naturalmente.

Clay se revuelve en la silla. El viejo debe de olerse algo; sus indirectas sin duda apuntan a desenterrar la verdad.

—Gilipolleces —dice Clay—. Cualquiera idiota con un arma puede matar a otro.

—Eso es cierto. Sí, el combate cuerpo a cuerpo es la prueba de fuego. ¿Mató usted alguna vez a alguien en una lucha cuerpo a cuerpo?

—No.

—Qué pena.

Clay se niega a que un maricón lo provoque.

—Pero podría haberlo hecho...

—¿De veras? —El ojo gris parpadea—. Sí, le creo. —Whale toma otro trocito de tortilla, bebe otro sorbo de vino, se le ve encantado, como si acabara de hacerle a Clay un maravilloso cumplido—. ¿Cómo tiene la agenda esta tarde?

Cambiar de tema es un alivio.

—Completa. Tengo que hacer los setos aquí y luego otro jardín en La Ciénaga.

—¿Y si mandamos los setos a freír espárragos? Por una semana... ¿Puede reservarme una hora después de comer? ¿Posar para mí?

—Hoy no puedo —dice Clay sin pensárselo.

—Sólo una hora, mientras hace la digestión.

Pero posar para Whale ya no le parece una diversión inofensiva, un honor. Que un homosexual lo toque, aunque sólo sea con los ojos, debería ser humillante. Y Clay ya dejó que lo hiciera una vez.

—Le pagaré la tarifa completa. Más lo que le pagamos por los setos.

—Hoy no estoy de humor para sentarme como una estatua.

—¿Está seguro?

—Sí.

Whale asiente, suspira y dice:

—De acuerdo. Me hago cargo. ¿Más vino?

Y no insiste; cambia de tema con tanta facilidad que Clay se pregunta si no habrá sido injusto con él.

—¿Le ha gustado la tortilla? María puede prepararle otra.

—No, gracias. Estoy lleno.

—Yo también ya tengo bastante. —Whale mira lo que ha quedado en su plato. Abre la chaqueta y mete la mano en un bolsillo—. ¿Puedo ofrecerle un puro?

—Oh, claro.

Whale saca dos cigarrillos que parecen dos cachiporras de tabaco. Clay coge uno, pesado, un poco cuadrado, y sin agujero en la punta como los pocos que ha fumado antes. Da por sentado que ha de cortar la punta con los dientes, como lo hacían los amigos de su padre en Grange Hall.

—Oh, no, señor Boone, use esto —dice Whale, y le pasa un pequeño cortaplumas de oro—. Sólo un cortecito en la punta. Y de paso corte el mío.

Clay rebana la punta del cigarrillo de Whale.

—Hoy tengo los dedos algo rígidos —dice Whale, que tiene que coger el mechero con las dos manos para encender primero el puro de Clay, luego el suyo.

Las primeras caladas pican un poco, como estiércol que ardiera, pero la nariz no tarda mucho en adaptarse y el aroma se vuelve rico y embriagador. El humo que produce inunda la mesa de un tufo tranquilizador muy de hombre a hombre. Clay se relaja un poco. El suave mareo le resulta placentero si puede aferrarse a algo sólido, como el puro que tiene entre los dedos.

La puerta de la cocina se abre de golpe; es María, que viene a retirar los platos. ¿Los estará escuchando? ¿O sabe que han terminado sólo por el olor a tabaco que llega hasta la cocina? Al salir, su ceño fruncido apunta a Clay a través de la delgada niebla azul.

¿Y si estuviera equivocada? El anciano caballero con el puro en la mano no podría tener un aspecto más masculino ni más seguro de sí mismo. ¿Y si María le mintió? ¿Y si por miedo a que Clay se acercara mucho a su «patrón» se inventó esta historia para asustarlo y hacerlo desistir de sus propósitos, cualesquiera que fuesen? En ese caso no tendría motivos para avergonzarse por permitir que Whale le hiciera un retrato. Es una estupidez tener miedo de algo que a lo mejor ni siquiera es real.

—Una mujer es una mujer, pero un cigarrillo es también humo —comenta Whale.

En un esfuerzo por parecer relajado, Clay intenta hacer una anilla de humo.

—¿Ha estado usted casado, señor Whale?

Whale lo observa con calma, como un jugador de póquer que juzgara a un contrincante.

—No. Al menos no de un modo legal.

—¿Y qué otro modo hay?

Whale contempla la anilla de ceniza arrugada que se ha formado en la punta de su cigarrillo.

—Bueno, se puede vivir como marido y mujer sin recurrir para nada a la ley.

—Entonces, ¿tuvo una mujer?

—O un marido, depende de a quién dirija la pregunta. —Whale sonrío para sí

mismo—. Mi amigo David, el que mencioné antes.

La hoja de tabaco liado se aplasta ligeramente entre los dedos de Clay. No está sorprendido ni disgustado. Le pone furioso que Whale no tenga siquiera la decencia de mentir, para que al menos él pueda dejar de pensar en el asunto.

—¿Le sorprende?

—No..., yo..., usted es homosexual.

—Oh, por Dios, si quiere ponerle un nombre... científico. Yo pensaba que por ahí nos llamaban mariquitas, chupapollas.

La última palabra confiere a toda la conversación un toque adicional, y asqueante, de realidad.

—Yo no soy..., ya sabe.

—Por supuesto. Nunca pensé que lo fuera.

Clay da una chupada al cigarro, necesita más humo, pero de pronto el tabaco le sabe sucio, y chuparlo lo altera; la forma del puro en su mano se ha vuelto súbitamente obscena. Tanto, que Clay deja el puro en el cenicero.

—No ha pensado en mí... de esa manera, ¿verdad?

—¿A qué manera se refiere?

—Ya sabe... Mirarme como yo miro a las chicas guapas.

El cigarro tiembla en la mano de Whale.

—No es usted mi tipo. Además, sé que un hombre de verdad me partiría el cuello si me atreviera a tocarlo.

Clay teme que Whale esté burlándose de él otra vez. Pero es cierto, ¿no? Tal vez no el cuello, pero la mano sí se la partiría a cualquier hombre que intentara algo. ¿Verdad que sí? ¿También al hombre que hizo *Frankenstein*?

Clay ríe de repente, como si todo fuera una broma absurda.

La sonrisa de Whale se acentúa.

—¿O sea, que nos comprendemos?

—No es asunto mío lo que usted hace, ni lo que hizo —dice Clay—. Vivir y dejar vivir, ése es mi lema.

Después de todo, ¿qué pasa si el tipo es homosexual?... Mientras no le toque. Sin embargo, aceptarlo, saberlo y aceptarlo, a Clay le parece igual de mal, una actitud cobarde y pasiva.

Whale se sienta derecho en la silla.

—Espero que esto no tenga nada que ver con su negativa a posar para mí esta tarde.

—No, yo...

Whale sigue sonriendo, con malicia, mientras el único ojo gris se fija otra vez en Clay, más frío, más exigente que antes.

—¿Tiene miedo de algo, señor Boone? No de mí, espero.

—No tengo ganas de posar hoy, eso es todo.

—¿De qué tiene miedo? —repite Whale—. No soy yo un hombre que vaya a

deshonrarlo por la fuerza. Además, sólo es posible seducir a los que comparten la misma inclinación, ¿no cree?

¿Está llamándolo homosexual? ¿O lo está llamando gallina?

En cualquier caso, Clay se siente insultado y desafiado.

—¿Sí? ¿No? —insiste Whale—. Una hora de su tiempo, es todo lo que le pido. Una horita, nada más. Le ruego que se lo piense mientras saboreamos el postre.

Clay responde con un suspiro, haciéndose el sufrido, y con una sonrisa de listillo, aun sabiendo que Whale lo tiene en sus manos y que no puede rajarse ahora sin quedar como un verdadero cobarde.

Otra vez el estudio. Oscuro y algo fresco después de la caminata. El sol del mediodía no se filtra, lo frenan las ventanas, tan brillantes que el ojo debe escoger entre lo que hay dentro o lo que hay fuera, incapaz de registrar ambas cosas a la vez.

Clay se sienta en la misma silla de la otra tarde, a un lado. El señor Whale, otra vez junto al caballete, engancha un nuevo bloc de dibujo. No piensa enseñarle a Clay su «obra en marcha».

—Es algo que a usted no le interesa; además, sólo serviría para cohibirlo aún más.

Lo único que quiere hoy son detalles que, según dice, añadirá luego al retrato que mantiene oculto.

El espacio es más reducido que la semana anterior, las distancias parecen acortadas por lo que Clay sabe y no puede fingir que no sabe. Sin María en la habitación de al lado, el estudio se ha vuelto un lugar apartado y un punto siniestro. Un tordo solitario chilla como un arrendajo en uno de los cipreses del jardín; por lo demás, sólo se oyen los ocasionales bufidos de un viejo que respira por la nariz.

Clay se siente un imbécil por haber aceptado, y otro por sentirse imbécil. No tiene nada que temer. Tampoco tiene nada que ganar. ¿Qué es lo que quiere probar poniéndose en esta situación?

Whale parece listo para empezar pero no lo hace. La quietud, que comienza como una sola aspiración, se mantiene, como un silencio radiofónico que durase hasta el punto en que es imposible saber si es aire muerto en la transmisión o si se ha quemado un tubo en el aparato de radio.

Clay no puede ver al otro lado del caballete. No percibe la mirada amarga y burlona con que Whale contempla el poroso papel, una blancura desierta tan inquietante como la Antártida, incluso hoy, que no tiene intención siquiera de intentar dibujar. Podría estar mirándose en un espejo. Los ojos tienen la agitación incrédula de un joven que se armara de valor para dar un primer beso pero carece todavía de la experiencia suficiente para interpretar las señales que le envían y saber si ese beso es posible, o en qué puede desembocar.

—Tendrá que quitarse la camisa —le ordena Whale.

Clay se sujeta el faldón.

—Lo siento. Hoy no.

La cara de Whale asoma desde detrás del caballete; parpadea.

—Mi interés en usted es exclusivamente artístico, señor Boone.

—Lo sé, pero estoy más cómodo así.

—¿Le hago sentir incómodo? —La voz es burlona; la boca, a punto de sonreír.

Como si necesitara que Clay se sienta incómodo.

—Sólo cohibido. Y ha dicho que no quiere que me sienta cohibido.

Whale da un paso adelante, levantando con timidez las manos; la pálida piel del dorso de sus manos tiene un débil brillo parecido al del vinilo.

—Pero tenemos que seguir con el esbozo del otro día. Tal vez, si abriéramos la camisa un poco...

Las manos de Whale se acercan.

Clay se pone tenso, se echa hacia atrás.

Las manos se detienen, con las palmas en alto.

—¡Vaya por Dios! Le he puesto nervioso —dice Whale, que parece divertirse.

—No, no, estoy bien, pero prefiero no quitarme la camisa.

El miedo de Clay se expande por todo su cuerpo: no es *mental*. Su mente sabe que Whale no intentará nada, y que él puede darle una patada en el culo si lo hace.

Whale sonrío para sí mismo.

—¿Y si desabotonamos arriba y la bajamos hasta los hombros?

Levanta una mano otra vez, pero sólo para acariciar el aire a unos centímetros del cuerpo de Clay, como si temiera tocarlo.

—Como un traje de noche. ¿Se sentiría cómodo así?

El cuerpo de Clay quiere abalanzarse, apartar al viejo de un manotazo, pero golpearlo le parece peligroso. Se le ve tan frágil que el golpe más ligero podría hacerle un serio daño. El temor de herir a Whale lo deja impotente, indefenso pese a toda su fuerza.

—Dos botones. ¿O es pedir demasiado?

—¡No! ¡Es que...! —Clay sacude los hombros para quitarse de encima la vergüenza—. Mire, yo no soy más que un paleta. Lo que me dijo en la comida aún sigue sonándome muy raro. Así que, si no le importa, ¿podría mantener la distancia hoy? O me dibuja como estoy, o adiós muy buenas y me pongo a arreglar los setos. ¿Comprende?^[21]

Whale retrocede un paso. No se lo ve ofendido. Pero sí asustado; sin embargo, es un miedo extraño el que siente, se le acelera la respiración, siempre con los ojos clavados en Clay, fascinado por su genio.

—No quiero parecer un gilipollas, pero así es como me siento.

—Sí, claro, señor Boone. Como usted diga. —Whale sigue retrocediendo, siempre con la mirada fija en Clay—. La verdad es que no quiero asustarlo antes de terminar el dibujo.

Se esconde detrás del caballete. Golpeteo de lápices en la bandeja.

—¿Cómo quiere que me siente?

Clay no piensa disculparse, pero sí mostrarle que está dispuesto a cooperar.

—Como antes. Sí, así está bien.

No parece importarle. El chirrido del lápiz suena igual de descuidado, y comienza de inmediato, sin siquiera una pausa para tomar puntería. Círculos, zigzagueos, arañazos, ris ras, ris ras, ris ras...

La cabeza vuelta hacia la derecha, el brazo en el respaldo de la silla, Clay ya debería estar acostumbrado.

—¿Me equivoco si pienso, señor Boone, que tiene usted poca experiencia, o ninguna, con hombres como yo?

—No, dice bien, no hay personas como usted entre mi gente.

—¿De veras? Un ejemplar tan viril como usted. Cualquiera diría que los mariquitas van como locos detrás de usted.

Es como si quisiera mantenerlo molesto, nervioso, desafiarlo a que se quede.

—Con sólo mirarme ya se dan cuenta de que no tengo esos gustos.

—Es posible. ¿O será su tamaño lo que les asusta? Aunque también hay quien lo encontraría estimulante, sin duda. Algunos siempre se enamoran de las causas perdidas. Me sorprende ser el primero que conoce.

Ris ras, ris ras.

Clay desearía que hablara de otra cosa. Esto envenena todo el placer que le produjo conocerlo, confiere a todo lo que dicen un tono misterioso, sospechoso. Clay echa de menos las historias que Whale le contó la semana pasada, historias de tiempos lejanos que no tenían nada que ver con él, y aunque el tema de conversación de hoy tampoco tiene nada que ver con él, Whale habla como si lo tuviera.

—Debe de ser una vida muy solitaria la suya, siendo como es.

Clay quiere dejarle claro que no sabe nada de su vida.

—En absoluto. Tengo gente de sobra, no sé qué hacer con tanta gente. Y le diré una cosa: a medida que se envejece se necesita menos. Nacemos solos y morimos solos. Toda la compañía que encontramos entre esos dos momentos es un regalo.

Clay, en sus momentos más duros, también piensa así, pero la soledad de un maricón tiene que ser diferente.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos usted y su amigo David?

Whale hace una pausa.

—¿De veras quiere hablar de David?

—Curiosidad.

—Por querer saber, la zorra perdió la cola. —Un breve suspiro—. Veinte años.

Clay no se sorprende, no sabe bastante para sorprenderse. Ha oído hablar de los homosexuales solitarios y rapaces —cosas que se contaban en el cuartel de Pendleton— pero también ha visto de vez en cuando hombres en pareja, parejas pálidas como dos tías solteronas y asexuadas. Son tan raros como los solitarios, pero no muerden. Whale y su amigo debieron de ser así: maricones inofensivos.

—Demasiado tiempo —añade Whale—. Ya parecíamos una de esas piezas que duran tantos años en cartel que los actores pierden poco a poco la frescura. Seguimos cuando ya se nos habían acabado todos los recursos que permitían que nos divirtiéramos con nuestros papeles. Varios años después de que me retirara, decidí, finalmente, que ya era hora de quitar la obra. Tenía ganas de soltarme la melena, quería divertirme. No quería pasar a la madurez como «el amigo de David», el trapito sucio de un productor de tres al cuarto.

Ris ras, ris ras.

—Y me enamoré. De otro, claro. Una última aventura, un muchacho que conocí en Europa y que me traje al volver. Muy guapo, muy viril. Casi tanto como usted, señor Boone.

—Pero extranjero —dice Clay, como señalándole que nunca podría haber sido tan viril.

—Francés.

—No me extraña.

—¿Piensa que la sodomía no es americana, señor Boone?

—Bueno, hay más tipos como usted allí que aquí.

—Oh, no, también en este país somos una especie bastante extendida.

—No sé qué decirle.

Whale calla un momento.

—Me maravilla su falta de experiencia, señor Boone. ¿Está seguro de que ningún hombre se encariñó con usted sin que usted lo supiera?

—No. Nunca.

—¿Ningún compañero de su equipo de fútbol? ¿Un camarada de guerra en Corea?

Como un perro que marcara su territorio, Whale va meándose en todo, incluso en la mentira de Clay.

—Pero ¿usted piensa que todo el mundo es maricón? Bueno, pues no es así. La guerra no es para maricones, de eso puede estar seguro.

—Oh, puede que no haya ateos en las madrigueras, pero de vez en cuando se encuentran amantes.

—Ahora habla por hablar —brama Clay.

—Nada de eso. Yo estuve en esas madrigueras, en las trincheras. Hace unas cuantas guerras.

—¿Fue soldado?

—Oficial.

Clay no le cree. La mentira de Whale es incluso más descarada que la suya.

—Pero usted es homosexual.

—Ah, en mi época nadie se daba mucha cuenta de ese detalle. Los homosexuales no existían a ojos de la ley. Podían mandarte a la cárcel por sodomía. Pero ¿por sueños de sodomía, por la incapacidad de soñar otra cosa que no fuera un acto de

sodomía? No, no tenían ni idea.

Clay ha dejado su pose para volverse y mirar a Whale, que sigue detrás del caballete, del cual sólo asoman el pelo blanco y los pantalones grises.

—¿Fue en la Primera? —No, querido, en la de Crimea. ¿Pero cuántos años cree que tengo?

Clay ni siquiera registra el apelativo; está demasiado estupefacto para creerse que un marica ha hecho cosas que él siente que debería haber hecho.

—En la Gran Guerra —prosigue Whale—. Ustedes tuvieron la Guerra Buena pero nosotros tuvimos... —Se aclara la garganta—. No me haga caso. Estábamos hablando de su experiencia.

Pero Clay no tiene experiencia, y quiere llegar al fondo de la de Whale.

—¿Fue como animador? ¿Con la Cruz Roja? ¿O lo que hubiera entonces en lugar de las USO^[22]?

—No. Yo estuve en el frente, en las trincheras. En el frente occidental. *Sin novedad* y *Sargento York* y todas las que se le ocurra. Creo que eso es lo que usted sabe de esa guerra.

—Tuve un tío en el Cuerpo Expedicionario. —El tío Frank, el que guardaba el casco roñoso con forma de champiñón en el desván.

—Sí, claro. Ustedes, los yanquis, llegaron para el desenlace. Nosotros, en cambio, estuvimos ahí cuando parecía que no iba a terminar nunca. La guerra sin fin. Había trincheras cuando yo llegué, y seguían ahí cuando me fui, dos años después. Igual que en las películas, con la diferencia de que en las películas no huelen. Barro, lluvia, siempre estaba lloviendo. No se le puede pedir a un actor que trabaje más de un día o dos con el agua hasta las rodillas, embarrado de pies a cabeza, pero nosotros nos pasábamos semanas enteras así. Y el aburrimiento, no hay una sola película igual de aburrida, larga y soporífera. El mundo reducido a barro y a sacos de arena y a una franja estrecha de cielo lluvioso. Como vivir en una tumba abierta. Los bombardeos que duraban días y noches enteras, la tierra que temblaba como un flan mientras todos los grandes fusiles, los nuestros y los del enemigo, hacían lo imposible por cubrir de tierra nuestra fosa. —Whale suelta un corto y gracioso bufido—. Pero estábamos hablando de otra cosa, ¿no? Ah, sí. Del amor. Del amor en las trincheras. Nos queríamos. Bueno, algunos...

—Quiere decir que... ¿hacían cosas?

—No, no, yo era oficial. Habría sido una especie de incesto. Además, ¿dónde? Nunca en esa tumba abierta, un lugar decididamente público. Y si a alguien le daba por salir, lo acribillaban a balazos en un abrir y cerrar de ojos. ¿Por la noche tal vez? ¿Debajo del alambre de espino oxidado? ¿Mientras los reflectores parpadeaban como estrellas encima de nuestras cabezas? ¡Qué romántico!

Clay quiere creer que se lo está inventando todo, que está tomándole el pelo. Whale habla en ese ampuloso estilo suyo, tan inglés, que ahora suena simplemente amariconado, pero sobre la guerra. Clay no deja de mirar el caballete, esperando que

Whale se asome. Quiere verle la cara, necesita ponerle una cara de maricón a las historias de guerra de un viejo y descubrir quién diablos es este hombre en realidad.

—Pero de conocimiento carnal, nada. Carnicería sí, eso sí —repite, complacido con la ocurrencia—. Era imposible amar el cuerpo humano en esas circunstancias. Una sonrisa tal vez, o una risa, pero no un cuerpo, no cuerpos tan sucios, y menos cuando ya nos conocíamos demasiado íntimamente. Hay pocas vistas menos apetitosas que cinco o seis hombres sentados en batería en las letrinas, con los pantalones en los tobillos y quitándose los piojos. Se podía amar el alma de esos hombres, pero no la carne. Nuestro amor era casto y sentimental.

Rayones, zigzagueos, círculos.

—¿Y usted, señor Boone? ¿No se le partía el corazón cuando veía que un camarada caía de un balazo en el pecho, en la cabeza?

Ese tono cruel en Whale es sorprendente, y alarmante, pero Clay está atrapado en su propia mentira. Lo único que atina a contestar es:

—No.

—Claro, esta generación de americanos es más sensata. Mucho menos sentimental que mis compatriotas y que yo mismo. Allí los sentimientos eran como los piojos, teníamos que arrancárnoslos y triturarlos si no queríamos perder la razón.

Igual que la semana pasada, el viejo habla solo, pero hoy está de mal talante, habla en un tono frío, sin pizca de asombro, como si discutiera sobre algo que no se ha dicho.

—Y eso que yo era menos sentimental que la mayoría. No tenía sueños de gloria ni amor a la patria ni nada parecido. Cuando estalló la guerra y los hombres se lanzaron a alistarse en masa, a mí lo que de verdad me molestó fue la interrupción. Los otros estaban hartos de paz, aburridos de tanto orden e inocencia, pero yo estaba ocupado tratando de salir adelante y no veía ningún futuro en jugar a los soldaditos. Fue la falta de entusiasmo guerrero lo que me salvó. Cuando empezó el reclutamiento de octubre estaban desesperados, no tenían oficiales. No mordí el anzuelo hasta que dijeron que un tipo joven y brillante como yo, aunque fuera de clase trabajadora, tenía pasta de oficial. Eso dijeron, y yo piqué. La guerra me lanzó al mundo, me enseñó a reírme de las perogrulladas de beatos con que me criaron. Y me permitió dirigir la obra con la que hice carrera. Hasta podría decirse que hizo un espacio para mí, no hay que olvidar que en la guerra murieron muchos hombres que habrían podido ocupar mi lugar si hubieran sobrevivido. No, la verdad es que no lamento la guerra.

Whale se aparta del caballete y Clay puede verlo por primera vez después de un largo rato. No lo está mirando; sigue con la vista fija en el papel y un gesto agrio bajo la nariz; el lápiz le tiembla en los dedos. Whale encuentra un alféizar detrás de sus rodillas y se sienta en el borde.

—Barnett. ¿Cómo se llamaba? Leonard Barnett.

Apoya las manos en el alféizar.

—Un chiquillo al que a alguien se le ocurrió nombrar oficial. Vino al frente directamente de Harrow, y me respetaba. A diferencia de los otros, no se dio cuenta de que yo era un obrero que se hacía pasar por oficial. O no le importó. ¿Extraño, verdad? Que lo admiten a uno tan ciegamente, quiero decir. Supongo que estaba enamorado de mí. Pero castamente, como un escolar. Se pasó una semana entera enfurruñado por los celos cuando escogí a otro hombre para que me acompañara en un reconocimiento nocturno. Como si la guerra consistiera en elegir bandos para un partido de fútbol. En realidad, lo estaba protegiendo, yo no sabía si ese pedazo de terreno iba a ser peligroso o no. Sí, puede que yo también lo quisiera.

—Pero... —a Clay la da miedo completar la pregunta— ¿le ocurrió algo?

Whale lo mira, lo mira fijamente. Luego, con un dolorido gesto de la boca, casi una sonrisa, dice:

—Oh, sí, le dieron. No sé quién ni cómo, pero le dieron. Cayó antes de un mes, antes de que pudiera volverse tan anónimo y prescindible como los demás. Si hubiera aguantado un poquito más, es probable que hoy no me acordara de él. No es que haya nada especial que recordar. Salvo... Sí, una mañana, al salir el sol. Nuestra pequeña franja de cielo estaba ese día de un azul radiante. Es raro ver que incluso allí podía haber días en que el tiempo bastaba para hacernos felices. Se necesitaba tan poco. Barnett y yo estábamos de pie, hundidos en un montón de porquería que nos llegaba hasta los tobillos, y yo me puse a enseñarle el paisaje de esa tierra de nadie por el periscopio. Era hermoso, había color, el alambre de espino es como oro cobrizo, el agua de los charcos abiertos por los proyectiles verde de algas, y el cielo de un azul claro del *quattrocento*. Y yo a su lado, pegado a un muchacho alto y con las mejillas rojas como dos manzanas que me quería y confiaba en mí. No le besé, pero puede que le pasara un brazo por el hombro. Espero haberlo hecho.

Debería ser patético, repugnante, pero Clay no puede contener la emoción. Y en esa emoción se mezclaban tantas cosas que se consideran incompatibles: virilidad y sensiblería, guerra y perversión, alambre de espino y ternura. Clay casi envidia el momento de intimidad de esos dos hombres.

Whale, siempre sentado en el alféizar de la ventana, se inclina hacia adelante, los ojos fijos en Clay.

—No vuelva a hacerme esto, señor Boone.

El cambio de tono es tan brusco que Clay tarda un momento en detectar la furia latente.

—Me niego, me niego rotundamente —susurra—. No vuelva usted a ponerme en el camino de la memoria. En ese camino no. ¡Hoy no!

—¡Pero si yo no...! Ha sido usted...

Whale se pone de pie, le tiemblan las piernas.

—¿Por qué le cuento todo esto? Nunca se lo conté a David. Ni siquiera había vuelto a acordarme de ese día hasta que usted me ha hecho empezar a hablar.

—Ha sido usted el que ha empezado. Yo ni he abierto la boca.

—No, claro, usted se sienta ahí y me deja hablar. —Avanza hacia Clay sin dejar de mirarlo—. Es usted muy listo, Boone. Pobre viejo, estará pensando, un maricón viejo y chalado. ¿Por qué está aquí? ¿Qué quiere de mí?

Se acerca un poco más. ¿Se ha vuelto loco? Clay recuerda que María le dijo algo de ataques, sólo ahora se da cuenta de que podría haber querido decirle que lo atacaría.

—¿Usted me ha pedido que posara! ¿Ya no se acuerda?

—Claro que me acuerdo, ¿o se cree que estoy tan gagá...? —Ahora está junto a Clay; respira sonoramente por la nariz—. Si quiere posar, quítese la camisa.

Clay se lleva la mano a un botón antes de darse cuenta de que no servirá de nada, de que no puede ser eso lo que ha trastornado a Whale.

—No. Quedamos en que no iba a quitarme la camisa.

Whale se cierne sobre él, su boca quiere abrirse, pero los labios secos se niegan a separarse. Alza una mano larga, abre los dedos huesudos como si quisiera hablar con ellos. Su rostro pálido se vuelve hacia la izquierda, hacia la derecha; mira a Clay primero con un ojo frío, luego con el otro.

Clay no se encoge: le devuelve la mirada, aunque preocupado y asustado por Whale.

Whale se aparta. Mete la mano en el bolsillo y saca un pañuelo.

—Estúpido. Muy estúpido —murmura al acercarse al sofá—. ¿Qué habré estado pensando?

Se sienta en el sofá, la cabeza gacha, se cubre los ojos con la mano y el pañuelo.

—Váyase, Boone, se lo ruego. ¿Por qué no se va?

Clay sigue sentado, temiendo aún por Whale, pero también furioso.

—¿Se encuentra bien?

—Estoy bien —gruñe Whale.

—Lamento lo de su amigo.

Whale baja la mano y mira a Clay.

—¿Barnett? No sea tonto, eso fue hace cuarenta años. Aunque hubiera sobrevivido a la guerra podría haber muerto de otra manera, ¿no?

Clay se siente libre para desahogar su furia.

—Primero quiere hacerme tragar toda esa mierda sobre los homosexuales, después ataca con sus historias de guerra. ¿Y ahora le molesta que lo escuche? No le entiendo. ¿Qué quiere, si se puede saber?

—Quiero..., quiero... —Los ojos doloridos de Whale se fijan en Clay, la mirada se suaviza—. Quiero un vaso de agua.

Clay se vuelve en la dirección del dedo índice de Whale. Se levanta y coge un vaso del fregadero.

—Me duele un poco la cabeza —dice Whale en voz más alta; Clay le alcanza el agua—. Gracias.

—¿No quiere una aspirina o algo?

Whale dice que no con la cabeza y bebe, la nuez de Adán le sube y le baja por el cuello escuálido.

Clay retrocede.

—Necesito un momento.

Whale deja el vaso de agua en el suelo y se sienta con la cabeza inclinada, todo el cuerpo doblado como un haz de ramitas.

Clay está de pie con las manos en las caderas; al mirar a Whale, se pregunta cómo pudo asustarle este hombre, cómo hacerle sentir tantas cosas diferentes. En su mente, Whale no cesa de cambiar, se vuelve alguien nuevo con cada historia que le cuenta. El viejo tiene más vidas que un gato, piensa Clay, que desearía poder coger y elegir las vidas que le gustan y descartar el resto.

—Le ruego que me disculpe —dice Whale mirando el suelo—. No tenía motivos para hablarle en ese tono.

—Bueno, no ha pasado nada.

—Ha sido una tontería, una soberana estupidez. El retrato, digo. No se puede forzar lo que no fluye naturalmente.

Pero Clay sabe que no es eso lo que lo estropeó todo. Mira el caballete y siente ganas de acercarse a ver lo que Whale reflejó en el papel esta tarde.

—Puede que mañana le salga mejor.

Whale levanta la cabeza.

—¿Está dispuesto a seguir? —pregunta sorprendido.

—¿Ya no quiere dibujarme?

—No, yo... —Whale mira el caballete y frunce el ceño—. Ahora no tiene sentido. Ya no tengo ánimos.

—Entonces, ¿no quiere que venga mañana? —pregunta Clay, sorprendido por sentirse decepcionado.

Whale lo mira con tristeza, como si él también estuviera decepcionado. Luego parpadea y alza las cejas.

—¿Le gustaría venir conmigo a una fiesta mañana por la tarde?

—¿A una fiesta?

—Sí. —Sus ojos se iluminan un poco. Sonríe—. Necesitamos un descanso, un poco de diversión. Me han invitado a una recepción de gala de la princesa Margarita. La hermana de la reina, ya sabe.

Habla como si hubiera olvidado que Clay estaba junto a él cuando abrió la invitación.

—Creí que usted no pensaba ir.

—¿Eso dije? Si lo hice fue sólo por despecho. No puedo ir solo a ese tipo de fiestas, y tampoco pedirle a María que conduzca, pero usted podría, ¿no? Si no le importa conducir. Me gustaría llevarlo como invitado. Podemos ir en mi coche.

Llevado por el radical cambio de humor de Whale, y por el cambio de tema, Clay, aunque desconfía, se siente tentado a aceptar.

—No tengo ropa para una fiesta de ésas.

—Pero si es al aire libre. Será informal, nada muy elegante. Aunque habrá gente famosa, claro. No sólo la princesa, también estrellas. Y aspirantes a estrella... Por docenas.

—¿Como quién?

—Oh, los nombres ahora no los sé, pero todos los británicos. Merle Oberon tal vez. ¿Nova Pilbeam? Pero ésas son de otra época. Sí, ya sé, Elizabeth Taylor.

—¿Elizabeth Taylor irá a la fiesta?

—Es muy probable, es inglesa. ¿Le interesa, señor Boone? Por favor diga que sí, me dará algo que esperar con ilusión. Y podré compensarle por haberme comportado tan mal esta tarde.

—De acuerdo, me apunto.

—¿Vendrá? —pregunta Whale, como si no pudiera creer que fuera tan fácil convencerlo—. Claro que vendrá. Es usted un encanto.

Clay ve en esa última palabra un motivo de sospecha.

—Eh... ¿La gente va a pensar que soy su amiguito?

—¿Cree usted? No, no lo creo. Lo peor que pensaran es que usted es mi enfermero. ¿Sería demasiado penoso?

—A mí no me importa lo que los desconocidos piensen de mí.

—Muy bien, nunca hemos de dejar que las opiniones de los demás se interpongan entre nosotros y nuestros deseos.

¿Es esto lo que desea Clay? Sí, pero no sabría decir concretamente por qué. Sería un imbécil si dijera que no a una auténtica fiesta de Hollywood, con o sin Elizabeth Taylor. Pero por debajo de ese deseo convencional late un alivio inexplicable: el que le produce saber que volverá a ver a Whale, pese a lo que le ha hecho pasar hoy.

Whale se apresura a fijar una hora y ofrece sugerencias para el atuendo. Parece relajado y contento, como no lo ha visto antes. Cuando Clay se marcha, se dan un apretón de manos:

—Muy bien, Clayton. ¿Puedo llamarlo Clayton? ¿O prefiere que lo llame Boone?

Clay carga la cortacésped en la camioneta y se marcha, sin tocar los setos, sin entender por qué ver a Whale otra vez le resulta tan importante o más que ir a la fiesta. Es extraño, es enfermizo pensar demasiado en una cosa, en cualquiera, pero de camino al segundo jardín del día, una casa al otro lado del cañón, Clay se descubre tratando de comprender lo que Whale significa para él. Sabe más de él que lo que la prudencia aconseja saber de cualquier hombre. Es maricón, y extranjero, e impredecible, y continuamente está revelando secretos que Clay preferiría no oír. Pero el viejo ha hecho y visto más que cualquiera de los tipos que él conoce. Su guerra fue hace demasiado tiempo, es cierto, pero es algo, ¿no? Es un privilegio escucharlo, un privilegio y un desafío, y puede que tenga pensamientos sucios con él, pero es demasiado viejo para hacer nada, demasiado viejo incluso para tener un cuerpo en algún lugar debajo de la ropa. Clay nunca lo admitiría, pero si se tratara de

un homosexual más joven, más real físicamente, se habría largado mucho antes.

Mientras corta la hierba del jardín de la tarde —un césped plano y sombreado con un ama de casa desenfadada que lleva cascabeles en sus enaguas de crinolina—, la intranquilidad de Clay ha pasado del sexo a la confusión de saber que existe un hombre como Whale, alguien que le produce una mezcla semejante de miedo, admiración, envidia y compasión. Es un hombre que le desbarata todo lo que le han enseñado que debe sentir, y sin embargo, Clay no quiere dejar de verlo. Es como si deseara estar confundido, y ese deseo lo hace sentir extrañamente culpable.

Había sido hermoso en su imaginación, hermoso y directo, tan sencillo como entrar en la jaula de un león. La fiera lo atraparía con sus zarpas y lo haría pedazos sin pensárselo dos veces, como un niño hambriento que desgaja una naranja.

Tuvo a su león donde quiso tenerlo. Estuvo afinándolo hasta conseguir un tono en el que un beso, o mucho menos —cualquier entrada no autorizada en su espacio íntimo—, sería suficiente para que la fiera atacara. Y de repente Whale comprendió: su bestia era humana. Era irritable, educada y humana. Cuando Whale acarició el aire alrededor de la cabeza de Clay, la mirada no era la de un león furioso, sino la de un perplejo gatito doméstico. Y cuando se deslizó un terrible recuerdo del pasado, el animal se inquietó. No podía hacer nada peor que pegarle un zarpazo, arañarle la cara, tal vez. ¿Qué placer había en eso? Si hasta la nariz le cambió, la que antes era la nariz aplastada de un matón se volvió la nariz aplastada de un niño contra el escaparate de una pastelería. Su fantasía no era loca en un sentido estimulante, sino estúpida. Absurda, estúpida y cruel.

Esto es lo que Whale piensa más tarde, mientras con mucha dificultad sube la cuesta. Se siente aliviado por no haber hecho un papelón, pero deprimido por la fragilidad de su fantasía, por su falta de sentido práctico. ¿Qué tiene que esperar ahora? Entra en la sala, enciende el televisor y se sienta en su sillón. María lo interroga con la mirada cuando pasa a su lado, pero él finge estar absorto en una telenovela. Dentro de una hora, sin su león allí para probarle lo contrario, Whale se preguntará si su cambio de actitud no fue cobardía más que sensatez. Ni siquiera los primeros signos de un dolor de cabeza imaginario lo empujaron a seguir adelante, un dolor de cabeza que comenzó en cuanto decidió abandonar esa línea de ataque. Sintió un gran alivio al tomar esa decisión, exactamente lo mismo que siente un cobarde cuando encuentra una excusa para no hacer nada. Pero ese alivio había sido más profundo que el que produce la mera abstención de hacer o decir algo, más ansioso, hasta agradable, una especie de anticipación. Como si, en efecto, un hombre pudiera hacer otras cosas por otro además de matarlo.

A Whale le sigue entusiasmado la perspectiva de ver a Clay mañana. Ese frágil placer aún sigue intacto. Lo único que lamenta es que la primera oportunidad que se presente sea una fiesta en casa del cabrón de George Cukor.

Por la noche, visto que al día siguiente necesita todas las antenas puestas, no toma el fenobarbital. Tiene las pesadillas de siempre, que olvida al instante en cuanto se levanta, pero se despierta con menos frecuencia durante la noche. Duerme de un tirón, salvo en los momentos de los peores sueños, como si durante el día algo hubiera acabado con sus problemas eléctricos.

Se despierta antes de lo esperado, ve los cubos de colores y los bumeranes de las cortinas bañadas por el sol. Sí, es la neblina, el dolor de cada mañana —¿dónde estoy?, ¿quién soy?— hasta que a través de la bruma matutina capta algo, recuerda

algo que tiene que hacer hoy: ir a una fiesta con Clayton Boone. Y la neblina se dispersa, se parte en dos, como la capa de vapor que recubre una taza de té. No necesita que María lo acompañe al baño. Comienza de inmediato sus abluciones matutinas, se cepilla los dientes largos y descarnados, abre la ducha.

Sabe que Boone no pasara a recogerlo hasta la tarde, sabe que no tiene motivos para estar tan alegre, pero lo está. Los pensamientos que de costumbre le llegan fragmentados y dispersos, esta mañana tienen en qué centrarse: no en el hombre que los piensa, sino en otro hombre, alguien que actúa como un imán para sus pensamientos. Así fue en el estudio ayer, después del almuerzo. Ahora, en la ducha, con el vello blanco alisado como lirnaduras de hierro bajo la lluvia de agua tibia, Whale se sorprende por lo rápido y lo bien que se expresó con Boone. Sus motivos eran turbios, pero al parecer habló con notable elocuencia. ¿Estaré mejorando?, se pregunta. ¿O esta lucidez, esta seguridad sólo serán un fantasma más, un nuevo nudo que se le cierra en el cerebro? Su cabeza lo ha traicionado tantas veces que no puede recuperar la confianza; no olvida el fango revuelto de conciencia rota debajo de su humor de esta mañana. Pero al menos podrá disfrutar de esta lucidez mientras dure.

Desayuna en el comedor. María se maravilla al verlo tan espabilado, tan acicalado a esta hora de la mañana. Whale, como de pasada, le comunica que el jardinero lo llevará esta tarde a una fiesta.

—Sí, ya lo sé, ayer me lo dijo dos veces —dice María con aire cansino, mientras le llena la taza de café—. Es un buen muchacho. Lo cuidará bien.

—No hay nada que cuidar —se mofa Whale—. Hoy me siento rebosante de salud.

—No me diga... —María se queda junto a la mesa, cambiando una y otra vez de lugar la mantequera y recogiendo del mantel las migas de las tostadas—. Boone... es un amigo interesante.

—No me atrevo a llamar amigo a nuestro jardinero.

—No, pero es alguien con quien puede hablar.

El titubeante interés y la curiosidad de María le conmueven y le intrigan.

—¿Echas en falta a alguien con quien hablar, María?

La mujer lo mira.

—Bueno, tengo a mi familia. Y al padre Spinelli.

—¿No echas de menos a Ellen?

Cuando en la casa aún trabajaba Ellen, la cocinera, María y ella habían sido uña y carne.

—No, yo... —Frunce el ceño—. Sí, Ellen era muy buena.

La verdad es que formaban una pareja de lo más extraño: una mexicana retaco y con cara de pan y una irlandesa de cara larga, como dos hermanas desaparejas cuando iban a misa cada santa mañana de domingo.

—Sé que podía ser mandona cuando quería, pero no puede negarse que te quería mucho, María. Estabais siempre cotorreando.

María se pone tensa.

—Las cosas que le decía a Ellen ahora se las digo a Dios. Tengo mucho trabajo —dice, a modo de despedida, y se aleja con brío hacia la cocina.

Por lo visto, se ha metido sin derecho en su vida íntima. No deberíamos olvidar nunca las reglas que hacen posible la convivencia con un extraño, ni siquiera esta mañana en que el buen humor le hace desbordar de curiosidad por los demás. Curiosidad que es una sorpresa después de todos sus meses de autocompasión. ¿Pensará María que ha acusado a Ellen de lesbiana? No, probablemente ni sabe que existen mujeres así. Ellen dejó el trabajo y regresó a Irlanda poco después de que David se marchase. Dijo que había ahorrado suficiente para jubilarse, pero Whale cree que se marchó porque desaprobaba su nueva vida, en especial las fiestecitas en la piscina. A su manera distante, María, deliberadamente empeñada en hacer la vista gorda, siempre había sido más tolerante.

Después del desayuno Whale se pone a escoger la ropa para la fiesta de la tarde. Él y María repasan juntos el armario del cuarto de huéspedes. Es una lástima que haga demasiado calor para lucir sus mejores trajes de raya diplomática, los que sólo se pone para ir al médico. María le despliega los trajes de lino —demasiado tropical, demasiado años veinte—, luego un deslumbrante conjunto náutico —demasiado maricón nuevo rico—, antes de que Whale se decida por un traje ligero azul celeste, informal pero elegante, con rayas azules y blancas de grano fino. Pero... necesita un sombrero, algo deportivo que destaque el corte del traje. Recuerda que en alguna parte guardaba un sombrero color crema de ala ancha que le iría perfecto, pero no lo ve en el armario.

—Debe estar arriba, en su habitación —dice María—. Voy a mirar.

El teléfono suena cuando María sale al pasillo y Whale se queda de piedra. El segundo timbrado es más estridente que el primero, una sierra eléctrica con Campanillas.

Whale se asoma tímidamente al pasillo y escucha cuando María contesta. La voz de la mujer cambia, se desborda en una catarata de sílabas: está hablando en español. Whale se relaja y respira otra vez. Es sólo alguien de su familia.

Whale se dirige al pie de la escalera y espera que María termine y vaya a buscarle el sombrero. Con una mirada de ligera desaprobación la insta a que se dé prisa, pero María se ha esfumado detrás de su español, actúa como si hablar un idioma que Whale no entiende la hiciera invisible. Whale le señala la habitación de arriba para hacerle saber que él mismo irá a buscar el sombrero.

Los escalones son más altos de lo que recordaba, pero es cierto que hace meses que no los sube. Sus rodillas y la madera crujen al unísono. En el pasillo de arriba el aire está más caliente, pesado. Al entrar en el dormitorio principal, el leve desplazamiento del aire basta para que las motas de polvo se pongan a bailar una danza frenética. Contra la pared, una junto a la otra, las camas gemelas.

Las cabeceras y los edredones de satén son idénticos, pero la más alejada de la

ventana tiene una innegable personalidad propia que la distingue. Whale ni siquiera recuerda los cuerpos que durmieron allí. La personalidad de la cama ha absorbido todas las imágenes de David y de Luc. Es sencillamente ella misma, la otra cama. Un ligero vértigo de remordimientos y nostalgia, y luego, de improviso, furia por lo que le ha hecho David. El muy mierda no se ha dignado a contestar su carta, y ciertamente ya debe de haberla recibido; no ha llamado por teléfono, no le ha enviado ni una miserable tarjeta. Pero él ya no necesita que le conteste, aunque la buena educación de rigor diga que una petición de ayuda se merece como mínimo el acuse de recibo. Oh, al diablo con David. ¿Dónde estará el sombrero?

El armario huele a bolitas de alcanfor. Whale se pone de puntillas y baja una pila de sombrereras del estante de arriba, luego una segunda pila cilíndrica, ocho cajas en total. Acerca una silla para sentarse a examinar su contenido. Nunca había pensado que era un hombre de tantos sombreros.

Al abrir la primera caja, lo saluda un horrendo bombín negro que parece un budín quemado. ¿Cuándo tuvo ocasión de lucir ese adefesio? No sabe por qué, pero le trae a la memoria Dudley y, más que nada, el canal de Birmingham.

En otra caja guarda —¡por Dios!— un sombrero tejano. Puede haber sido una broma de David, un regalo en alguna fiesta.

La caja siguiente conserva algo parecido a un sombrero que hubiera muerto, un montón carnoso y pesado de tela de un tono mohoso gris azulado. No puede reprimir el impulso de sacarlo de la caja cuando ve dos aberturas redondas parecidas a dos ojos. Es una máscara... una máscara antigás.

¿De quién será? ¿Qué hace ahí? ¡Qué rígida y pegajosa al tacto! Whale mete una mano por dentro, para llenar la mitad de abajo. Se diría que es alemana. El inhalador de metal, deslucido por los años, está directamente enganchado a una boquilla que parece un pico; en las máscaras antigás británicas, los inhaladores venían aparte, conectados por una trompa de elefante de juguete. Los gruesos cristales irrompibles están amarillentos, pero las correas de cuero no están muy gastadas. Debe de ser excedente de guerra, uno de los objetos de utilería que usaron en *The Road Back*. Sí, no es un recuerdo de guerra, sólo de una película en la que nadie murió.

Sin embargo, Whale no se atreve a ponérsela. Abre la máscara en su regazo y la contempla, es una cosa picuda y sin nariz con los ojos desorbitados, tan abstractamente humana que es imposible no pensar en los muertos. Cuando huele ese acre olor a goma, parece un perro vivo olisqueando a un perro muerto, su ociosa curiosidad mezclada apenas con una débil sospecha de lo que alguna vez tuvieron en común. Pero Whale comprende, comprende perfectamente.

Cuando ayer la guerra se deslizó en su conciencia, fue capaz de transformar en palabras minúsculos fragmentos de la memoria. No le sorprendió recordar tantas cosas, pero sí lo vivos que estaban esos recuerdos. Por supuesto que recuerda, siempre ha recordado, pero creía haber exorcizado hacía mucho tiempo la emoción que esos recuerdos le producían. Había dirigido una obra sobre esos recuerdos, y

después la había llevado al cine. Pero aquí están otra vez, toda la tristeza y el miedo y la tensión de una guerra sin fin, una guerra cuyas únicas salidas eran perder un brazo o una pierna, caer prisionero del enemigo o morir. La muerte. Ya ha estado aquí antes, ya ha convivido con la muerte. Pero ahora ya no tiene la compañía de Barnett y de Evans y de otros cientos de hombres cuyos nombres ha olvidado, ahora tiene que hacerle frente solo. Una perspectiva tan triste y alarmante que por un momento lamenta —ya que de cualquier modo tiene que morir— no haber muerto en las trincheras.

—¡Ay, señor Jimmy!

María aparece en la puerta con un desesperado ceño fruncido.

—¡Pero mire que desastre ha hecho! —Se acerca a las cajas y los papeles desparramados—. Tenga —dice, cogiendo la tapa de una caja aún sin abrir para mostrarle el sombrero perdido. La pone a un lado y comienza a limpiar el estropicio, hasta que ve la máscara en las rodillas de Whale.

—¡Ay! ¿Qué es eso?

—Parece una máscara antigás de la Gran Guerra.

Whale le sonrío y acaricia la máscara.

—Es horrorosa —dice María con una mueca, y continúa apilando las cajas—. Era mi hija la que llamaba. Dice que esta tarde viene con el marido a la ciudad. Quieren verme. Lo siento, señor Jimmy, pero no se preocupe, yo iré al grano y los recibiré en la cocina. Mi yerno sólo quiere que le preste más dinero. Algún plan para hacer dinero fácil y rápido. Y ni siquiera traen a los niños para que los vea la *abuela*^[23]. Le prometo que no se quedarán mucho rato.

Whale sólo la escucha a medias.

—Voy a salir esta tarde, ¿no te acuerdas? Tu familia puede quedarse todo lo que quiera.

—No. Será una visita corta, es mejor así. No pienso cocinar para ellos. El inútil de mi yerno no probará ni un bocado de *nuestra* comida.

Cuando termina de arreglar las demás sombrereras, le tiende a Whale la caja de la máscara antigás; quiere que sea él quien la guarde, pues ella no quiere ni tocarla. Whale tensa la máscara entre las manos y le echa una larga y última mirada antes de dejarla caer en la caja.

—Puedes tirarla a la basura.

—¿A la basura? —Su idea de que nunca hay que tirar nada es más fuerte que su aprensión—. ¿No conoce a nadie a quien pueda interesarle?

Whale no puede evitar sonreír.

—No creo que haya mucha demanda en estos días. El gas mostaza no abunda en la soleada California.

—Lo que usted diga, señor Jimmy. A la basura, pues.

María le pone la tapa a la caja y se la lleva a la cocina.

No, no tiene sentido conservar ese souvenir. Como si necesitara algo que le

recordara adónde va. Al mirar el armario abierto con sus trajes guardados en sacos de plástico y sus cajas de sombreros, se pregunta por qué no lo tira todo de una vez. Ropa, sombreros, muebles, coche. Desprecia todo lo que tiene. Es cierto que son sus efectos personales, trastos todos que él considera más inútiles que los sencillos puñados de cartas, fotografías, libretas de ahorro, Biblias impolutas y relojes de bolsillo que embalaban y enviaban de vuelta a casa desde Flandes. Allí la muerte era mucho más sencilla.

Después del almuerzo se echa un rato, exhausto; tiene sueño, pero también miedo a quedarse dormido. Cada cabezadita es una lotería. No es que tema no despertar, lo que le da miedo es despertarse con la cabeza destrozada. Hoy no, suplica. Por favor, hoy no.

Pero se duerme, y cuando María llama a la puerta, sale de su siesta muy despejado, como nuevo, encantado con las sensaciones recobradas. Su tranquila ansiedad se parece a un encantamiento: su jardinero lo va a llevar a una fiesta. El hechizo se vuelve más intenso mientras se pone el traje azul celeste de corte perfecto. Recuerda una antigua tristeza, pero la siesta la pone en un pasado distante. Se divierte ante el espejo tratando de elegir un pañuelo entre una multitud de diferentes colores —una corbata es demasiado formal, y además le dijo a Boone que no se requería etiqueta— antes de decidirse por un pañuelo azul eléctrico con ojos dorados. Se coloca unas gafas de sol algo pasadas de moda en el bolsillo de la chaqueta, dos hostias de cristal ahumado. Aún sigue indeciso en lo tocante al bastón —lo que era elegante como objeto de utilería es patético cuando se necesita de verdad— cuando oye sonar el timbre.

Nada de bastón, decide al final. Pone en su lugar un último mechón de pelo rebelde y sale al encuentro de su hombre.

María ha abierto la puerta. Al final del pasillo, la silueta recortada contra el sol brillante de la tarde, está Clay Boone.

Es enorme. Whale estaba preparado para que la realidad lo defraudara, pero no... Los hombros de Boone llenan todo el hueco de la puerta. La parte superior de la cabeza perfectamente plana. Se ha cortado el pelo, observa Whale, y queda encantado con lo que acaba de ocurrírsele: Boone es su monstruo, un monstruo que se le ha aparecido en la forma de un fornido joven americano, y tiene una cita con él.

—Buenas tardes, Clayton. ¿Listo para mezclarse con el Imperio?

—Supongo.

Boone sigue en el felpudo, las manos en los bolsillos traseros, con cara de que para él la salida de esta tarde es poco más que una pesadez. Su falta de emoción es exactamente lo que se requiere en un monstruo; sin embargo, de golpe se sale del personaje y dice:

—¿Estoy bien así?

—Está usted espléndido, chiquillo —contesta Whale antes de molestarse en mirarlo.

Pero sus pantalones caqui están limpios y planchados, la camisa color naranja se ciñe muy bien a su musculatura y deja al descubierto la parte de tatuaje justa para mostrar que tiene un tatuaje.

—Espléndido. ¿Las llaves del coche, María?

María las saca del bolsillo del delantal y se las da a Whale, que enseguida se las pasa a Boone.

—Todo suyo. Confío en que sabrá conducir un automático.

—No sufra.

Clay echa un vistazo a las llaves y baja deprisa los escalones que llevan al garaje. Su camioneta está en la esquina opuesta del camino de entrada.

Whale se cala con gesto automático el sombrero color crema; hay cierta satisfacción sensual en apretar la arruga y el hoyuelo de la corona.

—No volveremos muy tarde, María.

—Cuando usted vuelva ya se habrán ido, señor Jimmy —le dice—. Mi familia.

—Ah, bueno. No se preocupe, querida. Hoy me siento muy generoso y no pienso negarle que pase un rato con su familia.

Boone ha abierto la puerta del garaje. Cuando Whale entra, por el lado del acompañante, Boone examina el Chrysler, lo acaricia con los ojos.

—Supongo que querrá que bajemos la capota —dice Whale.

—Oh, por supuesto —dice Boone—. Si no le parece mal.

—Nada me gustaría más en este momento.

Whale espera mientras Boone se mete detrás del volante, corre el asiento hacia atrás y explora los mandos. El garaje tiene un cálido y dulce olor a aceite y vinilo. A lo largo de la pared de la derecha hay varios cubos de basura limpiísimos, y encima de uno de ellos una sombrerera.

La capota de vinilo se pliega hacia atrás, con un fuerte ronroneo mecánico.

Whale sube al coche. Hoy tiene lugar de sobra para las piernas.

Boone enciende el motor. Al volante está en su elemento. Whale admira la gracia con la que Clay se vuelve al salir del garaje marcha atrás, es un centauro que se vuelve con aire despreocupado para inspeccionarse una pata trasera.

María sigue en la puerta de calle, las manos metidas en el bolsillo del delantal. Whale la saluda con el ala del sombrero cuando el coche pasa por delante de la puerta. Pero no se da la vuelta para ver si ella le dice adiós con la mano. Los árboles inmóviles de Amalfi Drive desfilan majestuosos a su paso, las aburridas casas del barrio van desapareciendo. El sol chisporrotea en el tapizado desnudo y el cielo es una agradable sorpresa. Qué hermoso, piensa Whale, viajar en un descapotable, y con semejante tiazó.

Boone parece estar cómodo, el brazo izquierdo apoyado en la portezuela, la mano derecha sujetando el volante con sorprendente delicadeza.

—Bonita máquina —dice.

—¿Le gusta?

Whale siente al instante el deseo de regalarle el coche, si no hoy, cuando se muera; pero esta tarde no se siente tan mortal.

—¿Adónde vamos exactamente? —pregunta Clay.

—Beverly Hills.

—¿La dirección?

Whale tantea en su americana, primero encuentra las gafas de sol, luego la tarjeta doblada. Lee la dirección en voz alta.

—¿Sabe dónde está eso? —pregunta Boone.

—Sí, he estado allí alguna vez —dice Whale—. Puedo decirle cómo llegar en cuanto vea por dónde vamos.

Al llegar a Sunset, Boone pisa el acelerador y el Chrysler despegar. Por encima del parabrisas el aire se convierte en un rugido. Suben colina arriba, a toda velocidad, atravesando sol y pinos, el paisaje se hace borroso, el cielo parece inmóvil, es como si volaran hacia el cielo. Lástima que el cielo estará lleno de gente a la que Whale no tiene muchas ganas de ver; pero no le importa, exulta de alegría simplemente por no haberse quedado en casa, por estar en la carretera, y por tener como chófer a un tipo tranquilo y cachas. Una vez más vuelve a sentir el cosquilleo que le ha producido su «broma privada»: Clayton Boone es su monstruo —o un amable sustituto americano — ¡y está llevándole a una fiesta!

George Cukor reside en la parte alta de Beverly Hills, en una mansión en la ladera de una colina, por encima de la presuntuosa mezcolanza de grandes casas, pequeñas parcelas y palmeras reales que no alcanzarán esa altura hasta dentro de diez años. Su villa, enorme, era moderna en 1932, cuando la compró, pero Cukor ha dejado el edificio intacto, y ha añadido y retocado sólo los extensos terrenos adyacentes. Hay tres casas más pequeñas en la propiedad, que Cukor alquila a amigos, y una intrincada serie de terrazas y senderos que suben y rodean la colina. Directamente detrás de la casa, un vasto patio de piedra con unas cuantas estatuas romanas y la sempiterna piscina. Una pared de ladrillo de siete metros de altura no deja ver la casa desde la carretera que bordea la colina. En una esquina, entre el patio y la ladera, se extiende un jardín que es un escándalo de camelias y, en el centro, un islote de césped del tamaño justo para un partido de croquet.

Para la fiesta de esta tarde han preparado palos y estacas, pero sólo un puñado de críos muy bronceados se pavonean revoleando los mazos. Los adultos están ocupados conversando. Sonrisas selectas llenan el aire con palabras: una charla cordial, intrascendente, afectada. Todos los invitados, ingleses y americanos, están ahí para ver y ser vistos. Hasta los niños que juegan al croquet se mueven con el aire titubeante de quien sabe que le están haciendo fotos. Y, por supuesto, hay fotógrafos. Cuatro de ellos se pasean entre los invitados, haciendo estallar sus flashes en delicados parpadeos de luz sobre luz.

El alboroto de la fiesta puede oírse desde la carretera, donde Clay aparca como puede entre una larga fila de flamantes automóviles con el morro rozando la alta pared de ladrillos. Los cedros cubren la carretera con una apagada sombra verde oliva, pero al otro lado del muro brilla el sol y se oyen voces.

—Estrellas. Soles de otras galaxias —dice Whale.

Clay no dice nada mientras suben por el empinado sendero que lleva a la caseta del guarda. Distante y rígido, con la conciencia entumecida por una especie de calambre mental que no ha dejado de atormentarlo desde que recogió a Whale en Amalfi Drive, Clay quiere ver a las estrellas de cine, por supuesto, y al señor Whale inmerso en su antiguo mundo de Hollywood. Pero no sabe muy bien cómo comportarse hoy con el viejo. No es un ligue de Whale, eso está claro, pero tampoco quiere ser su criado. No son familia, y tampoco puede decirse que sean amiguetes. Clay no ha podido establecer quiénes son en privado, pero aquí están en público, y qué público.

—El viejo George —dice Whale mientras en la entrada una mujer controla su invitación—. Le gusta darse pisto.

La mujer no sonrío y se limita a hacerlos pasar con un gesto de la mano a un patio soleado con setos y estatuas que parece la parte trasera de un museo. Desde atrás la gente se ve aureolada por los refulgentes halos del cabello y de la ropa. El aire parece

vibrar a unos cincuenta centímetros de sus cabezas, pero no por obra de la inteligencia o de la fama, sino por el efecto de una nube de jejenes.

Todo lo que Clay puede ver al principio son típicos socios de un club de campo, todos iguales a sus clientes. Algunos corrillos se congregan alrededor de la piscina, como si junto al agua no hiciera tanto calor: el aire está seco y el sol cae con fuerza en las colinas. De pronto, una mujer algo madura y vestida con pantalones atrae su atención, pero no, no es ninguna de sus clientes. La ha visto en el cine, en papeles de madre o de tía.

—¿Qué le dije? —dice Whale—. Escuche.

—No oigo nada.

—Exacto. No hay música. Cukor es demasiado tacaño para contratar una orquesta. Prepárese, que nos espera pura cháchara.

Clay ve otra cara conocida, un tipo gordo y mofletudo con aire de mayordomo. No sabe sus nombres, pero la presencia de caras que él reconoce hace que todos parezcan sin vida, embalsamados.

—Saldos y retazos —dictamina Whale—. Oh, pero si ahí está Gladys Cooper, vive en mi misma calle. Pero no creo que le interese. Bueno, todavía es pronto, los actores que están rodando deben de estar saliendo de los estudios ahora. Puede que sea un buen momento para presentar nuestros respetos a la invitada de honor. Antes de que se forme la cola y tengamos que sacar número.

Clay le sigue al jardín, hacia una hornacina enrejada cubierta de hiedra. Un grupillo de gente sonrío a una singular pareja que al parecer no quiere moverse de un lugar a la sombra: un anciano con gafas, bastante feo, y una hermosa mujer con un vestido blanco a lunares.

La princesa Margarita tiene veintisiete años y se rumorea que este mes tiene un nuevo enredo amoroso. Sonrisa tras sonrisa, consciente de su deber, conversa bajo el anchísimo sombrero de paja con los que se acercan a saludarle, y aguarda con paciencia a que llegue la próxima estrella de carne y hueso. Cukor se ocupa de presentarle a los invitados, su cara de caballo enseña la orgullosa sonrisa de un pescador que posa con la pieza más grande de la temporada. Cuando él y la princesa sonrían juntos, generan olas de estática; un fotógrafo acecha a la izquierda.

Whale quiere terminar este trámite cuanto antes. No siente amor alguno por la realeza y esta tarde, cuando la presencia de tantos compatriotas le hace sentirse un intruso, un impostor, deplora la misma existencia de reinas y princesas y demás séquito. Pero aquí son todos impostores, ¿no? Y comienza a parecerle una broma maravillosa a la Madre Inglaterra el que un hijo de Kiev o de Cracovia, o de donde sea la familia de Cukor, esté haciendo de anfitrión de Su Alteza Real; un hijo de Dudley puede apreciar mejor que nadie el lado cómico de la situación. Él y Cukor tienen mucho en común.

Whale se olvida de quitarse el sombrero. Sin embargo, antes de poder darle a Cukor los nombres para que pueda presentarlos —ha pasado mucho tiempo y teme

que George no lo reconozca— la cordial sonrisa de la princesa estalla en un blanquísimo despliegue de dientes.

—No me imaginaba que fuera a venir —exclama la princesa, haciendo caso omiso del protocolo, y le tiende una mano enfundada en delicados guantes blancos—. ¿Cómo está usted?

Whale está tan sorprendido que lo único que atina a decir es:

—Bien, muy bien. ¿Y Su Alteza?

—No podía estar mejor, ahora que sé que usted sigue por aquí.

De pie detrás de él, Clay está más impresionado que sorprendido: Whale conoce a una princesa. Lo que sí le ha sorprendido es que una muchacha con vestido a lunares pueda ser un miembro de la familia real inglesa.

—¿Podremos vernos mientras esté en la ciudad? —suplica la princesa—. Me muero de ganas de volver a posar para usted.

—¿Posar? —Whale le echa una mirada a Cukor, que también lo mira, desesperado por saber quién será este hombre que Su Alteza encuentra tan importante.

—Oh, sí, me he cambiado el corte de pelo desde nuestra última sesión. Es mucho más elegante así, ¿no cree?

Sólo la decepción que siente supera al alivio que experimenta Whale al darse cuenta de que la princesa lo ha confundido con otro. Se quita las gafas de sol para que Margarita pueda verle los ojos.

—Oh, Dios mío. ¿Habré metido la pata?

—Señora, el placer es mío —le dice Whale—. James Whale.

—Qué gansa que soy —dice la princesa, riéndose de sí misma—. Lo confundí con Cecil Beaton. Creí que había adelgazado, me dijeron que Cecil estuvo en Japón y pensé que había pescado alguna bacteria por ahí. Y el sombrero. Lleva un sombrero igual a los que usa Cecil.

Whale sonrío e intenta reírse con ella mientras trata de reprimir un sentimiento de humillación.

—Hola, George. James Whale —dice, dándole la mano al anfitrión—. El amigo de David Lewis. —Y volviéndose a la princesa, añade—: En mis tiempos fui director de cine, señora.

La cordial respuesta debería invitar a Cukor a nombrar una de sus películas —con toda seguridad la princesa Margarita ha oído hablar de *Frankenstein*—. Pero Cukor sólo frunce el ceño cuando oye la palabra «amigo», teme que su invitada de honor comprenda el verdadero significado. Cukor dirige la vista al joven que acompaña a Whale.

—Por supuesto —masculla Cukor, y luego le dice en tono de broma a la princesa —: En esta ciudad no se puede tirar una piedra sin darle en la cabeza a uno de nuestros viejos directores de cine.

No quiere ser insultante, pero Whale se mosquea. La bromita de Cukor ha sido la

gota que ha colmado el vaso de su amor propio, y siente deseos de contraatacar. Al darse la vuelta, ve a Clay, que espera su turno, y comprende que ésa es su oportunidad.

—Su Alteza Real —dice en voz bien alta—, permítame que le presente al señor Clayton Boone.

Clay se adelanta a darle la mano.

—Mi jardinero —añade Whale alegremente—, que ha insistido en que lo trajera esta tarde. Tenía muchas ganas de conocer a gente de la realeza.

Y George Cukor se pone rojo de indignación, como si recibiera un pelotazo inesperado en la cabeza.

—Es un placer conocerla —le dice Clay a la princesa, echándole una mirada confundida a Whale.

La princesa Margarita, que no entiende muy bien qué está pasando, finge no haber oído nada.

—Igualmente —dice, y después se recupera completamente con un—: Adoro los jardines.

Pero es a Cukor a quien Whale quiere pinchar, no a la princesa.

—Nunca ha conocido a una princesa. Sólo conoce *reinas* —dice, con los ojos entrecerrados y afilando la sonrisa.

La cara indignada de Cukor cambia de color; el dueño de la casa saca pecho, pero, por respeto a la realeza, no dice nada; sólo apunta un bulboso labio inferior a Whale.

—George, Su Alteza Real —dice Whale, fingiendo dirigirse a ambos—, ha sido un honor. Una ocasión que recordaré mientras viva. Vamos, muchacho. Su Alteza Real y el señor Cukor tienen cosas más importantes que hacer.

Whale se lleva a Clay y una pareja de nativos ocupa inmediatamente su lugar. Whale está encantado de la vida. El viejo perro todavía tiene dientes, todavía puede defenderse solo.

—¿Puede decirme qué ha pasado? —pregunta Clay, irritado. Sabe que se han intercambiado insultos, pero para él es como si lo hubieran hecho en una lengua extranjera.

—Nada importante —dice Whale—. Sólo dos viejos que se abofetean con lirios. —Haber utilizado a Boone para alcanzar sus objetivos le produce una punzada de remordimiento—. ¿Tomamos algo?

Buscan un camarero y piden, Whale un martini y Clay una cerveza. De pie a un lado del patio mientras esperan sus bebidas, Whale encuentra el acento inglés que impera en el jardín menos penoso que antes.

Y entonces lo ve. Al otro lado del patio de piedra. Ha entrado con una mujer del brazo.

Una oleada de interés recorre la fiesta; la gente mira con discreción, no al hombre, sino a la mujer, semioculta detrás de un fular y unas gafas de sol. Pero

Whale sólo ve la cara de amargado. Y la calva.

—¿Quién es?

—David —murmura Whale—. El amigo que creía que estaba en Nueva York.

—No, el tipo no, la chica.

—¿La chica? Ah, es Elizabeth Taylor.

Clay la observa boquiabierto mientras la actriz saluda a alguien con la mano y suelta un alegre hola. Liz Taylor se quita apresuradamente el pañuelo. Sí, es ella, radiante, y está a menos de cinco metros de él. A tamaño natural parece menos mágica que cuando medía más de diez metros en la pantalla de un cine al aire libre. Clay necesita repetir el nombre en voz baja para que vuelva a ser mágica. Liz le deja el pañuelo al viejo que la acompaña y se marcha corriendo de puntillas a abrazar y besar a una mujer.

—No me ha tomado el pelo —dice Clay—. Ella está aquí, en persona.

—Por lo visto.

Whale no puede quitarle los ojos de encima a David, que sigue de pie con el pañuelo de la Taylor en la mano, sin saber qué hacer con él. Hasta que al final se pone a doblarlo, como una madre diligente que recoge las cosas que el crío va dejando por ahí. Su cara se ha relajado y ha recuperado su expresión natural de sufrida resignación. Whale se debate entre evitar al pequeño mentiroso o hacerle frente.

—¿Conoce usted a alguien que conoce a Elizabeth Taylor? —dice Clay.

—Bah, sólo al productor de su última película.

David echa un vistazo a su alrededor y se guarda el pañuelo en un bolsillo de la chaqueta. Y entonces lo ve: a Whale, que no ha dejado de mirarlo. David de inmediato mira a izquierda y derecha, como si temiera haberse equivocado de fiesta, como si hubiera aceptado la invitación pensando que su ex no vendría. Pone su cara pública —sonrisita de conejo— y atraviesa el patio con aire despreocupado.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? —dice David.

—Precisamente lo mismo iba a preguntarte yo a ti. Creía que estabas en Nueva York.

—Estaba. Hasta anoche. Relaciones públicas me pidió que acompañara a la señorita Taylor para la recepción de esta tarde. Deberías estar en casa, en la cama.

—Estoy en plena forma.

—No es eso lo que me decías en tu carta.

—¿La que nunca contestaste?

Touché.

—Sabía que iba a volver pronto, pensaba llamarte esta noche, o pasar a verte mañana, tal vez.

El camarero llega con las bebidas. Sólo cuando Clay coge su vaso de cerveza, David se da cuenta de que Whale no está solo.

—David Lewis —se presenta, bajando la voz media octava y tendiéndole la

mano.

—Clay Boone. —Clay le da un apretón de manos—. Nos conocimos hace unas semanas cuando me contrató para trabajar en el jardín del señor Whale.

—Es nuestro jardinero —confiesa Whale con una sonrisa de lagartón—. Ha sido tan amable de hacerme de acompañante en esta recepción, si es que puede llamársela así.

Whale alza su martini para brindar con Clay.

David los mira con cara de preocupación. El martini le viene de perillas para hacer un comentario.

—¿Te parece bien beber en tu estado?

—¿Mi estado? Me hablas como si estuviera embarazado. Y ya sabes, David, que a mí no me gustan los niños, sino los hombres bien crecidos —dice, y le sonrío a Clay.

Clay se siente atrapado en una pelea entre marido y mujer, con la diferencia de que aquí se trata de dos hombres.

—Creo que voy a darme una vuelta —les dice; de todos modos, lo que él quiere es ver otra vez a Elizabeth Taylor.

—Por favor —dice David con suma cortesía—. Me gustaría conversar unos minutos con el señor Whale.

—Por mí no se preocupe —dice Clay, y se apresura a largarse.

—No se vaya demasiado lejos, Clayton —le dice Whale— Y pórtese bien.

David espera hasta que Clay está al otro lado de la piscina para decir entre dientes:

—¿Qué estás haciendo con el jardinero?

—Nada. Absolutamente nada. Es un... amigo, un pequeño capricho. Aunque de pequeño no tiene nada, ¿verdad?

Whale disfruta refregándose por la cara.

David se inclina y le dice al oído:

—No está nada bien que te traigas a un ligue a una fiesta de George.

—¿Es eso lo que te molesta? ¿No la posibilidad de que este liado con el jardinero sino que tenga la cara de presentarlo a tus amigos? Bueno, es demasiado tarde para preocuparse. Deberías haber visto la cara de George cuando le presenté a Clayton.

David se queda de una pieza.

—¿No me digas que...?

—Sí te digo. Pero la princesa Margarita estuvo encantadora —le dice Whale—. A sus ojos todos somos iguales. Igual de plebeyos, supongo.

David sigue paralizado. En una época el aguijonazo a Cukor le habría hecho reír, en privado, se entiende, claro. Pero las placas de bronce en la puerta y las alfombras de pared a pared han hecho mella en él, y se le ve tan nervioso y asustado como todos los demás. Whale dejó de estar enamorado de David no cuando empezó a perder el pelo, sino después, cuando perdió el temple.

—No me harás pasar vergüenza, Jimmy. Eres tú el que está haciendo el ridículo.

—Oh, por Dios, David. ¿Qué me estás diciendo? ¿Que nunca volveré a trabajar en esta ciudad?

—Ya sabes lo que te quiero decir. Tienes que cuidar tu reputación.

—Pero si yo no tengo reputación. Soy libre como el aire.

—De acuerdo, ¡pero los demás no! ¿O te olvidas de ese detalle?

—Tienes razón. Incluso los que tenemos un pie en la tumba debemos andarnos con pies de plomo para no hacer pasar vergüenza a los vivos.

A David se le vuelve a crispar el rostro; no son los nervios esta vez, sino la culpa.

—No era eso lo que quería decir. Y no hables así, Jimmy. Todavía tienes muchos años por delante; sólo tienes que cuidarte.

Whale responde con un suspiro cansado. Es una respuesta tan consabida, tan típica de David. El juego de hacer que el pobre conejito se sienta incómodo pierde toda su gracia; es demasiado fácil.

—Para tu información —le dice Whale—, el joven en cuestión no es un ligue. Es un muchacho americano común y corriente, y muy decente. Un *ex marine*. Y no lo he tocado.

—¿No? —David se pone más culpable, más patético—. Te conozco demasiado bien para creer que ni siquiera has considerado esa posibilidad.

—Oh, claro que la he considerado. He considerado muchas cosas que no han ocurrido ni tienen por qué ocurrir —confiesa Whale—. Lo he invitado a tomar el té y a almorzar. Le gusta escucharme. Hasta ahí llega nuestra relación. Alguien con quien hablar, nada más.

La mirada dolorida persiste, pero David asiente, como si le diera permiso para ver a Boone.

—¿No decías en tu carta que creías que te estabas volviendo loco?

—¿Eso dije? Bueno, fue la semana pasada. Esta semana me siento bien.

¿Qué había querido de David cuando le escribió? ¿Por qué se había tomado la molestia de cargar con sus temores a este tipo totalmente falto de imaginación?

—Sí, hoy se te ve muy bien —insiste David, para sí mismo y para Whale—. Bien, pero retorcido.

Es tan fácil hacer que David se sienta culpable que a Whale empieza a darle pena.

—Sí, hoy soy un viejo desagradable. Debes de lamentar profundamente haber pedido que me mandaran una invitación. Nunca imaginaste que vendría, ¿verdad?

David lo mira.

—Yo no le pedí a George que te invitara —confiesa.

—¿No?

—Ni siquiera supe nada de esta recepción hasta el viernes, cuando los del estudio dijeron que la señorita Taylor tenía que asistir.

—Entonces, ¿por qué me invitaron?

—Puede que George te haya invitado por su cuenta.

—George no sabe que existo. Esto sí que es un misterio —dice, y sonrío, sorprendido e intrigado a la vez.

—Yo no me preocuparía —dice David—. Es posible que la secretaria de George tuviera una lista del consulado británico.

—¿Te parece? Sí, es lo más probable.

A Whale le decepciona que el misterio tenga una explicación tan obvia.

David y Whale se apartan para mirar los cuerpos y las sombras que se alargan a la luz alimonada de la tarde.

—¿Quieres que vaya a desayunar mañana? —pregunta David.

—¿Te queda algún hueco en tu apretada agenda?

—Me haré uno. No es éste el mejor lugar para conversar. Además, tengo que hablar con mucha gente por asuntos de trabajo. Creo que ya tengo la fecha de estreno de mi película.

—Felicitaciones, David. Es maravilloso.

—¿Te las arreglas solo?

—Perfectamente. Mi joven amigo no debe de andar lejos.

—Bien, entonces... —David lo mira con cierta timidez, algo asustado, como si quisiera tocarlo pero no pudiera, no en este lugar—. Nos vemos mañana.

—Estoy seguro de que a María le emocionará volver a verte.

David asiente y se aleja. Whale lo observa atravesar el jardín hasta la piscina y saludar a un grupo de ejecutivos. ¡El hombrecito calvo con el que compartió la cama veinte años! Verle aquí se le hace igual de extraño que ver aparecer esa misma cama en una fiesta, y verla conversar con desconocidos.

Whale se siente agotado. Sin el placer de discutir con David como fuente inmediata de energía, nota de pronto el devastador efecto del martini bajo el sol. Quiere sentarse, pero lo único que ve a un lado del patio es un torso romano en un arriate. Los duros hombros y el cuello partido de la estatua no prometen un asiento confortable.

Camina por el borde del patio, lejos de David y sus compinches. Mira a su alrededor con la esperanza de ver a Clayton o una silla. A1 chico se lo ha tragado la tierra, pero hay un montón de tumbonas debajo de una higuera de Bengala al otro lado del campo de croquet. Whale se dirige hacia ese paraíso a rayas como flotando, pasa junto a gente que no ha visto en su vida, ingleses que ni se molestan en volverse a mirar al anciano con gafas de sol y sombrero de Cecil Beaton, invisible cual fantasma a plena luz del día.

Sería una buena historia, se dice Clayton. No tiene a nadie a quien contársela, salvo a desconocidos, pero será una buena historia para contársela a alguien, algún día.

En busca de Elizabeth Taylor, pasea la mirada por encima de un jardín de cabezas

que parlotean. Conversaciones que parecen inteligibles hasta que intenta meterse en ellas: acentos ingleses más cerrados o más chillones que el del señor Whale, salpicados de consonantes bien articuladas. Clay se descubre junto a caras que le resultan vagamente familiares y tiene que refrenarse para no que darse mirándolas como si estuvieran en una pantalla de cine y no pudieran saber que alguien las mira embobado.

Se le pasa el alivio de haberse librado de Whale y de su amigo o amante o lo que sea; sin el viejo se siente perdido, nadie le explica las cosas ni le dice quién es fulano o mengano... Y dar vueltas por el jardín en busca de caras famosas no es algo que él haga todos los días. Clay nunca se ha preocupado mucho por la fama, para él fama es lo que todo el mundo cree, adora y envidia. Los famosos parecen más reales que los demás; pero hasta que uno los ve de cerca; entonces, el misterio, cualquiera que sea, se evapora. Él aquí no va a conocer a nadie como conoce al señor Whale. Clay adora a Elizabeth Taylor y más de una vez ha soñado despierto con ella, pero no cree que sea capaz de contarle sus fantasías, ni siquiera quitándole las partes obscenas. Continúa su cacería diciéndose que sólo quiere verla para comprobar si tiene la piel tan suave y tersa como en el cine, y si es cierto que sus ojos son de color violeta.

Pensando que podría localizarla desde arriba, sube los escalones de piedra del lado opuesto del campo de croquet. Una irregular sucesión de terrazas rodea la ladera. Hay algunos invitados entre los árboles frutales y las yucas, esos ramos de cuchillos verdes. Al final de la terraza que da al jardín en el que la princesa Margarita aún no ha terminado el besamanos, dos hombres y una mujer se lo pasan bomba tratando de identificar a los famosos, a las glorias del pasado y a los que nunca lo fueron. Vista desde arriba, a distancia, toda la fiesta parece más divertida que abajo; en realidad, así es como le parecen a Clay casi todas las fiestas. Las voces se confunden en una especie de sonsonete al aire libre. Whale y su amigo ya no están en el lugar del patio donde los dejó, pero no tiene por qué preocuparse. Él se ha quedado las llaves del coche.

Se aproxima a los estrechos escalones que llevan al siguiente nivel. Una mujer joven, sentada con aire triste en un banco de piedra empotrado en la pared rocosa, apoya la cabeza en las piernas cruzadas; en una mano tiene un cigarrillo sin encender. La joven mira a Clay sin interés cuando él se acerca.

Clay la saluda con la cabeza. Es pálida, pero guapa, como de porcelana pintada: los labios rojos y el pelo negro.

—¿Tienes fuego, cielo?

—Claro.

Clay rebusca la caja de cerillas en el bolsillo.

La chica se pone el cigarrillo en la boca y con ojos cansinos observa las manazas de Clay.

Hablar con alguien del sexo opuesto es exactamente lo que Clay necesita en este momento. La falda y la blusa de la chica se ven sencillas en comparación con los

vestidos que lucen las otras mujeres, pero eso precisamente la hace más accesible.

—Genial —dice, a la vez que exhala una espesa nube de humo.

—Pues aquí me tienes. —Clay no sabe muy bien si la chica está dándole las gracias o tomándole el pelo—. Me llamo Clay.

—Y yo me llamo fango. O me llamaré, cuando vuelva al hotel.

Habla con acento nasal, y parece algo borracha.

—Beryl —añade la chica al ver que Clay no se ríe—. Me llamo Beryl.

Ahora Clay le sonrío, mientras enciende uno de sus cigarrillos.

—Tres hurras por Hollywood —suspira la chica—. Porque esto es Hollywood, ¿no?

—Es lo que me han dicho. —Clay se sienta a su lado, con cuidado de no pegársele demasiado—. Menuda fiesta, ¿no crees?

—Sólo judíos e ingleses —dice la chica con naturalidad—. ¿Tú qué eres?

—¿Yo? Bueno, ni una cosa ni la otra.

—¿Actor? Si trabajas en películas del Oeste, no me esforzaré en reconocerte. Nunca veo pelis de vaqueros.

—No, no trabajo en cine. Soy amigo de alguien del gremio.

—Yo también. O de alguien que quiere serlo. ¿Ves a ese alfeñique, allí abajo, al lado de la piscina? El que está metiéndole la nariz por el culo al productor más gordo y con el puro más grueso.

Clay mira, pero hay más de un hombre gordo con un cigarro, y también unos cuantos alfeñiques.

—No, cariño, el joven y airado. El dramaturgo de moda. ¿No es joven? ¿No es airado? —dice ella, burlona^[24].

Para Clay, que Beryl tenga un novio o que estén enfadados no significa absolutamente nada; él lo único que quiere es charlar un rato con una chica bonita.

—Les bastó con pasarle los dólares por debajo de la nariz, mandarnos en avión desde Nueva York, y ya está, a lamerle el culo a los grandes. ¿La voz de la clase obrera? ¡Ja! ¡Airado! ¡Dos veces ja! De airado, nada. Envidioso, eso es lo que es.

—¿Qué estabas haciendo en Nueva York?

—Ahí es donde se representa su obra, nuestra obra. Yo hago un papel, así que supongo que sigue siendo nuestra. Hasta que hagan la película con actores yanquis.

—¿Eres actriz?

—Yo digo que lo soy, pero puede que haya quien no piense igual.

Clay no sabe lo bastante de teatro para seguir en ese terreno.

—¿Y qué te parece América?

—Te la regalo. Nueva York por lo menos. Tres meses y ya estoy harta. Echo de menos Londres, allí la gente se conoce.

—Si echas de menos tu país, debería gustarte esta fiesta. Casi todos son ingleses.

Beryl lo mira con desdén.

—Puede que a ti te lo parezcan, cariño, pero son del museo de cera. Todos esos

acentos carcas de ninguna parte. Tantas reverencias, y a la princesa Margarita, la estatua más grande de todas. En Inglaterra, sólo a los tenderos se les cae la baba con la realeza. Esta gente vive en un cuento de hadas. Como si no hubiéramos tenido una guerra y un gobierno laborista.

—O sea, ¿como vaqueros de verdad y vaqueros de cine? ¿Eso es lo que quieres decir? —pregunta Clay.

—No conozco a ningún vaquero de verdad. ¿Eres tú un vaquero de verdad?

—No. —No puede decirle que se dedica a cortar céspedes—. Fui *marine*.

—¿Sí? No me digas. —La chica lo mira de arriba abajo con una sonrisa de aprecio—. Se te ve grande y fuerte. A ver, enséñame los músculos.

Clay se ríe, pero dobla el codo y saca músculo.

Con los párpados bajos, mirando el cigarrillo que le cuelga de los labios, Beryl rodea con las dos manos el redondo bíceps de Clay. Sus uñas rojas no llegan a tocarse.

—¿Estamos cachas, verdad? —dice, y mira hacia la piscina—. Este banco es un crimen para un culito como el mío. ¿Te importaría mucho que me sentara en tus rodillas?

Antes de que Clay decida qué ha de responder, si reírse o seguirle el juego, la chica se pone de pie y se le sienta encima.

—Así estoy mucho mejor. —Le pasa un brazo por los hombros, con la misma naturalidad con la que lo apoyaría en el respaldo de una silla—. No soy demasiado huesuda, ¿verdad?

—Oh, no.

Es ligera como un pajarito, y está calentita. El calor de sus nalgas se le filtra en los muslos. Pese a que es malhablada, es una sorpresa que no sea de porcelana, sino de carne y hueso; de carne húmeda, además. Clay le pone una mano en las piernas, con cautela, para mantenerla más cómoda en su lugar.

—Sí, sí. Esto es precioso. ¿Quién necesita a un imbécil cuando puede tener a un hermoso vaquero?

Beryl se vuelve a mirar otra vez la fiesta, y le cubre la cara con el pelo y su olor a tabaco y a flores. La blusa se desliza lentamente por los hombros. Clay tiene que luchar contra el impulso de besarle el cuello húmedo.

—¿De qué estábamos hablando? —pregunta ella.

—Eh..., de Inglaterra. Y de vaqueros.

—Me alegra que no lo seas. Lo único que los vaqueros besan son sus caballos.

Podría ser una invitación, pero ella continúa fumando. Clay apaga su cigarrillo en el banco de piedra y le apoya una mano en la espalda. Cuando palpa el duro tirante del sujetador bajo la blusa empapada de sudor, se alegra de no estar tan borracho como la chica; de lo contrario, se le lanzaría encima. Clay suele ser precavido con las mujeres que acaba de conocer, pero el hecho de que ésta sea extranjera es tan bueno como el alcohol para deshacer las inhibiciones.

Abajo, alrededor de la piscina, los ojos miran hacia arriba un segundo y después se vuelven. La terraza da al fondo de la casa como un escenario.

—Parece un enorme cepillo de dientes —dice Beryl, acariciándole el pelo.

Clay se friega la barbilla en la blusa de seda. El cuerpo de Beryl se humedece allí donde él aprieta; su propio cuerpo se vuelve más turgente, se deja llevar por la fantasía.

—¿Te parece bien que estemos haciendo esto?

—¿Haciendo qué, cariño? ¿Haciéndonos amigos?

—Así, delante de toda esta gente.

—¿Donde todos pueden vernos? ¿Donde la princesa Margarita puede vernos? ¿No sería demasiado horrible? —dice Beryl, burlona.

—¿No quieres que busquemos un rinconcito por ahí?

—Mmmm —dice, y le acaricia el pelo otra vez—. A solas no me fiaría un pelo de ti, cielito.

Clay se aparta para poder mirarla a los ojos.

—O sea, ¿que quieres ponerme cachondo para nada?

—Necesitaba un poquito de ternura, algo que me hiciera sentir que de verdad estoy aquí. ¿Tea sabe muy mal?

Si fuera americana, la dejaría plantada ahí mismo. Pero es inglesa, y eso cambia las reglas del juego, las deja en el aire. Y aunque tiene ganas de morderla, no sabe muy bien qué hacer con Beryl.

—Mmmm, qué gusto —dice la chica, pegándole la mejilla.

Si ahora Clay se pusiera de pie, la bragueta le reventaría. Es humillante que una mujer te ponga caliente y crea que vas a quedarte de brazos cruzados. Clay la aprieta con más fuerza y considera la posibilidad de besarla en la comisura de los labios. Si pudiera meterle mano en un pecho, tal vez eso la hiciera cambiar de opinión.

Beryl levanta la cabeza de golpe.

—¿Adónde se habrá ido? —pregunta, recorriendo el patio con la vista.

—¿Quién?

—Oh, mierda. ¿No nos está viendo ese pedazo de imbécil?

Y por fin Clay entiende.

—¿Conque eso era lo que querías? ¿Que tu amiguito se ponga celoso?

—Lo siento, cariño —dice ella con mirada culpable—. No soy de las que se sientan encima de cualquiera porque sí. Venga, suéltame.

—Cabrona, calientapollas.

Beryl se retuerce en sus rodillas, pero Clay se niega a dejarla ir.

—Sé un caballero. Hemos llevado esto hasta donde podía llegar.

—Eso te parecerá a ti, nena. Pero yo no he tenido bastante.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Hacer lo que quieras conmigo mientras la princesa y todos los demás miran cómo te diviertes?

No es eso lo que Clay quiere. No quiere nada de ella, pero está en juego su

orgullo y no puede dejarla ir sin más.

Beryl se retuerce otra vez.

—¡Déjame ya!

—Primero tienes que besarme.

—¿Besarte? ¡No me hagas reír! ¿Quieres que compre mi libertad con un besito en la mejilla?

—No. Con un beso de los buenos.

—Oh, Beryl, eres una gilipollas —dice para sí misma—. Los líos en que una se mete cuando está cabreada y resentida. De acuerdo, si quieres un beso, te voy a dar un beso, joder. —Dicho lo cual, le coge la cabeza y aplasta su boca contra la de Clay.

A Clay le sorprende lo rápida que es. Lo que más desea es traspasar la barrera del lápiz de labios y meterle la lengua hasta la garganta. Cuando consigue abrirle los labios, es la lengua de ella la que entra primero, un músculo duro y hábil que inmoviliza la suya, apretada contra los dientes de abajo. Es como darle un beso de lengua a una alambrada electrificada. Clay abre las manos y comienza a toquetear el acorazado del sujetador.

Beryl tira la cabeza hacia atrás y descorcha el beso. Y con un codazo en el pecho, con fuerza, consigue librarse de los tentáculos de Clay.

—¡Bueno! ¿Contento? —le dice, apartándose de un salto.

Toma aliento, se alisa la blusa.

Él vuelve a atraparla, pero sólo con la imaginación, su cuerpo está demasiado aturdido para moverse. El peso de Beryl lo mantiene inmovilizado en el banco aún después de que ella se levante.

—Lo siento, cariño. No quería ser tan hija de puta.

—Putá, loca —dice Clay, sin aliento.

—Putá sí, loca no. No tengo intención de dejarme follar por un desconocido en medio de una fiesta. Y mucho menos a pleno sol. Culpa mía, cielo, lo reconozco. Espero que no seas duro conmigo. Aunque dura tienes otra cosa, ¿no?

Clay disimula su furia con una sonrisa de desdén.

—Tú te lo pierdes. A mí me trae sin cuidado. Podríamos haber pasado un buen rato.

Beryl arquea las cejas y suelta una carcajada.

—Si me encuentro a mi chico follando entre los arbustos, a lo mejor vuelvo a buscarte. Gracias por los mimitos, vaquero.

Y regresa a la fiesta con un audible «¡Uff!».

¿A quién estaré engañando?, se pregunta Clay. Por un momento su polla pensó que podía conseguir algo, pero su cabeza supo de entrada que ahí no iba a comerse un rosco. Tiene en la boca un regusto alcalino a lápiz de labios, sigue sentado en el banco, quiere pensar que ésta también puede ser una buena historia para contársela a alguien. Siempre puede decir que Beryl era una actriz de cine famosa en Inglaterra. O hablarle a Whale de ella, lo que equivale a decir la verdad, aunque lo más probable es

que al viejo le haga gracia, cosa que debería ayudarlo a reírse él también. A Whale no le van las tías, pero contarle cómo se pegó el lote con una tía en medio de una fiesta tan decente debería hacerle gracia, aunque los dos no se parezcan en nada.

De repente, ese calambre mental que le produce pensar en Whale afloja. Le parece que ha sido eso lo que le ha mosqueado desde el primer día: no la posibilidad de ser como Whale, sino que la gente crea que lo es. Es una idea en la que no ha podido pensar siquiera hasta ahora, cuando cualquiera que se tomara la molestia de mirar hacia la terraza ha podido comprobar que lo suyo son las mujeres. ¡Y vaya si lo son! No hacen más que cogerlo por los huevos a la primera. Beryl lo puso en ridículo, es cierto, pero este escarceo le ha quitado un peso de encima, le permite sentirse seguro otra vez, y ser amable con Whale.

Mientras espera que se le pase la calentura para poder ponerse de pie sin vergüenza, Clay se pregunta dónde se habrá metido su amigo; tiene ganas de contarle lo que acaba de pasarle con esta simpática inglesita calentapollas.

La sombra de la higuera de Bengala es fresca y agradable, la tumbona es cómoda, aunque la ha echado tanto para atrás que se pregunta cómo se levantará cuando sea hora de irse. Las otras tumbonas están vacías. Un camarero le trae otro martini. Whale se arrepiente de no haber pedido algo con menos gusto a antiséptico, a hospital. Se relaja, bebe un sorbito y espera con paciencia que el alcohol saque otra vez a flote su felicidad de antes.

Ve pasar caras que no ha visto en años; no han cambiado mucho, en realidad, pero ahora se ven más pálidas y algo borrosas, como si se hubieran cubierto la cabeza con medias blancas. Nadie repara en él, ni siquiera gente a la que una vez dirigió. Pasa, pesadamente, Charles Laughton, un rechoncho bebé envejecido, con cara de estar totalmente perdido en su traje beige arrugado, y arrastrando el cordón de un zapato por la hierba. Laughton mira en dirección a Whale pero no se detiene, no saluda, ni siquiera parece verlo.

Deben de ser las gafas de sol, concluye Whale. Se las quita. Ahora los colores de la fiesta brillan levemente, sin sombras, aunque es demasiado pronto para que se ponga el sol. Nubes blancas, como de gas, han ido llegando desde el océano, y la luz ahora es plana, muy propia de una pintura, inglesa casi. Las raíces aéreas de la higuera le evocan una fantástica cañería blanca.

—¡Señor Whale!

La voz de un muchacho. Whale levanta la vista y ve a un muchacho que atraviesa el césped verde esmeralda, un joven de pelo negro con cárdigan y camisa blanca con el cuello abierto.

—Lo vi antes, pero no lo reconocí. Es fantástico volver a verle, señor Whale.

—¿Señor...? —Whale lo reconoce por el flequillo. El chico estaba en calzoncillos la última vez que lo vio—. ¿Kay?

El muchacho ríe.

—Apuesto a que nunca pensó que volvería a verme. ¿Cómo se encuentra? No

sabía si se sentiría en forma para venir a la fiesta.

—¿No sabía...?

—Claro, yo sabía que estaba invitado. —Kay se agacha junto a la tumbona, coloca su carita petulante a pocos centímetros de Whale—. Fui yo el que lo puso en la lista del señor Cukor.

—¿Usted, señor Kay? ¿Usted? ¿De dónde conoce al señor Cukor?

Kay enarca las cejas y vuelve a bajarlas.

—He trabajado mucho desde que nos vimos. Después de entrevistarle a usted, le hice una entrevista también al señor Cukor. Ahora soy su secretario para asuntos de sociedad. Bueno, asistente de su secretario, todavía no he terminado los estudios. Pero he escalado posiciones en el mundo.

—No lo dudo. —Whale se traga el disgusto—. ¿George Cukor, señor Kay? No me imaginaba que fuera usted una puta tan ambiciosa.

En lugar de ofenderse, Kay suelta otra risita.

—No conoce a Cukor si piensa eso. Le gustan machotes. Pero prefiere trabajar con gente fiel, y la verdad es que le caí bien desde el primer momento. No le molestó que le dijera que tenía unos cuantos amigos entre los deportistas de la facultad.

A él nada de eso debería importarle, le dice Whale a su orgullo. No tiene motivos para sentir que lo han dejado plantado o que ha fracasado. Él está más allá de esta carrera por el éxito en la que los secretarios cara bonita caen como moscas, atraídos por el oropel.

—Le felicito por su elección, señor Kay. Si va usted a perseguir maricones, persiga a los que puedan hacerle algún favor. Se pierde el tiempo de todo el mundo cuando se le hace la corte a los dinosaurios.

—Aahh —suspira Kay tristemente—. No lo crea, señor Whale. A mí me encantan sus películas, no crea que le mentí para caerle en gracia. Por eso hice poner su nombre en la lista de invitados. Quería que viniera para verlo junto a sus monstruos.

—¿Mis monstruos?

—Están aquí.

¿Querrá decir enemigos? ¿Más rivales?

—Sé que hoy no puedo entrevistar a nadie, pero pensé que sería estupendo verlos a todos juntos. Brindar por los viejos tiempos.

—No le entiendo ni una palabra, señor Kay.

—Ya entenderá —dice Kay, riendo, y se levanta de un salto—. No se vaya, enseguida vuelvo.

Whale está confundido, alarmado. Entonces, ¿la invitación fue una broma, una travesura, idea de un mariquita? ¿Para divertirse? ¿Y que será eso de los monstruos? ¿Quién tiene ahí una cuenta pendiente con él? ¿Le habrá dicho Cukor a Kay que le vengue por sus ocurrencias delante de la princesa? Whale quiere largarse antes de que el chico vuelva, pero se da cuenta de que está atrapado en la silla, como una tortuga que hubiera dado una vuelta en redondo. Intenta varias veces incorporarse, pero en

vano. Al final la tumbona se vuelca hacia un lado y él se queda con una rodilla en tierra. Está tratando de ponerse de pie cuando ve que Kay vuelve... ¡con Elsa Lanchester del brazo!

Por supuesto. Si Charles anda por ahí, Elsa no podía estar lejos. Enfundada en una larga falda escocesa y con calcetines blancos, se acerca con ese andar suyo tan poco femenino, la cabeza ladeada, los ojos brillantes, y una media sonrisa en los dientes de conejo. Whale se apresura a quitarse la hierba de la rodilla.

—¡Jimmy! ¿Pero cómo estás?

—¿Elsa?

Con una mirada de profunda preocupación y lástima, Elsa le coge una mano en las suyas.

—Vi a Una O'Connor la semana pasada —le dice—. Me dijo que no estabas muy bien.

—Oh, nada extraordinario —dice Whale—. Achaques de viejo.

—¿No me mientes? No, ya... —Elsa le suelta la mano, comprende que Whale prefiere hablar de otra cosa—. Los años no perdonan a nadie.

La pícara colegiala de antaño tiene la cara medio hundida en la papada y las mejillas hinchadas de la mediana edad avanzada, un maquillaje más grueso que aquel con el que Jack Pierce la enterró para fabricar a la Novia.

—Oh, pero tú no tienes por qué sentirte vieja —miente Whale piadosamente—. Los años no han pasado para ti, querida.

Elsa trata de restarle importancia al cumplido y ríe; a Whale le parece oír el eco distante de sus risas de niña en el Cave of Harmony.

Kay, que ha asistido al reencuentro, sonrío orgulloso.

—Vuelvo en un segundo. Deben de tener montones de cosas de que hablar.

En realidad, no tienen nada que decirse. Llevan tanto tiempo sin verse que ninguno de los dos sabe por dónde empezar. Whale mira a Elsa, mira a la mujer madura y a la Novia del Monstruo y a la cómica ingenua de aquel cabaret de Londres.

—¿Y qué has estado haciendo todo este tiempo? —le pregunta.

—Oh, un poco de teatro de vez en cuando. Alguna cosita en televisión. Además, vivir con un genio me ocupa todo el día.

¿Es así como llaman a Laughton?, piensa Whale, pero siente por Elsa demasiado cariño para ser cruel. Al verla ahí, un hada buena de un pasado feliz, se instala una sorprendente atmósfera de calma, de alivio incluso.

—¿Sigues cantando tus canciones cómicas en ese teatro de La Ciénaga?

—¿El Turnabout? Sí, a veces, pero muy de tanto en tanto.

—¿Y alguna vez cantas? ¿Cómo se llamaba esa que cantabas en Londres? ¿«Acabo de bailar con el hombre que bailó con el príncipe de Gales»?

Elsa ríe.

—«Con el hombre que bailó con *la chica* que bailó con el príncipe de Gales» —le corrige con delicadeza—. Qué extraño que te acuerdes de una canción tan vieja, de

nuestra juventud disipada. No, hace años que no hago esos números tan antiguos.

Whale sonríe sin ganas; el placer de recordar su época del Cave se vuelve enseguida tristeza. Es tan doloroso recordar un pasado feliz como un pasado horrible, más doloroso incluso, porque el recuerdo no trae el alivio de saber que ya no volver .

Elsa le señala la tumbona.

—Por favor, por mí no tienes que estar de pie.

—No, si estoy bien. Pero si tú quieres sentarte...

—No, no, Jimmy, no hace falta. Sólo puedo quedarme unos minutos.

—Claro.

Esto es sólo una visita de cortesía a un inválido.

Elsa sonríe y suspira y mira la fiesta.

— Por Dios!  Qu  querrá ahora este plasta?

Es Kay que regresa, acompañado ahora de un hombre de pelo cano, encorvado, con una larga cara rectangular y pesados párpados.

— Ser  Boris? Hace siglos que no veo a Boris —dice Elsa—. Por lo visto nuestro amiguito est  organizando una reunión.

—Oh, no, por favor —murmura Whale.

Karloff se acerca a la fuerza, seguido de una joven algo tímida que lleva un primoroso sombrero con forma de platillo y, en brazos, un bulto del tamaño de un melón envuelto en una manta.

— Boris, cariño! —exclama Elsa—. No sabía que estabas aquí. No creo que estos actos públicos sean precisamente tu divers n favorita.

Karloff farfulla que ha venido sólo para satisfacer a su sobrina, que se encuentra de visita en California.

—Alice —dice, con su habitual ceceo, e invita a la joven a acercarse—. Y Miranda, mi sobrina nieta.

Con sus en un tiempo temibles manazas levanta la manta bajo la cual sonríe un bebé totalmente calvo con unos enormes ojos azules. Y el adusto rostro de Karloff se derrite en arrumacos a la niña, como haría una abuela un poco chiflada.

— Y qué te parece nuestra real visitante? —pregunta Elsa.

—Encantadora —declara Karloff—. Una auténtica dama.

—Por supuesto que es una dama —se burla Elsa—.  Qu  te esperabas?  Una facha en zapatillas de tenis?

Una manchita color naranja en el rabillo del ojo de Whale. Es Clayton, con su brillante camisa de hilo, que observa la escena a pocos metros de Boris Karloff. El jardinero lo mira con las manos en jarras, curioso, y con un gesto de aprobación. Tiene los hombros anchos; los brazos musculosos, y el pelo muy, muy corto. No necesita hombreras ni zapatos de plataforma; la naturaleza lo ha hecho como es. El viejo caballero en primer plano no tiene hombros dignos de ese nombre, nada que haga pensar en un monstruo excepto dos marcas en el cuello, en el lugar en que Jack Pierce apret  tanto los pernos que le dejaron unas cicatrices imborrables.

No obstante, los ojos de Whale tratan inmediatamente de enfocar a Clayton y a Karloff juntos, bizqueando como si mirara a uno solo. El Monstruo original y su sombra se solapan, del mismo modo en que se solapan en la imaginación de Whale. Imaginación y memoria, pasado y presente, un gran cortocircuito, no en su cabeza ahora, sino ahí, en el jardín de George Cukor, en la realidad. Whale se esfuerza por disimular su vértigo mental.

Clay ha reconocido a Karloff en cuanto el Monstruo se ha acercado a Elsa y a Whale. No está seguro de quién es la mujer, pero espera que sea la Novia. ¿Con qué otras mujeres trabajó Whale? Clay da por sentado que todos son buenos amigos. Le sorprende lo fríos y distantes que se muestran, y la poca atención que le prestan al señor Whale, que entre todos ellos parece el amigo de un amigo. Cuando sonrío con los ojos, Clay piensa que se dirige a él, para hacerle notar lo tonto y ridículo de la situación.

—¡Eh, usted! ¡El de la cámara! —le grita Kay a un fotógrafo que pasa—. Venga, éste es un momento histórico. Venga y haga una foto. Un hombre con una voluminosa Speed Graphic y un flash que parece una margarita de acero se acerca, busca en el grupo una cara famosa.

—¡Éste es el señor James Whale! —anuncia Kay—. El director de *Frankenstein* y *La novia de Frankenstein*. Éste es el Monstruo —dice, señalando a Karloff y ésta Elsa Lanchester, la Novia.

—Ah, Karloff. Bien —dice el fotógrafo, pidiendo atención—. Todo el mundo conoce al señor Karloff.

—Quiero una para mí —dice Kay—. Se la pagaré.

Instintivamente, sin pensarlo, Karloff y Elsa se colocan para la foto.

—Ya has oído —le dice alegremente Elsa a Whale—. Lo que es bueno para uno, es bueno para todos.

Si tuviera la cabeza clara, Whale suplicaría que fotos no, hoy no, pero está demasiado espeso para hacer otra cosa que no sea obedecer. Se lleva la mano al cuello, pues teme tener la corbata torcida, hasta que recuerda que se ha puesto un pañuelo.

Kay se queda al lado, se hace el director mientras el fotógrafo coloca una bombilla en el flash.

—Será grandioso. ¿Puede tomar más de una? ¿Y una en que salga yo?

Primer disparo, Whale y sus monstruos. Luego una foto de grupo con Kay.

—¿No te encanta ser famoso? —murmura Elsa sin mover los labios.

El fotógrafo observa que Karloff le hace una carantoña al bebé de su sobrina.

—¿De quién es el crío? Haré una de Frankenstein con el bebé en brazos.

Karloff quiere que su sobrina se coloque para la foto, pero Alice se pone colorada y se niega. Sin embargo, le pasa la niña al tío Boris, y a toda prisa vuelve a colocarse detrás de la línea de fuego. Karloff mece a Miranda con dulzura, Whale a su izquierda, Elsa a la derecha. Como no tienen nada mejor que hacer, todos miran a la

criatura.

—Un segundo, amigos —dice el fotógrafo mientras enreda con sus lentes—. Si no metemos ésta en *Look*, ya me dirán quién lo conseguirá.

Whale se da cuenta de que él también está mirando a la niña, *dentro* del bebé. Su naricita respingona apenas es una nariz; la lengüecita no deja de moverse entre sus labios, como si tuviera el corazón en la boca; los ojos azules no devuelven la mirada como ojos humanos, más bien vagan y se cruzan sin ver nada. La niña no puede enfocar nada; su memoria es incapaz de retener nada. La experiencia la atraviesa sin tropezar con obstáculo alguno. Contemplar tal indefensión se parece a caer en el abismo de la nada. Así es como empezamos, piensa Whale. Y así es como terminaré. Esta irrealidad indefensa es el futuro que me espera. La cosita que se agita en los brazos de Karloff se vuelve más inquietante, más terrible.

El flash se dispara una vez, y luego otra, cegador como un rayo a la sombra de la higuera.

—¡Ya está! —dice el fotógrafo, y Whale, sin perder un segundo, se aparta de la niña. Debería dolerle la cabeza, pero no, no siente nada, como si la confusión que comenzó al ver a Clay junto a Karloff y creció al verse reflejado en el espejo del bebé lo hubiera aislado de sus sentidos. Ese agotamiento mental se le transmite al cuerpo. Necesita sentarse, pero no puede, aún no. Todavía hay gente ahí. Recuerda que la buena educación recomienda, al despedirse, sonreír.

—Nos llamamos —dice Elsa.

—Ha sido hermoso volver a verte —dice Karloff antes de marcharse, sin dejar ni un instante de arrullar a la terrible criatura.

—Los veré antes de que se marchen. Quiero estar seguro de que todos reciban una copia —dice Kay, y se aleja con el fotógrafo.

—Adiós —les dice Whale a todos—. Ha sido un placer volver a verlos, adiós, adiós.

Hasta que, al final, se queda solo. A trompicones se acerca a la tumbona y se agacha de lado para estirarse un rato.

—¿Se encuentra bien?

Desde debajo del sombrero Whale ve una camisa naranja. Clayton Boone. Es reconfortante, aunque parezca mentira, ver a Clayton, que, enorme, se cierne sobre él.

—Cansado. Un poco cansado, nada más.

Whale respira hondo varias veces seguidas, espera que el oxígeno le aclare la cabeza. La brisa hace temblar las hojas de la higuera.

En el jardín, sobre el césped, un camarero mira el cielo.

La luz ha cambiado: de soleada tarde inglesa a atardecer revuelto y nublado. El cambio le afecta a Whale hasta el último nervio, con tanta intensidad que parece producido por sus propios nervios, como si su humor sombrío fuese la causa de que se haya oscurecido el cielo. Y, sin nada que lo anuncie, le sorprende un olor, un hedor familiar: pescado podrido. Sabe que ahí no puede haber pescado, que es otro

fantasma olfatorio que lo visita, y no por primera vez, un cortocircuito de la memoria en su nariz. Esta vez, sin embargo, identifica el olor, puede nombrar el origen. Las trincheras de Ypres, la alerta matutina, la tierra de nadie, cientos de acres de barro y de cuerpos semienterrados, hombres, caballos, ingleses, alemanes, todos revueltos en un guiso tan rancio que huele a pescado podrido. Y todavía sigue ahí, cuarenta años más tarde, impregnado ligeramente en la hierba del jardín de Cukor.

Ve que Clay le observa preocupado, como si él también oliera a carne pasada. Pero lo único que Clay dice es:

—No irá a llover, ¿verdad?

Whale descubre una mancha roja en la comisura de los labios de Clay.

—¿Sangre? —pregunta—. ¿Es sangre?

Le asusta pensar que, además de con la nariz, también alucina con los ojos.

Clay se limpia la boca.

—Pintalabios —dice, con un resoplido. Con el jaleo de la sesión de fotografía se había olvidado totalmente de Beryl. Le gustaría que el señor Whale le hiciera más preguntas.

—Ah. —Es todo lo que dice Whale, y baja la cabeza.

Parece exhausto, y Clay lo comprende. La visita de sus viejos monstruos lo ha destrozado, le ha golpeado con la innegable realidad de no pertenecer ya a este mundo. Aquí, él es igual que yo, piensa Clay, invadido por sentimientos de lástima y curiosidad, y un inexplicable deseo de protegerlo.

—¿No ha sido divertido? —dice—. Volver a ver a sus monstruos.

—¿Monstruos? —dice Whale con desdén—. Ésos no son monstruos. Los únicos monstruos —dice, cerrando los ojos— están aquí.

Unos metros más allá, una aguda voz femenina exclama: «¡Oh, gotas!».

Todo el mundo deja de hablar. Los hombres miran el cielo indignados, algunas mujeres se apresuran a resguardarse en la casa. Caen unas gotitas en el césped, y más allá, una ráfaga de viento sacude los arbustos. Repiqueteo de perdigones en las hojas de la higuera, chillidos como de pájaros desde todas las direcciones.

—¡Mierda! —dice Clay—. Y no subimos la capota. ¿Quiere que vaya a cerrarla?

—¿Que vaya a qué?

—¡Está lloviendo! —dice Clay riendo—. ¿No lo ve?

Desde el refugio que ofrece la higuera, la lluvia es sólo un revoloteo del aire, pero toda la concurrencia ha perdido la compostura. La gente salta y chilla como si la hierba se hubiera llenado de ratones, se tapa la cabeza con las chaquetas y corre a cobijarse en la casa. La fiesta se dispersa. La higuera atrae a unos cuantos avispados que llegan sin aliento. La lluvia arrecia y suena como un rugido, ya es una cortina de agua, un verdadero diluvio.

—Venga —dice Clay cuando la lluvia empieza a filtrarse por el arco que forman las hojas del árbol. Cubre a Whale con el brazo (la manga de la camisa a reventar de músculo y de hueso), lo ayuda a levantarse y lo lleva hasta el tronco, donde el follaje

es más espeso, y donde ya se han apiñado todos los que no se han refugiado en la casa. Todos protestan y refunfunan, pero Clay no puede evitar reírse. Es desternillante ver a la alta sociedad presa del pánico.

El patio se llena de gente que se agolpa contra unas cristaleras cerradas. Sólo una de las hojas está abierta, y se dan codazos para entrar. Un par de camareros empapados cubren a Elizabeth Taylor con las bandejas y la acompañan hacia la casa, pero nadie se molesta en abrirle paso a la estrella. El lugar está lleno de hermosas mujeres empapadas. Clay disfruta del espectáculo: vestidos mojados pegados a sujetadores y fajas. Busca a Beryl con la vista, tiene ganas de verla hecha una rata calada hasta los huesos y en bragas, pero la muy zorra se ha hecho humo.

Clay espera que Whale también se ría —debería estar encantado con el desastre—, pero sólo mira la lluvia, y su única reacción es respirar ruidosamente por la nariz.

Hipnotizado por el diluvio, contempla cómo la lluvia arrasa la fiesta de George Cukor. Whale se imagina que arrasa también el patio, las terrazas, la colina entera, y deja al descubierto cadáveres enterrados cuarenta años atrás. Es una fantasía, se dice, una imagen perversa que ojalá le quite la podredumbre que tiene en la cabeza. Le pone furioso ser incapaz de ahuyentar esa imagen. Los zancos retorcidos de la higuera de Bengala se transforman en un lío de huesos.

—Salgamos de este refugio —le ordena a Clay.

—¿No quiere esperar hasta que pare? No creo que dure mucho.

—No somos de azúcar, no nos vamos a derretir. —«Oh, si esta carne demasiado, demasiado sólida se fundiese^[25]...». Se ajusta el ala del sombrero, y le planta cara al aguacero.

Clay no puede hacer más que seguirlo. Su impulso es correr, pero Whale camina con brío, y por eso él camina también, no quiere dejarlo solo. Clay se encoge cuando los primeros goterones le caen en la espalda. Una vez que deja de resistirse, la lluvia es agradable después de tantas horas al sol, un refrescante torrente de agua con gas.

En cuanto el agua cae en el sombrero de Whale salpica y forma una aureola hasta que el fieltro se pone completamente negro y el sombrero queda hecho una esponja. Un hombre y una mujer pasan corriendo a su lado, cogidos de la mano; van disparados en busca del coche. Camareros provistos de paraguas se acercan chapoteando y salpicando a diestro y siniestro hasta el cenador donde George Cukor y la princesa Margarita, con cara de desgraciados, se ven atrapados entre una docena de súbditos leales que por culpa de la lluvia no han podido besarle la mano a la invitada de honor. Clay ve que Whale vuelve la cabeza y mira la piscina al pasar, la superficie erizada con minúsculas explosiones y fugaces campanillas de un tamaño respetable.

Fuera, en la carretera, los árboles no sirven de refugio. Clay y Whale bajan por la colina a trancadas; el agua corre a raudales por la grava alquitranada. Cuando llegan al coche, Whale abre la puerta y sube, al parecer sin darse cuenta de que la capota está baja y los asientos cubiertos de agua.

Mientras rebusca las llaves de un bolsillo empapado, Clay también sube, pone el motor en marcha y cierra la capota. Cuando la lluvia queda reducida al tamborileo de las gotas en la lona de la capota, Clay dice:

—Ya está. A salvo, sanos y secos.

Están tan mojados que parece que estuvieran sentados en un charco. Clay salpica cada vez que se mueve.

Whale se quita el sombrero e inspecciona solemnemente el forro.

—Cambiar de ropa —murmura—. En las trincheras, ponerse ropa seca era como ir al paraíso. El único paraíso que podíamos imaginar.

Clay arranca.

—Será mejor que lo lleve a su casa y que se ponga ropa seca. Antes de que se muera de neumonía.

—¿Que me muera de...? ¿Que me muera de...? —repite Whale como si se hubiera tomado las palabras al pie de la letra.

Su voz suena quebrada, desinflada, pero Clay, que está sacando el coche marcha atrás, no lo oye. Hasta que enfila colina abajo, siguiendo a los faros traseros de otros coches que se han dado a la fuga, no puede mirar a Whale, que, empapado y tieso, tiene la vista clavada en la carretera.

—¿Se encuentra bien, señor Whale?

Whale parpadea y se gira lentamente.

—Jimmy, llámame Jimmy —dice, y sonrío—. Estoy cansado, Clayton, y mojado. Lo único que quiero es cambiarme de ropa.

Hay en sus ojos una mirada afligida, un brillo demente, una especie de arruga en las pupilas. Pero conserva su sonrisa, esa sonrisa de labios apretados y ligeramente burlones que Clay conoce demasiado bien. Por eso decide confiar en la sonrisa y no hacer caso de sus ojos.

—Lo llevo a casa enseguida —le dice—. No quiero tener remordimientos porque el hombre que hizo *Frankenstein* agarró una pulmonía por mi culpa —añade con una carcajada.

Whale vacila y aparta la mirada.

—No. No queremos eso, ¿verdad? ¿O sí?

La lluvia los sigue por la ciudad, ha venido siguiéndolos desde las colinas, no es un chaparrón aislado sino una tormenta estacional que cubre todo Los Ángeles. Las autopistas son una anchura gris, resbaladiza, salpicada de faros de automóviles. Dentro del Chrysler el aire se vuelve caliente y pesado; es imposible abrir una ventana, sólo la ventilación.

Clay intenta bromear con el señor Whale sobre el abrupto final que la Madre Naturaleza ha puesto a la fiesta del señor Cukor, y espera que sus bromas les hagan reír a los dos. La única reacción de Whale es una casi imperceptible sonrisa. Va rígido en su asiento, la vista fija en el frenético vaivén de los limpiaparabrisas, con aspecto abatido y sin embargo distante, como una estatua bajo la lluvia. Clay sigue sintiendo lástima y responsabilidad hacia él, aunque no sabría decir si siente pena porque lo han hecho responsable de él o al revés.

La tormenta amaina hasta convertirse en un tamborileo prolongado. Cuando bajan por Amalfi Drive el sol asoma bajo el pesado manto de nubes sobre el océano y brilla sobre una lluvia sobrenatural de agujas de bronce.

Clay aparca junto a la puerta grande de la casa. Al bajar del coche se siente humillantemente mojado, como si se hubiera meado en los pantalones. Con las piernas arqueadas, sigue al señor Whale por los escalones del porche.

La puerta no está cerrada con llave; el pasillo, oscuro como boca de lobo.

—¡María! —grita Whale—. Tráenos unas toallas. Venimos empapados.

Pero nadie le contesta, bajo el golpeteo de la lluvia no se oye nada, excepto un silencio hueco.

—¡Maldición! ¿Dónde se habrá metido? Entra, Clayton, pasa. Si le ensuciamos su sagrado suelo, es culpa suya.

Whale se interna a tientas por el pasillo. Antes de entrar, junto a la puerta todavía abierta, Clay se quita las zapatillas y los calcetines. No cierra la puerta hasta que no se enciende la luz en la otra punta del pasillo. Sus pies descalzos dejan huellas húmedas en el suelo de roble.

Encuentra al señor Whale en la cocina; bajo la dura luz del fluorescente parece un espantajo mojado. Whale está de pie junto a la mesa, con la mandíbula colgante; mira boquiabierto una hoja de papel amarillo.

—No me lo puedo creer. ¿Qué es esto? Mira, por favor, lee —dice, y le pasa la nota a Clay, escrita en lápiz rojo, con letra muy redonda y gorda; la tinta se ha corrido con las salpicaduras de Whale.

Querido Sr. Whale:

Espero que no sea una molestia para usted, pero mi marido y yo nos hemos llevado a mi madre a enseñarle la casa que vamos a comprar. También

vamos a llevarla a cenar. Le prometemos no llegar tarde.

Mi madre dice que le pida al señor Boon que se quede con usted hasta que vuelva. Ha dejado sándwiches para los dos en la nevera. También quiere que le diga que lo siente mucho, que no es idea suya, pero yo hace mucho, mucho tiempo que no veo a mi madre. Gracias.

Cordialmente,

Sra. Michael Ramírez.

—La encontré al entrar —masculla Whale mientras Clay lee—. No me esperaba esto, no me lo esperaba. No es típico de María.

—Parece que fue idea de su hija —dice Clay, en defensa de María, aunque Whale, más que indignado, parece asustado por la nota. Clay se pregunta qué tendrá de raro que María se tome una noche libre.

Whale vuelve a fijar la vista en el papel. Apretadas las cejas blancas, la nariz bien abierta, la boca a punto de sonreír. Hasta que, al final, aparece: una sonrisa tímida y hasta avergonzada.

—Estoy seguro de que tienes cosas mejores que hacer esta noche, mucho mejores que hacer de niñera de un viejo.

—No tenía nada planeado —dice Clay.

—Entonces, ¿tendrás la bondad de cenar conmigo al menos? Por favor... Después de cenar puedo cuidarme solo. Pese a lo que diga María.

—Es posible, sólo que... —Clay le señala su fría y cenagosa axila.

—Claro... Los dos estamos empapados. —Y, como si hubiera estado esperando ese momento, Whale suelta un estornudo.

—Tiene que ponerse ropa seca ahora mismo —le regaña Clay.

—Y tú también —dice Whale—. Creo que podré encontrarte algo que ponerte mientras se te seca la ropa.

—No se moleste.

—No faltaba más. Los jóvenes se resfrían con la misma facilidad que los viejos. Déjame pensar. —Se lleva una mano a la frente—. Sí, arriba hay un baño completo. Y un montón de toallas en el armario. ¿Por qué no sube y toma una buena ducha caliente? Yo voy a cambiarme y después veré qué puedo encontrar.

—Estoy bien, en serio.

—No, no, amiguito. No puedo soportar la idea de sentarme a cenar contigo todo mojado. Por favor. Si vamos a comer juntos, los dos tenemos que estar cómodos.

Clay acepta. Si va a quedarse a cenar, para qué seguir con la ropa. Porque va a quedarse, ¿no? Sigue a Whale hasta la sala, luego sube al baño de arriba, solo. Oye crujir el parquet bajo los zapatos de Whale cuando el viejo se aleja hacia su habitación.

El cuarto de baño principal está brillante e inmaculado como el de un hotel de lujo. Clay saca del armario una toalla color melocotón. Abre la ducha y se quita la

camisa y los pantalones encogidos. La cintura, pálida como la de un muerto, está estampada con una red de arrugas. Desnudarse es un alivio, y el agua caliente, el paraíso. Primero se quita ese entumecimiento frío de las caderas, luego se lava la cabeza. Ojalá el señor Whale le traiga algo de ropa. El viejo parece más él mismo ahora, de vuelta en casa, piensa Clay, que recuerda la mirada alienada que tenía en los ojos cuando subieron al coche bajo la lluvia. Y antes de eso, antes de que el cielo se abriera en dos, Whale había dicho algo raro que Clay ahora no recuerda; sólo recuerda que le había sonado muy raro.

Termina de ducharse y de secarse, y Whale sigue sin subir. Clay se sienta en el inodoro y se seca bien los pies, y entre los dedos llenos de callos. Piensa que podría matar el tiempo con un cigarrillo, pero su paquete de Luckys es una esponja. Se pone impaciente, ansioso, se siente atrapado en un baño desconocido, en pelotas y sin nada que ponerse, nada excepto un montón de ropa sucia y chorreando. ¿Se habrá olvidado de él? Clay tiene ganas de ponerse los pantalones y salir a ver qué pasa. Pero al ver la tela rígida y helada no puede soportar la idea de meter ahí las piernas otra vez.

Abre la puerta del baño.

—¿Señor Whale?

Nadie contesta.

Se enrolla la toalla en la cintura, la anuda, y baja el nudo a la altura de la cadera. Sale al pasillo. La única luz es la que sale del baño, si bien todavía la última luz del día se cuelga por la puerta abierta del dormitorio. Clay se acerca a las escaleras y llama:

—¿Dónde está esa ropa que me prometió?

Otra vez silencio. La lluvia tamborilea en las ventanas. Agua que cae, gorgoritos de pájaros.

Ahora que ha salido del baño, estar desnudo en casa ajena no le parece tan terrible, da miedo, pero no es totalmente tabú. Baja la escalera de puntillas, para hacer su desnudez menos conspicua.

—¿Señor Whale? ¿Jimmy? —Pero ése no es el nombre apropiado para llamarlo, aunque el mismo Whale se lo haya pedido—. ¿Dónde se ha metido?

El sol se ha puesto, una luz entre amarillenta y violácea en las ventanas de la sala. Desde un rincón algo lo observa bajar las escaleras, es un sillón de orejas con los brazos en sombras. La luz de la cocina llega hasta el comedor; otra luz viene del corto pasillo a la izquierda del comedor, entre la escalera y la puerta de la calle. Clay se detiene al pie de la escalera.

—¿Señor Whale?

Llamar tiene algo de estúpido y desesperado cuando nadie responde.

Al final del pasillo, una luz brilla en la puerta entreabierta de la que debe de ser la habitación de Whale. Tendría que oírlo. ¿Se habrá desmayado? ¿Habría sufrido algún ataque? ¿Al corazón? ¿Cerebral? Clay baraja aterrorizado todas las posibilidades mientras avanza despacio hacia esa puerta. Siente a sus espaldas el peso de toda la

casa, que lo sigue como una sombra.

Empuja un poco la puerta, con miedo a lo que se pueda encontrar.

Una habitación a oscuras. La luz discreta de una lámpara de escritorio. El viejo inclinado sobre la mesa, el pelo blanco peinado con esmero. Lleva una camisa blanca limpia, y en el cuello, una pajarita roja. Está totalmente inmóvil, con una mano en la boca y una estilográfica negra con ribetes de oro en la otra.

Clay golpea.

Y Whale se endereza bruscamente, se lleva una mano al pecho, se da la vuelta y ve a Clay.

—¡Ah! —dice, y lo mira como si no pudiera recordar muy bien quién es Clay—. Eres tú..., claro. Me has asustado. ¿Ya te has duchado?

—Hace quince minutos que terminé de ducharme. He estado ahí arriba esperando que me trajera algo de ropa. ¿No oía cuando lo llamaba?

—Ay, Clayton, te ruego que me disculpes. Me senté a garabatear esta nota... —dice, mirando la hoja que tiene delante y dándole la vuelta—. Perdí la noción del tiempo. Lo siento, lo siento de verdad. —Los ojos se le estrechan cuando ve la toalla con que se ha cubierto Clay—. ¿Dices que te prometí subirte algo de ropa?

—¡Sí! —replica Clay—. ¿No querrá que ande toda la noche así?

Clay se enfada consigo mismo por ponerse tan nervioso. Es culpa de esa sensación de que la casa estaba vacía, el andar caminando medio desnudo en la oscuridad.

Los ojos de Whale se relajan. Sus labios secos se juntan formando un delgado pico antes de abrirse en una sonrisa.

—No, no, creo que podemos encontrar otra solución —dice Whale, poniéndose de pie y dirigiéndose al armario—. Eres más grande que yo, más ancho. Y más gordo también. No querrás ni probar mis pantalones, me imagino.

—Me dijo que tendría alguna cosa que me iría bien.

—Lo siento, creo que no estaba pensando con la cabeza. ¿Esto qué te parece? —le pregunta mientras saca una bata, una larga bata de baño a rayas azules y granates. Aparta la vista cuando se la tiende a Clay para que se la pruebe.

Pero, al pasar los brazos por las mangas, Clay siente que es demasiado estrecha de hombros, y no puede cerrarla sobre la toalla. Incluso sin la toalla se abrirá justo ahí donde necesita unos buenos centímetros que cubran lo que hay que cubrir.

—¿No? Vaya por Dios. Ah, ya sé —dice Whale, antes de abrir un cajón y sacar un jersey de escote redondo—. A mí me queda anchísimo, pero por lo menos debería servirte para que te cubras la mitad de arriba.

Y, en efecto, el tejido en canalé le queda bien ceñido pero le cubre el ombligo. Clay se lo arremanga por encima del codo.

—De todos modos, la mitad de abajo me sigue preocupando.

—¿No tiene unos pantalones anchos? ¿Unas bermudas? Aunque sean unos pantalones de pijama.

—No, lo siento. Mis pijamas los mando a hacer a medida. Mmmm. ¿Sería demasiado penoso seguir con la toalla? No es más escandalosa que un *kilt*. Mientras haremos todo lo posible para secar los pantalones.

—Si no hay más remedio.

—Es muy amable de tu parte, Clayton. Muy bien, veamos qué podemos hacer por tus cosas. Y por la cena.

Al volver a la planta alta a recoger la ropa, Clay se siente muy suelto, muy ligero, como si llevara una falda. Así deben de sentirse las chicas cuando salen sin bragas, piensa, con la diferencia de que ellas no tienen nada que les cuelgue.

Cuando baja encuentra a Whale en la antecocina. Con mucha dificultad consigue abrir un tendedero de madera y ponerlo encima de un desagüe mientras Clay pasa la ropa por el rodillo que hay sobre la lavadora. Pero sólo logra exprimir unas gotas.

—No te preocupes, María puede secarlas con la plancha —dice Whale, y tiende la camisa de Clay—. Cuando vuelva. Entre tanto dejemos que se aireen y se sequen. Si quieres, podemos poner los calzoncillos en el horno. A ver si se secan... y te puedes tapar.

A Clay le tiente la idea, pero pensar en sus calzoncillos sucios cociéndose en el horno como besugo, y que Whale o él vayan a comprobar a cada momento si están secos, le parece demasiado ridículo.

—No, está bien así. No se moleste. ¿Cuándo cree que volverá María?

—Depende. No sé si cenan a la hora americana o a la española.

—No importa. Por ahora estoy bien —dice Clay.

Al verse cubierto de una manera convencional de la cintura para arriba, se siente menos expuesto de la cintura para abajo, sobre todo después de sentarse a la mesa de la cocina.

Whale abre la nevera y saca dos platos envueltos en papel de cera y una botella de cerveza para Clay.

—¿No va a beber nada?

—No, quiero tener la cabeza clara después de esta aventura.

Whale frunce el ceño mientras intenta torpemente quitar el papel de los platos. Se le ve totalmente fuera de lugar en una cocina. Clay se pregunta qué vería María si entrara de repente en ese momento: Whale en mangas de camisa y pajarita, él con una falda de rizo. Por suerte los sándwiches están deliciosos: rosbif poco hecho con lechuga y un toque de mostaza. En el centro de cada plato hay un montoncito de ensalada de patatas. Clay se entrega de lleno a la comida.

Whale da un mordisco a su emparedado y se detiene. Mastica un momento. Vuelve a dejarlo en el plato, traga y hace una mueca.

—¿Qué te parece la carne?

—Muy buena —dice Clay con la boca llena—. Estupenda.

—¿No se ha puesto mala?

—La mía no. ¿No sabe bien la suya?

Whale se lame los dientes.

—No, creo que no. Se me debe de haber ido el apetito. Pero, por favor, sigue. Puedes terminarte el mío si te quedas con hambre.

Whale se reclina en la silla y mira comer a Clay. Su rostro está tranquilo, la mirada, algo triste.

Clay vuelve a sentir curiosidad y lástima; le molesta no escuchar otra cosa que el ruido que hace al masticar.

—Debe haber sido un día raro para usted. Esta tarde, digo. Ver a toda esa gente con la que antes trabajaba.

—Sí —admite Whale—. Pero me he vuelto inmune a la locura de ese mundo. Hace muchos años que esa vida se terminó para mí. Me divertí, no lo niego. Y me gané muy bien los garbanzos. Pero no me quedé —dice, tamborileando con los dedos sobre la mesa—. Creo que tomaré una copa —dice—. ¿Te apetece un poco de whisky?

—No, cerveza está bien, gracias —le dice Clay.

Whale va a la sala y regresa con una licorera de cristal tallado y un vaso iridiscente. Se sienta y se sirve con mano ligeramente temblorosa.

—Después de la cena... —dice—, si María aún no ha vuelto, ¿podemos hacer unos esbozos?

Después de ver cómo le tiembla la mano, a Clay la idea de Whale no puede sino sorprenderle.

—Creí que ya había desistido de pintar mi retrato.

—Han vuelto a entrarme ganas. Me gustaría intentarlo otra vez. Si estás dispuesto a posar, claro.

—Yo estoy bastante hecho polvo. ¿Usted no?

—Será una sesión informal, ni siquiera bajaremos al estudio. Podemos trabajar en la sala, mientras miras la televisión.

Como si Clay fuera un niño. No le importaría posar si Whale volviera a hablarle de su pasado, pero no sabe cómo decírselo sin sentirse como un niño que pide que le cuenten un cuento a la hora de dormir.

—Oh, no me importa —dice Clay—. Por lo menos tendremos algo que hacer mientras esperamos que llegue María.

—Sin duda.

Clay respira hondo, con satisfacción, y deja el vaso a un lado.

—Te ofrecería un café, pero no sé dónde está la cafetera. ¿Puedo invitarte a un puro?

—Lo que de verdad me gustaría cuando termine es un cigarrillo. Los míos se han empapado.

—Deberías habérmelo dicho antes, Clayton. Estoy seguro de que en alguno de los cientos de cajones de esta casa hay un paquete de cigarrillos.

Antes de que Clay pueda decirle que no tiene prisa, Whale vuelve a levantarse y

sale de la cocina. Clay no termina de habituarse a ese modo que tienen los artistas de obsesionarse con su trabajo, si bien Whale ha estado pasando de una cosa a otra desde que llegaron.

Clay se termina su sándwich y el de Whale antes de que él regrese con un paquete de Chesterfield, un pequeño bloc de dibujo y un par de lápices. Es obvio que está ansioso por empezar.

—Puedes fumarte un cigarrillo en la sala mientras me preparo.

Al ponerse de pie para seguirlo, Clay se sorprende otra vez al sentir sus piernas desnudas que se rozan bajo la toalla.

—Ten —dice Whale, arrastrando una silla de mimbre de respaldo recto desde la pared hasta la mesita de centro—. Y ten esto también —añade, acercándole un cenicero.

Mientras Clay enciende el cigarrillo, Whale acomoda la lámpara y le da instrucciones sobre cómo debe sentarse. Parece moldear al aire con las manos alrededor de la cabeza de su modelo; con uno de los puños de la camisa le roza el cuello. Clay recuerda lo nervioso que estaba en otras sesiones, pero ahora conoce mejor a Whale, y María puede aparecer en cualquier momento.

Whale da un paso atrás.

—¿Estás cómodo? Venga, fuma. ¿Quieres que ponga la televisión?

—No. No creo que esta noche den nada que valga la pena.

Whale está de pie junto al sillón de orejas, a la izquierda del mueble del televisor, donde ha dejado el bloc y los lápices. El salón es más grande que el estudio, y las luces y sombras que proyecta la lámpara de mesa hacen que el espacio parezca aún más grande. Whale examina a Clay con el ceño fruncido.

—Ese traje te queda ridículo.

Clay mira el jersey y la toalla.

—A caballo regalado... —replica, con una sonrisa.

Pero a Whale no parece hacerle gracia.

—No te favorece, Clayton. ¿Un hombre con tu juventud y con tu físico? Deberías estar libre de estorbos. Íntegro. Como una estatua griega.

—No pienso posar en pelotas, si es eso lo que me está sugiriendo.

Un parpadeo repentino seguido de una respuesta fría y cortante: Whale parece sorprendido.

—Por supuesto que no. Sólo estaba haciendo un comentario. Nada más.

Se sienta en la silla y apoya el bloc en las rodillas. Comienza a dibujar sin mirar a Clay.

Clay teme haber herido sus sentimientos.

—Era sólo mi cara lo que quería, ¿recuerda?

—Ya, ya —dice Whale sin levantar la vista.

Clay tiene que dar una calada al cigarrillo y concentrarse en una ventana. Porque, durante una fracción de segundo, tal vez porque en el fondo el jersey y la toalla le

parecen tan ridículos como de verdad le quedan, se sintió tentado a quitárselos. No está seguro de si quiere darle el gusto, lo que ocurre es que el pobre señor Whale ha tenido un día de perros y necesita algún tipo de placer, aunque sea un placer tan incomprensible como dibujar a un hombre desnudo.

El ruido del lápiz, el ruido del aire; es Whale, resollando como siempre.

«Los únicos monstruos están aquí».

Eso fue lo que Whale dijo justo antes de que el cielo se abriera. Fue la manera en que lo dijo, el espanto que resonaba en sus palabras, lo que se le quedó grabado a Clay, como algo que debería preocuparle.

—Los únicos monstruos están aquí —dice Clay.

Whale levanta la vista.

—¿Qué monstruos?

—Usted sabrá; fue algo que dijo en la fiesta. Cuando yo dije que debía de resultarle raro volver a ver a sus monstruos, usted me miró y dijo eso, «los únicos monstruos están aquí».

Whale le mira fijamente.

Dicha en voz alta, la frase no suena tan rara.

—Me pregunto qué quiso decir con ese «aquí». ¿La fiesta?

—No me acuerdo.

—Usted lo dijo.

Whale vuelve a dibujar, va rasgando el papel con trazos repetidos.

—Si dices que lo dije, así será. Pero no recuerdo a qué me refería. Recuerdos de la guerra, tal vez.

—¿La guerra?

—Sí, recuerdo que en un momento pensé en la guerra —murmura Whale—. Mientras el cielo se iba oscureciendo.

—Cuando estábamos en el coche —dice Clay, que de repente lo recuerda—. Sí, habló de las trincheras, de tener el agua hasta las rodillas en las trincheras.

—¿De veras? Pues, ya ves. Eso era lo que estaba pensando. Recuerdos de la guerra.

La curiosidad de Clay aumenta, mezclada con pena por el viejo.

—Pero... de eso hace tanto tiempo. No es posible que siga atormentándolo, ¿o sí?

—No debería —reconoce Whale—. No sé por qué me acuerdo tanto de esa época ahora. A menos que... —dice, y levanta la vista, no para mirar a Clay sino la puerta de la calle, cerrada—. Cuando se tiene en mente un viaje a un lugar en el que uno nunca ha estado, es inevitable pensar demasiado en visitas a lugares parecidos, ¿no cree?

Clay, que no lo sigue, no tiene más remedio que hacerse el tonto.

—¿Está pensando en hacer un viaje?

Whale sigue mirando el bloc, ausente, ensimismado, como si no escuchara.

—Evans recibió la suya entre los ojos —dice en voz baja—. Un disparo perfecto,

un buen trabajo, algún francotirador bien entrenado y madrugador. El viejo Cooke tuvo menos suerte, se quedó atrapado en una bolsa de gas de cloro, sin máscara. Lo encontramos tendido boca arriba junto a la carretera, el pecho y la boca le bombeaban como a una trucha fuera del agua. Y después le tocó el turno al sargento Morgan... Dios mío, si todavía me acuerdo de los nombres. El brigada Morgan estaba a mi lado, teníamos la espalda apoyada en la pared de la trinchera. Fuera sólo había una ametralladora alemana, disparaba y disparaba buscando un blanco. Morgan, con mucho tacto, estaba intentando convencerme de que debía rectificar mi actitud hacia las fuerzas enemigas, y ¡bang! Un trozo de metralla le atravesó el casco. Le volaron el cerebro y yo quedé cubierto de sesos. Húmedos, blancuzcos, parecían copos de avena calientes. Los mismos sesos que le permitían ser tan diplomático.

Clay se desconcierta, no sólo por el súbito cambio de tema —muertes— sino por la frialdad con que Whale las recuerda; es un relato tenso, contado entre dientes. Sus anteriores fragmentos de la historia habían sido tristes y tiernos, éstos son afilados y cortantes como cristales rotos.

—También estaba Johnson el Joven, que una noche se echó a descansar en el refugio subterráneo. Los demás habíamos salido a reforzar una línea de comunicaciones, cuando un obús cayó del cielo, detrás de las líneas. La trinchera y el refugio se cerraron, igual que se cierra una boca. Nos fuimos a la cartera con picas y palas a quitar el barro y los maderos. Estábamos furiosos, trastornados, pero cavábamos despacio, con cuidado, nos daba terror la idea de darle con una pica a Johnson. Encontramos las piernas, tiramos y salieron. Sólo las piernas. Una viga lo había cortado limpiamente en dos. Nos quedamos sin saber qué decir, sin saber qué hacer, como policías que se lanzaran a coger a un ladrón y se quedaran sólo con los pantalones del caco.

¿Por qué se está haciendo esto? Porque Clay comprende que este catálogo de la muerte no va dirigido a él, sino a algo dentro de Whale.

—Y Barnett. El pobre Barnett, en la alambrada.

—¿Su amigo?

Su amorcito, estuvo a punto de decir, al recordar que ése era el chico que había sido tan dulce con Whale.

—Le llegó la hora una noche, al volver de un reconocimiento. Yo no solía mandarlo fuera de las trincheras, pero McGill sí. Sólo para que el chico aprendiera lo que era bueno. Ya estaban casi de vuelta cuando abrió fuego un Maxim. Su cuerpo cayó encima de unos alambres gruesos como ramas de brezo. Y seguía colgado ahí a la mañana siguiente, a unos cien metros de nosotros, demasiado lejos para ir a buscarlo de día. Esa noche lanzaron un nuevo bombardeo, toda la noche, y no pudimos hacer nada, tuvimos que dejarlo colgado en la alambrada. Lo veíamos por la mañana, por la tarde, a todas horas, era sólo una manchita en un telaraña oxidada, a menos que mirásemos con prismáticos o por el periscopio. El problema era que no podíamos mirar. «Buenos días, Barnett», decíamos todas las mañanas. «¿Qué aspecto

tiene el viejo Barnett esta mañana?». «Lo veo un poco paliducho. Más gordito». El casco le cubría los ojos, y las heridas no se veían, por lo tanto era difícil creerse que estuviera muerto. Cualquiera hubiera dicho que estaba echando un sueñecito encima de unos muelles, y que en cualquier momento podía despertarse. Visto por el periscopio parecía muy cerca, como si fuera parte del mismo paisaje que yo le había hecho mirar una mañana más alegre. Y yo podía pasarme horas admirando su silueta sin temor a cometer ninguna falta de decoro.

»Estuvo colgado ahí una semana, hasta que nos relevaron. Antes de marcharnos lo presentamos a la nueva compañía, y elogiamos mucho su sentido de la camaradería.

Clay se siente traspasado de pena, siente los músculos acuosos, como si estuviera resfriado. Tiene miedo de que la emoción lo invada y no consiga dominarse. Le da vergüenza pensar que Whale cree que ha estado en Corea y que conoce de primera mano el horror que le está describiendo.

—Bueno, pero éramos un grupo de lo más divertido. Nos reíamos de nuestros muertos, nos decíamos que cada una de esas muertes era, en cierto modo, nuestra muerte. Pero con cada hombre que moría, yo pensaba: «Me he salvado por la gracia de Dios. Mejor tú que yo, pobre imbécil». Porque el alivio que sentía era más fuerte que todo el dolor.

Y se pone a tararear una canción que Clay ya le ha oído canturrear antes. Sólo en la segunda estrofa farfulla la letra:

*Oh, death where is thy stinga-linga-ling?
Grave where thy victory?*

—¡Pero de eso ya pasó mucho tiempo! —grita Clay, furioso—. Y usted sobrevivió, no puede ser que ahora todo le vuelva y le haga daño. No es bueno escarbar...

—Oh, no, amigo, es escarbar en uno mismo. No puedo pensar en otra cosa. Aquí y ahora no hay nada que tenga la fuerza suficiente para sacarme de mí mismo. Ni siquiera tú puedes.

Clay siente una furia feroz, inexplicable. Por sentirse avergonzado ante la experiencia de un viejo, por ver que lo emociona, por su repentino deseo de consolar a Whale. Y el único consuelo que cree poder ofrecerle es arrancarlo del pasado.

—Mire —dice, y se saca el jersey por el cuello. Su cuerpo actúa siguiendo un impulso que su mente no tiene tiempo de interpretar—. ¿No quiere dibujarme así?

Clay tira el jersey sobre el sofá, y se pone de pie para quitarse la toalla.

Whale parpadea, sin comprender todavía.

—Me dijo que quería dibujarme como a una estatua griega. Venga, no pierda tiempo. Aquí me tiene —dice, y deshace el nudo. No quiere mirar a Whale cuando se quita la toalla, pero tampoco quiere mirarse a sí mismo. Prefiere mirar a Whale.

Whale deja de parpadear. Está totalmente inmóvil.

Clay se ha quitado la toalla. Su desnudez es enorme; durante un instante llena toda la habitación. Clay mueve las manos de un lado para otro; desearía tener bolsillos en la piel. Resiste el impulso de cubrirse con ellas: un cuerpo desnudo no debería tener ninguna importancia después de oír lo que la guerra puede hacer a los cuerpos. Desafiante, pone las manos en las caderas.

—Así, dibújeme así. No está nada mal, ¿verdad?

Whale sigue mirándolo con ojos muy abiertos e inexpresivos.

Y Clay no puede evitar verse reflejado en esos ojos, como si estuviera de pie ante un espejo. Primero ve su polla —el glande parece una carita— y teme que parezca demasiado pequeña en comparación con el resto del cuerpo. Luego, la sonrisa arrugada de la cicatriz, pero Whale no puede saber el significado que tiene para él. Los ojos de Whale parecen estar absorbiéndolo entero, un cuerpo más grueso y menos armónico que el de cualquier estatua griega, con manchas blancas y morenas. Una fornida estatua pecosa.

Clay tiene que sentarse. Las varas de mimbre de la silla se le marcan en el culo desnudo y los genitales se le quedan apretados entre las piernas; abre las piernas para que queden al aire. Piensa en la posibilidad de juntar las rodillas y de ocultar sus vergüenzas, de modo que sólo se vea una mata de pelo, pero, si lo hace, parecerá una chica.

Y Whale sigue sin reaccionar. Ni una sonrisa, ni las gracias le ha dado. Los ojos siempre en blanco, abre la boca para respirar.

—No —dice secamente—. No servirá.

—¿Qué no servirá?

—Eres demasiado humano.

Clay trata de reírse, pero está aturdido. Whale ha herido sus sentimientos.

—¿Qué se esperaba? ¿Bronce?

—No te muevas —dice Whale, y se pone de pie de repente—. Quédate como estás.

Pasa al lado de Clay y desaparece en la cocina. Clay oye abrirse la puerta que da al garaje. Querría taparse con algo, lo cual ahora es una tontería; no hay nadie que lo vea excepto los perros de la repisa. No puede creer que esté haciendo lo que está haciendo, o que deba sentirse dolido por no haberle gustado al señor Whale.

La puerta vuelve a cerrarse. Whale aparece en la puerta del salón. Viene sonriente, luciendo una delicada sonrisa de disculpa, y lleva en las manos una caja redonda.

—Me gustaría que te pusieras esto.

Al acercarse, abre la caja, la deja en el sofá, como si temiera acercarse demasiado a Clay, y retrocede.

Clay coge la caja y se cubre con ella. Dentro hay una máscara antigás. Sabe inmediatamente qué es, aunque la máscara no se parece en nada a las que usaban en

Pendleton para el entrenamiento con gases lacrimógenos. Ésta es una antigualla que parece la cara aplanada de un marciano.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —Whale se siente mareado—. Para darle un toque artístico. La combinación de tu cuerpo humano y esa máscara inhumana. Un verdadero hallazgo, Clayton. Muy moderno, muy francés. Surrealista, ya sabes. ¡Por favor! Si no es pedirte demasiado.

No parece más peligrosa que un equipo de submarinista, con un morro de metal cosido en la boca.

—Será sólo un momento, Clay. Sólo quiero ver el efecto.

Tener esa máscara en la mano es como tener un par de esposas: es imposible no querer probárselas. Clay no va a tragarse el cuento de Whale. ¡Efecto artístico! Esta máscara tiene que ser de la Primera Guerra Mundial; ponérsela equivale a jugar con Whale a algún jueguecito. Clay no sabe qué quiere que haga, pero, intimidado por la experiencia de Whale, se siente obligado a jugar.

Se lleva la máscara a la cara. La goma vieja y la lona no huelen demasiado mal. Se la pone por la cabeza y tira hacia abajo. De improviso, el salón se tiñe de un marrón amarillento.

—Tiene correas detrás —le dice Whale.

Clay apenas puede oírle, dos tiras de lona con ribetes de goma le cubren las orejas. Con los dedos coge una correa y una pequeña hebilla.

—Déjame que te ayude —le dice Whale desde atrás.

Clay no puede verlo. Otros dedos se mueven junto a los suyos, dedos fríos y puntiagudos, con la naturalidad de los dedos de un padre que le enseñara a su hijo a anudarse los cordones de los zapatos. Whale abrocha la segunda correa sin ayuda de Clay.

—¿Y ahora?

La boca cubierta por el inhalador, Clay oye resonar su voz dentro de la cabeza. No tiene problemas para respirar, aunque el aire sabe a óxido y el mentón se le humedece.

Whale da la vuelta y se detiene delante de él. Descolorido como una foto vieja, un amarillo de icterico, sonrío al retroceder para observar el «efecto artístico». Parece muy divertido y ansioso ahí fuera. Todo está ahí fuera, como si Clay estuviera dentro de una pecera, su cabeza al menos, completamente separada del cuerpo, ahora más expuesto que nunca. La distancia entre Clay y su propio cuerpo hace que se le tensen los músculos, y hasta en las articulaciones siente una indefinible molestia. Golpetea nervioso las rodillas con las manos.

—Ya está bien, basta. Quítemela.

—¿Qué has dicho? —pregunta Whale, sin dejar de sonreír.

—¡He dicho que ya es suficiente! —Clay alza la voz para poder oírse. Estira la mano hacia atrás buscando las hebillas.

—¿Quieres salir? Por supuesto, permíteme. —Whale pasa delante de la máscara y se coloca detrás de Clay—. Cuidado, no vayamos a romper las correas. Es una reliquia de familia, ¿sabes?

Clay baja las manos para que Whale pueda desabrocharle las correas.

Puede sentir el peso y el calor de Whale a sus espaldas. Pero Whale no desabrocha nada, ni siquiera toca la hebilla.

Clay se gira a derecha e izquierda. La máscara hace las veces de anteojeras. No puede ver a Whale.

—Estoy aquí. Sí, todavía estoy aquí.

Le sorprende el roce de las manos de Whale, que lo coge por los hombros. Todas las sensaciones epidérmicas desaparecen, y enseguida regresan, hechas un ovillo apretado bajo dos manos huesudas.

—Qué músculos de acero, Clayton.

La voz es apagada. El aliento de Whale le hace cosquillas en la nuca. Las manos aprietan.

Clay se aferra al bastidor del asiento, tiene que contenerse para no darle un puñetazo al hombre que lo toca. Es el señor Whale, se dice. Está provocándolo, asustándolo. No puede ir en serio.

Una mano se desliza por su hombro, le acaricia el brazo, la piel ligeramente rígida del tatuaje.

—¡Déjeme! ¡Quíteme la máscara de una vez!

—Relájate, Clayton. No puedo oírte. No oigo una palabra.

La mano que le tocaba es reemplazada por algo sin hueso, pegajoso. Whale está besándole el tatuaje. La piel de Clay se estira, los músculos se le tensan de pies a cabeza para protegerse del toqueteo. Tiene el cuerpo tan rígido que no puede hablar ni pensar.

—¡Qué pedazo de bestia! —dice Whale, y le acaricia el pecho.

La tensión de los músculos de Clay hacen la sensación más desagradable, expone su pezón al dedo que lo acaricia trazando círculos. Siente un cosquilleo repugnante bajo la piel, ganas de vomitar, pero es su piel la que necesita vomitar.

El dedo de Whale aprieta el pezón.

—¿Nada? ¿Y esto?

La mano baja por los pliegues del abdomen hacia el miembro entumecido.

Y su cuerpo se rebela. El brazo tatuado se lanza hacia atrás, un codo da directo en el cráneo. Clay se ha puesto de pie de un salto y ha ido a dar contra la mesita. La lámpara vuela por el aire. La bombilla se rompe y el salón queda a oscuras.

Clay tira de la máscara, intenta quitársela por la barbilla mientras trata de alejarse de unas manos que lo sujetan por un brazo y por la cintura. Otra mano lo coge por un tobillo —no, es la pata del sofá— y la habitación entera da una voltereta. Clay ha caído al suelo, ha estado a punto de tragarse el inhalador, pero se incorpora al instante, apoyándose en las rodillas y los codos, tira de la máscara, odia a Whale, se

odia por ser tan imbécil.

Un cuerpo se apoya en su trasero levantado, cae sobre su espalda y se queda quieto; Whale lo manosea por delante.

—Antes muerto que humillado, Clayton. Antes muerto que humillado.

Una correa se rompe y Clay aprovecha para quitarse la máscara de un tirón. Volver a respirar. Volver a pensar. De la cocina llega un poco de luz. Durante un segundo, el hombre que tiene encima no parece más peligroso que un niño que jugase a los caballitos.

—Oh, sí. Ya te tengo. A ver quién humilla a quién ahora.

Ese repelente cosquilleo entre las piernas es una mano que lo toquetea.

—Pero qué carajo está haciendo...

—Ya te tengo. ¿Qué harás para volver a ser un hombre?

Clay sigue dándole con el codo, pero no sirve de nada; no puede ver a su atacante. Su cuerpo recuerda un movimiento de lucha. Se da la vuelta con fuerza, tira a Whale al suelo, de refilón ve su delantera expuesta y las manos blancas de Whale que ahora lo cogen por detrás. Él no deja de moverse, lo que quiere es sentarse a horcajadas sobre su contrincante e inmovilizarlo, verlo de frente. Clay quiere verle la cara para poder pegarle.

Pero el puño sale lanzado hacia atrás, llevado por su propia fuerza. Clay ve a un hombre viejo y canoso, con ojos de demente. El puño se abre al bajar, y le estampa una bofetada a Whale en plena cara.

La cara de Whale se queda en blanco, la mirada perdida. Whale lo mira como un hombre al que hubieran despertado a bofetadas en medio de un sueño.

—¿Sí? ¿Sí?

Cierra los ojos, se prepara para recibir otro golpe, pone la otra mejilla.

Pero Clay no puede volver a pegarle.

—No, señor Whale, yo no soy así. Métselo en esa puta cabeza de una vez. No es mi intención perder el tiempo con usted.

—Oh, pero tocarte es maravilloso, Clay —dice Whale, con los ojos cerrados, y con las manos rodea las caderas de Boone—. No eres tan macho después de todo, ¿verdad? —Y estira una mano hacia la polla.

Clay lo coge por la muñeca antes de que pueda tocarlo. Le coge las dos manos por las muñecas; así no podrá volver a pegarle.

Whale abre los ojos y lo mira. Está sin aliento, jadea, sonrío.

—Espera a que se lo cuente a mis amigos. Te he tenido desnudo en los brazos. ¿Crees que se sorprenderán?

—Yo no he hecho nada con usted.

—No, claro. Te desvestiste para mí. Te besé. Y hasta te toque la polla. ¿Cómo podrás seguir viviendo después de todo lo que te hice?

Las costillas de pajarito y la pequeña barriga de Whale suben y bajan entre las piernas de Clay.

Clay detesta la proximidad de esa respiración, pero sigue sujetándolo por las muñecas.

—¿Se puede saber qué coño quiere? No voy a dejar que me la mame, si es eso lo que pretende.

—Quiero que me mates.

Su ojos semiapagados se encienden. Es como si se burlara de Clay, como si lo insultara. Pero... hay un temblor en la voz, una lágrima atascada en la garganta.

—Mátame, Clayton. Párteme el cuello. Será en defensa propia, ningún jurado te condenará. O estrangúlame. Sería tan fácil con esas manazas que tienes. Ahogarme, quitarme la respiración.

Whale acerca las manos a la garganta para hacerle una demostración, arrastrando consigo las manos que lo sujetan por las muñecas. Pero Clay las separa hacia los lados, y aleja al mismo tiempo sus manos de la garganta de Whale.

—Yo no quiero matarlo.

—Tienes que hacerlo. Te he deshonrado, te he humillado.

Whale habla en serio.

—Usted está loco.

—Completamente. Y más loco cada día que pasa. Así me librarías de mi desgracia.

Las muñecas de Whale son dos manojos de ramitas. Partirle el cuello sería tan sencillo como triturar un escarabajo entre el pulgar y el índice.

—¿No eres bastante hombre para matarme, para no sentirte humillado por lo que te hice?

—No me hizo una mierda. Como no sea burlarse de mí. Creí que era un amigo. ¿Por qué está llenándose la cabeza de mierda?

—Si no tienes agallas para hacerlo por ti, ¿podrías hacerlo por mí al menos?

—Yo no quiero matarlo.

—¿Por qué no?

—¿Por qué coño tengo yo que querer matarlo?

Y Whale, subrayando con frialdad cada palabra, dice:

—Porque soy viejo y estoy enfermo y quiero morir.

Clay no puede pensar con claridad; hierve de adrenalina y rabia.

—Claro, y que me acusen de asesinato, y que me pase el resto de mis días entre rejas. Si no me mandan a la silla. Gracias, pero no.

—Pero... yo ya me he ocupado de eso. He escrito una nota.

—¿Una nota?

—Sí, explicando todo lo que pasaría. Que tenías que ser mío o yo morir en el intento. Tú serías el joven inocente que protege su virtud frente a un marica viejo y perverso.

Clay se queda pasmado al enterarse de que Whale lo ha planeado todo. ¿Cuánto tiempo lleva planeándolo? Sin embargo, el mero hecho de tratar de averiguarlo, ahí,

sentado encima de Whale, le hace sentir como si estuviera considerando la posibilidad de ejecutar ese plan.

Tiene que soltarlo. Al levantarse, mantiene sujetas las muñecas de Whale, y cuando está de pie, las suelta y se aparta deprisa, buscando la toalla. Necesita desesperadamente cubrirse con algo.

—Me largo de aquí. Usted está loco. Y hablar con usted me está volviendo loco a mí.

Whale sigue tendido de espaldas.

—No me dejes así. Por favor. Ahora que ya habíamos llegado hasta aquí.

Clay ve la toalla junto a la mesa y la lámpara caídas. Pero no la recoge, no le basta para cubrir su desnudez, que es lo último que está fuera de lugar. Debería ir a la cocina, coger su ropa aunque esté mojada y largarse. Pero todavía no está listo para dejar a Whale. Clay se ha dado la vuelta, pero sigue mirándolo por encima del hombro.

Whale suspira al sentarse, un pesado gemido que sale desde lo hondo del pecho. Se lleva una mano al corazón cuando apoya la espalda en el sofá.

—¿Está bien? No le he roto ninguna costilla, ¿no?

Whale le mira como si el loco fuera Clay.

—No quiero una costilla rota, quiero el cuello roto.

—Mire, me ha jodido la noche. Yo confiaba en usted, y usted se ha cagado en mí. Pero no por eso siento que tenga que matarlo.

—Estúpido. ¿No ves que no tiene nada que ver contigo? Es por mí. ¿No lo comprendes?

—No, no lo entiendo. Y será mejor que me crea.

—Estoy perdiendo la cabeza —dice Whale entre dientes—. Todos los días me parece que la pierdo un poco más. Si no es el dolor de cabeza, es el aturdimiento, la niebla. Noches sin sueño o días sin lucidez. El tiempo se ha deshecho. No puedo distinguir el pasado del presente, de la fantasía. Pronto sólo habrá niebla, impotencia. No es vida para un hombre. Es la vida de un bebé. Es una vida de perro. Por eso necesito que me mates.

Un nuevo hilo de lástima atraviesa la confusión de Clay, y también una nueva furia.

—Si quiere morir, mátese. Yo no quiero saber nada.

—¡No puedo hacerlo solo! ¡No quiero morir solo! —dice Whale y mira a Clay con ojos desesperados—. Que me mates tú haría la muerte soportable, y hasta hermosa.

¿Ha de sentirse Clay adulado por esa última frase? No, lo que siente es horror, asco y lástima.

—¿Qué puedo darte para que me mates? —implora Whale—. Quédate con el coche. ¿Quieres la casa? Te lo firmaré todo, haré un nuevo testamento esta misma noche si me prometes que me matarás.

No es real, nada de esto puede ser real. Clay espera que Whale estalle en carcajadas de un momento a otro, como si todo fuera una broma; sin embargo, teme que Whale piense que su silencio signifique que está sopesando la oferta.

—No —dice Clay. Y como no le suena lo bastante contundente, repite—: ¡No!

Whale sigue en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá.

—Me has decepcionado, Clayton. Debería haberlo sabido. Ya veo que no eres el asesino americano de sangre fría que había imaginado. Eres un buen chico, Clay. Eres un... maricón.

La voz se le tensa al pronunciar esa última palabra. Todos los músculos de la cara se le tensan en un solo nudo.

—Pero... ¿qué me había pensado? ¿Qué me esperaba? —pregunta, con voz estrangulada—. Desde el principio supe que no iba a conseguir nada. ¿Habré perdido la cabeza del todo? Ay, qué vida tan estúpida, estúpida, estúpida. —Está llorando—. Dios bendito, vivir tantas cosas y al final... babear como un... Sí, ya me he vuelto loco. ¿Por qué no me volveré completamente loco? —Da un golpe en el suelo con el puño—. Entonces no me importaría nada, todo me daría igual, ser quien soy, y me importaría un comino a quién pudiera herir. Estaría libre de toda mezquindad humana. Y libre para quitarme la vida. Tienes razón, Clay. Sí, es mi muerte. Mi propia y condenada muerte. ¿Por qué no dármela con mi propia mano?

Después de tanta locura, a Clay le horroriza verlo llorando, ladrándose a sí mismo. No se le ocurre nada que decir salvo:

—Pero... se pondrá mejor. Usted no es tan viejo.

—No, no mejoro. Sólo me pongo peor, y cada vez más loco, y más desvalido.

Su voz se ahoga en sollozos de rabia. Deja caer la cabeza y la coge con las dos manos, con todo el cuerpo temblando.

Clay no puede irse ahora, dejarlo en ese estado. Quisiera largarse de ahí, pero no puede abandonarlo así.

—¿A qué hora vuelve María? ¿Va a volver esta noche?

¿Le habrá mentido también en eso?

—¿María? —pregunta Whale alzando la vista.

—¿Va a volver, verdad?

—Por supuesto que va a volver. Yo sólo... —Se friega la cara y torpemente se alisa el pelo con una mano—. Yo debería irme a la cama. Si estoy en la cama cuando llegue, nunca se enterará de la locura de esta noche. —Se levanta con esfuerzo, le tiemblan las piernas y tiene que aferrarse al brazo del sofá—. Santo cielo, qué cansado estoy. Tengo que irme a la cama ahora mismo.

—Deje que le eche una mano —dice Clay, que necesita hacer algo; llevar a Whale a la cama pondrá fin a esta noche de locos. Clay se le acerca y lo coge del brazo. Bajo la manga de la camisa hay otra manga de piel y tendones colgando alrededor de un brazo.

—No se lo digas a María —susurra Whale—. Sólo conseguirías alterarla,

¿entiendes?

—Tengo que decírselo a alguien. Usted no está bien.

—Pobre mujer. Lo que hemos estado a punto de hacerle. ¿Y si hubiera regresado y te hubiera encontrado con mi cadáver...? ¿Cómo he podido no pensar en lo que eso habría significado para ella?

«Y para mí», piensa Clay. ¿Qué habría significado para él? Acompaña a Whale por el pasillo; sin importarle la mano fría que apoya en su hombro, Clay observa cómo va poniendo un pie delante del otro.

Lo lleva al dormitorio y lo sienta en el borde de la cama. Whale se quita la pajarita, que se le ha soltado durante la escaramuza. Se queda sentado, como a la espera de que Clay lo desvista.

—Por favor, ¿podrías quitarme los zapatos?

Clay se pone en cuclillas junto a los pies de Whale. Al menos puede quitarle los zapatos. En uno de ellos se ha hecho un nudo doble, y Clay prefiere coger el pie con fuerza por el tobillo y quitarle el zapato haciendo palanca.

Una mano se posa en la cabeza de Clay y le acaricia el pelo. La sensación ya no le repugna, ahora es sólo molesta.

—Te pido disculpas, Clayton. Sinceramente. Si hubiera sabido que eras tan buenazo, no te habría hecho esto. No importa lo loco que estuviera. ¿Puedes perdonarme? ¿Podemos volver a ser amigos?

—Olvídelo —dice Clay, y se da cuenta de lo ridícula que suena esa palabra.

—Ah, y este botón. —Whale levanta la barbilla y le señala el cuello—. Nunca lo consigo cuando estoy cansado.

Clay se inclina y con sus largos dedos le desabrocha el cuello. Sus manos no consiguen entender si Whale espera que lo estrangulen o que le acaricien el nervudo cuello que rozan; es extraño desabrocharle a otro hombre el botón del cuello.

Su cara está a sólo quince centímetros de la de Clay; sus iris azules titilan al empañarse de lágrimas. Clay no puede evitar parpadear, como si fuera él el que estuviera a punto de llorar. Whale traga saliva.

—¿Por qué no te habré visto así hace unos meses, Clayton? —dice Whale en voz baja—. Me habría sentido en la gloria. Pero no, esta noche no eres Ganimedes, y tampoco Caronte, de eso estoy seguro. Oh, las fantasías que nos contamos...

Whale se vuelve, poniendo fin al encuentro de sus miradas, y Clay puede retroceder.

—Puedo desvestirme solo, gracias —dice Whale, y se tumba en la cama—. Necesito un minuto, tengo que recuperar el aliento.

—Perfecto. ¿Quiere que cierre la puerta?

—Si eres tan amable. —Está echado de espaldas, sin almohada, un hombre despeinado y deshecho y con calcetines. Ladea la cabeza—. Cuando *tú* mueras, Clayton, no dudes de que el cerebro es el último órgano que se apagará. Y si tienes un derrame, reza para que te lo borre todo.

—Mañana se sentirá mejor, señor Whale.

—Mañana, mañana, mañana —dice Whale al techo—. Buenas noches, Clayton.

—Buenas noches.

Clay cierra la puerta. Se queda inmóvil un momento, incapaz de recordar quién es ni por qué está ahí. Luego recuerda que sus ropas están en la antecocina. Atraviesa el pasillo sin hacer ruido y entra en la cocina; se siente un toro enorme y tonto metido por equivocación en un lugar que no es el suyo.

La ropa todavía está húmeda. Clay decide esperar a que María vuelva y se la planche; de cualquier modo tiene que quedarse a esperarla. Necesita contarle lo que ha pasado, no todo, pero sí lo suficiente para que la pobre se entere de que el señor Whale está mal de los nervios. Hay sábanas en un estante, encima de la lavadora. Clay coge una y se envuelve, parece un sobreviviente de un naufragio.

El whisky sigue en la mesa de la cocina. Clay se lleva la licorera al salón. Encuentra en el suelo el paquete de cigarrillos y antes de darse cuenta ya ha encendido uno; luego pone en orden los muebles. La lámpara no se ha roto —sólo la bombilla— y no hay más rastros de violencia, salvo la máscara antigás, que había quedado en el suelo, junto al sofá. ¿Qué aspecto tendría con la máscara puesta? Medio robot, medio hombre. Un monstruo con polla. ¿Era eso lo que Whale quería? ¿No a Clay Boone el jardinero, sino a Clay Boone el monstruo? ¿Su propio monstruo, como Frankenstein, pero con ojos saltones y desnudo?

Clay guarda la máscara en la caja. Necesita un poco de luz en la habitación. Hay una lámpara de pie detrás del sillón de orejas. Clay la enciende, y ve el bloc de dibujo en el sillón. Lo coge, se sienta y, tras tomar un trago directamente de la botella, lo abre.

No hay ni un solo dibujo de él, ni como monstruo ni como él mismo. Nada más que garabatos, dos páginas llenas de garabatos. De vez en cuando, un ojo emerge entre las rayas. Hace daño mirar esos nudos, esas marañas de trazos sin sentido. No le sorprende que esta noche Whale no haya dibujado nada, pero ¿estarán llenas de algo mejor las hojas del bloc del estudio? ¿Se parecerá en algo a Clay alguno de los dibujos de Whale? ¿O todo, cada minuto de cada hora que pasaron juntos, ha sido sólo una farsa?

Está rendido. Deja el bloc y pone los pies en el escabel; se pasa la sábana por los hombros. Tiene la cabeza y el cuerpo totalmente entumecidos, insensibilizados por todo lo ocurrido esta noche. Intenta aliviar esa sensación de pesadez con el whisky y el cigarrillo.

¿No sería una buena historia? Un hombre que una vez fue famoso le ofrece su casa y su coche sólo por matarlo. Clay no había vuelto a pensar en la oferta hasta ahora, cuando ya ha pasado la oportunidad y el chiflado de Whale duerme como un tronco en la otra punta de la casa. ¿Debe considerarse un gallina por no haberlo hecho? ¿Sería tan terrible tener una muerte en la conciencia si a cambio uno se queda con un Chrysler descapotable? Tal vez, si hubiera sido un Corvette..., piensa Clay

con una sonrisa burlona.

Sabe, sin embargo, que esos pensamientos de listillo no son ni la mitad de lo que está sintiendo. Por debajo, las emociones se agolpan de tal manera que ni siquiera puede comenzar a identificarlas. ¿Qué clase de dolor insoportable tendrá el viejo para pedirle a alguien que lo mate? ¿Y por qué querrá que sea él, el «buenazo» de Clayton Boone, su asesino? Y hubo momentos esta noche, fracciones de segundo, en que Clay estuvo a punto de encarnar el deseo de Whale. Si se convirtiese en el asesino de James Whale, del hombre que hizo *Frankenstein*, tendría servido en bandeja ese gran drama que a veces piensa que su vida necesita, la historia de guerra que borraría todas las demás historias, con la pequeña diferencia de que ésta tendría que aclarársela a la policía. Y, por lo que ha visto, esas tremendas experiencias no le procuran a Whale ni satisfacción ni paz.

Clay se toma otro buen trago de escocés. Le sorprende descubrirse tan lleno de ideas de asesinato, de ternura y de un sobrecogimiento teñido de aflicción. Y lo invade también una extraña alegría, la de saber que habría podido matar a Whale, pero no lo ha hecho. Es terrible sentir tantas cosas por un solo hombre.

Parece que ha dejado de llover, y Clay tiene ganas de abrir una ventana, pero no puede moverse de la silla. Ahora que el ambiente se ha serenado, lo único que quiere es que vuelva María para poder irse a casa, dejar esta noche atrás, y volver a ser el que era.

Noche, lluvia, el silbido del viento. Un rayo cae, tan cerca que la visión y el sonido son simultáneos, un estallido de luz.

James Whale se yergue bruscamente en la cama. Toma aliento y, presa del pánico, mira a su alrededor. Está en su habitación, en su cama. Está en su casa, en California, a salvo de todo peligro, pero no puede recordar dónde estaba en el sueño, o qué fue lo que lo asustó.

Una tormenta eléctrica ilumina y hace crujir la ventana. Whale baja de la cama a mirar por la ventana. Chispas rojizas y blancas sábanas de electricidad brincan entre el cielo y la tierra. El trueno suena exactamente como el temblor de una lámina de latón movida por un tramoyista, más convincente en la vida real que jamás en el teatro. No hay árboles esta noche. Sus árboles han desaparecido. Lo único que queda del césped es una ladera yerma salpicada de tocones. Whale tampoco puede ver la piscina. ¿Ha desaparecido su piscina? Hace meses que no la usa, pero le apena pensar que la tormenta se la ha llevado. Debería salir a buscarla.

Atraviesa una puerta antes de recordar que no hay puerta que lleve al jardín desde su dormitorio. Pero ya es demasiado tarde, ya está fuera, bajando por los escalones de piedra hacia la hierba oscura del jardín. Todo es negro o gris, salvo los relámpagos púrpura detrás de los obeliscos y las lápidas de su pequeño cementerio. Nunca le gustaron los cementerios, a pesar de su sentimentalismo morbosos. No puede entender las visitas anuales de David a la tumba de Thalberg, su antiguo jefe, ni el sol ni las flores de Forest Lawn. Al menos, su cementerio particular es oscuro y gótico y burlescamente teatral.

Al alejarse, advierte que la colina se nivela donde debería descender. El césped deja lugar al barro. Y él no se ha vestido para meterse en un lodazal. Todo se lo ha llevado el agua, sólo queda el barro. ¿Dónde estará Boone? Tiene que preguntarle a Boone qué le ha ocurrido a la hierba.

Ah, ahí está. El resplandor de un relámpago deja ver una silueta que pasa junto a un brezo. Whale se acerca, deprisa. Tiene que ser Clayton. ¿Quién sino podría tener esos hombros tan anchos y la cabeza tan plana? Whale teme haberle asustado esta noche, y que Clayton le rehúya por eso. Aprieta el paso, pero es difícil avanzar por los surcos y los pliegues de la tierra mojada. Trata de llamarlo, de gritarle, pero no tiene voz, quisiera creer que el muchacho lo oíría pensar que está llamándolo.

Whale llega hasta el arbusto, que en realidad no es un brezo, sino un rollo aplastado de alambre de espino oxidado. Otro fogonazo le permite ver a Clayton un poco más lejos, hacia el final del rollo de alambre. La luz se adapta ahora a la mente de Whale; cuando necesita ver algo, un nuevo estallido se lo ilumina como el flash de un fotógrafo. El muchacho se vuelve otra vez, se aleja del alambre. A cada relámpago se hace más pequeño, se va hundiendo en la tierra. La cabeza parece arrastrarse a ras del suelo, y al cabo de unos instantes desaparece.

Whale se precipita al lugar en que Boone empezó a desaparecer. Encuentra la entrada a una zanja, una abertura en la tierra que desciende suavemente. Entra, lleno de viejas y conocidas ansiedades. La zanja se hace más profunda, las paredes ya se alzan por encima de su cabeza. El cielo se estrecha y se convierte en un largo tajo gris y parpadeante. Whale camina sobre una rejilla de listones medio podrida en un corredor a tres metros de profundidad y las paredes tapizadas de sacos de arena.

El pecho le retumba como un bombo con las ráfagas de proyectiles que estallan sin que él pueda oírlos. Se le entumece todo el cuerpo, como le pasaba siempre en los largos avances hacia la línea de frente. No hace ningún esfuerzo por comprender cómo una sencilla zanja de su jardín pudo desembocar en un laberinto interminable de trincheras en Francia. Desconecta la voluntad y la emoción, rindiéndose a lo que pueda ocurrir: como lo hacía cada vez que salían a internarse en la tierra de nadie, como había hecho una noche en Zonebeck cuando él y su patrulla se vieron rodeados de alemanes: igual que hombres hipnotizados, bajaron los fusiles y alzaron los brazos. Rendirse les salvó la vida. Otros seis meses en las trincheras y hubiera muerto igual que los demás. De repente, le invaden la culpa y el arrepentimiento, no por haberse rendido, sino por seguir con vida. ¿Hay alemanes aquí esta noche? No puede distinguir si esta trinchera es alemana o británica, si está abandonada detrás de las líneas o a la espera de ser recapturada. No hay nadie aquí, no se ve ni un alma. Los sacos de arena apuntalados en una esquina sugieren un montículo de calaveras blandas. Los lados de la trinchera están salpicados de una blancura que se asemeja a la luz de la luna, es la cal viva que usaban para que los cadáveres enterrados en las paredes no se pudrieran muy rápido.

Llega a lo que debió de ser la trinchera de vanguardia. Se vuelve a la derecha y ve a un hombre, fuera del refugio subterráneo: es un soldado con las piernas tendidas encima de la rejilla, las polainas bien colocadas en las pantorrillas, el casco tapándole los ojos. Whale tarda un momento en comprender que está muerto. Pasa con cuidado por encima de las piernas rígidas. Pero más adelante hay otros cuerpos, una docena de hombres, o más, desparramados por el camino. Está solo en una trinchera atestada de cadáveres. No siente ninguna satisfacción por haber sobrevivido; sólo horror y vergüenza y soledad.

Repica una campana. ¿Las campanas del infierno? No, el cencerro de un cordero. Un cordero asombrosamente real viene trotando por la trinchera, lanudito y con la cara negra, metido hasta la barriga en el barro. El cencerro que lleva al cuello tintinea mientras el animal salta sobre los muertos. Whale lo ha visto antes, una mañana, después de un duelo de artillería; debe de ser la mascota de algún soldado, alemán o inglés, un cordero que ha emigrado de algún refugio abierto por un obús a la tierra de nadie. Recuerda que intentaron hacerlo volver con silbidos —nadie se atrevió a salir y arriesgar su vida por una oveja— pero el pobre bicho se quedó fuera, atravesando el infierno de puntillas como una bailarina cuadrúpeda. Ahora ha llegado sola a las líneas, pasa brincando junto a Whale, que se inclina para acariciarla. El calorcillo

basto de la lana le acaricia la palma de su mano.

—¡Eh!

Levanta la vista y el cordero se escapa al son del cencerro. Clayton está junto a él, apoyado en el parapeto, recortado contra un cielo cubierto de nubarrones. Whale tiene miedo por él, le da terror que un francotirador pueda verlo y lo liquide. Pero el americano no parece tener miedo. Se inclina —el pelo bien corto, los músculos reventándole la camisa— y le hace gestos a Whale para que suba a la vez que le señala una escalera apoyada en la fangosa pared.

Whale vacila y luego abandona toda fuerza de voluntad. Se acerca a la escalera y comienza a trepar. Haya o no fuego cruzado ahí arriba, la visión de la tierra de nadie es aterradora. La estrecha franja de cielo se abre, se hace cada vez más ancha. El corazón se le acelera y la cabeza se le congela en el último pensamiento, como la mente de un hombre que sucumbe a los efectos de la anestesia.

Abierta a su alrededor está la infinita llanura de la muerte. Los disparos de la artillería en el horizonte iluminan los esqueletos de los árboles, los agujeros abiertos por los obuses, charcos como cuencas de ojos vacíos, los nervios retorcidos de la alambrada hechos un acordeón. Clayton lo espera junto al alambre, a unos cincuenta metros de él, increíblemente pequeño en medio de tan grandiosa desolación.

Boone le hace señas a Whale para que lo siga, tiene algo que enseñarle.

Él obedece, como atontado, o ciego, los oídos cerrados para no oír los silbidos de las balas que lo rodean. Aquí, hasta el aire puede matar. Pero Clayton no parece tener miedo. Lo ve, erguido en toda su estatura, en el borde de un cráter, un hoyo de viruela del tamaño de una piscina.

Whale se pone a su lado y mira. El fondo del cráter está lleno de hombres, cuerpos alrededor de un charco, como animales que compartieran un abrevadero.

Clayton le señala con orgullo los muertos, piensa que a Whale le gustará lo que ha encontrado para él.

Whale quiere mirar de más cerca. Por algún motivo que no puede precisar sabe que estos hombres son importantes para él y necesita ver por qué. Desciende con dificultad hasta el fondo del cráter, frena la caída apoyándose en los cantos de los pies y ayudándose con una mano; le da vergüenza derramar suciedad en las caras de esos hombres.

Cuando llega al fondo se inclina sobre el primer cadáver que encuentra. Barnett. Leonard Barnett. Descalzo y pálido, pero siempre estaba pálido. A Whale le emociona volver a ver su cara de niño y su pelo sedoso, aunque el muchacho esté muerto. No hay heridas ni desgarrones ni agujeros en su guerrera manchada de barro. Sus ojos cerrados duermen un sueño sin respiración ni sueños. Junto a él está el brigada Morgan, sin casco, la cabeza afeitada como la de un convicto pero el cráneo redondo y entero otra vez. Y un poco más adelante, Evans. Y Cooke. ¡Y Tozer! Había olvidado totalmente a John Tozer, que murió mientras él estaba en el campamento de instrucción, todavía en Inglaterra. El que había hecho el amor con él junto al canal

viejo de Birmingham muchos años antes. ¿Están todos sus muertos aquí? Busca ansioso a su padre, a su madre, también a Colin Clive, pero aquí sólo hay soldados, caídos en combate. La gente que murió en tiempos de paz debe de estar en un lugar más bonito, más apropiado. Pero estos muertos son más que suficientes, son una buena compañía si él también tiene que morir.

Recuerda que Clayton está esperándolo en lo alto del cráter. Sin embargo, cuando levanta la vista, el muchacho ya no está ahí. Sólo ve el cielo oscuro y callado. No importa, ahora no necesita a Clayton. Ésta es su gente. Se tiende entre ellos, encuentra un lugar entre Barnett y Tozer. No hay putrefacción ni olor a muerto, no hay ningún olor, sólo un calorcito agradable, como si estuviera echado entre cojines que respirasen. Pero no, el único que respira es él, los otros están totalmente quietos, descansan, están en paz. Él toma un último aliento y cierra los ojos.

Abre los ojos.

Está otra vez en su dormitorio. La lámpara está encendida. Fuera no se oye ni un solo ruido. Aún lleva puesto lo mismo que hace unas horas, cuando la silueta desnuda, la fornida escultura de carne, lo dejó allí y cerró la puerta.

La emoción del sueño permanece intacta. Sabe de inmediato que sólo fue un sueño, pero se despierta tan fácilmente que la emoción sigue intacta, la tranquilidad, la claridad. Tiene la cabeza asombrosamente despejada, como el aire después de una tormenta.

Está en la cama, inmóvil. Sabe lo que tiene que hacer. Está seguro de que puede hacerlo. Y también sabe cómo hacerlo. Le parece haberlo visto en su sueño. El cráter abierto en la tierra de nadie se parecía al oscuro ojo verde de su piscina por la noche.

Se incorpora rodeado por la niebla familiar del dolor de cabeza. No debe confundir esa tranquilidad pasajera con una mejoría. Es sólo un claro en el bosque, los matorrales oscuros y espinosos volverán. Tiene que actuar rápido, mientras dure esa calma.

Ve, junto a la lámpara, papel y pluma. Debería escribir una nota para que todos los que lo quieren —María, por supuesto, y David— comprendan que sabe lo que está haciendo. Se acerca al escritorio y se sienta. Pero la hoja de papel ya tiene algo escrito al dorso:

A TODOS LOS QUE QUIERO:

No lloréis por mí. Tengo los nervios absolutamente destrozados y llevo meses viviendo un constante martirio, día y noche, salvo cuando duermo con pastillas, y de día, la única paz que experimento es cuando me atonto con pastillas.

¿Ya había comenzado la nota del suicidio? Sabe que escribió una hace dos semanas, y que después de dejarla dormir unos días en un cajón, la tiró a la basura. Esta es nueva. Cuando se ha puesto a escribirla, quería dejar claro que cualquier daño

que le hiciera su jardinero era culpa suya. Que estaba loco, que se había vuelto peligroso. Recuerda que ya ha estado sentado aquí esta noche, que luchaba por encontrar una manera de decir todo eso cuando Clayton ha entrado en la habitación a pedirle ropa seca. No ha terminado la nota. Por suerte para Clay, no ha hecho lo que Whale quería que hiciera.

Whale aprovecha lo que ha escrito antes, libre ahora para escribir lo que ha dejado sin terminar.

He tenido una vida maravillosa, pero eso se acabó, mis nervios empeoran cada día y me da miedo que tengan que llevarme otra vez.

Al leer en voz alta lo que acaba de escribir, se detiene. ¿Ha tenido una vida maravillosa o es sólo una fórmula de cortesía de parte del muerto? Relee también el encabezamiento: «A TODOS LOS QUE QUIERO». Sea como sea, esas frases no suenan falsas. En este momento le parece amar todo y a todos, incluso su vida. Sigue escribiendo:

Por favor, perdonadme —vosotros, todos los que quiero— pero así es mejor para todos.

El futuro sólo me depara vejez y dolor. Adiós a todos, y gracias a todos por vuestro amor. Tengo que encontrar la tranquilidad, y éste es el único camino.

James Whale

Ya está. Dobla en dos la nota y la coloca en un sobre. Busca un sello, pero enseguida recuerda que esa carta no necesita franqueo. «A los que quiero», escribe también en el sobre, y lo deja apoyado en el pie de la lámpara.

Bueno, ahora puede irse. Sin barbitúricos, sin sangre. Ha visto demasiada sangre y ha tomado demasiadas pastillas, son dos puertas sin ningún misterio. Su muerte ha de ser nueva. Y lo será, y será limpia, inmaculada, sin rastro de suciedad. Aunque nunca aprendió a nadar, siempre ha sentido un cariño especial por su piscina. Después de todas estas semanas de ahogarse en el pasado, lo único que ahora parece justo es ahogarse en el presente. Todo empieza a encajar.

Se cambia de camisa. Hasta la muerte por agua requiere una camisa limpia. Considera la posibilidad de ducharse y afeitarse, pero sabe que tiene que actuar rápido, mientras le dure la lucidez. Se pone los zapatos y una chaqueta color arena. Corbata no, la muerte ha de ser informal, íntima.

Al peinarse ante el espejo recuerda que tenía algo previsto para esta mañana. Ah, sí, David le dijo que vendría a desayunar. Pero no puede aplazar lo que tiene que hacer sólo para tomar el último desayuno con David, no cuando el momento resulta

tan perfecto. Ahora o nunca, piensa. La nota lo aclarará todo, aunque David es tan sensible que probablemente supondrá que su ex amante escogió esta mañana para suicidarse porque sabía que él iba a venir.

Sale de la habitación y camina tranquilo por el pasillo hacia la sala; allí se detiene para echar una última mirada. Fuera, comienza a clarear. La luz, aunque gris aún, inunda las ventanas, no es tan temprano como pensaba. Entonces, ve un bulto en el sillón de orejas, algo blanco, un cadáver amortajado. Nervioso, se acerca al sillón; teme no estar despierto, sino en medio del mismo sueño que había dado por terminado, y que su nota, su decisión, sean en vano. El cuerpo amortajado ronca sonoramente. Es Clayton, hundido en el sillón con los pies en el escabel, arrebujado en una sábana. Por lo visto, decidió pasar la noche ahí.

Al escuchar sus ronquidos, al contemplar su cara hinchada y dormida, Whale recuerda lo que quiso que le hiciera. Antes muerto que humillado. El hombro tatuado asoma por debajo de la sábana. No se puede creer todo lo que se lee. Sabe que anoche se volvió loco, que creyó que la fortuna y la casualidad le permitirían realizar una fantasía. María había salido, Clayton estaba desnudo y él entregado a alcanzar un deseo que podría haberse hecho realidad con un buen par de mamporros. Pero un muchacho americano desnudo no es la muerte, aunque lleve una máscara antigás. El cuerpo que lo inmovilizó contra el suelo era un peso contradictorio de músculo duro y carne blanda. Había sido cruel y egoísta pensar que podía convertir una delicada tontería en un hermoso asesinato.

¿Y si volviera a su cuarto a añadir una posdata a su nota, una disculpa a Clayton? Mejor no, tiene que dejarlo fuera de todo esto. Ojalá Clayton se vaya por la mañana, antes de que descubran el cadáver.

Se dirige a la cocina de puntillas. La mesa está limpia, los platos sucios apilados en el mármol; eso quiere decir que María regresó anoche. Lamenta cuánto va a afectarla lo que tiene planeado hacer, pero no puede evitarlo. María es una mujer fuerte, y tiene su religión para protegerse. Además, se supone que los mexicanos tienen una relación más fluida con la muerte, con sus esqueletos de caramelo y su Día de los Muertos, aunque María se ríe de todas esas supersticiones de campesinos.

El picaporte de la puerta que da al jardín gira, y Whale empuja con cuidado para no hacer ruido. El muelle de la puerta mosquitera vibra al tensarse como una cuerda. Sale al fresco aire de la mañana.

El cielo parece inmenso y profundo con el horizonte a sus pies. El cañón está poblado de sombras y de niebla; los naranjas pastel de la cresta se van tiñendo hacia arriba del rico azul químico de una gelatina de reflector teatral. La ladera de la colina lleva sus pasos por la hierba húmeda hacia el azul verdoso de la piscina. En el terrado del estudio, un tordo hace un deslumbrante popurrí de imitaciones que termina con el dulce canto de un ruiseñor.

Whale se detiene en el bordillo de cemento de la piscina. El único movimiento del agua es el del cielo que se refleja en ella. Huele a cloro, no a gas tóxico, sino a noches

de verano con jóvenes que reían y se zambullían en la oscuridad. Alrededor de la piscina, los verticales estallidos de verde, pero no es la tierra que explota, sino sus cipreses, vivos y serenos.

Todo encaja. El pasado y el presente, la vida y la muerte, todo se disuelve en la piscina. Tiene la mente lo bastante clara para preguntarse si esta paz es real o si sencillamente ha perdido por completo la razón. ¿Cuál es la diferencia? Si hay dolores fantasma, ¿por qué no puede haber una paz fantasma, una sabiduría fantasma? Y sin embargo, su calma parece real, su resolución, inquebrantable. Está listo para marcharse. Y de repente, comprende: su pasado había estado derramándose en su interior estas últimas semanas a fin de prepararlo para este momento. Contra su voluntad, todo volvió, sus fantasías, su infancia, su guerra, ya en silencio, ya en voz alta —cuando estaba Clayton—, su vida ha insistido en contar su verdadera historia antes de que la muerte declare que ha terminado. Ha estado aspirando los trozos dispersos de sí mismo, para poder exhalarlos otra vez.

Se acerca, a paso lento, hasta la otra punta de la piscina, la parte honda. Decide saltar en lugar de entrar vadeando en la muerte. Mira el agua débilmente lechosa, a la espera de un buen último pensamiento.

Desde el turbio canal viejo de Birmingham hasta una piscina verde esmeralda en la parte alta del cañón de Santa Mónica. Vaya vida ha tenido, una vida rica, extraordinaria.

El cielo se vuelve más claro, más brillante. La piscina se cubre de una piel de luz, una sábana arrugada de mercurio. En el fondo, ve serpentear una única grieta remendada con parches de betún. Whale espera que los serpenteos y arrugas desaparezcan, y cuando la piscina se convierte, por fin, en un espejo, se deja caer a través del cielo abierto.

Algo cae en las aguas tranquilas del sueño de Clay, cae como una piedra que abre en él un hueco que pronto se llena de círculos y ondas, luego se cierra y se queda quieto otra vez. Clay no se despierta.

Hasta que un timbrazo ensordecedor lo despierta a la fuerza. Es el teléfono. Un par de pequeños zapatos bajan ruidosamente por las escaleras.

—¿Diga? ¡Oh, señor David!

Clay parpadea al ver un salón de suaves colores iluminado por el sol y sus pezuñas, que sobresalen desnudas bajo una sábana. Reconoce a María, vestida de negro y con su delantal blanco de siempre; está hablando por teléfono en la otra esquina del salón.

—No, no, señor David. No me lo dijo, pero no hay ningún problema. Nos encanta que venga a desayunar —dice María, y le echa una mirada de reproche a Clay.

Hay una licorera de whisky a medio beber encima del mueble de la televisión. Clay no se siente resacoso, pero sí como si le hubieran pegado en los riñones. Se quedó dormido en el sillón, en una mala postura. Y debajo de la sábana no lleva nada. No tarda en recordar por qué.

—¿Viene a las diez? Perfecto, señor David. Adiós.

María cuelga y se encara a Clay con gesto altanero y ceño severo.

—No es lo que usted cree —dice Clay con voz ronca.

María levanta las palmas de las manos.

—Yo no pienso nada, y no pienso preguntar. Además, no me importa. Le he traído la ropa —dice, señalando una pila de ropa plegada con cuidado al lado del escabel—. Lo único que le pido es que se vista y se vaya. Tenemos visitas. Será mejor que usted no esté aquí cuando él llegue.

Clay se friega la cara dormida y recuerda la máscara antigás.

—Tengo que hablarle del señor Whale.

—Nada de lo que pueda decirme va a sorprenderme.

—Puede, pero así y todo necesito hablar. ¿Tengo tiempo al menos de tomarme una taza de café antes de irme?

—Por supuesto. Yo no le echo la culpa a usted de lo que ha pasado.

—No pasó nada.

—Ja, ja. ¿Y porque no pasó nada necesita hablar? —se mofa María—. Llego a casa y lo encuentro así, dormido como un tronco. No, no le echo la culpa. Le echo la culpa a mi hija por haberme hecho quedar hasta tan tarde. Y a mí misma, por pasármelo tan bien en su compañía. Es peligroso divertirse demasiado. Lo único que espero es que no le haya agitado, podría darle otro ataque.

Antes de que Clay pueda empezar a contarle, María se vuelve y se va a la cocina haciendo resonar los pasos.

Clay se levanta y coge los calzoncillos, perfectamente planchados. Se los pone

con cierta vergüenza debajo de la sábana. Se siente raro, sobre todo considerando lo desnudo que había estado en esta misma habitación anoche. El mundo es un lugar diferente a la luz del día. La noche de ayer no fue real, es imposible contársela a nadie, como un mal sueño.

Sería tan sencillo largarse de ahí sin más, piensa Clay. Sin contarle lo que ocurrió. Que la mexicana descubra sola que su chalado patrón quiere que lo asesinen. Clay no tiene que volver a esta casa, ni siquiera a arreglarles el jardín. Pero no puede irse ahora. Está lleno de ventanas y de puertas abiertas, y cree que puede cerrarlas si habla con María.

Está subiéndose la cremallera de los pantalones cuando María llega con una bandeja del desayuno.

—Tenga —dice, y deja la bandeja en la mesita del teléfono antes de acercarle un par de calcetines—. Me olvidé de darle esto.

—Gracias. —Luego, antes de que ella puede irse, Clay se apresura a preguntar—: ¿Por qué lo hace?

—¿Por qué hago qué?

—Cuidarlo como lo cuida, ocuparse del señor Whale como si fuera de su propia sangre.

María lo mira, asombrada al ver que a alguien le hace falta una explicación.

—Es mi trabajo. Y lo hago bien. Lo hacía igual cuando el señor Jimmy vivía feliz y el trabajo era sencillo. Ahora que está enfermo, sólo es regular —dice y ladea la cabeza como preguntando si esa respuesta da por contestada la pregunta.

—O sea, ¿que es principalmente por dinero?

—¿Dinero? —dice, y de repente parece ofendida—. Me paga un sueldo, sí. Pero no es sólo por dinero. ¿Es por dinero que está usted con él?

—¡No! —¿Es así como María lo ve?—. El único dinero que saqué fue el que se ofreció a pagarme por posar.

—No, no es que yo creyera eso, señor Boone. Pero no sé qué quiere usted exactamente del señor Jimmy.

Clay tampoco lo sabe, y precisamente por eso necesita hablar.

—Entonces ¿cómo es usted tan leal? Incluso ahora que está un poco...

No puede terminar la frase, y María lo hace por él.

—¿Loco? Como una cabra. Sí, sí, viejo y loco. Pues no lo sé, puede que sienta pena por él. A lo mejor porque pienso que si lo cuido, Dios me dará a alguien que me cuidará cuando yo esté vieja y enferma —dice con escepticismo—. Sea como sea, así es como yo vivo mi vida. Y hace mucho tiempo que lo conozco. Es como el perro de la familia, no se lo abandona cuando está viejo y enfermo. Es imposible olvidar que una vez fue un buen perro. Bueno, basta de cháchara. Tengo que llevarle el café al perro.

María vuelve a su bandeja, la recoge y muy jovial se dirige a la habitación de Whale.

Sí, puede decirle a María lo que el señor Whale quiso que le hiciera anoche, piensa Clay. Es tan posesiva como le dijo una vez el mismo Whale, aunque no como una mujer con el marido. Donde Whale siente respeto y miedo y también lástima, María sólo parece sentir respeto. Es posible que eso no esté bien, pero ella no va a asustarse demasiado cuando oiga lo ocurrido.

La oye golpear a la puerta de Whale.

—¿Señor Jimmy? ¿Señor Jimmy? Buenos días, señor Jimmy —La puerta se abre lentamente—. ¿Señor Jimmy?

Clay está poniéndose la camisa cuando María vuelve, sin la bandeja, agitando los brazos.

—¿Dónde está? —pregunta—. ¿Qué ha hecho con él?

—¿No está en la cama?

—¡No! ¿Qué le hizo? ¿Qué le hizo?

—Yo no le hice nada.

María se acerca al pie de la escalera y grita:

—¡Señor Jimmy! ¡Señor Jimmy!

—Yo lo ayudé a acostarse —le dice Clay—. Fue todo lo que hice. ¿No está en su dormitorio?

María, en lugar de contestar, corre escaleras arriba. Clay se cierra a la banda. Se niega a ser presa del pánico, el viejo tiene que estar en alguna parte. Es como si María creyera que hizo lo que Whale le pidió que hiciera. Durante un momento, Clay se pregunta si no lo habrá hecho.

—¡No está arriba! ¡Búsquelo! ¡Tenemos que encontrarlo!

—A lo mejor no quiere que lo encuentren. ¿Y si está jugando al escondite? —Pero María está demasiado alterada para aceptar su sarcasmo—. ¿No habrá ido al estudio?

—¡Claro! —A María le gusta la idea—. Mire en el estudio, Boone. Yo volveré a mirar en su habitación.

—¿Y dónde piensa buscarlo? ¿Debajo de la cama?

—¡No sé! No es normal que el señor Jimmy haga estas cosas. No está bien. ¡No se puede haber ido!

—Seréne. Mire en el dormitorio, yo voy al estudio. A lo mejor salió a dar un paseo.

—Sí, tiene razón —dice María, y sacude la cabeza, enfadada—. Sólo a dar un paseo. En pijama. ¿Qué van a decir los vecinos?

Clay sale al jardín por la puerta de la cocina. Quiere creer que María está tan chalada como Whale. Y sin embargo, una vez lejos de ella, su pecho se llena de ansiedad y de miedo. Sus ventanas y puertas siguen abiertas de par en par. El viejo no está bien, y no cuesta nada imaginar que algo terrible le ha pasado.

—¡Señor Whale! —grita al bajar la colina.

No puede ver si la puerta del estudio está abierta o cerrada; la caseta parece

tranquila, de juguete casi, a la luz de la mañana.

—¿Está ahí abajo?

Se volvió loco ayer por la noche, pero estaba bastante bien cuando Clay lo metió en la cama. Lo suficiente al menos para disculparse por haberse vuelto loco. La hierba húmeda es muy fría y real bajo los pies descalzos de Clay. Lo que más desea es oír a María, que le grite desde la casa que ya lo ha encontrado.

Aún en camino hacia el estudio, Clay percibe, por el rabillo del ojo, que algo ha cambiado en la piscina. La superficie calma azul verdosa parece tener una mancha en la esquina más lejana. Un objeto se balancea entre las láminas de agua, algo parecido a la silueta de un monigote.

Clay empieza a correr, sus pies retumban sobre la hierba, los codos se le adelantan. Se lanza de cabeza al agua. Cuando abre los ojos, es una flecha que nada a través de un silencio color verde hacia una silueta en suspensión junto al sumidero. Es un hombre. Una brazada y Clay ya puede cogerlo por la pechera de la camisa. Junta las piernas abiertas para elevarse hacia la luz. El cuerpo ingravido le sigue.

Sale a la superficie, toma aire, flota, arrastra al señor Whale hacia el borde: los ojos cerrados, la cara de parafina.

—Ya llegamos —le dice a Whale—. Ya llegamos.

Rodeándole el pecho con un brazo, saca el cuerpo de Whale de la piscina, un muñeco flácido y pesado que al caer sobre el cemento se da un golpe en la cabeza. Pero el señor Whale no gime ni protesta. Clay lo arrastra hasta que la cabeza puede descansar sobre la hierba. Las piernas se doblan por las rodillas y cuelgan del borde de la piscina.

Clay le toma el pulso. Nada. Pone una mano en el pecho de Whale. Nada tampoco esta vez.

—Hijo de puta —dice Clay, jadeando, y cogiendo la barbilla de Whale, la empuja hacia atrás—. Loco, hijo de puta.

Con el pulgar y los dedos abre la mandíbula cerrada. Respira hondo y pone su boca en la de Whale. Tiene que hacer algo y esto es lo que le enseñaron a hacer en la marina. La caja torácica de Whale se infla. Y Clay de improviso toma conciencia de que el hombre se ha hecho esto a sí mismo, que quería morir y que él está intentando negarle su muerte. Pero nada que le haga a esos pulmones podrá traer de vuelta a la vida a un hombre cuyo corazón ha dejado de latir. En su boca la muerte sabe a hígado crudo. Está haciéndole la respiración artificial a un muerto. No obstante, Clay no puede separar su boca de la de Whale hasta que ha vaciado los pulmones.

Se incorpora y vuelve a respirar hondo, para él esta vez. Con un gesto mecánico se limpia la boca.

Contempla en silencio la cara de Whale. Tiene la piel más blanca que las cejas o el cabello revuelto, refleja el sol como un bloque de cera. Las facciones se borran en la impresionante blancura de la tez. Clay se da cuenta de repente de lo bien que había llegado a conocer esa cara..., ahora que ha muerto.

Nunca he estado tan cerca de la muerte, piensa, a la vez que se da cuenta de que nunca había estado tan cerca de otra vida.

—¡Nooo!

Haciendo saltar los guijarros a su paso, María desciende por el sendero. Pero se frena de golpe y se pone a caminar a paso lento al llegar a la piscina. Trae el delantal hecho un arrebujó en las manos, y en una mano lleva una hoja de papel. Mira a Clay.

Y Clay ve lo que ella debe de sospechar.

—Yo no lo hice —dice—. No fui yo.

—Oh, señor Jimmy —gime María, en un tono en que se mezclan la reprimenda y la decepción.

—Quiso que yo lo matara, anoche, pero no lo hice —dice Clay, sin poder dar a esa negativa el tono desesperado que requiere—. Lo hizo él solito. Quería que alguien lo hiciera pero nadie iba a obedecerle.

María no parece oírlo. Su cara redonda se cierra como si estuviera a punto de estallar en lágrimas.

—Pobre viejo, viejo estúpido. ¿No pudiste esperar que Dios te llevara cuando fuera tu hora? Tuviste que hacerlo tú.

Y Clay comprende: le está hablando al señor Whale. María ya lo sabe. ¿Cómo?

—Aquí se despide —dice María, enseñándole la hoja de papel—. La encontré en su habitación. Dice que lo lamenta. Que ha tenido una vida maravillosa, dice.

El agua que sale por la boca de Whale cuando el pecho se le vacía del aire que le echó Clay, le chorrea por la barbilla. Algo minúsculo se mueve junto al pabellón de cera de una oreja: es una hormiga que corretea entre las briznas amarillentas. El interior de la boca medio abierta es azul como la lengua de una vaca. Éste no es el señor Whale. El señor Whale se ha muerto. Clay querría sentirse feliz por él, pero lo único que puede sentir es impotencia e incredulidad. ¿Una vida maravillosa?

Se pone de pie despacio.

—¿Puedo verla? —pregunta, señalando la nota.

Necesita ver al señor Whale una vez más. Si no está en el cuerpo, tal vez esté en el papel.

María mira a su patrón con expresión tan grave que las lágrimas no resbalan por sus mejillas; está a punto de dejar que Clay coja la nota, pero súbitamente la guarda en el bolsillo del delantal.

—No. ¿No ve que está mojado? Si coge el papel con las manos mojadas la policía se preguntará... —Sus ojos se ensanchan y las lágrimas se repliegan. En su rostro, el dolor cede paso al miedo. Mira alrededor asustada, a la casa de los vecinos al otro lado del seto, a la callecita que pasa delante del estudio—. Tiene que irse, Boone —susurra—. Rápido, váyase. Usted no estuvo aquí esta mañana. Usted no pasó la noche en esta casa.

—¡Pero yo no lo hice!

—La policía no se lo va a creer. Querrán investigar.

—Tenemos esta nota.

—¡Pero van a investigar! Lo van a interrogar.

Clay no logra entender cómo María se preocupa por él cuando debería estar destrozada de dolor por la muerte del señor Whale.

—¿Quiere que le pregunten qué hacía usted con el señor Jimmy? Y le aseguro que saldrá en los periódicos, escribirán montones de mentiras sobre el señor Jimmy. Por favor, Clayton. Será mejor que no lo encuentren aquí, y que yo diga que lo encontré en la piscina.

Una mitad de Clay arde por leer la nota, pero la otra está sorprendido por lo directa y práctica que puede ser la vieja mexicana.

—¿Me menciona a mí?

—¿A usted? ¿En la carta? No. —Abre la nota y le echa una mirada—. No menciona a nadie. Sólo «a todos los que quiero».

Clay se siente defraudado. No sabe por qué, pero quería que Whale lo mencionara. Como si necesitara ser parte de su muerte.

—Bueno, de acuerdo. Me voy. Yo nunca estuve aquí.

No le gusta nada cómo suenan esas palabras. Pero, si no es parte de la muerte de Whale, la muerte es parte de él ahora. Y siempre será parte de él, lo quiera o no.

—Una cosa, María. ¿Cómo piensa explicar esto? —pregunta Clay, señalando la silueta rodeada de un halo oscuro de cemento mojado.

—¿Explicar qué? Se mató.

—No. ¿Cómo lo sacó de la piscina? ¿Va a decir que lo pescó?

María hace una mueca.

—Tiene razón. Sí, tenemos que meterlo otra vez en el agua.

—Eso me parece a mí. Los dos vacilan, miran a Whale, se miran, la idea de volverlo a tirar a la piscina les parece grotesca y cruel, como devolver al agua un pez que no les gusta.

María vuelve a guardarse la nota en el bolsillo del delantal y se inclina para levantar a Whale por los hombros. Es demasiado pesado.

—Yo lo haré —dice Clay.

Coge la chaqueta por los hombros y arrastra el cuerpo paralelo a la piscina. Va raspando el cemento, dejando una mancha nueva que pronto empieza a evaporarse. A Clay le da vergüenza convertir la muerte de Whale en algo torpe y ridículo. Pese al sol, y pese a los pájaros que cantan, el acto tiene el aire fantástico y nocturno de una escena de alguna película de Whale, sólo que esta vez el Monstruo y la casera trabajan juntos para quitarse de encima el cadáver del médico. No sabe si reír o gritar.

Otros pensamientos y sentimientos sobre lo ocurrido esta mañana acosarán a Clay en los próximos días, meses, años, cada vez que intente comprender lo que las dos últimas semanas que trabajó en la casa de Amalfi Drive significaron para él, cada vez que se pregunte cómo pudieron cambiar al hombre que era antes de conocer a Whale. Y nunca dejará de asombrarle el hecho de que su especial relación con el viejo

director durase sólo dos semanas.

María se inclina para arreglarle el cuello de la camisa.

—Pobre señor Jimmy. No queremos faltarle el respeto, pero estará mejor en el agua —dice—. Venga, señor Boone, terminemos de una vez.

Clay hace rodar el cuerpo, que cae al agua de panza, rebota un momento en las olas que levanta la zambullida y enseguida empieza a alejarse, hacia el fondo. Al caer, pegado a la pared curva de la piscina, el aire que aún tenía en el pecho lo rodea de burbujas. Mirándolos desde el fondo con los ojos cerrados y la boca entreabierta, como a punto de lanzar un suspiro, el señor Whale cae de espaldas en medio de una luz espesa y algo revuelta. El peso de los zapatos le hunde las piernas, pero los brazos tiran hacia arriba, y las manos revolotean ligeramente, como diciendo adiós.

La noticia de la muerte del director de *Frankenstein* y otras películas de terror apareció dos días más tarde, embutida en las esquinas de las necrológicas locales. «Descubierto en la piscina de su casa por el ama de llaves, el juez de instrucción considera que se trata de un accidente». David Lewis, en su calidad de albacea, no hizo pública la nota del suicidio. Creía, de esa manera, proteger a su amigo. En los años que siguieron, el carácter poco verosímil del accidente hizo correr rumores en los círculos homosexuales de Hollywood, que hablaron de celos y asesinato. A nadie le importaba ya, ni recordaba quién era James Whale. La verdad no se conoció hasta veinte años más tarde, cuando Lewis sacó la nota de una caja de zapatos de su armario y se la entregó al biógrafo de Whale.

El cadáver fue incinerado en Forest Lawn. El funeral tuvo lugar el domingo, en la pared norte del cementerio, junto al Gran Mausoleo. Dos docenas de sillas plegables se colocaron frente al panel de nichos y placas que recuerda una gigantesca cajonera. Ese fin de semana coincidía con el Día de los Caídos, y los asistentes pudieron contarse con los dedos. Estuvo Lewis, por supuesto, y unos cuantos amigos de las partidas de *bridge*. Carl Laemmle Jr., no pudo asistir, pero envió una tarjeta en la que prometía plantar seis árboles en memoria de Whale en uno de los nuevos bosques de Israel. La única veterana de la industria del cine que asistió al funeral fue Una O'Connor, la actriz que hizo de Minnie, el ama de llaves, en *La novia*.

También estuvo el ama de llaves real, sentada en la última fila, junto al jardinero. Extraña pareja, una mexicana de mediana edad con velo y una anticuada sombrilla, y un fornido americano vestido con una chaqueta muy ceñida y corbata que tuvo que pedir prestadas; los empleados de Whale, envueltos en un aire misterioso de pena y orgullo, como si creyeran que ellos eran los únicos auténticos dolientes.

Se leyó el Salmo XXIII. La marcha de Elgar *Pompa y circunstancia*, la melodía de «Land of Hope and Glory» sonó por los altavoces; en Forest Lawn la solían poner de oficio cuando el difunto era inglés. Terminó el funeral y los asistentes se precipitaron hacia sus respectivos automóviles, pensando con mala conciencia en el almuerzo o en las carreras de Santa Anita, o, quizás, en cuánta gente asistiría a sus propios funerales. Sólo el jardinero se quedó para mirar cómo los albañiles colocaban un cuadrado de mármol sobre la pequeña urna; luego, volvió donde lo esperaba María, bajo los árboles, y con cierta torpeza le ofreció el brazo para acompañarla a la salida.

NOTA DEL AUTOR

Ésta es una obra de ficción sobre un hombre real. Me he atenido a los hechos generales de la vida de James Whale, si bien me he tomado libertades en otros ámbitos. Clay, María y Luc son totalmente imaginarios. David Lewis es real, pero la caracterización que he hecho de este personaje es conjetural.

Existen algunas fuentes publicadas sobre James Whale, de diversos grados de fiabilidad, y he utilizado la mayoría de ellas, a saber: *James Whale: Ace Director*, de Clive Denton; *Passport to Hollywood*, editada por D. Whitmore y P. Cecchetti, y el artículo de Philip Kemp sobre Whale en *World Film Directors*. No obstante, la mejor obra dedicada íntegramente a Whale es *James Whale* de James Curtis, un libro excelente que merece una nueva edición. Además de recopilar una inmensa cantidad de detalles sobre el hombre y su obra, Curtis aclaró uno de los grandes misterios cuando publicó la nota que me sirvió de base para la que incluyo en el capítulo 17 de la novela. También me fueron de utilidad: *The Genius of the System*, de Thomas Schatz; *George Cukor*, de Patrick McGilligan; *Elsa Lanchester Herself* de Elsa Lanchester; *No Leading Lady* de R. C. Sherriff, y, sobre la Primera Guerra Mundial, *The Great War and Modern Memory*, de Paul Fussell, *Rites of Spring*, de Moris Ecksteins, y *A War Imagined*, de Samuel Hynes.

Tengo una deuda especial con el director Brian Skeet, cuyas conversaciones sobre un posible documental me proporcionaron las primeras chispas con las que encender esta novela. Nunca te estaré demasiado agradecido, Brian, por tu amistad y tu generosidad. Eric Ashworth, Edward Hibbert y Neil Olson me dieron consejos y ánimos; Matthew Carnicelli, su sabia y fresca mirada de editor, y Ed Sikov, Mary Gentile, Patrick Mera y John Niespolo, la gran suerte de su atenta lectura. Doug Clegg y Raul Silva me enseñaron el cañón de Santa Mónica; Ron Caldwell me metió de lleno en el siglo xx; Maureen Wilson y Meg Stewart me facilitaron el espacio que necesitaba, y David Drane compartió generosamente conmigo su carnet de lector de una importante biblioteca. Draper Shreeve está tan implicado —y de tantas maneras— en este proyecto, que una dedicatoria no es suficiente para dar entera cuenta de su presencia en estas páginas.



CHRISTOPHER BRAM (nacido en 1952, Buffalo, Nueva York) es un autor americano. Se crió en Virginia Beach, Virginia (fuera de Norfolk), donde era un repartidor y un Eagle Scout. Se graduó en el College of William and Mary en 1974 (BA en Inglés). Se trasladó a Nueva York en 1978.

Sus nueve novelas versan sobre el tema de la vida *gay* en la década de 1970 a la carrera de un Victorian musical clarividente al mundo frenético de la gente de teatro contemporáneo en Nueva York. Bram ha escrito numerosos artículos y ensayos (una selección de ellos se incluyen en *Cartografía del Territorio*). También ha escrito o co-escrito varios guiones, entre ellos dos cortometrajes dirigidos por su compañero, Draper Shreeve.

Su novela de 1995 *Father of Frankenstein*, sobre el director de cine James Whale, se convirtió en la película de 1998 *Dioses y monstruos* protagonizada por Ian McKellen, Lynn Redgrave y Brendan Fraser. La película fue escrita y dirigida por Bill Condon, que ganó un Oscar por el guión adaptado.

Bram fue nombrado miembro Guggenheim en 2001. En mayo de 2003, recibió el Premio Bill Whitehead por *Lifetime Achievement* para Publishing Triangle, y en 2013 su libro *Eminent Outlaws: The Gay Writers Who Changed America* ganó el Award Randy Shilts. Actualmente vive en Greenwich Village y enseña en la Universidad de Nueva York.

Notas

[1] En Julio César, acto I, escena 2, Casio le dice a Bruto exactamente lo contrario: «*The fault, dear Brutus, is not in our stars, / But in ourselves*». (N. del T.) <<

[2] «Doblan las campanas del infierno / por ti, no por mí». (*N. del T.*) <<

[3] «... / Oh, muerte, ¿dónde está tu aguijón? / ¿Dónde tu victoria, tumba?» (*N. del T.*)

<<

[4] Estatua romana, réplica en mármol de un original que existía en Pérgamo, y erróneamente conocida por *Galo moribundo*. (N. del T.) <<

[5] *Harrow School*: Fundada en 1590, es una de las más prestigiosas escuelas privadas de Inglaterra. (N. del T.) <<

[6] «Acabo de bailar con un hombre que bailó con la chica que bailó con el príncipe de Gales». (*N. del T.*) <<

[7] La aclaración de Whale alude al título de la película, literalmente: «No se atreven a amar». (*N. del T.*) <<

[8] Según Alan Richter (*Sexual Slang*), *lavender boy*, para designar al varón homosexual, es término del argot de principios de siglo; *pink* («rosa») no aparecería hasta mediados de los años cincuenta. (N. del T.) <<

[9] En inglés *Painted Pictures*; la necesidad de una aclaración la impone el doble significado de *picture*: «película» y «cuadro, pintura». (N. del T.) <<

[10] Popular marca de ropa interior masculina. (*N. del T.*) <<

[11] Medio dormido ya, Whale cree oír *inner view*, «visión interior», en lugar de *interview*, «entrevista». (N. del T.) <<

[12] Título original: *Camille*, con Greta Garbo, Robert Taylor y Lionel Barrymore; dirigida por George Cukor. (N. del T.) <<

[13] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[14] Broma basada en la similitud fonética de *whale*, «ballena», y *wail*, «gemido, lamento». (N. del T.) <<

[15] El apellido del médico rima con *pain*, «dolor». (*N. del T.*) <<

[16] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[17] Especie de béisbol que se juega con pelota blanda. (*N. del T.*) <<

[18] *Mrs. Grundy*: Personaje imaginario, encarnación del poder que el «¿qué dirán?» ejerce en la vida cotidiana. Se la menciona por primera vez en la pieza de Thomas Morton *Speed the Plough*. (N. del T.) <<

[19] En alemán, *Liebe*, «amor», y *Tod*, «muerte». (N. del T.) <<

[20] Memorial Day: en Estados Unidos, día en que se recuerda a los caídos en guerra. Desde 1971, en la mayoría de los estados se celebra el último lunes de mayo. (*N del T.*) <<

[21] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[22] United Service Organizations, Inc.: Organismo privado sin ánimo de lucro creado en 1941 para proporcionar servicios sociales y recreativos a los miembros de las fuerzas armadas estadounidenses y a sus familiares. (*N. del T.*) <<

[23] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[24] Alusión a los *angry young men*, «jóvenes airados», movimiento que agrupó a novelistas, cineastas y dramaturgos en el Reino Unido en los años 1955-1965. (N. del T.) <<

[25] *Hamlet*, acto I, escena 2. (N. del T.) <<